PATRICIA CAZÓN

LAS MUJERES SALMÓN

Las DEPORTISTAS que, a CONTRACORRIENTE, CAMBIARON la HISTORIA de ESPAÑA

DEBATE

Las mujeres salmón

Las deportistas que, a contracorriente,
cambiaron la historia de España

Patricia Cazón

DEBATE

Para Arian
(por todo el tiempo
que te ha robado).

Para el campeón y su lotera.
Para mi Juani.
Para M. Eu., por todas sus frases en rojo y morado.
Para Marina, mi Ma, mi hermana de vida.

El salmón es el pez que sobrevive en la hazaña. Que asume el sacrificio. Un ejemplo de resistencia y determinación marcado por su instinto reproductivo y de supervivencia. Sembrar. Reproducirse. Perpetuar. Y hacerlo para y por algo. De la familia de los salmónidos, los salmones son peces anádromos (del griego ἀνά, «hacia arriba», y δρόμος, «carrera»), que nacen de sus ovas en los ríos de agua dulce. Unas ovas que, por lo general en otoño, la hembra pone en un nido de grava donde el macho las fertiliza y, tras meses de incubación, eclosionan. Cuando la primavera llega y la temperatura del agua sube, los alevines comienzan a nadar hacia el mar, donde se desarrollan y se hacen fuertes con alimentos y hábitat. Pero aún no han hecho nada por su especie. La verdadera proeza comienza justo cuando desandan su camino en un largo viaje de retorno: nadando a contracorriente, con una capacidad, casi inaudita, para llegar al mismo sitio donde nacieron y desovar allí. Justo allí.

No todos sobreviven. Algunos pasan su vida en el río, nadando sin éxito. Otros incluso cambian de color por el esfuerzo que supone remontar río arriba, entre peligros y trampas de mamíferos que han descubierto su ruta. El viaje es largo; las dificultades, aún más. Las hembras que logran llegar a su destino desovan y mueren. ¿O es en realidad todo lo contrario? Ya antes el salmón ha dejado ahí su huella. Justo ahí. El camino abierto que seguirán sus crías río arriba, que reconocerán por el olfato la química de su río natal. En un eterno porque fueron, somos; porque somos, serán.

Nada como el salmón explica el transcurrir de las mujeres en el deporte.

Siempre a contracorriente, aunque cueste la vida; porque cuando

desova no muere, sino que ya puede irse: su semilla está puesta.

Una mujer es el círculo completo. Dentro de ella está el poder de crear, nutrir y transformar.

DIANE MARIECHILD

Una mujer debe ser dos cosas: quien ella quiera y lo que ella quiera.

COCO CHANEL

Coraje, sacrificio, determinación, compromiso, resistencia, corazón, talento, valentía. De esto es de lo que están hecho las chicas; somos el diablo con azúcar y pimienta.

BETHANY HAMILTON

¡Somos campeonas del puto mundo!

JENNI HERMOSO

Prólogo

Lilí Álvarez
(Roma, 1905-Madrid, 1998)

Al principio, fue ella. Ella, Elia María González-Álvarez y López-Chicheri, aunque para la historia quedaría como Lilí Álvarez, la primera mujer en escribir su nombre en el deporte español. La primera en unos Juegos Olímpicos, los de París 1924, y también la primera del tenis. Cuarenta y seis años antes de que Conchita Martínez naciera, Lilí disputaba su primera final en Wimbledon, en 1926. Lo haría dos veces más, en los dos años siguientes. Un hito que la convertiría en The Senorita para los ingleses.

«Lilí fue la primera gran figura internacional que hubo en nuestro país», resume el periodista Pedro Hernández. Una mujer extraordinaria desde el mismo día que nació, un 9 de mayo de 1905 en el hotel Flora de Roma. «Era la heredera de una familia de burgueses y aristócratas. Su abuelo, Juan López-Chicheri, fue diputado de la sierra de Alcaraz y senador del reino en varias legislaturas por el partido de Cánovas del Castillo. Su abuela, Avelina Caro y Vélez, «hija del marqués de Caro», escribía el propio Pedro en un semblante dedicado a Lilí publicado en *La Vanguardia* en 2018, perteneciente a la serie «Mujeres de Wimbledon». Su madre, Virginia, se había casado en primeras nupcias con Carlos Sousa y Álvarez de Toledo. La muerte prematura del primer hijo no sólo rompió el matrimonio, también la sumió a ella en una profunda depresión. «Trasladó su residencia a Suiza», detalla Pedro. Allí conocería al padre de Lilí, el abogado Emilio González Álvarez. Lilí nació en una larga estancia que pasaron en Roma. De él heredaría la

pasión por el deporte.

Porque ella fue historia del tenis, pero destacó en todo lo que hizo. Y ese todo abarca mucho. A los cuatro años ya patinaba sobre hielo. Subida a una silla, por la altura, aún sin llegar a la mesa, aprendió a jugar al billar. Practicó equitación, alpinismo, esquí, automovilismo… En 1924 ganó el Campeonato de Cataluña de Automovilismo en su categoría masculina (la femenina no se contemplaba). Ese mismo año se convirtió en la primera mujer española en ser convocada a unos Juegos Olímpicos, los de invierno en Chamonix (Francia), a los que no pudo acudir por una lesión de rodilla. A los dieciséis ya había ganado su primera medalla internacional, pero esa lesión truncó su carrera sobre ruedas. Colgó los patines y se volcó en la raqueta. Se quitaría la espina olímpica en París 1924. Un año antes había ganado un campeonato de tangos… en Alemania.

Pierre de Coubertin, fundador de los Juegos Olímpicos modernos, había prohibido expresamente la participación de mujeres. No hubo ninguna en los primeros que se celebraron, los de Atenas 1896. Cuatro años después, en los de París 1900, se colaron veintidós, veintidós entre 997 atletas. En los de París 1924, Lilí y Rosa Torrás se convertían en las primeras mujeres que representaban a España en unos de verano. Cayeron en cuartos. Hasta Roma 1960, treinta y seis años más tarde, ninguna mujer representaría a España en unos Juegos Olímpicos. Muchos más años tendrían que pasar hasta que otra consiguiera mejorar su diploma olímpico. Fue Miriam Blasco, en Barcelona 1992, alzándose con un oro en judo que suponía, además, el primer metal del deporte femenino español en unos de verano. Lilí aún vivía. Murió en Madrid a los noventa y tres años, sin descendencia y con un solo trofeo guardado en su casa. «Uno pequeño que le había regalado el rey Gustavo de Suecia», susurra Pedro Hernández, con emoción.

«Ella era un personaje de lo más complejo, con una gran riqueza humana», dibuja Benilde Vázquez, profesora del Instituto Nacional de Educación Física (INEF),[1] doctora en Pedagogía del Deporte, Premio Nacional a las Artes y las Ciencias Aplicadas al Deporte e impulsora del seminario «Mujer y Deporte» desde hace treinta años. «En su época el

deporte no estaba tan extendido como ahora, menos aún para las mujeres». Pero Lilí tenía una ventaja, formaba parte de la jet set. «Ella no hacía deporte para competir, sino porque le gustaba, y además porque era una forma de relacionarse socialmente en la época —expone Benilde—, pero no todas las mujeres de su clase social lo hacían», valora. Y eso engrandece su figura. Lilí aprovechó lo que su estatus le brindaba para hacerlo… Y comenzar a abrirle la puerta a todas las demás. «Era muy valiosa», resume Benilde. «Tenía un porte aristocrático, una educación exquisita —añade Pedro—. Era muy feminista». Y en eso también fue pionera, en la sororidad desde el deporte y la palabra, porque también fue periodista y escritora. Publicó una docena de libros (*Modern lawn tennis* fue el primero, editado en Londres en 1927, a los veintidós años; en *Plenitus*, que vio la luz dos décadas después, defendía abiertamente el feminismo), participó en congresos, entrevistó a referentes como Clara Campoamor. Y escribió artículos en *La Vanguardia*, en *Blanco y Negro*, en *Arriba*, en *La Nación* (de Argentina) y hasta en *The Daily Mail*, para quienes cubriría la guerra civil española.

«Lilí idolatraba Wimbledon», retoma Pedro. Cuando participó en los Juegos Olímpicos aún era una desconocida para los españoles. Al fin y al cabo, llevaba media vida viviendo en Suiza, Francia, Alemania o Italia. Pero en 1926 todo cambiaría. «Por fin estaba donde ya debía haber estado. El capítulo que soluciona o resuelve adónde se dirigía mi vida», aseguró entonces la propia Lilí, como recoge el libro editado por el Consejo Superior de Deportes, *Historia cultural del deporte y la mujer en la España de la primera mitad del siglo xx a través de la vida y obra de Lilí Álvarez*. «Los serios ingleses se encontraban con una joven que no lo hacía mal, tenía muy buen estilo, era graciosa y tenía golpes que no esperaban». Después de cuatro partidos, Lilí estaba en la semifinal, jugaría con Molla Mallory («una de las grandes del tenis estadounidense»). En sus duelos anteriores de la competición sólo había cedido un set. El de aquella tarde quedó para siempre en la historia de Wimbledon: el 2-6, 6-0 y 6-4 de Lilí se convirtió en su puerta a la final. La cinta en el pelo y el clavel rojo en el pecho con los que había saltado

a jugar se convirtieron en emblemas de la moda en el tenis.

«Fue la primera tenista en utilizar la falda pantalón plisada», apunta Pedro. Lo hizo en 1931, cuando llegó al torneo de Wimbledon con un uniforme diseñado por Elsa Schiaparelli, inventora del pantalón corto. Aquello se vivió como un escándalo. «Había colas para verla jugar y hasta para verla llegar a las pistas». La primera final, esa de 1926, la perdería (por poco, 6-2, 4-6 y 6-3) contra Kathleen «Kitty» McCane. Cuando el partido acabó, el propio Alfonso XIII, que había viajado a Londres para verla en la cancha, bajó al vestuario para felicitarla: «Te mueves como un torero». Al Elia María González Álvarez y López-Chicheri con el que había nacido, los ingleses ya le habían sumado su propio apodo, ese The Senorita. «La eñe no contaba», apuntaba la propia Lilí. En la segunda, la de 1927, diez mil personas, según las crónicas de la época, se arremolinaban en los alrededores del All England Lawn Tennis y Croquet Club buscando una entrada para asistir a su final contra Helen Wills («la reina del tenis americano»). Llegaría en un coche descapotable, con chaqueta roja y vestido blanco cubierto por un pañuelo, también rojo. Perdería (6-2 y 6-4), igual que al año siguiente ante la misma rival.

Según *The Daily Mail* fue la mejor tenista del mundo durante esos años y, en 1929, añadiría otra hazaña a su leyenda: no sólo había sido la primera en pisar la arena de Roland Garros, en París, también sería la primera en alzar un título en ella. Lo lograría en dobles, junto a la holandesa Cornelia Kea Bouman. Sesenta años tuvieron que pasar hasta que España pudo volver a presumir de algo igual, con Arantxa Sánchez Vicario en 1989, que derrotó a Steffi Graff.

Lilí sería semifinalista de Roland Garros en 1930, 1931, 1936 y 1937, y finalista de mixtos en 1927 con Bill Tilden. A principios de los años treinta ganó el torneo de Roma, pero cuatro años más tarde se casó con un diplomático y aristócrata francés, Jean Pierre de Gaillard, conde de la Valdène, que la retiraría durante un lustro de las pistas de tenis porque no quería ser «el marido de la campeona».

El matrimonio se rompió tras la pérdida de su primer hijo, que nació prematuro. Años más tarde, cuando Lilí dejó el tenis por voluntad

propia, regresó a España. Se afincó en el número 3 de la madrileña calle Alberto Bosch, entre el Museo del Prado y el Retiro. Corría el año 1939, la posguerra, y decidió volver a la pista. Ganó el campeonato de España en 1940, y el año siguiente el de esquí, en la que fue su última competición deportiva oficial. El porqué lo explica ella misma en *Historia cultural del deporte y la mujer*: «En Candanchú me sancionaron a perpetuidad porque me rebelé contra la injusticia y el machismo». En ese campeonato que ganó. «Nos hicieron subir andando al Tobazo, allí llevábamos desde las diez de la mañana y eran las tres de la tarde. Mientras los hombres cubrían la segunda manga, nosotras estábamos muertas de frío y no nos dejaban descender». Ella se «irritó tanto» que no dudó: se lanzó cuesta abajo, «a tumba abierta». «Y cuando pasé ante las autoridades que presidían les grité: "¡Esto no sucede más que en España!". Cosas más gordas les podría haber dicho, pero como iba tan deprisa…». Haciendo una bola que ya no se podía parar. La de las mujeres en el deporte español. Aunque el camino estuviera lleno de piedras. Y fuera una cuesta arriba interminable que afrontar por todas las mujeres salmón que llegarían después.

Amelia del Castillo

(Pinto, Madrid, 1943)

«Cuando vi a Ivana Andrés levantar la copa de campeonas del mundo me emocioné, me emocioné mucho. En sus manos llevaba la lucha de muchas mujeres». En ese trofeo de cuarenta y siete centímetros de alto, cuatro kilos y medio de peso y un baño de oro de veintitrés quilates, la última gran piedra para terminar de derribar techos que, aquella mañana del 20 de agosto de 2023, refulgía como en tres dimensiones a través de la pantalla de su televisión a casi dieciocho mil kilómetros de distancia, al calor de tanto en su cabeza. *Tantas cosas.* Todas las que acompañaron, durante su adolescencia en Pinto en los años cincuenta, a esa mujer que miraba la televisión sin perder detalle. «Las madres de mis amigas les prohibieron que anduvieran conmigo, que me hablaran siquiera». Empujada al ostracismo, a la soledad tras esa palabra, «loca», por insistir en jugar al fútbol cuando a ella lo que le tocaba era quedarse en casa, *como las chicas de bien*. Para ello estudiaban, las dirigían. Para coser, remendar, limpiar, cocinar, criar. «Y mantenerse callada». Las mujeres no podían elegir quiénes querían ser, ya estaba decidido de antemano. *Tantas cosas.* Y por eso, mientras la selección española de fútbol alzaba al cielo del Estadio Olímpico de Australia, en Sídney, el título de campeonas del mundo en las manos de Ivana Andrés, esta mujer llamada Amelia del Castillo se conmovía profundamente.

Muchos años después, el fútbol le gritaba que su lucha no había sido en vano.

«Que había merecido la pena —murmura—. Que yo no me levanté y un día y dije: "Voy a crear un equipo de fútbol". No, no, no», recuerda Amelia, con su voz astillada y ronca desde su casa en Getafe, donde hoy vive rodeada de recuerdos. El tiempo ha pasado, pero las fotos y los recortes de periódicos están ahí, ahí permanecen. Y no mienten. Ahí está ella, en blanco y negro, enseñando a rematar un balón a un equipo formado sólo por hombres. Ella, en actos, en palcos, junto a otros presidentes. Ella, con Vicente Calderón. Ella contra el mundo y todos los dimes y diretes. Con un cuerpo que respondía, no como el de ahora, con sesiones semanales de fisio. Un cuerpo que nada sabía de ictus o de vejez. Aunque al hablar sigue siendo la misma. Una mujer fuerte, roca contra el viento inquebrantable, tras un balón.

«En mi casa siempre fuimos muy futboleros, mi padre sobre todo», rememora. Y a su cabeza regresa la música de los domingos de su infancia, que no era ni «Amor, no me quieras tanto» de Antonio Machín o «A ti qué te importa» de Los Panchos, sino el «goool en Las Gaunas» del *Carrusel deportivo* en el dial de la Cadena SER. Entre ellos creció Amelia sin televisión, en un barrio de un Pinto en el que vivían 2.500 personas. La vida transcurría en la calle. Sus padres se dedicaban al campo, a la agricultura, y a la venta en la plaza, donde la hermana de Amelia los acompañaba una vez por semana.

Ella, sin embargo, andaba siempre tras los balones. «En el barrio en el que nací había muchos machismos». Así resume esa sociedad franquista que no entendía que su ambición fuera ser «uno más» persiguiendo una pelota. «A veces los chicos me dejaban jugar y a veces no». Amelia, tozuda ya, insistía e insistía, «como cuando la primera comunión», empeñada en ir a la iglesia con un pin del Atlético de Madrid prendido del vestido. «Lo había conseguido comprando y cambiando cromos», musita, con la risa de la niña que fue enredada en la lengua. Por supuesto, sus padres no la dejaron. Aunque la sola intención ya demostraba que su camino en la vida sería ir sembrando miguitas de pan. Los chicos, al final, terminarían aceptándola como uno más en sus partidillos de parque, pero a su alrededor siempre habría un runrún como el del ruido blanco de una televisión apagada pero

encendida. Con más palabras acompañando al «loca».

«Trastornada». «Fulanilla».

Se lo dijo el padre de otra niña al suyo, un día en una taberna, de otra manera: «¿No te da vergüenza tu hija?, la dejas que vaya con todos los chicos, ella sola…». «Mi padre no era un erudito, era labrador, pero sabía leer y escribir». Tenía las manos sembradas de callos, tan acostumbradas a cortar malas hierbas de raíz, y la inteligencia muy fina: «Prefiero que vea a muchos a la luz del día a que se vaya sólo con uno por la noche a la era». Zas. Y que ningún comentario malintencionado le impidiera a su hija dejar de crecer.

«Cuando salías a jugar no había maquinitas, ni nada de eso. Salías a la calle, en la que había muchísimos menos coches que ahora, a darle a la comba o a la pelota». Amelia siempre elegía la pelota. Entre los choques, las patadas, los goles… y el ruido blanco. A los dieciocho dejó los estudios. «Las cosas no eran tan fáciles como ahora», sentencia. La diversión estaba en sus pies, el deber en sus manos. Siguió los pasos de su hermana en Madrid. «Ella había empezado a trabajar en la peluquería de los hermanos Blanco, en Noviciado. Un año después fui yo. Estaba en el almacén, de oficinista, donde se unificaban las compras». Fue entonces cuando se topó con un cartel que cambiaría su vida para siempre. Y la historia del propio Pinto. Era 1961.

«No recuerdo si lo vimos nosotros o alguien nos habló sobre él», murmulla. Ese cartel que anunciaba un cuadrangular de fútbol organizado por el Frente de Juventudes entre equipos de Pinto, Fuenlabrada, Parla y Getafe. «El nuestro era bueno, ya ganábamos entre barrios, así que fuimos a apuntarnos». Para ello necesitaban la firma de alguien mayor de edad. Amelia era la única. Pero ya conocía las reglas, siempre con el «no» por delante: «Una mujer no podía jugar, una mujer no podía arbitrar, una mujer no podía entrenar...». «Pero ¿y presidir? ¿Valgo yo?», preguntó al darse cuenta de que eso no figuraba, no se prohibía. Una mujer presidiendo un equipo de fútbol. Sonaba tan disparatado que a nadie se le había pasado por la cabeza negarlo. Y por esa grieta se coló ella en la historia.

Pocos días después, en la Federación Castellana («ahora es la

Madrileña, pero a mí nunca se me olvida que era la Castellana, con Cuenca, Guadalajara… Y así la sigo llamando», ríe) se inscribiría un nuevo equipo: la Flecha de Pinto. «Fue gracias a que mis padres eran muy avanzados, porque, si ellos hubieran llegado a prohibírmelo, no hubiese podido hacer nada», expresa, mientras a su cabeza regresa la efervescencia de aquella Amelia.

Su pelo rojo, su figura estrecha, su paso rotundo al frente de un equipo de hombres… «Nos fuimos a jugar aquel cuadrangular en tren, viajando a Getafe en el último vagón. No teníamos dinero, no teníamos nada, pero debíamos llegar allí. Y, como sabíamos que el revisor empezaba por la cola, nosotros nos metíamos en la cabeza. Como era sólo una estación, ¡nos daba tiempo a bajar sin pagar!». Cuando no había suerte, pues andando, «pero esas veces eran las menos». Lo que más le costó afrontar de su nuevo cargo fue dejar de vestirse de corto («y era buena, ¿eh?»): el sinfín de tareas que hacer la mantenían alejada del césped. «Hacía el papeleo, la burocracia y hasta las funciones de entrenadora», recuerda, aunque sus conocimientos en la parte física eran más bien limitados («la gimnasia que había recibido en el colegio y poco más»). «Pedí hacer el cursillo de entrenadores para tener el título, pero lo único que me permitieron fue acudir de oyente en las clases teóricas». Desde las instituciones, recuerda, se miraba a la Flecha de Pinto con más curiosidad que otra cosa. «Decían frases como "Esta es una loca…", "A ver qué pasa…". En aquella época, ¡ya me explicarás! Mi presencia era una cosa que llamaba la atención. Eso sí, siempre me respetaron. Desde el principio hasta el final, sin una mala proposición o un desaire». Sus penurias eran los bolsillos vacíos, estar «sin un duro», vigilar por dónde comenzarían a pedir los revisores los billetes en el tren. Y ese ruido blanco como de televisor creciendo boca a boca hasta llegar a las madres de sus amigas.

«Loca», «trastornada», «fulanilla».

En ese momento la historia de Amelia ya transitaba por dos caminos muy diferentes. Por un lado, los insultos constantes de una sociedad que no entendía. Por el otro, la Flecha comenzaba a coger velocidad tras aquel buen primer torneo en Getafe. La falta de dinero y de

recursos alentaba el ingenio de una mujer que no dudaba en aporrear las puertas que fuera pidiendo ayuda. «Se me ocurrió ingresar dinero haciendo rifas. Al principio no había socios, después sí, pero eran muy pocos». Fue ahí cuando apareció la figura de Vicente Calderón. El entonces presidente del Atlético de Madrid se encargó de darle a su equipo el empuje final, ese que lo profesionalizaría. «Fue el primer gran feminista del fútbol español», sentencia Amelia, y esboza una sonrisa que traspasa los años. «Le escribí una carta ofreciéndole que participara en la rifa. Le conté el proyecto y le dije que hacíamos eso por el pueblo, para que la juventud se alejara de los bares e hiciera deporte. Debió pensar, como los demás, que era una loca, pero me recibió en sus oficinas personales de la calle Desengaño, en Madrid». Y allá que fue Amelia, con su ímpetu sobrenatural para tratar de cambiar las cosas, con su paso de mamá oso en una sociedad en la que mujeres como ella eran lunares, manchas o escándalos. «Vicente Calderón nos ayudó enormemente. Nos proporcionó camisetas, balones…, puso a nuestra disposición de manera gratuita al doctor Ibáñez, el del Atleti, por si algún jugador se lesionaba… Y me compró una papeleta».

El 15 de octubre de 1963, el Atlético Pinto se convertiría en el primer equipo de fútbol de Pinto, después de que la Flecha se quedase con la plaza del Adasa, que en ese momento militaba en cuarta regional. «Adasa había sido una fábrica fundada por dos hermanos en los años veinte que hacía pistones para motores de aviación. Cuando quebró, el equipo también se deshizo y nos cedieron su plaza y el campo». Era un estadio sin vestuarios, los obreros no los habían necesitado, se cambiaban en la propia fábrica cuando jugaban. Sus casetas las levantarían entre todos los que formaban el Atlético de Pinto cuando El Municipal se convirtió en el campo del equipo de Amelia. Todos ellos y alguno más. «Hubo albañiles del pueblo que vinieron a ayudarnos», recuerda. La voz se le quiebra por primera vez. *Gente-del-pueblo-a-ayudarnos*. A remangarse y echar paletadas de cal y de arena, en sentido figurado y literal. «El Atlético Pinto era para mí como un hijo. Yo hacía todo aquello por mi pasión, el fútbol, y por mi ciudad porque, como le había dicho a Vicente Calderón, quería que los jóvenes

tuvieran este equipo, que hubiera algo que hacer en la calle más allá de los bares. En realidad, yo no estaba haciendo nada malo, ¿presidir un equipo de fútbol? Sí. ¿Que me llamaran loca? Vale. Pero ¿qué daño hacía? ¿Qué daño?».

«¿A quién? ¿A quién? ¿A quién?», sigue preguntándose. En las paredes de su casa, casi a modo de respuesta, están dispuestas todas esas fotos, recortes de periódicos («¡vino hasta la CBS de Nueva York a entrevistarme!») que la lignina ha amarilleado entre vapores de vainilla, vinagre y almendras amargas.

«Mejor no te digo lo que me decían en los campos. Tenía ganas de ir con mis amigas, pero ¿sabes qué?, mis chicos me respetaban en todo. Por eso la gente, las madres, no me importaban. Mi conciencia estaba tranquila. Yo luchaba por una cosa justa que estaba dando sus frutos. No pensaba en qué hacía, no actuaba a propósito. Sólo quería que el Atlético de Pinto llegara lo más arriba posible, con el pueblo agarrado a su nombre. Conseguí una subvención de 10.000 pesetas [unos 70 euros]. Me la dio Benito Castejón, el primer delegado nacional de Deportes (lo que después se convertiría en el Consejo Superior de Deportes). Para nosotros, algo así era increíble. Me llamó y me dijo que quería conocerme. A la cita acudí muy nerviosa pero decidida: tenía que aprovechar la oportunidad».

«Ya no siento la fuerza de entonces», se detiene, de repente. Es un segundo, apenas, pero entretejido en un suspiro larguísimo. «¿Sabes cuando de pronto quieres hacer cosas y el cuerpo no te deja? Te sientes lenta, torpe… Aunque tengas la cabeza llena de planes e ideas, tu propio cuerpo te entorpece. Lo que más me molesta de la vejez es mantener las ganas pero carecer de energía», cuenta Amelia en esa edad en la que sus días penden de citas médicas, sobre todo desde que hace unos años sufriera ese ictus del que se ha recuperado sin secuelas, pero que la ha dejado más lenta, más desmañada. La voz se quebrará otras dos veces antes de terminar.

La primera, al recordar cuando el entonces alcalde de Pinto, Daniel Martín, la obligó a dimitir de la dirección del Atlético Pinto. «Fue un mes después de recibir la Medalla del Mérito Deportivo de la

Comunidad de Madrid. Vio que el equipo tenía nombres y ojos y que eran los míos, los de una mujer… "El fútbol no es cosa vuestra", me espetó». Que ella tenía que apartarse. Cinco años antes, en 1970, ese visionario, Rafael Muga, le había abierto un poco la puerta a las mujeres, organizando un partido en Boetticher, que fue el primero del fútbol femenino en España. Pero aún todo era muy poco, muy pequeño y escaso para que Amelia ocupara tanto. Una Amelia que cuando escuchó al alcalde lo primero que pensó fue en el «no», acostumbrada como estaba a las prohibiciones, los insultos, los palos y piedras. «Fue en una reunión de socios, yo no sabía qué iba a decir, él sólo había pedido asistir y que yo estuviera presente. Lo soltó allí, lo soltó así… Fue el peor día de mi vida. Tuvieron que venir a buscarme para llevarme a casa. Me quedé destrozada». Al principio dijo que no, pero terminó dando un paso al lado por la amenaza con la que ese alcalde se despidió: o lo hacía, lo dejaba, o él mismo creaba otro equipo con el amparo del Ayuntamiento y todos los medios que a ella le faltaban. «Lo que hubiera sido la muerte del Atlético Pinto», lamenta, con la voz encogida.

El fútbol no es cosa de mujeres.

Amelia dio un paso a un lado para no convertirse en Saturno devorando a su hijo, a su querido hijo, tras tantas cuentas, alegrías y barros. «El árbol estaba plantado», concede. Y el Atlético Pinto siguió creciendo. Hoy su nombre está escrito en una placa en uno de los laterales del estadio desde el día en que el club la reconoció como su presidenta de honor, el 26 de febrero de 2012. Amelia, esta mujer que, al recordarlo, no es que se quiebre, es que se rompe como las paredes de una presa, incapaces de contener una gran masa de agua acumulada. *Tantas cosas, tantos años.*

«Eso para mí fue, fue… Es que no tengo palabras», acierta a decir en ese quebranto que le devuelve una amalgama de recuerdos. Porque ella nunca pensó en la posteridad, pero ahí está. Amelia del Castillo, escrito en esa placa en letras mayúsculas que bautiza ese campo. Ella, que sólo pensaba en Pinto, pero que su lucha fue un anzuelo para tirar de las demás.

Para que esas veintitrés (Misa Rodríguez, Enith Salón, Cata Coll, Ona Batlle, Irene Paredes, Olga Carmona, Laia Codina, Oihane Hernández, Rocío Gálvez, Aitana Bonmatí, Alexia Putellas, Jenni Hermoso, Claudia Zornoza, Teresa Abelleira, Irene Guerrero, María Pérez, Esther González, Alba Redondo, Salma Paralluelo, Mariona Caldentey, Athenea del Castillo, Eva Navarro e Ivana Andrés) levantaran al cielo del mundo su copa de campeonas, con una estrella prendida ya para siempre en su pecho, aquel 20 de agosto de 2023 en un campo de fútbol de Australia, con España pegada al televisor y con el fútbol rendido a sus pies. Apagados al fin y de una vez todos los malditos ruidos blancos de fondo.

Conchi Amancio

(Madrid, 1957)

Conchi dejó de ser sólo Conchi una mañana de diciembre de 1970, a los trece años. Medio siglo después, contesta un correo electrónico con frases cortas, apenas unas líneas, directa y sin concesiones. Llama ella, dice, sin sonar borde. Pocos tienen su número, no se lo da a casi nadie, sólo a personas tan tan cercanas que pueda llamarlas piel. Es amable y educada. Pero llama ella. Con número desconocido y desde Bristol, en Inglaterra, donde vive desde hace años y levanta una escuela de fútbol para niñas. Siempre ha estado vinculada a una pelota, pero su nombre nunca se ha escrito en letras grandes. Jamás ha recibido homenajes y sigue sintiendo muy próximo ese apelativo, «Clandestinas», con el que se llamó a la primera selección femenina en España, la que abrió la puerta al profesionalismo en aquellos años en los que las mujeres aún no podían votar o sacar solas dinero del banco sin que un hombre las acompañase. «En Reino Unido ya han llegado esas disculpas históricas», musita en las ocasiones en las que habla, escondida en el silencio de las cosas que duelen. El reconocimiento que la Asociación Inglesa de Fútbol sí ha tenido con las futbolistas que fueron, como ella, primeras, aún no ha llegado para Conchi Sánchez Freire y las demás españolas, las chicas del Boetticher, aquellas que jugaron en el primer día de todos, en la mañana en la que ella se convirtió en Conchi Amancio.

El olor a hierba recién cortada. El frío de un Madrid amanecido entre niebla. Una grada semivacía, con veinte personas apenas que, en un parpadeo, llenaban ocho mil. Los nervios de un grupo de niñas que se

vestían de corto el 8 de diciembre de 1970 en los vestuarios de ese campo en Villaverde Alto, al sur de Madrid, para jugar al fútbol, sin ser del todo conscientes de que estaban haciendo historia. «Cuando salimos a calentar, media hora antes del inicio, no había apenas nadie. El Boetticher tenía un poco de césped y era bastante blandito. Pero, acostumbradas a jugar en los campos de tierra, a nosotras nos parecía una alfombra. Calentamos, se repartieron los equipos, las camisetas y al regresar a la hierba, cinco minutos antes de empezar el partido, la grada estaba hasta arriba. Las taquillas no daban más de sí y, según nos contaron luego, hubo incluso quien arrancó puertas para poder entrar». De pronto, allí en Boetticher había ocho mil personas para verlas a ellas: veintidós mujeres que de verdad jugaban al fútbol. O, más bien, querían jugarlo. Unas, con la camiseta del Mercacredit; otras, con la del Sizam. Esa última era la que llevaba Conchi, a noventa minutos de dejar de ser sólo Conchi.

«La noche anterior dormí con mis botas de fútbol al pie de la cama. Había pasado todo el día con ellas puestas. Mi madre me decía que me las quitara, y yo no podía. Eran de cuero, tan bonitas, y significaban tantas cosas», cuenta con la voz de una niña, como aquella que sólo tenía emoción, que creía que ya había conocido toda sombra aunque aún no hubiese llegado ninguna de verdad. «Me las había comprado mi padre dos días antes en una tienda de deportes muy conocida que había en la Puerta del Sol». Cien pesetas (0,6 euros) habían costado. Un dineral para la época, sobre todo en una casa en la que no sobraba. Botas y chándal nuevo para dos niñas, Conchi y su hermana, que crecían en las calles de Malasaña y pasaban las tardes en la plaza del Dos de Mayo tras un balón, entre tierra y postes.

«La gente se paraba a vernos. No era normal que una niña jugara al fútbol». Miradas torvas, ceños fruncidos, siseos, y esos pensamientos en la punta de los labios: las chicas no juegan al fútbol, esa chica es un chicazo… Pero Conchi se abría paso entre ellos a codazos, obviándolos, dejándolos a un lado, esmerándose aún más. No le quedaba otra. Quería jugar por encima de todo, y a su alrededor sólo había niños. Hacía pases, regates, fintas. «Si no, me ponían de portera», justifica. Y

ella de portera no quería jugar. «Quizá ahora esté más asumido, pero entonces era muy difícil ver a una chica y ellos lo sentían como un ataque. Los había mucho más malos que nosotras, malísimos, pero, cuando se distribuían los equipos, elegían antes al peor de ellos que a mí o a mi hermana». En esa escuela creció Conchi: la de la calle, entre chicos, con carreras hacia la portería contraria driblando para huir de la propia. Se oye un suspiro al otro lado del teléfono que resuena como el eco de una tristeza guardada cuarenta años.

Tenía trece cuando un hombre se acercó a ella mientras jugaba en la plaza de San Idelfonso con una pregunta: «¿Podemos hablar con tus padres?». Era ojeador. Buscaban chicas para un partido: ese del 8 de diciembre de 1970 en Villaverde Alto, Boetticher, entre el Mercacredit y el Sizam que acabaría 1-5, con cinco goles de Conchi.

«Yo no sabía que iba a marcar cinco —desliza—. Pero empezamos y el nivel no era muy alto, muchas chicas no sabían jugar». Ella miraba la grada, a esas ocho mil personas que estaban allí para que dejara de parecer extraño eso de ver a mujeres jugando al fútbol. «Yo trataba de compaginar con ellas, pero no había manera. Y pensaba: "Aquí hay que levantar un poco el tema". Estaba aburrida». Y empezó a regatear. Y cogió el balón y rebasó a una rival. Y luego a otra. Y así hasta llegar ante la portera del Mercacredit una y otra vez, como si estuviera sola en el campo. Resultado: cinco goles para el Sizam. «No veas, cada uno que hacía… La gente. Sus gritos…». Ese «goool» cantado tan alto como cuando los metían los hombres. Cuando acabó el partido el diario *Marca* le añadiría a su nombre el apellido con el que pasaría a la historia, Amancio, por la similitud de su juego con el del futbolista del Real Madrid, un relámpago con el gol entre las cejas y botas. Todas saldrían escoltadas del estadio, mientras a Rafa Muga, organizador del partido, se lo llevaba una pareja de la Guardia Civil al cuartelillo. Por la osadía.

Pero se había plantado semilla. Unos meses después se formarían cuatro equipos (Sizam Paloma de Madrid, Racing de Valencia, Peña Femenina Barcelona y Polideportivo Fuengirola) que disputarían el primer campeonato femenino de fútbol en España. «Yo jugué en dos,

tres de los de Madrid», señala Conchi. Comenzaron entonces los graves, las zancadillas, los palos que empezaban a tumbar desde los despachos. «Cuando lo hice en el Olímpico de Villaverde, liderado por Rafa, íbamos todas juntas a entrenar en dos o tres coches. Teníamos una hora, una hora justa. A veces nos quedábamos a mitad del entrenamiento porque nos apagaban las luces». A veces el campo de fútbol estaba vacío, nadie lo estaba usando (ningún hombre), pero a ellas no se lo dejaban. Las suyas siempre eran horas muy malas, muy tarde, sin apenas balones. «Si llegábamos a tres era un triunfo. En ocasiones era uno para todas». La supervivencia seguía siendo la escuela, como en la calle. Mientras, en casa, una fractura, la del matrimonio de sus padres, obligaba a Conchi a trabajar también con las manos: «Empecé como aprendiz en una peluquería para ayudar». Y seguir tironeando del fútbol femenino con esas botas de cuero que sólo se topaban con piedras y las sombras de verdad.

Por un lado, los clichés, esos partidos berlanguianos que por Navidad, y después de Boetticher, enfrentaban en partidos bajo el título de «Folclóricas y finolis» a famosas de la época sin vínculo con el fútbol que lo desvirtuaba. Artistas, cantantes, Lola Flores, Concha Velasco, Encarnita Polo y demás en el Sánchez Pizjuán, Sevilla, y en Vallecas, Madrid, partidos en los que lo de menos era el fútbol. Los balones se cogían con la mano, las fotos de la prensa interrumpían el juego, el actor Manolo Gómez Bur lo paraba para hacer de masajista improvisado…

Por otro, el gesto torcido de una sociedad que seguía sin entender ni aprobar. La sola mención del 21 de febrero de 1971 cambia la voz de Conchi al otro lado del teléfono desde Bristol. Es la fecha del primer partido de la selección española femenina de fútbol en La Condomina, Murcia, ante Portugal: acabó con empate a tres. Y aún escuece, aunque no por el resultado. «A nosotras nos prohibieron ponernos el escudo y al árbitro vestirse de negro. Estábamos abajo, en el vestuario, esperando a que todo empezara y ya notábamos que algo pasaba: todo se estaba retrasando mucho. El árbitro tuvo que ponerse un chándal para poder pitar. Esa era la situación que vivíamos». Jugaron aquel

partido, sí, pero como si tuvieran que pedir perdón por hacerlo. Hasta 1980 la federación española no reconoció su existencia. «Clandestinas», las llamaron. «Siempre había problemas. Con el himno, con el escudo, con nuestro movimiento…». Agrio. Sigue sabiendo agrio. Había pasado la curiosidad, la novedad de las mujeres que jugaban al fútbol. Quedaban las trabas y esa película, *Las Ibéricas F. C.*, dirigida por Pedro Masó en 1971, que seguía la línea de las «Folclóricas y finolis» y las adjetivaba a todas, incluso a ellas, que eran futbolistas a secas. O eso sólo querían.

Pero José Luis Pérez-Payá, presidente de la Real Federación Española de Fútbol cuando se disputó aquel España-Portugal en La Condomina era muy claro en el porqué de su negativa a reconocer el fútbol femenino: «No estoy en contra pero tampoco me agrada. No lo veo muy femenino desde el punto de vista estético. La mujer en camiseta y pantalón no está muy favorecida. Cualquier traje regional le sentaría mejor».

Después de aquel partido en La Condomina, siguieron otros cuatro de esa selección femenina que tenía que jugar sin el escudo de España, esa selección no reconocida, como el primer Mundial femenino, no reconocido por la FIFA y organizado por la Federación Internacional y Europea de Fútbol Femenino (FIEFF), disputado en 1970 en Turín, Italia. Una Italia que trataba de sembrar estructuras, cimientos de una profesionalización de verdad para las mujeres que jugaban al fútbol. Cuando vieron a Conchi, no la dejaron escapar: el Gamma 3, equipo histórico de Padua, la fichó para llevársela con dieciséis años. En su maleta había un cuaderno de colegio, con rayitas azuladas, en el que iba anotando sus goles. Trescientos eran ya entonces. En tres años. Trescientos desde los primeros cinco en Boetticher.

Ella fue la cuarta futbolista española, tras Luis Suárez, Luis del Sol y Joaquín Peiró, que salió al extranjero.

Nunca ha vuelto a vivir en España.

«Me fui con la mentalidad de ser profesional», dice Conchi, con la voz suave de los sueños que se encuentran. «Italia era increíble, entre los años setenta y los noventa su fútbol femenino era muy fuerte.

Cuando yo llegué, en 1973, fue justo cuando las dos federaciones que existían se unificaron en la Federazione Femminile Italia Unita Giuoco Calcio, FFIUGC».[2] Su voz se va llenando de colores. «Las mejores futbolistas estaban allí». ¿Y qué ocurrió con aquellos cimientos?, la duda brota sola. «Eres la primera que me lo pregunta. Y me alegro. Lo que ocurre es que la federación masculina, como en España, no reconoció el fútbol femenino hasta 1986. Pero la FFIUGC no quería que la masculina tomara el control, tan sólo ser oficializada como deporte autónomo. E iba por buen camino. La UEFA empezó a recomendar a las federaciones masculinas que empezaran a tomar el control. Creo que tenía miedo, sentía que nuestro movimiento se estaba descontrolando». Su conversación se acelera al calor de los recuerdos que se siguen partiendo de nuevo en la boca, como pompas de jabón que desaparecen sin rastro al estamparse en el suelo. «Y todo lo construido se derrumbó». *Ya no.* A las mujeres les tocaría volver a empezar. No caló toda su lucha, sus bretes. Boetticher quedó en una anécdota. *Ya no.* Los campos llenos, los pequeños triunfos, jugar, sentirse como los hombres, casi libres. *Ya no.* La suya era una batalla que estaba destinada a que siempre la ganara Goliat.

Las sombras se acodan en la voz de Conchi. Y pesan como el plomo. Porque ganó diez scudettos y cinco copas y vivió del balón. «Pero llegó un crac». Fue su rodilla, los ligamentos. Y una operación, y el hospital… y todos los ahorros de sus años de fútbol se esfumaron. Había, pero tampoco tanto. «Lo que yo recibía era mucho menos que lo de cualquier hombre». Sólo se ganó la vida como hacían ellos, como ellos podían elegir hacer, pero como si tuviera que seguir pidiendo perdón, a pesar de ser en su momento la mejor jugadora del mundo. «Lo era; diferente, destacada». Pero ese crac cayó sobre ella, como las miradas torvas, la falta de reconocimientos y ese nuevo apellido atado a su Amancio, «Clandestinas». «Duele. Porque no éramos clandestinas. A nosotras nos iba a ver mucha gente».

Y aún le quedarían curvas. Cuando la FIFA al fin reconoció el fútbol femenino, ese crac de su rodilla le impidió también ser convocada para el primer partido oficial de la selección española el 5 de febrero de

1983, ante Portugal también, como aquel de Murcia, pero éste ya para quedar en los libros de historia. «Me recuperé y me fui a Inglaterra». Siguió jugando porque su vida era esa, el fútbol. Lo hizo en el Arsenal, el Brighton y el Bristol como antes en el Gamma 3, la Lazio o el Verona. Veinticinco años de carrera que amarillean escritos en papeles de periódicos de la época guardados en cajones.

Mientras los reconocimientos y las disculpas oficiales siguen sin llegar, hay algo que a esa Conchi que habla poco, y siempre llamando ella desde ese *número desconocido*, nunca nadie le podrá arrebatar. Que fue la primera. La primera de verdad.

María Teresa Andreu

(Barcelona, 1952)

Sus 1,75 metros de altura sigue imponiendo, aunque los años le hayan recortado ya unos centímetros. Fue esa estatura la que llevó a María Teresa Andreu, de origen defensa, a la portería de la Penya Femenina Barcelonista, raíz en los años setenta de ese FC Barcelona Femení, primer vencedor español de la Champions League. «Para mí es un orgullo ver dónde está el fútbol femenino ahora, ver que lo que sembramos mis compañeras y yo ha germinado, que todo tuvo sentido». Los campos llenos de barro, el humo de los puros pegado a su ropa, su pelo y su piel tras tantas reuniones de hombres en las que ella era la única mujer, hasta aquel viaje Barcelona-Madrid-Barcelona en un coche utilitario para conseguir que la Real Federación Española de Fútbol las reconociera de una vez por todas de manera oficial. «No se me olvida el día. Fue el 11 de septiembre de 1980», dice María Teresa, con una sonrisa directa a la historia.

En aquel momento, aquel 11 de septiembre de 1980, ya se habían cumplido nueve años desde que ella hiciese suya la portería de esa Penya Femenina Barcelonista, un equipo al que había llegado dos años antes para ocupar un lugar en el campo y no bajo la red. «Pero Antonio Ramallets, que en ese momento era el entrenador, me puso los guantes por mi altura», arguye sin perder la sonrisa, aunque su relato esté lleno del polvo de aquellos primeros años difíciles. «No cobrábamos, vale, pero es que eso era impensable en aquel momento —comenta—. Pero no cobrábamos ni nosotras ni los entrenadores. Cuando se iba uno,

costaba un mundo encontrar a otro. Y teníamos que comprarnos nosotras las botas y las camisetas. Conseguíamos subvencionarlas con un sorteo de lotería por Navidad». También estaban los campos, las horas, la equipación, que debía durarles como mínimo dos o tres años. «Una vez fuimos a Austria para jugar un torneo internacional y pasamos treinta y siete horas de ida, y otras treinta y siete de vuelta, en un autobús al que nos subimos con la comida de casa porque no teníamos dinero para parar en un restaurante a comer, por supuesto —sigue, sin perder la sonrisa—. Pero jugábamos al fútbol». Y eso lo resume todo. Porque eso ya era mucho. Lo era todo. Jugaban al fútbol. Ellas, mujeres.

María Teresa Andreu siempre lo practicó. En su barrio, a los pies de la Sagrada Familia, rodeada de chicos, en partidos que llenaban las aceras de unas calles por las que no transitaban los coches. «Cuando salía del colegio a las doce de la mañana, porque tenía horario partido, los veía ponerse a jugar delante de una fábrica que había al lado de casa». Las carteras en el suelo como porterías, el polvo que salía de los zapatos como música de Copa de Europa, las ganas tirando de sus piernas más que las muñecas y las combas. «Tendría ocho o nueve años cuando empecé a unirme a ellos». Sólo le pusieron una condición: «Si quieres jugar, a la portería». Así comenzaría todo, en el mismo lugar donde terminó.

«Si hubiera sido mala, me habrían dicho: "Oye, que no te queremos". Pero, como en la acera las porterías no podían ser muy grandes, me apañaba y no lo hacía mal del todo», matiza. Todo pudo quedar en una mera anécdota de infancia si no hubiera sido por el anuncio que, unos días antes del 25 de diciembre de 1970, Inmaculada Cabecerán firmaría en la *Revista Barcelonista*, un semanario de la época. «Buscaba chicas de entre dieciocho y veinticinco años para formar un equipo que disputara un partido benéfico en el Camp Nou el día de Navidad», recuerda María Teresa. Sería el primero del Barcelona femenino, bautizado para aquel día Selección Ciudad de Barcelona. «Inmaculada se había dirigido a Agustí Montal i Costa, entonces presidente culé, pidiéndole que creara un equipo de mujeres que jugara un partido para acompañar a aquel

que siempre disputaba el primer equipo masculino contra un rival extranjero para recolectar juguetes. “Si eres capaz de reunir a quince chicas, os ayudo”, recibió como respuesta». Se presentaron veinticuatro tras el anuncio, veinticuatro que en el club pusieron a las órdenes de César Rodríguez y Antonio Ramallets. «La mayoría no habían tocado nunca un balón. Estaban ahí por afición: todas corrían detrás, sin ninguna estructura. César duró dos días». Ramallets, que se había retirado en 1962, sería quien les enseñaría a ordenarse sobre un campo de fútbol; unas atrás como defensas y otras en el medio y arriba, atacando, en un puñado de entrenamientos previos a aquel día de Navidad de 1970 en el que, como telón al amistoso Barcelona-Steaua de Bucarest, se estrenarían frente al Unión Deportiva Centellas para la historia, ante más de noventa mil espectadores. «Pero a lo ancho del campo y no a lo largo, ¿eh?, que se redujo el tamaño porque decían que era imposible que las chicas pudieran recorrerlo entero».

María Teresa Andreu estaba, pero en la grada.

«Me enteré un poco tarde del anuncio y no pude apuntarme», lamenta. Sí lo hizo al cabo de unos meses, en mayo de 1971, al ver que aquellas mujeres continuaban. «“Yo ya no espero más”, me dije, y allá que fui». Aunque eso significara ausentarse muchas mañanas del bufete en el que trabajaba, con dieciocho años, como secretaria. «Me escapaba, me jugaba el trabajo —asume traviesa—, pero mis compañeras me apoyaron y cubrieron mi ausencia. Además, como por la mañana los abogados estaban en los juzgados y en la oficina sólo nos quedábamos las secretarias, iba al Mini Estadi a entrenar, me duchaba rápidamente y me daba tiempo a estar de vuelta antes de que se notara mi ausencia». En casa fue diferente. «A mi padre poco más que le dio un ataque cuando le comenté que quería jugar al fútbol. No me lo prohibieron, pero me dijeron que el fútbol no era un deporte para chicas». Reseña y dibuja: «Estamos hablando de un tiempo franquista en el que el deber de una mujer era casarse y cuidar del marido y los hijos. No tenía una perspectiva de futuro como ahora, poder elegir ser jueza, abogada o lo que se quisiera».

En el deporte era aún menos, en el deporte eran la nada.

«Estaba casi prohibido que las chicas lo practicáramos. Ni siquiera podíamos matricularnos en la universidad. ¡La primera se tuvo que vestir de hombre, hacerse pasar por uno, para poder sacarse una carrera!». Aquellos tiempos eran. Pero, entre ellos, ella tuvo un aliado: su novio, quien más tarde sería su marido. «Fue el único que me apoyó. Él veía que me apasionaba». Y la alentó, aunque eso entonces no fuera común. «Uno de los grandes problemas de nuestro fútbol eran los novios, porque, cuando una se echaba novio, se retiraba». Era *o el fútbol o yo*, o sea, él, ellos. «Una chica podía ir a ver a su novio jugar cada fin de semana, pero lo contrario no estaba bien visto. Se han perdido muchas jugadoras por eso», lamenta mientras continúa su relato. Era mayo de 1971 cuando se dirigió a hablar con Ramallets.

«No me apunté en ningún sitio, fui y le pregunté si podía entrenar. "Sí, sí, trae tu ropa y vente". Porque allí cada una se la tenía que llevar de su casa». María Teresa se unió al grupo del Barcelona femenino formado tras aquel anuncio de Inmaculada Cabecerán para jugar varios amistosos antes de la Copa Pernod, que, por cierto, perderían ante el Espanyol femenino. «No lo jugué porque había otras que habían llegado antes. Lo vi desde la grada». Fue justo después que Ramallets la cambiaría de posición para convertirla en portera los doce años siguientes. «Fue pura casualidad —ríe, con esa frescura que se asemeja al rocío en una mañana de primavera— porque yo jugaba de defensa, pero hubo un partido, después de la Copa Pernod, en el que fallaron las dos que teníamos. Una porque cambió de equipo y la otra porque desapareció». «Tenemos un gran problema —oyeron decir al entrenador en el vestuario justo antes de saltar a jugar—. Falta una portera y tenemos que elegir a otra de vosotras». Entonces señaló a María Teresa. «Tú, que eres la más alta, y al menos por arriba no te meterán ninguno», ordenó sin saber que su defensa había sido portera en la calle, en los partidos de niña. «Cuando lo escuché, pensé que iba acabar en desastre, pero no». Perdieron sólo por 1-0, y de penalti, con el fútbol rodeando a María Teresa con un círculo del que ya no saldría.

Un año más tarde, Ramallets también se fue y la Penya Femenina Barcelonista se quedó con sus camisetas azulgrana y aquel escudo que

imitaba al del Barça, pero con un rombo encima, casi como únicos apoyos del club. «El Barça nos abandonó totalmente cuando él se marchó y nos tuvimos que espabilar para encontrar campos de entrenamiento, pagar árbitros y desplazamientos que casi siempre hacíamos en coches particulares». Con Ramallets habían jugado «en campos más normales». Después, sólo conocerían la noche y el barro. «Siempre en tierra. Y donde nos dejaban. En Badalona, El Prat, Esplugues de Llobregat…». En Cataluña las mujeres ya tenían una liga. No era oficial, pero se enfrentaban entre ellas desde la temporada 1971-1972. «Aunque fuera amateur, nunca paró. Los años en los que sólo había cuatro equipos hacíamos cuatro vueltas para continuar. Nos apañábamos». Era lo que tocaba. «Durante diez años estuvimos yendo a clubes masculinos a hablar con presidentes para que nos dejaran entrenar en sus instalaciones. Nos solían dejar los horarios que tenían libres, que siempre eran por la noche, de nueve a once. Y lo hacían porque éramos el Barcelona, porque siempre lo fuimos aunque lleváramos el nombre de Penya». Cuando Inmaculada Cabecerán colgó las botas («la del anuncio primigenio: se casó con un jugador del Barça y lo tuvo que dejar porque su marido no quería que ella siguiera jugando»), María Teresa se convertiría en la presidenta del equipo también por su altura.

«¡Otra vez!», y se ahueca la melena, con su peinado de siempre, el pelo castaño-cobre rozándole los hombros, detrás de la oreja. «Cuando fuimos a hacer los estatutos y legalizar la Penya Femenina Barcelonista al notario, nos acompañaba el padre de una de las jugadoras, Ricardo Gómez, que llevaba toda la organización del equipo y las fichas. Para nosotras era el presidente». Cinco de ellas iban con él para firmar como vocales debajo de su nombre. Pero, al llegar allí, sorpresa: «El notario nos dijo que si la Penya era femenina él no podía poner al frente a un hombre. "¿Qué hacemos?", nos miramos. No nos poníamos de acuerdo. "Esto lo arreglo yo", escuchamos decir de pronto al notario». Y las colocó como si fuesen los Dalton, de la más alta a la más baja. «La más alta, presidenta, la segunda más alta, secretaria, y así sucesivamente», estableció. «Y la más alta era yo», se carcajea María Teresa. Un cargo

que sólo le acarrearía obligaciones y gastos: «Me tocaba llevarme toda la ropa a casa después de los partidos y lavarla». También descubrió que le gustaba organizar, y que tenía mano para ello. «Contacté con una organización sindicalista, Educación y Descanso, para tener árbitros y una mutualidad médica por si había una lesión, para protegernos de algún modo».

Con el fin del franquismo y la llegada de la Constitución, en septiembre de 1980, María Teresa se vería de pronto en un coche con un ejemplar de la Carta Magna y cuatro personas, tres mujeres representantes de equipos catalanes y dos hombres, camino a Madrid. Tenía los dedos sobre dos artículos: el 14, que igualaba a todos los españoles, sin distinguir su raza, religión o género, y el apartado primero del 35, que equiparaba sus derechos. El destino era la sede de la Real Federación Española de Fútbol: su objetivo era reivindicar, mediante aquellos artículos, que legalizaran de una vez el fútbol femenino.

«Era un Renault, aunque no recuerdo el modelo —rememora—. Íbamos el conductor, representante del Athenas, una representante del Espanyol, una de otro equipo que había, un político y yo, como representante del Barça». El penúltimo era del PSOE de Tarragona y hermano de una de las jugadoras del Espanyol. Con su presencia, buscaban darle más fuerza a la reivindicación. «Fuimos convencidísimos de que la federación nos iba a tomar en serio, que no podía estar en contra de lo que decía la Constitución». Pero, al llegar a Madrid, portazo. «Agustín Domínguez, entonces secretario general, nos echó de su despacho gritando: "¡Fuera de aquí! ¡Y no volváis ni con políticos ni con Constituciones, que aquí hacemos lo que nos da la gana!". ¿Y ahora qué?», cuenta María Teresa Andreu que se preguntaron los cinco mirándose las ojeras, a diez horas de Barcelona, con la ropa arrugada después de haber pasado la noche en un coche en marcha. «Entonces alguien, no recuerdo quién, habló de un periodista que trabajaba en la Cadena SER, en *Hora 25*, por la tarde, que estaba muy en contra de la federación y su presidente, Pablo Porta». Ese periodista era José María García. «Nos dieron el teléfono y lo llamamos

para contarle lo que nos había ocurrido». Esa puerta sí la encontraron abierta, pero con un asterisco.

«Nos dijo que en ese momento no nos podía grabar, pero que el tema le interesaba muchísimo y quería entrevistarnos en su programa. Nos dio dos opciones: entrar en directo desde Madrid o desde Barcelona». Para lo primero tenían que esperar diez horas en la calle. Para lo segundo, conducirlas. «No había móviles, no había nada, sólo cabinas». Se miraron los cinco y de un salto regresaron al tetris del coche para despedirse de la capital al grito de «¡Arranca!». «Si éramos capaces de llegar a los estudios de la Cadena SER en Barcelona mientras hacía la conexión, entraríamos esa misma tarde en directo… Así que sólo paramos para repostar», se desternilla con esa risa con la que suele recordarse la tensión cuando ha pasado (y ha salido bien). «Llegamos. Llegamos justos, pero llegamos y denunciamos. Se montó una…».

Poco más de un mes después, el 21 de octubre de 1980, la Real Federación Española de Fútbol reconoció de manera oficial el fútbol femenino. Y un año más tarde, en 1981, mientras María Teresa Andreu combinaba la portería de la Penya Femenina Barcelonista con la presidencia del Comité del Fútbol Femenino de la Federación Catalana de Fútbol, recibió una llamada. «"En Madrid quieren verte para hablar contigo", me dijo un miembro de la catalana, que era muy serio, al otro lado del teléfono». Miró la fecha en el calendario antes de responder, 28 de diciembre. «¿En Madrid? ¿A mí? Oye, ¿no me estarás gastando una inocentada?». No lo era. Aquel hombre pocas veces había hablado más en serio en su vida.

«Me proponían ser la presidenta nacional del Comité del Fútbol Femenino». Pablo Porta quería una mujer al frente. La apuesta de la federación por Antonio Alberca nada más legalizarlo había fallado. «Sólo le interesaba el fútbol sala. En un año, desde finales de 1980 y todo 1981, no había hecho nada por el femenino. Pero, cuando digo nada, me refiero a que no hizo absolutamente nada». Ponerlo en pie le tocaría a ella, su sustituta y presidenta nacional desde enero de 1982. «Me retiré del campo. No me parecía ético combinar ambas cosas, aunque en el comité catalán sí pude continuar». Le tocó remangarse,

porque la tarea que tenía por delante le llenaría de barro las ruedas del coche y no sólo el tambor de la lavadora.

«La única comunidad autónoma donde ya había una estructura era Cataluña, con esa liga que estaba en activo desde 1971, pero en el resto de España no había nada organizado». «Ese es tu trabajo», le dijeron. Y se lanzó a la carretera para visitar las diecisiete federaciones territoriales. Logró conquistar catorce. «Yo tenía claro que sólo necesitaba tres cosas para impulsarlo. En aquel momento no había dinero, de hecho nunca cobré nada, jamás, tan sólo las dietas que me daban para un bocadillo en el aeropuerto cuando cogía el puente aéreo Madrid-Barcelona». Al poco tiempo, José Luis Núñez, entonces presidente azulgrana, aconsejó a la Penya Femenina Barcelonista que se cambiara de nombre y fuera Club Femenino Barcelona, las mismas siglas que el FC Barcelona pero a la inversa, CF Barcelona, lo más similar para representar al Barça. María Teresa, entonces, ya pronosticaba que el fútbol femenino no arrancaría de verdad hasta que todos los clubes grandes no lo integrasen en sus organigramas, no llegaran la televisión y los medios y las jugadoras no fuesen profesionales.

«Desde 1985 algunas pocas futbolistas empezaron a cobrar, pero con sueldos que rondaban las 3.000 pesetas [18 euros]», tan escasos que parecían propinas. Su fútbol no dejaba de ser anécdota, a pesar de toda la gasolina que gastaba María Teresa, y todo el humo de puros ajenos que se tragaba en reuniones en las que sólo respiraba tabaco. E indiferencia. «Una vez al mes nos convocaban en la federación a los del Comité de Fútbol Aficionado (que abarcaba el juvenil, el infantil, el aficionado, el sala y el femenino). Yo era la única mujer, la última que hablaba y la que no fumaba». Lo suyo siempre lo último, cuando a los demás, justo, les salía el avión. «Total, que siempre los tenía que escuchar a ellos, que no dejaban de fumar puros y cigarrillos, pero ellos nunca a mí». Hasta que un día dio un golpe en la mesa y se quejó: al mes siguiente fue la primera en hablar en las reuniones mensuales. «Así era, seguía siendo, luchando, arañando cada cosa que se podía. Recuerdo que una vez en el Camp Nou me encontré con Jorge Valdano,

que entonces era director deportivo del Real Madrid. “Oye, la mayoría de los equipos masculinos tienen femeninos, es necesario que se una a esto el Real Madrid, sería un gran impulso”, le espeté. Porque el Espanyol, el Barcelona y el Atlético de Madrid ya estaban ahí», desvela María Teresa que le dijo al argentino. «Imposible. Primero porque no tenemos campos para que se entrenen todos los equipos y, segundo, porque no voy a quitar un alevín del que me puede salir un futbolista para el primer equipo para poner uno femenino, que sé que nunca me dará uno», recibiría como respuesta.

En el Barcelona, sin embargo, su insistencia sí germinaría. Joan Gaspart, de quien María Teresa Andreu sería directiva, convertiría el Club Femenino Barcelona en la sección femenina del Barça como uno más de sus equipos de fútbol el 17 de julio de 2002. Un equipo de mujeres que, en 2015, el club profesionalizó inyectándole personal, técnicos, medios y dinero. Ocho años más tarde, con las copas de dos Champions League en sus vitrinas, era el club femenino que más ingresos generaba en Europa, según un estudio de Deloitte.[3] Ese al que María Teresa Andreu, de vuelta a la grada y con sus 1,75 metros de altura ya un poco menguados, no puede evitar mirar como sólo una madre puede mirar a un hijo que vuela. Solo y alto. Altísimo y libre al fin de verdad.

Pepa Senante

(Madrid, 1943)

«Que nos mandaran a fregar era tan habitual que dejamos de oírlo». Estaba, existía, se escuchaba en las gradas, pero ellas jugaban igual, como si con ellas no fuera. «Eran peores los paraguazos», lamenta Pepa Senante cincuenta años después, una tarde de diciembre de 2022, entre risas. Porque los hubo, los golpes de paraguas sobre sus cabezas que provenían de un público aullando como una jauría de lobos, tratando de enviarlas a casa. Pero ni con ésas. Pepa Senante, esa mujer de poco más de metro y medio hoy, pelo corto y cano que recuerda a todas las abuelitas de los cuentos, tiernas y dulces, fue capitana de la selección femenina española de baloncesto que jugó su primer partido el 16 de junio de 1963 ante Suiza, en Malgrat de Mar, Barcelona. Las crónicas de entonces cuentan que había dos mil personas en la grada. «¿Dos mil? Ay, lo no sé. No sé cuánta gente había. Ni siquiera me percaté de que fuésemos la primera selección, no tenía ni idea de eso. Yo sólo pensaba en la suerte que tenía por haber entrado en la selección española de baloncesto. Recuerdo que estaba como en una nube. El partido fue al aire libre, con canastas de madera y balón de cuero. Recuerdo eso, y que perdimos», vuelve a reír. El marcador 31-40, pero el foco se dirigía hacia un lugar que hasta entonces permanecía en las sombras: la mujer existía en el deporte, y también jugaba al baloncesto.

Dos días más tarde ese equipo que ella capitaneaba se resarciría: victoria 47-39 ya a cubierto, en el Gran Price catalán. Pepa no guarda en su casa la camiseta que llevó aquel día, con el número 15 y el

escudo de España al pecho. Imposible. No las dejaron. «En los partidos de la selección lo que te daban era la parte de arriba del chándal y una camiseta roja. Después de usarlas había que devolverlas». En aquellos primeros partidos ellas jugaban con faldas de tablas, como las de uniforme de colegio. El balón parecía de voleibol más que de baloncesto, con unas correas que lo ataban y hacían daño en las manos al botarlo. «Como te tocase la correa, estabas perdida…».

Lo que las crónicas de aquel partido en Malgrat de Mar no contaron, sin embargo, es que, antes del comienzo, las jugadoras de la selección se habían hecho la cama y lavado la ropa ellas mismas. «No barríamos porque no coincidía, que, si no, también…».

Pepa Senante medía entonces 1,60 metros, era base, y, aunque comandó durante ocho años a aquella selección que formaba con otras once mujeres (Mabel Martínez, Isabel Gómez de Frutos, Antonia Gimeno, Mari Cruz Hurtado de Mendoza, Teresa Pérez Villota, Montserrat Bobé, María Luisa Rosales, Angelines Gómez, Margarita Tamayo, Isabel Díez de Lastra y Luisa Puentes), su huella es muy tenue, tan sólo resaltada en negrita en los periódicos de entonces. Nunca cobró del baloncesto. «Sólo en uno de mis últimos partidos, ante la selección de Cuba, en el Canoe de Madrid, nos dieron una dieta de 600 pesetas [poco más de 3 euros]. Nosotras jugábamos porque nos gustaba, porque nos llenaba, no por otra cosa». Bastante habían logrado con que las dejaran.

Y eso que a ella lo que de verdad le entusiasmaba era el hockey sobre patines. «Pero entonces, cuando yo era niña, no había entrenadoras, y a las monjas de mi colegio, el Jesús María, no les hacía ninguna gracia que nos entrenase un hombre». Había cumplido once años cuando conoció a Margarita «Ita» Poza, profesora de Educación Física y jugadora de baloncesto en los años cincuenta. «Estaba en el Jesús María, en la Asunción, en Velázquez, en Santa Isabel… Cuando salimos del colegio nos comentó si queríamos juntarnos para hacer un equipo de mujeres». Se llamaría CREFF, Colegios Reunidos de Educación Física, y aglutinaría a sus mejores alumnas, Pepa entre ellas. «Ita lo hacía todo. Era entrenadora, preparadora física. Nos juntábamos cuatro

días a la semana, cinco a veces, pero siempre con bajas. Todas estudiábamos o trabajábamos, y eso estaba primero». El campo de entrenamiento era el patio de su propio colegio. «Una vez se le ocurrió llevarnos a correr a la Casa de Campo con Bernardino Lombao, campeón de atletismo de 1.500 metros. Yo me sentía como en un chiste de Gila, de la Casa de Campo a casa y de casa a la Casa de Campo…». Precisamente, vestida con la camiseta del CREFF, saldría Pepa por primera vez de Madrid para jugar al baloncesto por España. «Recuerdo aquellos viajes de doce horas a A Coruña en un tren que llamábamos "de los indios", tan lento, tan largo; cada una se llevaba la comida de casa: unas, tortillas; otras, bocadillos, bolas de coco…». Como una merendola en un juego de niñas que en ese traqueteo infinito fingían vivir con la libertad de los chicos. Las más altas, las hermanas Couchoud, no superaban los 1,75 metros. «Ay, a mí aún no me habían encogido los años», lamenta Pepa, con una vocecilla que abraza, mientras con los dedos va pasando páginas de un álbum en su casa de Moratalaz. Y saca también su archivo de periódicos viejos, guardados como si fueran cuadros de Picasso, testigos de su historia, un epígrafe casi secreto de la propia historia de España.

Aquel CREFF de Ita fue el germen de la primera selección de baloncesto. «Hubo una concentración en la Ciudad Universitaria. Vino gente de Barcelona, de Valencia, de Cote, de Granada… Hay descartes, tú sigues». Al frente, por supuesto, no estaría su entrenadora, sino un hombre, Cholo Méndez. «No jugaríamos muchos partidos, en realidad. Alrededor de ocho en nueve años. No teníamos continuidad». A veces, ni siquiera vestuarios propios en los pabellones para cambiarse. «Me acuerdo de un partido en Rumanía (¿o era en Polonia?). Las duchas de los vestuarios eran comunes. ¡Estaba el equipo rival y también nosotras! Nos las encontramos cuando nos fuimos a duchar, y fue un shock». Y ellas un Guadiana que iba y venía en el deporte español. Seguían jugando sólo por jugar. La selección masculina les llevaba muchos años de ventaja: su primer partido oficial se había jugado en abril de 1935 y en su primer europeo alcanzarían la plata. Eran hombres, se podían dedicar sólo a jugar.

«A nosotras nos consideraban chicotes, pero la sociedad fue cediendo poco a poco. Recuerdo que en los campeonatos escolares cada vez había más gente viéndonos». Aunque algunos lo hicieran con el paraguas en la mano, con reproches e insultos que salían de grandes bocas abiertas de las que sólo asomaban dientes. «Nos pasó en un partido en Granada. Era al aire libre, al lado de Los Cármenes. Programaron el nuestro cuando más o menos acababa el de fútbol y, entonces, los hombres que ya estaban allí se quedaron. Estabas en el banquillo y el público, pegado a ti, detrás. Recuerdo que protestamos, no sé sobre qué, y nos dieron en la cabeza con un paraguas». Un golpe acompañado de ese verbo que, de tan común, habían dejado de escuchar: fregar.

Era 1971 y Pepa tenía veintiocho años cuando colgaba las botas. Un malentendido la empujó. Su marido, Miguel Ángel Calleja, escribía sobre baloncesto en el diario *Marca* e hizo una crítica ácida de un partido de liga en el que el equipo de su mujer había jugado muy mal. A Ita le pareció una afrenta. «Me pidieron, ella y más gente, que hablara con él. Yo me negué. A raíz de eso las cosas se pusieron ásperas». Lo dejó, aunque años después volvería a ser pionera, esta vez en televisión, convirtiéndose en la primera exjugadora de baloncesto en comentar partidos. Sucedió durante los Juegos Olímpicos de Barcelona, en 1992, para RTVE. Por aquel entonces ya hablaba de una tal Amaya Valdemoro, una chica que acababa de debutar en la Primera División de la liga femenina de baloncesto en España. La llamaba, cariñosamente, nieta. Aunque no de sangre, lo era, lo era, lo era. Lo fue.

Sagrario Aguado
(Madrid, 1949)

«Hacía dos años que el atletismo había dejado de estar prohibido para las mujeres cuando yo empecé a practicarlo». Nunca hubo una ley o reglamento que lo hiciera, pero lo estaba, *de facto*. Los últimos campeonatos de España se habían celebrado en 1935 y no se reanudaron hasta 1963. Sagrario Aguado mantiene la mirada verde chispeante de aquellos dieciséis años que tenía en 1965, en los setenta y cuatro de ahora, además de una forma física envidiable a pesar del ictus que sufrió en 2022, que le dejó acorchados, «como tontos, dormidos», tres dedos de una mano que muestra con un leve lamento, por el tiempo que se va y no vuelve, en esta mañana de un abril sin lluvias que no se notan en el jardín de su casa en Aravaca, Madrid, de otro verde, cuatro o cinco tonos más oscuros que el de sus ojos salpicados de arrugas. La cabeza se mantiene intacta y llena de esos recuerdos que la convirtieron en una de las pioneras del atletismo español, aunque se quedara a unos centímetros de alcanzar unos Juegos. Unos centímetros infinitos, que la exiliaron de la historia olímpica, a diferencia de Carmen Valero, que logró participar en unos (Montreal 1976) para ser la primera de las atletas españolas que lo hacía. Eso sí, cuando Ruth Beitia saltó 1,97 metros para proclamarse campeona olímpica, la primera en la historia del atletismo español, en Río 2016, llevaba en su corazón a Sagrario Aguado. «En alguna ocasión se lo he dicho a Ruth: “Anda, guapa, mira qué suerte has tenido…, porque la que empezó a saltar así fui yo, te lo puse en bandeja”», revela

Sagrario en un chascarrillo que brota de su boca como la caricia de una madre a una hija, que es lo que en realidad son, aunque sin vínculos de sangre. El suyo es otro tipo de cordón umbilical irrompible, el del atletismo, el del salto de altura. Bautizado con el nombre de un estilo: el Fosbury.

«Me quedé sin padre con dieciséis», apunta Sagrario para fechar su propio comienzo, ese año 1965 precedido por un picotear en muchos deportes. «Tenía condiciones, físico, aptitudes… Te parecerá curioso, pero desde el colegio hacía bailes regionales y baloncesto». También tenía carácter y, lo más importante, confianza familiar: «A mí nadie me prohibió nada. Lo único que me decían era que estudiase». Por eso pudo desarrollar dos versiones de sí misma a la vez, la de los libros y la de la pista. Un mes después de morir su padre comenzó a trabajar. «Acababa de terminar el Bachillerato y me pareció que ya tenía edad para ello». Gracias a su hermana encontró trabajo y, también gracias a su hermana, continuó haciendo aquello que más le gustaba: deporte. «Ella tenía unos amigos en el antiguo SEU [el Sindicato Español Universitario] que se iban a competir a Budapest y necesitaban ayuda con unas acreditaciones. En una conversación, ella les habló de mí, de lo que me gustaba el deporte. "Que venga y le hacemos una prueba", le dijeron, y me citaron en la catedral de la Almudena», dice Sagrario, sin saber que esa sería una invitación a la historia.

Que, gracias a ésta, formaría parte de la generación de mujeres que construirían sobre las ruinas que el tajo de la Guerra Civil había dejado en el deporte femenino español. Porque antes de la contienda, en los inicios del siglo XX, éste ya afloraba con marcas y récords en el atletismo. Mujeres como Margot Moles, contemporánea de Lilí Álvarez, apenas unos años menor, pero también multidisciplinar y *salmón*, de esas que nadaban a contracorriente para abrirse camino en una sociedad llena de muros, de noes, de corrientes en contra. Practicó baloncesto, tenis, motociclismo y equitación. Destacó en hockey, natación, esquí y atletismo. Fue la primera española en participar en unos Juegos Olímpicos de Invierno, los de Garmisch-Partenkirchen 1936; durante cuarenta y tres años, entre 1932 y 1975, ostentó la mejor

marca de lanzamiento de martillo[4] y se convirtió en una de esas seis pioneras en el atletismo en Madrid, en el campo de la Sociedad Atlética, sin que entonces no hubiera, ni de lejos, deporte profesional para las mujeres. Estaban también su hermana Lucinda y Aurora Villa (con una trayectoria multidisciplinar similar: baloncesto, balonmano, esquí, entre otros deportes), con quienes fundó el Real Canoe Natación Club de Madrid, y fue vencedora de dos pruebas, la de velocidad y la de salto de altura, en la primera exhibición de atletismo femenino en España celebrada en 1929. Pero llegó la guerra y Margot tuvo que dedicarse a bordar y Aurora Villa, la primera licenciada en Medicina en España, se marchó a Londres para especializarse en oftalmología infantil. Y la guerra acabó, pero ellas no pudieron volver a las pistas porque el régimen franquista alegaba que el atletismo «masculinizaba», que las alejaba «de su función natural»: «la maternidad». Nacer, crecer, reproducirse y morir. Y ya. Lilí, las hermanas Moles y Aurora se olvidaron bajo los cascotes de un país derruido hasta que, en 1962, España organizó en Madrid los Juegos Atléticos Hispanoamericanos y comprobó que era el único participante sin mujeres en atletismo. Un año más tarde la Delegación Nacional de Deportes de la Falange encargaba, a través de la Sección Femenina, a dos entrenadores primerizos, José Manuel Ballesteros y Bernardino Lombao, una odisea que convirtieron en proeza: buscar atletas donde no las había. Comenzaron a hacer pruebas en la catedral de la Almudena. Allí donde un día, dos años después, se presentó Sagrario Aguado.

«Ballesteros y Lombao lo llevaron a la Almudena porque allí era donde se hacía educación física para mujeres y allí empezaron», desliza Sagrario antes de que su marido, Nacho, se acerque a la conversación al escuchar el apellido Lombao. Ella continúa con esa voz clara, educada y firme, con un reproche en la lengua alrededor de aquello que vivió: «Cuando se critica tanto a la Sección Femenina tengo la sensación de que los jóvenes de ahora hablan sin tener ni idea de nada. Toda mi carrera transcurrió en la época franquista, de 1965 a 1975, y no tuve ningún problema. Entonces cada uno estaba en su sitio. Jamás he formado parte de la Sección Femenina, pero también fueron los que

recuperaron los bailes regionales, con quienes se empezó a hacer un poco de deporte [el baloncesto con aquellos equipos en los colegios, el CREFF Madrid…] y los encargados de llevar a los pueblos la higiene y la educación, que me río yo de la de ahora, que la gente no sabe ni comer». Se detiene un segundo y prosigue, como si hubiera tomado un vaso de agua invisible para recuperar resuello: «Que no quiero decir que no tuvieran defectos, como todos, pero yo no puedo hablar mal». Por eso, si una vez dijo en una entrevista: «En mi época, ver a una mujer con chándal era como ver al demonio», ahora matiza. «Vamos a ver, en eso también hay un tabú. Yo habló por mí, no puedo hacerlo por los demás, pero no he tenido nunca un problema. Sí que es verdad que vestía con chándal y eso chocaba, porque estaba esa mentalidad de que el deporte era poco femenino, una tontería como la copa de un pino, pero a mí me entrevistaban, salía en los medios y me sentía muy bien tratada». Guarda páginas y páginas de periódicos en las que se refieren a ella como la Bella Atleta, por sus ojos verdes, sus 1,73 metros de altura y su complexión atlética, con uno de esos cuerpos de fibras largas que llegaron al mundo para practicar deporte.

«En casa no tuve ningún problema. Ni mi familia ni los compañeros me pusieron trabas». Por eso otra palabra vuelve a contraerle el ceño cuando aparece: «¿Los pololos? Eso es una historia que la gente se ha inventado. Cuando yo empecé, a los catorce años, jugaba con unos shorts de espuma, pero ¿pololos? Sólo los he usado en la época del baloncesto en el colegio, y poco, porque enseguida pasamos a pantalones y faldita corta y plisada del mismo color. Una vez vinieron a entrevistarme y pensaban que se iban a encontrar a una señora con el pañuelo en la cabeza por eso de los pololos. Pero, nada, llevaba shorts en baloncesto y también en atletismo», apunta. «Y sin ningún problema», insiste, antes de que la historia regrese al punto en el que se había quedado al acercarse su marido. El apellido Lombao.

«Fue un hombre muy querido y envidiado que llegó al atletismo tras triunfar en el baloncesto. Tenía una gran imaginación…». Describe entre exclamaciones el vigor del que sería para siempre su entrenador, ese hombre que hizo de la Casa de Campo un gimnasio mientras

ametrallaba con órdenes que salían como perdigones de su boca, coronada por un característico, enorme y poblado bigote. «¡Flexiones, sentadillas, carreras!». «Desgraciadamente ya no está», interviene Nacho, dejando tras de sí un silencio que se posa a la vez sobre los dos. Su mirada se traslada a esa caseta en el fondo del jardín que una vez el preparador físico llenó de redes para que no se escaparan las bolas mientras aprendía a jugar al golf por una apuesta. «Era un loco maravilloso. Nunca le importó el dinero. "Sale de debajo de las piedras", decía», recuerda Sagrario. «Está enterrado debajo de un árbol en la carretera», desvela Nacho, como si nada como eso pudiera contarlo mejor. «Fue por Lombao por quien pregunté cuando llegué aquella primera vez a la catedral de la Almudena, "Soy la hermana de…", y empecé a entrenar los martes y los jueves hasta las dos y media porque en el grupo que se montó la mayoría eran universitarias». Sagrario era la más pequeña, pero también la que saltaba más alto. «El segundo día me pusieron un saltómetro y marqué 1,25 metros, a tijera. "Oye, pues tienes buen bote", me diría Lombao, y entre nosotros quedaría firmado un contrato para siempre». Porque Sagrario haría de todo, «en aquella época ya me dirás, no te especializabas»: longitud, velocidad, vallas y pentatlón, que combinaba con el baloncesto, donde era pívot del club Medina Almudena, con el que alcanzaría la Primera División femenina. Pero sobre todo botaría, y Lombao la convertiría en la mujer con la que cambiaría para siempre el salto de altura en España.

«Cuando empecé se saltaba a rodillo, la forma tradicional: envolvías el listón como una croqueta, dabas la vuelta y caías de espaldas. Recuerdo el primer día. Me hicieron un montoncito de tierra y dije: "¿Y eso? ¿Cómo voy a saltar yo ahí?". Te pegabas unas costaladas… Pero era así. Luego mejoramos un poco, con unos sacos de gomaespuma que aliviaban el golpe, salvo como te dieras con las costuras…». Entonces llegaron los Juegos de México 1968 y el salto de aquel atleta estadounidense, Dick Fosbury, que en vez de envolver el listón hacia delante lo hizo de espaldas.[5] A nueve mil kilómetros de distancia, Sagrario Aguado se quedó fascinada delante del televisor mientras que

a Bernardino Lombao se le encendía una bombilla. «Vamos a probar a saltar como él», propondría poco después. «Por eso digo que era un loco maravilloso. Con lo que había, los sacos, la gomaespuma, no era posible, te podías quedar paralítica. Si lo de Fosbury fue en octubre, esperamos al verano, al buen tiempo, y él ideó que entrenáramos en las piscinas universitarias una hora cada día después de que cerraran al público». Una toalla haría de listón para aquellos primeros saltos de Sagrario de espaldas al agua. «La expectación era tal que cada vez había más gente viendo los entrenamientos». Cuando estuvo lista, su entrenador consiguió importar a España el primer foso, similar a los que se siguen utilizando ahora para pértiga y altura.

Nacho ríe inconsciente con esa anécdota que remite a su padre. «Mi suegro —comienza Sagrario— estaba en el Ministerio de Comercio y llevaba todo el tema de las importaciones. Era un hombre así». Muestra el meñique recto, rectísimo como una lanza en vertical. «Un día llegó Lombao a casa y le dijo: "Jefe, que tengo que traer un foso de una subasta en Italia, ¿cómo lo hago?". Mi suegro le explicó el papeleo, el proceso. "No, no, cómo voy a hacer yo eso, ¡tardo un año!". De repente, a los pocos días, apareció otra vez Lombao: "Jefe, que ya tengo el foso". "¿Cómo?", preguntó escandalizado mi padre», ríe Nacho, que ha tomado las riendas de la conversación. «Como no lo quería nadie, he pujado y me lo he traído», escucharían los tres, el padre, el hijo y la nuera. Sagrario lo estrenaría, convirtiéndose así en la primera española en saltar de espaldas en altura, a lo Fosbury.

Dominó esa especialidad durante una década, con doce récords nacionales al aire libre donde elevó la plusmarca diecinueve centímetros (de 1,54 metros en 1967 a 1,73 metros en 1975) y once en pista cubierta (donde lo elevó de 1,50 metros en 1967 a 1,69 metros en 1975), además de ganar doce títulos (seis en cada categoría). Y sin dejar de trabajar en esa otra versión de sí misma que nunca abandonaría, la de los libros. «Por eso, quizá, no me resultó tan difícil lo del día después», susurra, como el aire que de repente se levanta frío en esta mañana de abril para erizar la piel en su jardín. A finales de los sesenta compró un Seat 600 para ir al trabajo (de ocho a tres de la

tarde), para entrenar (de cuatro a cinco y media) y para estudiar (de siete a diez de la noche). Antes, en 1966, había desfilado en el estadio del Manzanares como parte de una sección femenina de atletismo del Atlético de Madrid ideada por su entonces presidente, Vicente Calderón. Después, en 1972, rozaría los Juegos Olímpicos de Múnich. «Me quedé a un centímetro», gimotea.[6] «Esa fue mi mayor espinita. Pero a nivel internacional la diferencia era un abismo. Para competir en casa valía, pero cuando salías te dabas cuenta de que éramos bastante malas». Era el precio a pagar por quien sólo lograba rascar apenas dos horas de sus atareadas jornadas para el deporte. «Ese mismo año, en un torneo en Zagreb, vi a la búlgara Yordanka Blagoyeva superar el récord del mundo. Yo quedé tercera. Ella alcanzó 1,94 metros». 1,66 metros fue la marca de Sagrario.

«Me retiré poco después». Ya casada, ya con un hijo. «En eso también me siento un poco pionera, porque después de dar a luz volví a competir. El niño aprendió a andar en lo que hoy es INEF, en la sala que fue su primer gimnasio, agarrado a las espalderas, mientras yo conciliaba». En 1975 se planteó ir a por el segundo. Ella no había dejado de trabajar, primero en una financiera del Banco Hispanoamericano, después en la Escuela de Organización Industrial (EOI, donde estuvo quince años), más tarde en Patentes y Marcas… y todo ello sin dejar de entrenar. «Del deporte sólo cobré un año», indica Sagrario mientras el verde de sus ojos palidece un segundo al silabear esa sentencia que cae como un ladrillazo sobre la mayoría de las *mujeres salmón*: «Del deporte no podías vivir. No es como ahora, que podemos presumir… Antes no había ni patrocinios ni nada. Sólo en mi último año, durante la temporada 1974-1975, tuve una beca de 4.000 pesetas al mes [unos 24 euros], que sería cosa de Lombao». Y que gastaba en gasolina, en las idas y venidas en su Seat 600.

Pero estudiar hizo que ese día después del deporte no le costara. Que ese día después sí le permitiera vivir del deporte. Porque asesoró al Secretario de Estado en 1992 —en una labor que antes desempeñaron, entre otros, la esquiadora Blanca Fernández Ochoa y el futbolista Emilio Butragueño—. Porque pudo colaborar con el Comité Olímpico

Español (COE) en el Departamento de Relaciones Externas y Protocolo para quitarse la espinita olímpica. Porque aquello la llevó a Barcelona 1992, a Atlanta 1996, a Sídney 2000 y a Atenas 2004. «¡Me ofrecieron hasta un programa en la tele! Un programa para la familia, de preparación física, en la época que empezaba el aeróbic», dice. Pero dijo que no. Sagrario necesitaba un permiso en el trabajo que no sabía si le concederían. Mientras lo esperaba, encontraron a otra. «Eva Nasarre», anuncia como el mago que saca del sombrero el conejo. Un nombre que se convertiría en un icono en la televisión española de los años ochenta, con sus mallas coloridas, sus calentadores y sus cintas en el pelo, igual que el apellido Fosbury en el atletismo, mientras la segunda hija de Sagrario aprendía a caminar. Sin agarrarse a ninguna espaldera de gimnasio.

Amaya Valdemoro

(Alcobendas, Madrid, 1976)

En la mirada de la chica se advierte una sorpresa mayúscula cuando, al darse la vuelta, comprueba quién es la mujer que acaba de tocarle el hombro en la fila del Starbucks de un centro comercial en Alcobendas con un «perdona el retraso»: se topa de bruces con Amaya Valdemoro, que viene con prisa del pádel y llena todo el espacio con sus 1,82 metros de altura. «No, te has confundido», acierta a decir la chica con una timidez que le hace bajar los ojos y frenar en la boca el deseo de pedirle una foto en estos tiempos en los que las cosas no han ocurrido si no se registran en TikTok o Instagram. Cuando se decide, ya es tarde. Cuando se decide, «Amaya, la del baloncesto; Amaya, la que comenta en la tele», ya está lejos, sentada en una mesa del fondo con un café *latte* grande en taza en la mano, y charlando con quien había quedado, ante la luz roja de una grabadora encendida. Su mirada está puesta sobre esa Alcobendas al otro lado del cristal, esa Alcobendas que, en 2013, la declaraba hija predilecta y bautizaba con su nombre un pabellón de deportes. Amaya, la considerada mejor jugadora española de baloncesto de todos los tiempos. «No me corresponde a mí decirlo, claro, pero sí que me he dado cuenta, una vez retirada, de que me ha tocado abrir muchas puertas», señala, antes de retroceder al inicio, adonde todo comenzó: una pista de atletismo.

«Yo, desde muy pequeñita, soñaba con ser deportista. Igual que hay otros que quieren ser artistas, yo sabía eso». Todos los deportes que practicaba se le daban muy bien. Pasaba los días jugando al pillapilla o

al rescate con los chicos, en el patio del colegio Príncipe de Asturias, aunque por detrás la persiguieran esos apelativos de «marimacho» que ella decidía no escuchar. Habían pasado los Juegos Olímpicos de Los Ángeles 1984 y viéndolos en la tele había descubierto al mediofondista José Luis González. Después llegaría Fermín Cacho y su oro en los de Barcelona 1992 y su único deseo sería ser como él: campeona olímpica en los 1.500. «En mi época no existía tanta oferta de deportes como ahora. Estaban el atletismo, el tenis (si tenías dinero), el voleibol, el baloncesto y poco más. Otros, como el fútbol, estaban muy mal vistos para nosotras». No había deportes, ni tampoco referentes en femenino. «Ninguna mujer. Todo eran hombres». Aunque sí las hubiera, claro, pero aún en minúsculas y siempre al final; eran mujeres de las que un día se hablaba y al otro ya no.

A los doce años, Amaya llevaba ya cuatro practicando de todo en atletismo («desde cross hasta lanzamientos, pasando por salto de altura»), pero descubrió el baloncesto. «Jugaba en los cadetes de la Complutense». Compatibilizaría ambos deportes hasta que, dos años más tarde, una apuesta la haría decantarse por el segundo. Fue entre sus padres y los de otra chica, Raquel Ros, recién fichada por el Universidad de Salamanca.[7] «Dijeron que, si a mí me veían en una prueba, también me ficharían». Y así sucedió. Fue, probó, la ficharon. Amaya Valdemoro se mudaría entonces a un piso en Salamanca (en una residencia no la admitían porque no tenía aún la edad) con dos chicas cuatro años mayores que ella para jugar en un equipo profesional de baloncesto. «Bueno, profesional de la época», apunta. Estaría un año. Recuerda que, al llegar a una ciudad extraña para iniciar su propio camino, no lloró cuando sus padres se fueron y la dejaron allí, tan pequeña, con apenas catorce años. «Ellos sí, muchísimo». Comenzaban los años noventa, sin móviles, sin videollamadas, sin WhatsApp, sin nada que acortara las distancias físicas, a veces tan grandes e insoportables. «Era toda una experiencia, una historia comunicarse. Tenía que ir a una cafetería para llamarlos». Y medir lo que hablaba en pasos que luego le cobrarían en pesetas.

«Aquel año ascendimos a Primera División, a lo que hoy es la liga

femenina», repasa. Pero ella no se quedó para vivirlo. «No entendí que el propio club propiciase mi salida con la oferta que me hicieron para seguir, cuando mi labor había sido clave en los partidos decisivos». Le tocaría hacer otra maleta, otro viaje, otra prueba, ahora con el Dorna Godella, en Valencia, que comenzaría su particular edad de oro al lograr la Liga, la Copa, la Copa de Europa y el Mundial de Clubes, con esa jovencísima Amaya formando parte. En 1995 volvería dos años a Salamanca para ser subcampeona de España y fichar por el Pool Getafe, con el que ganaría una Liga, una Copa, sería subcampeona de Europa…, y unas cintas VHS terminarían llevándola lejos, allá donde ninguna otra mujer en el baloncesto español había llegado: al otro lado del océano Atlántico. «De la NBA me llamaron así: un agente estadounidense vio unos vídeos de unas jugadoras americanas que estaban en mi equipo y yo aparecía por ahí, de fondo. Me metieron en el puesto 98 del *draft*». Estaba vendándose los pies en un entrenamiento cuando recibió la llamada que le pondría nombre a su siguiente destino: los Houston Comets. Creado en 1997, el equipo era uno de los fundadores de la WNBA, la liga de mujeres de Estados Unidos, como espejo de la NBA, en los meses de verano.

«¿Sabes qué pasa? Que yo tenía veinte años. Era tan joven que no pensaba las cosas. Echo la vista atrás y digo: "Madre mía, qué valiente fui"». Porque, después de esa llamada, Amaya cogió un avión casi a lo desconocido, hacia esa otra liga, hacia ese otro mundo. De nuevo era la niña separada de sus padres y de Alcobendas en los albores de internet, del *señor Google* y los primeros correos electrónicos. «A esa edad no tienes miedo a nada. En el deporte siempre ves que los jóvenes hacen cosas atrevidas, y es por eso. Yo fui allí con ganas de comerme el mundo». El primer bocado lo dio en ese pedazo del mapa que decía Texas. Sin apenas inglés, «muy poquito», con un entrenador de Mississippi, «al que no entendía ni papa», y un deporte «a años luz» del que jugaba en España, aunque se llamara igual. No recuerda cómo fue bajarse del avión o llegar al hotel en el que se alojó sus primeros días, pero nunca olvidará el impacto de pisar el pabellón y sentir sobre su cabeza a veinte mil personas. «En España jugábamos con quinientos

espectadores como mucho y allí… allí yo alucinaba con todo. El público, las canchas de entrenamiento, la ropa que nos daban, ¡que nos la lavaban! Mis compañeras salían en anuncios de televisión, éramos estrellas. Incluso nos paraban por la calle…». Ganó tres anillos de campeona de la WNBA (1998, 1999 y 2000), fue recibida por los presidentes Bill Clinton y George W. Bush, que se le acercaron para practicar su español chapurreado, y encaminó sus dos rodillas hacia el quirófano que la aguardaría más tarde, como resultado de aquellos años sin descanso.

«La WNBA se jugaba en verano para no solaparse con la liga masculina». Amaya no descansaba nunca. «No podía, si quería estar en dos ligas a la vez». La española en invierno, la de Estados Unidos cuando Europa terminaba su temporada. «Se me hacía difícil no ver a mi familia, no descansar; pero, cuando estás ahí, es lo que toca». El meollo, el camino a la gloria, el sacrificio. Amaya ya era la alero alta más fuerte del baloncesto español. Tirando en carrera. Reboteando. Dando asistencias. Jugando de espaldas al aro. A lo Dražen Petrović, cuyos movimientos había estudiado al milímetro en vídeo, para demostrar que no sólo podían ejecutarlos los hombres.

«Yo ya era muy competitiva, pero al llegar allí, a la WNBA, me vi rodeada de veinte mujeres iguales que yo. Me fui a un equipo hecho para ganar, en un país donde el deporte es muy muy importante, en el instituto y la universidad. Van a muerte. Aquí no eran tan profesionales y ese carácter competitivo que yo ya tenía chocaba un poco». Cuando Amaya pasaba los inviernos en España seguía haciéndolo sin ropa siquiera de entrenamiento. En Estados Unidos acumulaba unas facturas de teléfono que le costaban un dineral. «Altísimas». De su primer anillo, de hecho, solamente recuerda las ganas de volver a casa. «Ya estaba cansada, todo el año fuera… Y sólo me daban dos noches en Alcobendas. Sin embargo, era feliz. Vivía un momento excepcional, había ganado un anillo, pero sólo decía: “Me voy a casa”». Aquello, lo de las dos ligas, duró tres años. Tres años hasta que su cuerpo y sus rodillas dijeron basta.

Continuó su carrera en España (Halcón Viajes, Ros Casares) y en

Rusia (CSKA). Jugó con la selección española, participó en dos Juegos Olímpicos (Atenas 2004 y Pekín 2008), ganó un bronce mundial (República Checa, 2010), tres en Europa (Grecia, 2003; Turquía, 2005, y Letonia, 2009), además de una plata (Italia, 2007) y un oro (Francia, 2013), y vivió también terriblemente de cerca la destitución de un seleccionador, Vicente Rodríguez, el Cholas. Fue un año después de la eliminación de España en los Juegos de Atenas, en octavos de final ante Brasil: él culparía de ello, de ese fracaso, en la revista especializada *Gigantes*, a tres jugadoras: Elisa Aguilar, Rosi Sánchez y Amaya Valdemoro. Ellas, como respuesta, se atreverían a hablar en voz alta de ese hombre que había hecho de la concentración olímpica «un sufrimiento», que había rebasado una línea que los métodos de entrenamiento jamás deberían cruzar: la del daño psicológico. «A mí me puede decir: "Por mis cojones". En chicos les echan unas broncas tremendas y en chicas también. Esto es la élite y el nivel de exigencia es brutal para alcanzar lo más alto. De uno mismo, del compañero, ante el rival. Y al final, si un jugador en caliente hace determinadas cosas porque está muy tenso, un entrenador también. El problema es cuando se pasan ciertos límites». Límites como ese que el Cholas cruzó cuando a Amaya la agarró de la pechera y le dijo que su madre no estaría orgullosa de ella. Su madre, también Amaya. Su madre, la mujer cuyo apellido, Madariaga, ella llevaba a la espalda en 2004 en homenaje. Su madre, esa que le faltaba en casa desde hacía diez años, a causa de un cáncer, poco después de que la Amaya hija soplara las velas de la mayoría de edad. «Hoy en día aquello sería motivo de denuncia», musita con el *latte* que apenas ha probado, y otra pérdida que la ha devastado en los últimos meses, la de su padre, Álvaro, en el temblor de las manos. Su ausencia está en sus movimientos lentos, pausados, en esas ganas de sonreír que no son capaces de alcanzarle los ojos, tristes, tremendamente tristes este mediodía en ese Starbucks de Alcobendas.

«Las mujeres estamos perdiendo el miedo a hablar». Se refiere ahora a otro conflicto en España que ella ya sólo ha vivido de lejos: el del seleccionador Lucas Mondelo, acusado de maltrato psicológico por las jugadoras Anna Cruz y Marta Xargay en 2021. «Les creo. Admiro a las

nuevas generaciones de mujeres porque no tienen miedo y eso se nota mucho». Hijas de una sociedad muy distinta de la que a ella la rodeó. «La mujer no puede hacer esta cosa, o la otra… Era un discurso que se veía en el colegio, en la televisión, en la prensa escrita… A mi padre lo pusieron verde cuando me dejaron ir a Salamanca». Que por qué, que cómo. «No fui yo la que tuvo arrojo. Si hoy estoy aquí y he llegado adonde he llegado, ha sido gracias a ellos». Sus padres fueron los valientes de verdad. Sin su impulso, ella jamás hubiera logrado derribar techo alguno. Silencio. Hasta el vapor que exhala su taza parece pesarle. Amaya vuelve a sonreír, tremendamente orgullosa, pero sin que la tristeza se le termine de ir.

En 2013 sus rodillas dijeron basta. Hasta aquí. Y tuvo que enfrentarse a ese abismo para el que nadie prepara a los deportistas de élite, por mucho oro y mayúsculas que haya habido en sus caminos. *El día siguiente*, el día del *dejar de ser*. «Es durísimo». Pero ella hizo una prueba para ser comentarista de baloncesto en Movistar Plus y la superó. Y si cuando jugaba ahí estaban siempre el «fregar», el «hija de puta» o el «fea» («este último me hacía mucha gracia, porque a un hombre en el fútbol nunca lo insultan llamándolo feo»), Amaya Valdemoro descubrió que al otro lado del micrófono los improperios podían llover desde aún más alto. «Desgraciadamente tanto el deporte femenino como las mujeres están considerados de segunda división. No tienen el mismo valor». Y las redes sociales han ampliado lo que antes sólo estaba en la grada para gritarlo desde el teléfono propio. «Yo paso, no queda otra», exclama, resignada. Como la chica que se quedó sin foto y hace un rato que se fue del Starbucks, no sin antes posar una mirada melancólica sobre Amaya, casi como minuto de silencio por los *likes* que nunca recibiría. Poco después lo hace la única jugadora en conseguir entrar en el top 5 de mejor europea cinco años consecutivos. Amaya se levanta, deja el *latte* a medias y se dirige a la puerta, en la que se detiene un segundo para inspirar fuerte eso que más le llena. Alcobendas, su casa. Y que se hagan a un lado los lobos del siglo XXI también.

Miguel Ángel Calleja

(Madrid, 1974)

Era domingo, 19 de febrero de 2023, a las 23.59, cuando Miguel Ángel Calleja cogía su móvil para escribir un mensaje que pondría en pasado todos los tiempos verbales de la conversación telefónica mantenida tan sólo unos días antes. Esa en la que hablaba de su madre, Pepa Senante, y de sí mismo: de cómo un hijo había comenzado a tomar conciencia del valor que tenían todas esas historias que tantas veces había oído de niño y que sólo hacía tan poco había comenzado a escuchar de verdad. Con el oído de periodista deportivo que es, como lo había sido su padre, de quien también heredó el nombre, bajo la luz del siglo XXI y soplándole el polvo de la indiferencia que las había sepultado en las hemerotecas del deporte español. «Hace muy poco que he empezado a darme cuenta del significado de lo que ella y el resto de las jugadoras de baloncesto de aquella época lograron», lamentaba Miguel Ángel al descolgar el teléfono en enero de 2023, cuando de su madre hablaba sólo en presente y pretérito perfecto. «Ella siempre nos ha contado sus viajes, sus anécdotas, sus batallitas… y conocíamos a algunas de las compañeras del equipo, pero eran amigas suyas como podían serlo también las vecinas del barrio». Aunque estas últimas, claro, no aparecían en aquellos recortes de periódicos colgados con chinchetas en los corchos que había distribuido por las paredes de su casa en Moratalaz, en blanco y negro y siempre con canastas de fondo. Las del equipo, sí.

«Pero para mi hermana y para mí no había distinción. Cuando mi

madre se juntaba con *la tía* Almudena, que no llegó a la selección española, pero sí estaba en el equipo de Ita [Margarita Poza], el CREFF que se había formado reuniendo a alumnas de colegios madrileños, siempre surgía alguna historia de lo que hacían, de lo que habían vivido y de lo bien que se lo pasaban, pero, cuando lo hacía con *la tía* Fátima, se acordaban de unas vacaciones. Y para nosotros todo era lo mismo: batallitas de mi madre y de mis tías, nada más», explicaba Miguel Ángel entre la carcajada y el tono grave. Lo primero, envuelto en aquella anécdota de sus viajes a Polonia o a la antigua Checoslovaquia: «Ésa nos gustaba mucho a mi hermana y a mí cuando éramos pequeños. Cogíamos su foto con los gorros y la nieve hasta las rodillas y le suplicábamos que nos contara cómo allí, con su "inglés de los indios", como ella decía, le había comprado a mi abuelo una bata pidiendo un "abrigo para estar en casa"». Lo segundo, en esa conciencia sólo revelada con los años: que lo anterior era más que una anécdota.

«Fíjate, es que me sigue pasando. A mí, cuando la gente me pregunta de dónde me viene el deporte, siempre digo que no me quedaba otra, que mi padre era periodista deportivo y mi madre jugaba a baloncesto. Nunca se me ocurrió decir, de entrada, que ella fue la capitana de la primera selección española de baloncesto, porque no eran profesionales, pero la gente se sorprende: "¿Tu madre? ¿La selección española de baloncesto? ¿Capitana? Ostraaas"». Fue así como creció esa certeza en el cuerpo del hijo: «De batallitas nada, que lo que ella había hecho tenía importancia». Aunque los recortes de periódicos que Pepa guardara en casa no fueran muchos y contaran más bien poco. «Pero porque en este país hemos maltratado al deporte femenino. De hecho, creo que lo seguimos maltratando de una manera lamentable. Cuesta mucho cambiar eso, mucho. Sigue costando…», resoplaba Miguel Ángel Calleja ese enero al teléfono justo antes de contar otra batallita de su madre. Esta vez, vivida en carne propia, un año antes, y sin pizca de gracia.

«El Ayuntamiento de Ciudad Real la invitó a unas jornadas en las que querían dar visibilidad a mujeres pioneras de todos los ámbitos, de la ciencia al deporte. Yo la acompañé y, en un momento de la charla, la

moderadora le preguntó si ellas, en su época, se habían sentido discriminadas». Cuando Miguel Ángel escuchó responder a su madre sintió crecer en las tripas el impulso de levantarse e interrumpir el coloquio. «No, no, yo discriminada no me sentía», oyó. «Y yo, en ese momento, comprobé que ella no tenía claro lo que ese término significaba». Porque ella, su madre, no veía discriminación, le parecía normal que los chicos viajaran en avión y ellas en tren. Porque ella, su madre, no veía discriminación, le parecía normal que a ellos les regalaran la equipación y ellas tuvieran que devolverla, lavada y planchada, además. «Eso me llamó terriblemente la atención. No lo consideraban discriminación porque entonces era lo normal». Normal lo anormal en esa sociedad que así lo convertía. Que el equipo masculino fuera a un hotel y el femenino a una residencia en la que antes de salir a jugar debían dejar hechas las camas. «Mi madre creía que la discriminación era que las llamaran poco menos que lesbianas por jugar al baloncesto». Pepa Senante confundía discriminación con desprecio. Los aullidos de los lobos del siglo XX enviándolas a casa. Entre el verbo «fregar» y los paraguazos en la cabeza.

«Mamá, sí que estabais discriminadas», contaba Miguel Ángel Calleja, que trató de explicarle a su madre de regreso a Madrid en el tren, tras aquellas jornadas. *Mamá, sí.* En un verbo, ese estar en pasado, *estabais*, tan distinto del que ahora, en el siglo XXI, era presente. Los reconocimientos en prensa, los recortes floreciendo en sus corchos a todo color (como si los primeros, los de los años sesenta y setenta, hubieran sido bambús japoneses que tardaron cincuenta años, y no sólo siete, para enraizar y estallar como merecida primavera inevitable en la superficie) llenándolo todo. Con entrevistas, reportajes o su rostro formando parte de ese mural con el que la localidad de Azuqueca de Henares, en Guadalajara, había decidido dedicar 130 metros de calle en 2021 a poner en valor a cinco pioneras: Dolors Aleu i Riera, Ana Orantes Ruiz, María Telo Núñez, Carmen de Burgos y también ella, Pepa Senante.

«Mi madre se toma con mucha naturalidad lo que está ocurriendo ahora», resumía Miguel Ángel Calleja al teléfono en enero. Un *se toma*

convertido en *se tomaba* cuando semanas después, el domingo 19 de febrero, a las 23.59, cogía ese mismo teléfono para escribir un mensaje con la noticia que un periodista deportivo nunca quiere escribir y para la que un hijo nunca está preparado: «No sé si esto influirá en algo de lo que tenías escrito sobre mi madre, pero ha fallecido esta mañana».

Se tomaba.

«En el fondo le hace muchísima ilusión», contaba en enero.

Hacía.

«Por sus nietos sobre todo, mis hijos. Para que vean que no sólo son historias que se inventa la abuela, sino que son cosas reales».

Vieran, inventaba.

Un tiempo verbal, ese pasado, que llegó de repente, sin esperarlo ese febrero. En su casa de Moratalaz permanecían inmutables las fotos y los recortes en los corchos mientras que en los armarios de la familia Calleja lloraban las camisetas con el número 15 a la espalda. «Ese era con el que mi madre jugaba y el que todos hemos llevado». Miguel Ángel. Su hermana. Los nietos de Pepa. «Mis hijos mayores. En baloncesto. En balonmano». Y que a nadie se les ocurriera quitárselo. «Porque no, porque ese era el número que llevaba la abuela». Su madre.

El que llevó.

Mientras acumulaba todas esas «batallitas» que en realidad eran cimiento del deporte femenino español.

Conchita Martínez

(Monzón, Huesca, 1972)

Resultaría curioso que precisamente aquella tenista con la que Conchita Martínez se medía en su cabeza mientras aprendía a empuñar una raqueta, dando golpes a un frontón a los pies de su casa en Monzón (Huesca), fuese la misma que aquel 2 de julio de 1994 tenía enfrente para entrar en la historia. Si le ganaba. En el Centre Court, la pista central del All England Club de Wimbledon, Martina Navrátilová, la checoestadounidense que buscaba su décima Challenge Cup cuando ya era la que más acumulaba, nueve, la rival a batir de una manera real y no sólo imaginaria. «En la hierba todo sucede más rápido», desvela Conchita, casi treinta años después. Es la tierra batida, la superficie sobre la que crecen los tenistas españoles, donde el juego es más lento y da tiempo a pensar, a reaccionar en ese segundo que en el deporte separa la gloria del fango. Pero era la hierba lo que aquel 2 de julio de 1994 ella tenía a sus pies y no la tierra, donde Conchita tenía esa pausa necesaria para pensar, reparar en su juego, atacar. En la hierba no. En la hierba, la Martina Navrátilová de carne y hueso era muy distinta de aquella hierática del frontón de su pueblo que en los ochenta tenía catorce mil habitantes. Aquel sueño aún estaba lejos, muy lejos, de Londres o Wimbledon. Devolvía todos los golpes, pero no obligaba a subir a la red como lo hacía la Martina real.

«Ese frontón ya no existe», revela Conchita desde el presente. Ni tampoco las dos pistas de tenis que lo circundaban y pertenecían a la Hidro Nitro, multinacional de ferroaleaciones en la que trabajaba su

padre, Cecilio, y que podían verse desde la galería de la cocina en su casa. «De cría me pasaba los días allí, asomada a la ventana observando jugar a mis dos hermanos mayores, Roberto y Fernando». En Monzón, una localidad que desde 2018 homenajea a sus ocho deportistas olímpicos (hasta el momento) con un paseo similar al de Hollywood en una de sus calles, las excavadoras hace ya tiempo que se llevaron ese frontón y esas pistas a cuyos pies debería levantarse una estatua señalada con la flecha de un neón siempre encendido, por ser el comienzo de una de las historias que abrieron la puerta a las mujeres en el deporte cuando ellas siempre debían llamar y esperar, por si molestaban. La de Conchita Martínez. «Empecé con nueve años», resume, cuando ya hacía un tiempo que se medía, de manera imaginaria, contra la Martina Navrátilová del frontón en su cabeza.

«Fue todo muy informal. Bajé a las pistas en las que un grupo de gente de la Hidro Nitro jugaba, entre ellos mi padre, y me apunté a su escuela, pequeñita, impartida para los niños los sábados y domingos». El entrenador, José María San Vicente, que ya la había visto antes, en sus días de raquetazos solitarios, enseguida intuyó que apuntaba maneras, que era distinta, que despuntaba. «Que muy rápido aprendía y cogía las cosas, los conceptos». Pronto empezaron a ser sus padres los que se asomaban a la ventana de la cocina que daba a las pistas para chistarle a Conchita que se fuera a dormir. «José María me entrenaba cuando salía del trabajo, y a veces estábamos allí hasta altas horas de la noche». Sus primeros entrenamientos eran de nueve a once sobre una pista que era rapidísima por el polvo de cemento que la regaba, salido de la fábrica. «Enseguida empecé a jugar en algún campeonato de Aragón, en categoría alevines, y a los once fiché por un club de tenis de Urgel al que iba los fines de semana y en el que ya había más preparadores y compañeros para poder entrenar». A los doce, la Real Federación Española de Tenis le ofrecería irse a Barcelona con una beca en la residencia Blume para sus deportistas de alto nivel.

«A mi madre no le gustaba… Pero no creo que tuviese problema porque yo hiciera deporte, por mucho que fuera atípico en una niña. Lo que llevó bastante mal fue que a los doce me marchara de casa». A los

doce, una niña, a mediados los años ochenta. Pero Conchita había nacido para acunar una raqueta en la mano. «Y también fue el destino, ese frontón, esas pistas debajo de una casa a la que mi familia se mudó cuando yo tenía ocho años. Si eso no hubiese sucedido…». Ella no hubiese comenzado a coger trenes a Barcelona los domingos por la tarde para seguir creciendo en esa ciudad junto a tenistas como Manolo Orantes, «mientras buscaba cabinas de teléfono para poder llamar a casa», adonde regresaba cada viernes. Cuando cumplió los quince ya fue imposible. Cuando cumplió los quince el tenis se la llevó mucho más lejos.

«Vas progresando, jugando torneos de tu edad, campeonatos de España… Y otro entrenador me vio, Eric van Harpen, habló con mis padres y les dijo que yo tenía posibilidades reales, que era muy buena». Que debía irse a Suiza para crecer inasible a su lado. «Otro shock para mi madre —dibuja desde el presente—, pero yo veía claro que eran los pasos a dar. Ella lo llevaba un poquito peor, quizá porque también era la que lo exteriorizaba, pero me apoyaron y eso siempre se lo agradeceré porque me dejaron elegir mi camino». Con quince años y en el corazón de esos ochenta, cuando la sociedad que la envolvía aún demonizaba a todas las niñas que soñaban con ser deportistas.

A los quince llegó a Suiza y un año más tarde, en 1988, entró en el circuito como profesional y se inscribió en las categorías junior y senior de Roland Garros. En el primero, llegó a octavos de final, tras jugar la previa que la clasificaría para la fase final. En el segundo, derrotó a la por entonces décima mejor jugadora del mundo, Lori McNeil, con un golpe de derecha que empezó a acodarse como uno de los mejores del circuito y que se le había afianzado en el año y medio en Suiza. A finales de ese año, y tras derrotar a Arantxa Sánchez Vicario, la otra tenista que también abría a raquetazos las puertas al resto, se convertía en campeona de España y vigésima del escalafón mundial. Meses después, además, lograría su primer título como profesional en Sofía (Bulgaria), que la alzó como la primera tenista española en embolsarse un torneo dotado con un premio superior a cien mil dólares.

La tenista española en ganar más torneos individuales (treinta y tres)

y la segunda en el escalafón absoluto de España (sólo por detrás de Rafa Nadal), la única en conseguir tres medallas olímpicas en tres Juegos distintos (Barcelona 1992, Atlanta 1996 y Atenas 2004), además de trece títulos de dobles y cinco de Copa Federación, sería la misma que en 1993 pisaba las semifinales de Wimbledon. No lo había hecho nadie desde Lilí Álvarez, sesenta y siete años antes. Aquel partido lo perdería frente a la alemana Steffi Graf (7-6, 6-3), pero demostraría que su tenis, además de abrir puertas, venía con música: la banda británica de pop Saint Etienne le dedicaría al año siguiente uno de los temas de su segundo álbum que bautizaría con su nombre: *Conchita Martínez*. «Lo leí en algún sitio, pero no lo supe hasta tiempo después, la verdad», asume, humilde, la tenista cuyo nombre se cantaba en las pistas de baile antes de que le ganara a Martina Navrátilová el que hubiese sido su décimo título en Wimbledon.

> *Ba ba-ba ba-ba ba-ba*
> *ba ba-ba ba-ba ba-ba.*
> *Conchita, I know,*
> *I know it should have been.*[8]

Fue un año más tarde, en 1994, cuando la niña de Monzón le sopló el blanco y negro al triunfo de Manolo Santana en la Centre Court en 1966, el único del tenis español hasta ella, hasta Conchita frente a la Navrátilová que subía a la red, tan distinta de la *sólo frontón* de su infancia. «La hierba no es una superficie en la que te puedas sentir cómoda nunca. Depende mucho de la climatología que haya, de cómo está el cielo, si más nublado o más húmedo, la pista más rápida, si la pelota bota más abajo o arriba, si debes acortar los golpes y estar muy agachadita, según cómo te adaptes te irá mejor», resume la Conchita que ha soplado ya los cincuenta y uno en la tarta, como un susurro posándose en aquella que, con veintidós, alcanzó las portadas de los periódicos deportivos que se resistían a ceder espacio a las mujeres. Sólo habían apartado el dedicado a los hombres cuando Arantxa Sánchez Vicario ganaba Roland Garros en 1989. Ahora le tocaría a

Conchita.

Londres amaneció caluroso y el cielo encapotado. Conchita llegaba con algo a favor: ya sabía lo que era ganarle a Martina Navrátilová, lo había hecho una vez, unos meses antes en Roma. «Y esa era la mejor previa. Me dio confianza para pensar que le podía revalidar el triunfo», dice. Afrontaba aquella final con la cabeza limpia a pesar del ruido que la rodeaba, *que Arantxa, su coetánea, era mejor, que Arantxa ya había ganado un Grand Slam y ella aún no*. «Yo con Arantxa me llevaba muy bien. Nos respetábamos, aunque a veces la prensa buscaba enfrentamientos irreales entre nosotras. ¿Si me sentí valorada? Creo que hubo un poco de todo», zanja, y se posa en lo que fue aquel 2 de julio. Su cortado ya se había erigido como un demonio ante todas las rivales con las que se había encontrado en el torneo (la canadiense Simpson-Alter, la francesa Tauziat, la australiana Radford, las estadounidenses Davenport y McNeil). A todas les había ganado para encontrarse, tantos años después, con la que había sido referente y maestra, una Martina Navrátilová de carne y hueso ante la que tenía una hoja de ruta. «Debía sacar y restar bien para impedir que cogiera la iniciativa. Debía hacer que corriera para que ella no pudiera desarrollar su juego». La enseñanza que Roma le había dejado aún vibraba en las cuerdas de su raqueta. Empuñadas por una diestra, ella, contra una zurda, su rival.

La niña de Monzón que en ese momento ya era la número tres del mundo ganó el primer set, 6-4, y perdió el segundo, 3-6, tras sentir un dolor en el glúteo y pedir asistencia médica. Lo ignoró, se levantó, siguió. En el tercer set, el decisivo, hizo suyos los dos primeros juegos para adelantarse 4-3 y ya no dejarse alcanzar. «A veces estar ahí te da escalofrío». *Ahí*, escribiendo la historia. «Pero es importante que no se te pasen muchas cosas por la cabeza para no perder el enfoque», rememora aquel último punto, cuando le dio uno de esos punterazos al techo que, de verdad, iban a permitir el paso de tantas detrás. Un punto en el que el *aquí y ahora* estaba concentrado sólo en su respiración, en las exhalaciones que subían y bajaban en su pecho, en ese segundo que no tenía para pensar en cómo soltar el brazo, en cómo golpear la

próxima bola y visualizar el siguiente punto siendo capaz de habitar dos cabezas a la vez, la propia y la de la rival, ajena también a todo el ruido de fuera, concentrada también sólo en eso. El aquí y el ahora. La respiración. Los sube y baja del pecho en cada inhalación y exhalación.

Eran las cuatro y ocho minutos de la tarde en Londres cuando un pueblo de Huesca acompasó sus latidos a los de su vecina, que sufría en la televisión. Conchita se sacaba un revés, ese bendito revés que con ella había regresado de Suiza, y el intento de *passing* paralelo de la checoestadounidense se iba al pasillo. «Mira que no era yo de subir a la red, pero hubo un peloteo en el que me dejó dos bolas medio cortas y con la segunda me dije: "Tengo que hacer algo". Subí a la red y a ella, al intentar dejarme fuera, se le fue». Eran las cuatro y ocho minutos de la tarde del 2 de julio de 1994 en Londres cuando la niña de Monzón alzaba los brazos en Wimbledon para la historia. Era la primera tenista española en conquistar esa hierba.

Llenaría su pueblo de bocinas y gente frente a una pantalla. Recorrería sus calles sobre una limusina y dejaría tras de sí un orgullo que se alargaría hasta 2006, cuando, tras dieciocho años de tenis e infinidad de gestas, colgaba el traje de tenista (pero no la raqueta). Al techo de cristal le quedaban aún por recibir punterazos de esa mujer a la que le gustan las motos, el vino, los gatos, y es habitual en las retransmisiones de tenis en Eurosport: se convertiría en la capitana de la Copa Federación y también en la primera al frente del equipo español masculino de la Copa Davis, derribando las puertas sin llamar, sólo presentándose, en el siglo XXI como lo había hecho en el XX. Era Conchita Martínez. Y su sola presencia era historia de un tenis, el español, en el que la siguiente vez que una mujer alzó los brazos triunfales en Wimbledon lo primero que haría sería buscarla, pero además de manera literal, en la grada. Para la emoción y el agradecimiento. Para decir gracias. Por el camino abierto y todas las miguitas de pan.

Sucedió el 15 de julio de 2017, cuando Garbiñe Muguruza, su alumna, la tenista que entrenaba, ganaba también en la Centre Court. Después de Conchita, Rafa Nadal y Santana. «La verdad es que fue

emocionantísimo conseguir ese título como preparadora y ayudar a que fuera suyo —apunta—. Pasé muchísimos nervios», reconoce, en la final de su pupila frente a Venus Williams (7-5 y 6-0 en una hora y diecisiete minutos), más que en la propia treinta años antes en ese escenario que trascendía Londres y Wimbledon. Repetir la gesta fue posible gracias a la mujer que se emocionaba en la grada, como si volviera a asomarse a aquellas pistas rápidas de cenizas en las que todo empezó, lo de Garbiñe también, aunque de ellas hoy sólo quede su nombre. Conchita Martínez. «Allí aprendió ella a jugar». La campeona. La pionera de la raqueta.

Ba ba-ba ba-ba ba-ba
ba ba-ba ba-ba ba-ba.
Conchita, I know,
I know you did it.[9]

Lola Fernández Ochoa

(Navacerrada, Madrid, 1966)

«Mis padres eran panaderos en el puerto de Navacerrada y allí nacieron mis hermanos mayores: Paco, Juan Manuel, Jesús y Ricardo». Lola comienza así el relato familiar, en aquel punto que lo marcó todo. «Luego, como mis padres vieron que estos cuatro empezaban a manifestar algunos signos de salvajismo, decidieron regresar a Madrid. Mi padre buscó trabajo como panadero y los escolarizaron, porque ni siquiera lo estaban en ese momento. Paquito tendría ocho años o así», se ríe esta mujer llamada Lola al recordar cuando la nieve aún era sólo un paisaje que acompañaba y no el tercer apellido que se ligaría por siempre a su familia: los Fernández Ochoa. «Los siguientes, José María y Blanca, nacieron ya en el piso de Carabanchel al que se mudaron». Pero la nieve estaba ahí, tirando de los pies de los mayores. «Al cabo de los años, mis hermanos, que ya habían empezado a esquiar, subían en tren o en autobús a Navacerrada porque querían seguir haciéndolo». Paco comenzó a ganar «algunas carreritas», cada vez más y en menos tiempo, lo que provocaría una tercera mudanza de la familia, de regreso al puerto.

«La Federación de Esquí montó allí, en 1965, un edificio que se llamaba Escuela de Esquí y que era una especie de hotel para profesores que, entonces, como en aquella época no se abrían las carreteras, sólo el viernes, para los "domingueros" y nevaba como si no hubiera mañana, muchos se tenían que quedar a dormir en Navacerrada en esta especie de hotel». Su madre cocinaba, su padre fue

conserje, guardés y hasta secretario de la escuela. «Allí nacimos los dos últimos hermanos». Luis y ella, Lola. Una Lola que dormía con Blanca la noche del 13 de febrero de 1972 cuando les despertaron unos gritos que les hicieron pensar que el edificio se estaba quemando. «Que había fuego, un incendio», recuerda mientras de manera inconsciente toca el tríptico que hay sobre la mesa de esta cafetería en Pozuelo de Alarcón, Madrid, donde su hermana sonríe desde una foto de niña en la que viste un gorro blanco con unas plumas en la punta que le caen sobre la nariz, en una manera de darle la mano tan fuerte como aquella noche. Blanca tenía nueve años y Lola cinco. «Ese es el primer recuerdo del que tengo conciencia en mi vida, el más remoto», dice, con una sonrisa pequeña e inmensa a la vez. De los gritos tan fuertes, tan viscerales y desde adentro, casi alaridos. «Nos levantaron de la cama. Mi padre chillando, mi madre llorando». Fuego no había, aunque sí un incendio mayor: Paco, Paquito, acababa de ganar el oro en la prueba de slalom en Sapporo, Japón, para convertirse en el primer campeón olímpico español en unos Juegos Olímpicos de Invierno. Los gritos que las hermanas confundieron con «fuego, fuego», decían en realidad «televisor, televisor». O «Paco, Paco». O «el oro, el oro».

«Me acuerdo de que la casa se llenó de gente, y todos estaban llorando, llorando mucho», pero de alegría. «El siguiente recuerdo que tengo es que fuimos al aeropuerto a recogerlo. Bajó del avión con esa corona de laurel y el pueblo empezó a cantarle lo de “Paquito, Paquito es cojonudo, como Paquito no hay ninguno”. Me acuerdo como si fuese ayer», susurra con una dulzura que llena sus cuerdas vocales y teletransporta al pasado.

Un año después «de esa movida», a Lola le pusieron unos esquís en los pies por primera vez. Todos los hermanos pasaban los días subidos a ellos. «Juan Manuel ya también despuntaba en Europa». Un año después «de esa movida», a Blanca la enviarían a un colegio en el Valle de Arán para participar en un programa piloto en el que la federación probó reunir a varios esquiadores de toda España con la intención de crear cantera. «Después de lo de Paco, algún iluminado pensó que lo nuestro podía ser genético y decidió “probar” con los demás». La

medalla de Paco tenía algo de única, era un campeón olímpico de invierno en un país cálido, sin grandes picos ni tradición. Así que los pequeños Fernández Ochoa fueron introducidos en esa probeta en la que se convertiría aquel colegio en los Pirineos. Blanca llegaría sola ese primer año. «Fue muy duro para ella, traumático. Lo pasó muy muy muy mal», comienza a explicar Lola y se detiene, porque lo que va a decir duele. «De hecho, últimamente, he leído mucho sobre la bipolaridad y dicen que se puede desarrollar cuando alguien tiene un trauma muy fuerte», un impacto de la magnitud del que ella vivió: ser arrancada de casa para irse sola, cuando aún no sabía ni vestirse, tan niña, a casi seiscientos kilómetros de distancia en aquella época en la que eso era como irse a vivir a otro planeta. «Mis padres tardaban doce horas de Madrid hasta allí en el Land Rover que tenían», recuerda. Las visitas eran pocas, casi nulas. Las compañeras, a menudo, llamaban a Blanca aquel primer año desde una cabina del propio colegio, colocándose un trapo en el auricular y fingiendo ser su madre para que dejara de llorar: «Venga, Blanquita, venga, mi amor, que nos vamos a ver pronto…». ¿Pudo marcarla tanto? «Sí, sí, total. Lo tengo clarísimo, para ella fue un desarraigo total». Aquel trauma.

Un año más tarde, Luis llegaría a ese colegio y dos después entraría Lola. Pero, si la nieve era algo que a su hermano Paco le apasionaba, su hábitat, para ellas no lo era tanto. Se pasaba frío, mucho frío. «Como no teníamos dinero, cuando esquiábamos en Navacerrada, mi madre tejía guantes y calcetines que nos íbamos intercambiando», solía contar siempre Blanca en las entrevistas, con el escalofrío que les provocaban los trajes de guata cuando se calaban, hasta el punto de que, cuando regresaban de la nieve, su madre los abrazaba por las axilas, a modo de estufa, para darles calor. «A nosotras no nos gustaba, pero ella nos mandaba a la nieve todas las tardes. Justo a la hora en que se emitía *Pippi Calzaslargas*, que Blanca y yo siempre queríamos ver, pero a esa hora mi padre se echaba la siesta y la orden era: “Silencio absoluto, todos a la calle”. ¿Y en la calle qué hacías? Pues esquiar. No había otra». Y, de tanto practicar, no se les daba mal. Cuando Lola llegó al Valle de Arán tenía ocho años, Luis once y Blanca doce. Se hicieron tan

piña que en las fotos de entonces cuesta distinguir a Blanca de Lola, con un parecido físico que no se atenuó con los años. Lola, más alta y espigada, pero la cara casi la misma, con unos ojos grandes y expresivos que, durante este café en esta cafetería de Pozuelo, no dejan de espejar emociones. A veces sonrisas, a veces lágrimas.

«De tanto entrenar, al final despuntábamos. Los campeonatos de España los ganábamos todos». En el colegio, de ochenta esquiadores, quince eran mujeres. Blanca con catorce ya estaba en el equipo nacional (al que Lola llegaría con quince). «Y aquella era una edad en la que tenías que tomar una decisión: o continúas o lo dejas. Y nosotros seguimos. Mi familia era muy humilde y ésta fue una manera de tirar para delante». También por tradición, por ese apellido que seguía a sus nombres. «Juanma acababa de ganar la Copa de Europa y nosotras queríamos ser como ellos». Como los hermanos mayores. Y también tener sus maletas. «Mis mejores recuerdos de cría era cuando ellos volvían de competir». «¡Que llegan los chicos!», se escuchaba en la escuela de Navacerrada, entre un descorrer de cremalleras del que brotaban todos los olores del mundo. «Los más pequeños íbamos a ver qué traían. Aquello era la bomba. Venían de Argentina y olía a cuero porque llevaban cinturones, chaquetas. De Francia, a queso. De Italia, a café…». Así que, al cumplir dieciséis, ninguno se bajaría de los esquís, aunque a Lola la realidad la abofeteara nada más pisar Europa. «Me fui de España siendo campeona y en Austria me dieron una soba que casi me doblan».

A Blanca, sin embargo, le fue bastante bien: con dieciocho ganaría la Copa de Europa. Era 1984, el año de los Juegos Olímpicos de Invierno de Sarajevo, al que los tres Fernández Ochoa pequeños viajaron representando a España, entrenados por uno de los mayores, Juan Manuel, y con otro, Paco, encarnando esa figura que hoy se llama *coach* y que entonces podría definirse como orientador, aunque no tuviese nombre. Simplemente estaba para guiar y aconsejar. «Nos echaba unas buenas broncas si no atendíamos a la prensa o decíamos: “Hoy viene Olga Viza, qué coñazo Olga Viza”, que es maravillosa pero en aquellos días tú tenías una hora para descansar y lo último que te apetecía era

atender a la prensa», ríe Lola al recordar esos momentos luminosos en familia que estallaron al año siguiente cuando lo hizo su rodilla. «Me operaron, regresé y se rompió de nuevo… Y así una y otra vez hasta que la sexta vez que pasé por un quirófano me dieron el certificado de no apta». Lola tenía veintidós años cuando, coja, dejó el esquí y Blanca volvió a quedarse sola a los veintiséis, como en el Valle de Arán. «De hecho, cuando a mí me subieron a Copa del Mundo con dieciséis no fue por mi nivel sino por acompañarla. Ahora, lo pienso, y me encanta, pero en esa época estaba indignada porque eso no me correspondía», asume Lola con la misma seguridad con la que siente los cambios de tiempo en esa pierna sobre la que algunas mañanas al despertarse tiene que echarse agua caliente o poner en marcha con el botón del ibuprofeno. Muchos días cuesta, duele. Aún más le costó y le dolió a Blanca de nuevo la soledad.

«Cuando me lesioné, ella se quedó sola otra vez y todo volvió a hacérsele muy duro. En el esquí estás trescientos días fuera de casa, siempre buscando la nieve. Cuando se acaba en Europa vas a Argentina, luego a Nueva Zelanda y vuelta a empezar», resume Lola desde ese momento en que sus propias maletas regresaban a España llenas de cuero pero ya no les olían a nada. El año de su retirada fue el mismo que el de los Juegos de Calgary 1988 (Canadá). Antes de competirlos, Blanca ya había dado una rueda de prensa para anunciar que serían los últimos para ella. Los afrontaba en su *prime*, su mejor estado de forma. «Pero se cayó y fue un palo tremendo. Ella quiso dejar el esquí igual. Tuvo una *depre* un poco potente, pero todos los hermanos la animamos. "No puedes quedarte con este sabor agridulce". Y, claro, seguir cuatro años más entrenando sola le pasó mucha factura», dice Lola, con una tristeza que se puede tocar como el copo de nieve que al deshacerse deja un charco de agua.

Cuatro años más tarde, el 20 de febrero de 1992, Blanca le daba la razón a aquellos directivos de la federación que quisieron pensar que lo de los Fernández Ochoa y la nieve era genética: se convertía en la primera mujer española en ganar una medalla olímpica al colgarse el bronce en los Juegos de Invierno de Albertville, Francia, en la prueba

de slalom. «Hay una anécdota que le sucedió después, tras ganarla: Samaranch le pidió en una cena que siguiese cuatro años más, tras regalarle un Rolex con los aros olímpicos, a lo que mi hermana replicó: "Mire, señor Samaranch, métase el reloj donde le quepa". Tal cual fue, hasta grosera». Ella podía colgar al fin los esquís, tranquila, para abrazar esa parte de la vida que llevaba tanto deseando: la vida normal, sin un frío perpetuo, sobre la que, sin embargo, se posó casi enseguida la luz implacable del día a día sin una rutina establecida.

Lola, de manera inconsciente, vuelve a posar su mano sobre el tríptico en el que la Blanca niña con el gorro de plumas sonríe inmensa. «El día después, qué duro es», susurra a la vez. Esa es la lucha de la fundación que creó, en abril de 2023, con el nombre Blanca, por supuesto, para dirigirle el foco y contarlo, y que no haya más Blancas. Su puesta de largo fue la proyección de un documental, *El viaje. La medalla de la salud mental*, que aglutina los testimonios de varios exdeportistas contándolo. «Cuando Blanca se retiró, entró en esa depresión de la que se habla en el documental. La del día siguiente, cuando desaparece esa adrenalina con la que has convivido a diario: la competición, la velocidad, la vida programada, el saber qué tienes que hacer… A Blanca le tuve que enseñar yo a coger el metro, la acompañé al banco para enseñarle cómo se rellenaban los cheques». Porque Blanca se retiraba con casi treinta años, pero seguía siendo esa niña desvalida que había llegado a la escuela de los Pirineos sin casi ni saberse vestir, pero con treinta años y siendo Blanca Fernández Ochoa. «No tenía ningún amigo. Las compañeras de equipo no lo eran, en los deportes individuales es difícil porque, en el fondo, siempre eres rival», sentencia. Y en su deporte tampoco se ganaba tanto como para no volver a trabajar. «Por la medalla recibió 175.000 pesetas [poco más de 1.000 euros], con las que nos invitó a cenar y, con todos los que somos, casi se le fue todo el dinero…». 175.000 pesetas y una ristra de periódicos que le decían que lo que mejor que sabía hacer era un slalom en la nieve a gran velocidad. O casi lo único. «Con esta fundación quiero hacer muchas cosas en relación con la salud mental del deportista. Que los cuidemos, que los mimemos no sólo cuando

están en activo, sino también cuando se retiran», dice Lola, golpeando la mesa, que suena a hueso. «Y eso que a mi hermana la trataron muy bien —continúa—, enseguida le dieron un puestazo en el Consejo Superior de Deportes. Pero ella no estaba preparada… Se retiró con treinta años del deporte y, de repente, tuvo que empezar a pelearse con políticos…». Recuerda verla llegar a casa llorando casi cada día. A los tres meses lo dejó con un «esto es una merienda de negros y yo soy noble».

Un año después de retirarse le diagnosticaron una depresión. «Y en casa dijimos: "Claro, como a todos"». Todos los hermanos habían pasado por lo mismo. «Luis se quedó calvo por el *y ahora qué*». Pero lo de Blanca era distinto. «Nos dimos cuenta de que no era sólo una depresión. Tenía una falta de litio, lo suyo era una bipolaridad», resume Lola, con una entereza que deshace por dentro. «Pero ¿qué pasó?», lanza esa pregunta a la que ella misma responde: «Que le daba mucha vergüenza que la tacharan de loca. Cuando estaba bien era alegre, divertida, dicharachera. Cuando estaba mal no podía ni levantarse de la cama». Le pesaba la vida. Y también la propia medicación. «La que le daban era muy bestia. Esos trastornos son muy complicados. Se quedaba como aletargada. Si se contaban chistes en las reuniones de familia, ella se reía cinco minutos más tarde, siempre al ralentí». Cuando se encontraba bien, dejaba las pastillas y la pescadilla se mordía la cola. De la euforia de vuelta al abismo, con cambios en el carácter cada vez más pronunciados. «Los últimos años lo pasó muy mal, pero no los últimos dos, los últimos veinte. No quería estar aquí, sufría todos los días. Si aguantaba era por sus hijos, a mí me lo contaba». Algunos días de esos muy malos, Lola le lavaba la cabeza, como cuando en el colegio sus compañeras se ponían un trapo en la boca y llamaban por teléfono. «Venga, Blanquita…». Pero había mañanas que ni con ésas. «A mí me ha costado mucho lo de Blanca. Pasé de un sentimiento fraternal, de hermana, a maternal, y tengo la sensación de que se me ha ido una hija. En los últimos dos años le tenía que cocinar, vestirla, a veces asearla… Una putad…». Su enumeración se va deteniendo. La emoción no deja que salgan más cosas, aunque los

recuerdos se agolpen en su cabeza como esquirlas y el tráfico en esa glorieta de Pozuelo grite, grite por todos esos momentos en los que Lola era con Blanca como una madre y no como lo que siempre había sido, su hermana menor.

«Imagínate cómo estaría ya los últimos dos años que se vino a vivir a mi casa». Entonces Lola viviría escindida, entre la vida de su hermana y la propia, con una hija con necesidades especiales. «Muchas veces le decía: "Blanca, no me puedo dividir"». El día que al fin se trasladó, cuando Lola fue a ayudarla con la mudanza, se la encontró en la calle tirando todos sus trofeos a la basura. «¡Blanca, Blanca, Blanca, para, para!», gritaría Lola como si fuera aquel «¡fuego, fuego!» y la alejó de los contenedores mientras de ellos rescataba lo que podía. «Inmediatamente fui a su trastero, donde ella tenía sus copas y cosas guardadas en cajas y cogí lo demás. Y cómo será la mente, fíjate, que lo guardé todo bien escondidito en un cuartito que tengo en el garaje, detrás de todas las cajas de Navidad, la del árbol, las bolas y demás, para que ella no lo viera, y me olvidé». Se olvidó hasta el punto de que, cuando dos años después Blanca dejó de estar y uno de los hermanos preguntó por sus trofeos, Lola sólo recordaba el momento del contenedor. «Los tiró todos, yo la pillé», explicaría a los demás. «Había cuatro copas torcidas que son las que rescaté». Y de los demás, nada. De la medalla tampoco. «No encontrábamos nada. Fue muy triste». Aquel 2019, Lola no pondría el árbol en diciembre. «Blanca había fallecido en agosto y dije: "Que le den al árbol"». Pero en las siguientes Navidades sí se encaminó a ese cuartito en el garaje musitando un «borrón y cuenta nueva», y, al retirar todas las cajas de adornos, se encontró con el regalo. «Llamé a mis hermanos, a Juan Manuel, a Jesús, a Ricardo, a José María y a Luis, a todos llorando. "Venid, venid". "¿Qué pasa?". "He encontrado todas las copas de Blanca». Estaban en aquellas cajas de cartón. «En la que guardaba las antorchas de Albertville y Barcelona 1992 había escrito: "Antorchas y trofeos de los cojones". Al verlo lloré mogollón. Porque esa era la esencia de Blanca: el me la pelan los trofeos».

Encontrarlos le dio oxígeno, como ahora lo hace la Fundación

Blanca. «Aunque si me ve desde arriba me manda un rayo. Estaría indignada con lo que hemos montado». Cuando Lola cumplió cincuenta, su hermana le hizo una fiesta sorpresa que la menor prometió igualar cuando la mayor hiciese sesenta, pero nunca llegaría a los cincuenta y siete. Si bien Lola, de alguna manera, ha cumplido su promesa: la foto de esa niña con plumas sobre la nariz es, quizá, como un dedo que apunta al cielo. El día en que la fundación se presentó de manera oficial con la proyección de *El viaje. La medalla de la salud mental* era el mismo en que Blanca hubiese cumplido sesenta. *Touché.* «La foto es de un campeonato del mundo en 1984. Cuando ella nació, mi madre quería que se llamara Lola, pero mis hermanos se negaron. Le pusieron Blanca por *Blancanieves y los siete enanitos* y el Lola me tocó a mí», explica con el ruido del tráfico otra vez por debajo de sus palabras.

De los ocho hermanos que eran ya faltan dos: Paco, que se fue en 2006 por un cáncer, y Blanca, que se marchó trece años después. «Es un palo. Mi hermano, que era más que un padre, y luego mi hermana, que fue una hostia que te mueres. Pero pasas el duelo y tiras. Aunque yo después de lo de Blanca sólo quería ser como una tortuga, esconder la cabeza y que todo me pasase por encima». Sería la propia Lola la que diera la voz de alarma cuando su hermana desapareció el 24 de agosto de 2019. «Y fue por ésta», revela de pronto, señalando a una perra gris y pequeña que salta entre los pies de unos amigos unas mesas más allá. «Trufa, Trufa», la llama, aunque no obedece, repantigada al sol. «Blanca la operó el día anterior. Después, no aparecía. Mi última llamada con ella fue precisamente preguntando por Trufa. Y me dijo: "Me llamas sólo para eso, qué mona eres". Total, que al cabo de cuatro días digo: "Blanca lo ha hecho». Unos meses antes se había autoingresado y había vuelto a decirle aquello de que no quería estar aquí, que sus hijos ya no la necesitaban. «Yo le rogué. Llegó el verano y estaba bien». Pero operó a Trufa y desapareció, dejando la casa en la que vivían llena de señales que apuntaban a Asturias por si algún día faltaba.

«Pero yo sabía que no, que Asturias no», esgrime Lola con la misma sabiduría con la que su pierna mala la avisa en los cambios de tiempo. «Yo sabía que donde debían buscarla no era tan lejos sino en

Cercedilla». Allí donde se habían ido de excursión las dos hermanas unos días antes, y se habían comido un bocadillo. «No perdáis el tiempo, Blanca está en Cercedilla, buscadla allí», gritaba a quien quisiera escuchar en medio del ruido, en medio del sainete en el que se convirtió su búsqueda por parte de algunos medios, emitiendo todo el día directos como si aquello fuera un partido de fútbol. «Se dijeron muchas mentiras. Que si fue a despedirse a la estatua de Paco… Mentira. Que si un vestido blanco o no sé qué… Mentira…», esa enumeración también cuesta, pero de una manera distinta que antes, dejando tras de sí sólo un charco de hiel. «¿Tú sabes lo que más pena me da? Que ella no viese lo que la gente la quería». Esa gente, tanta gente, que se organizó en batidas para buscarla al grito de «¡Blanca, Blanca!». Cuando unos días después se encontró su coche aparcado en Cercedilla, la búsqueda se centró donde Lola siempre dijo que estaría: el Siete Picos. «Las batidas fueron brutales, con todos sus amigos, voluntarios…». Hoy en el pico de La Peñota, donde la encontraron el 4 de septiembre de 2019, hay una plaquita que dice: "La terraza de Blanca".

«Yo subo mucho, casi todas las semanas». Lola se toma el ibuprofeno, coge la mochila con el bocadillo y al llegar allí no llora. «Nunca. Digo siempre: "Ole, elegiste un sitio bonito". Se ve toda la montaña, el pueblo, es precioso». Y entiende, o al menos lo intenta, que su hermana ha dejado de sufrir. «Es que es muy duro retirarte y descubrir que no tienes ni un amigo, sólo conocidos que se hacen la foto contigo porque eres Blanca Fernández Ochoa», exclama, antes de volver a llamar a Trufa, que ahora sí hace caso, y posar por última vez la mano sobre ese tríptico de la fundación con el nombre de su hermana que pretende ser un legado vivo, como su medalla. «La vida del deportista es muy bonita y todos volverían, volveríamos, a vivirla igual, pero con un poquito de ayuda y cambios».

Hay otro legado, más íntimo y personal, sólo para los Fernández Ochoa, que la saluda cada mañana cuando se levanta, desde una de las paredes de la cocina. «Mis hermanos cuando vienen a casa siempre me dicen: "¿Cuánto pides por ello?"». Pero eso no está en venta. Ese trozo

de cartón recortado de una caja encontrada en un trastero y enmarcado que vale más que una medalla.

«Antorchas y trofeos de los cojones», pone, mezclando mayúsculas y minúsculas, en esa letra picuda y casi de médico que Blanca tenía.

Miriam Blasco

(Valladolid, 1963)

«“¿Cuál ha sido el mejor momento de tu vida?”. Cuando alguien me lo pregunta no puedo pensar que fueron los Juegos de Barcelona porque un oro conseguido con tanta tristeza…», confiesa Miriam Blasco, con voz queda, mientras abre la puerta de uno de los tesoros que guarda la ciudad de Madrid, la biblioteca del Senado (en el edificio de la Marina, a unos pasos de la plaza de España). La madera cruje bajo sus pies, al contacto con su cuerpo menudo y delgado, mientras guarda en el bolso el libro electrónico con el *4, 3, 2, 1* de Paul Auster a medias, y se mueve con delicadeza entre esas paredes forradas hasta el techo de libros repartidos en distintas galerías esculpidas con un estilo neogótico británico. La sala tiene mesas macizas y escaleras de caracol que recuerdan al Hogwarts de las películas de Harry Potter. «Este es un lugar increíble, ¿verdad?», comenta, bajando con liturgia aún más la voz, aunque en ese momento no haya nadie más en la estancia. «Viajar y leer son las dos grandes pasiones de mi vida. Quise estudiar Filología, pero cuando me fui a vivir a Alicante esa carrera no estaba en su universidad», detalla mientras camina con pasos de gata por esa sala que conoce bien de los años en los que, retirada del deporte, fue senadora por el Partido Popular.[10] Un Alicante al que llegaría con dieciocho y que sería cimiento de lo que, una década después, el 31 de julio de 1992, lograría al convertirse en la primera campeona olímpica del deporte español, además de en la primera mujer en ganar una medalla en unos Juegos Olímpicos de verano, meses después de la de

Blanca Fernández Ochoa en unos de invierno. Ese momento que en su cabeza sólo envuelve la sal de los ojos. Ella en lo alto del podio deshecha entre lágrimas, balbuceando un «lo hemos conseguido» dirigido a ese hombre que le faltaba a los pies del tatami, Sergio Cardell, su entrenador.

«Él había sido quien me había convencido de que yo podía conseguirlo». Pero Sergio Cardell ahí no estaba y ya nunca estaría, como en un verso de ese poema de Idea Vilariño.

Sergio había muerto veinte días antes, en un accidente en una curva de la sierra de la Carrasqueta, camino de Alcoy. Conducía una moto prestada, propiedad del marido de Miriam: ella misma se la había regalado apenas unos meses antes, tras haberse proclamado campeona del mundo de judo. «Y yo me sentía terriblemente culpable». Con la cabeza llena de «y si…» («y si yo no hubiera sido campeona», «y si yo no hubiese comprado esa moto»), que sentía como cuchillas en ese momento en el que se suponía que debía sentirse la española más feliz en la tierra. Al cuello llevaba colgada la primera medalla para España en aquellos Juegos Olímpicos. «Pero no podía ser feliz porque culminaba el sueño de dos personas, el de Sergio y el mío, y una no estaba». Nacida en Valladolid, allí se había sembrado la semilla del judo en su cuerpo, pero, sin Alicante ni la mano de Sergio Cardell, el talento de Miriam Blasco jamás hubiera germinado como lo hizo.

Mediana de nueve hermanos, ocho chicas y un chico, su madre regentaba una tienda de deportes y su padre era un profesor de Educación Física apasionado del deporte que, cada fin de semana, llevaba a sus hijos a correr por el pinar. «Algo que yo odiaba, por cierto. Nunca me ha gustado correr. Un tiempo después, mi padre nos iría apuntando por parejas a todos en diferentes deportes. Dos en atletismo, dos en gimnasia, dos en judo…». La última disciplina les tocaría a ella y a su hermana un año mayor. «Mi padre tenía un amigo con un gimnasio que le dijo que nos llevase». Nada más poner un pie sobre el tatami, se enamoró. «Tenía ocho años y todo era un disfrute: revolcarme, hacer volteretas… Yo era muy ágil». A su alrededor, casi todos, eran niños. «Pero yo era un poco chicazo y se me daba bien. Mi

hermana, por ejemplo, era más *patosilla* y no le gustaba mucho. Lo dejó un año después». Seguía con el cinturón blanco-amarillo, el segundo más bajo, mientras que Miriam, en el mismo tiempo, ya había alcanzado el naranja, tres por encima.

Amanecían los años ochenta y siempre competía con chicos. «Entonces no había categorías ni de prebenjamines ni benjamines. Creo que ni categorías. Yo nunca participé en campeonatos de España junior, llegué directamente a los senior. Y siempre contra ellos». Lo que, en cierta medida, la empujó a ser lo que fue. «Cuando se habla de que en España había muchos resultados de mujeres, Isabel Fernández, Yolanda Soler, Almudena Muñoz, yo…, está relacionado con la manera en que entrenábamos, siempre con hombres, lo que nos subía mucho el nivel. Tenían más calidad, velocidad y potencia. Nos venía muy bien. Ellos, sin embargo, muchas veces se tenían que ir al extranjero a buscar competidores que les mejoraran». Ellas no. Y así fue creciendo Miriam Blasco en Valladolid, con tres horas de entrenamiento a la semana: los lunes, los miércoles y los viernes.

Cuando su familia se mudó a Villalba, en Madrid, después de que su padre se jubilase por una enfermedad, ella tenía diecinueve años y había logrado ya ser tercera en un campeonato en España de judo. Pero decidió que si tenía que empezar de cero prefería hacerlo en Alicante. Esa parte de la historia se mezcla con el ruido de tazas que chocan y el frenesí de la cafetería del Senado, donde ha elegido una mesa retirada para recordarse con voz más alta que en esa biblioteca que ha dejado atrás con una última caricia en el pomo de la puerta al cerrarla, como si fueran las páginas de *Los renglones torcidos de Dios*, una lectura que la marcaría tanto como aquel viaje a Alicante. «Me fui a dar clases de judo y a independizarme. Allí vivía mi novio, que después se convertiría en mi marido». Su entrenador era Sergio Cardell. «Desde el principio conectamos. Era un hombre de carácter fuerte que te hablaba muy directo, sin eufemismos ni rodeos. Fue él quien me dijo: "Si entrenando lo que has entrenado has quedado tercera de España, tómatelo más en serio". Y así empezamos a trabajar juntos». El judo dejaría de ser para ella un hobby que practicaba sólo tres horas por

semana. «Empecé a entrenar todos los días y a hacer cosas que antes no hacía, como el judo en suelo que, en Valladolid, cuando me tocaba, me saltaba. Pero Sergio me avisó que allí eso no podía hacerlo, que allí se trabajaba todo. Y, fíjate, el suelo acabaría siendo una de mis técnicas favoritas para ganar combates», confiesa mientras remueve un café que, de momento, sólo da vueltas y vueltas en su cucharilla.

«Siempre he sido muy fuerte psicológicamente, pero Sergio tenía más fe en mí que yo misma». Los resultados llegaron casi enseguida. En 1988, con veinticuatro años, Miriam Blasco lograba ser campeona de España de judo (después de haber quedado siete veces tercera) y subcampeona de Europa. Barcelona ya marcaba en ese momento todos los ritmos y objetivos. José Antonio Samaranch había pronunciado el nombre de la ciudad como sede olímpica en 1992. Los Juegos de casa ya sobrevolaban los sueños y planes de los deportistas y entrenadores atados a la implementación del Programa ADO, que, desde finales de 1980, trajo consigo becas para apoyar su desarrollo. «Que empezaran a creer en los deportistas lo cambió todo. Antes, si no invertías nada, ¿qué resultado ibas a tener?».

Todo eran cometas Halley, luces luminosas que irrumpían brillantes en lo alto cada cierto tiempo antes de volver a desaparecer.

«En los Juegos anteriores, los de 1988, Sergio había viajado a Seúl para estudiar la competición de judo. Al volver se sentó conmigo y me dijo: “Mira, creo que tú puedes ser campeona olímpica si entrenamos fuerte estos cuatro años”, que era como si te dicen: “¿Quieres volar?”. Aunque a veces soñar a lo grande te hace crecer más», expresa Miriam mientras da el primer sorbo a un café que arde menos en la lengua que lo que aquella propuesta prendió en su sangre.

«Vale», asintió. Y le dio la mano aún más fuerte a su entrenador. ¿Quién no quiere volar, más aún cuando se trata de deporte y el paraíso de unos instantes te puede durar toda la vida?

«Nos pusimos a ello. Yo dejé de dar clases en uno de los dos colegios en los que las impartía y él hizo lo mismo. Empezamos a entrenar en serio, mañana y tarde, cuatro horas diarias que acabarían prolongándose a seis». Al equipo se sumaría también otra persona

fundamental: Josean Arruza, psicólogo y profesor de Educación Física. «Inventó un entrenamiento muy metódico, con pautas, visualización de objetivos… Y me da pena porque, con "el morbo" del fallecimiento de Sergio, Josean fue el gran olvidado de Barcelona. Sin él yo tampoco habría sido campeona olímpica. Primero, porque me hubiera hundido y, segundo, por su plan de entrenamiento». Sergio ideaba y era la parte física del día a día en el tatami, mientras que Josean analizaba y pulía lo mental. Entre ambos estaba Miriam, que tan sólo un año más tarde, en 1989, lograba en Belgrado la primera medalla española para su deporte en un Mundial, un bronce, que ya sería oro en 1991, y que la convertía en la gran rival a batir por las demás. «Ahí Josean hizo un trabajo psicológico brutal. Porque tu motivación es muy fuerte cuando quieres ganar a alguien mejor. Pero ¿qué pasa cuando tú eres la mejor? Consiguió que me mentalizara de que había sido campeona un día, en una hora y con un sorteo determinados, pero que eso no quería decir que se repitiese en otro día, en otra hora y con otro sorteo, sobre todo en nuestro deporte, que en un segundo puedes perder un combate». En un descuido te hacen un *ippon* y estás fuera. Podía pasarle en Barcelona, aunque acudiera a los Juegos como tercera de Europa en la categoría de menos de 56 kilos.

«Ay, la báscula. Cuando gané el oro en los Juegos lo primero que hice fue romperla», el recuerdo destensa su entrecejo con una sonrisa. «Dije que no volvería a pesarme en mi vida». Ella siempre fue delgada, menuda y fibrosa. «Normalmente pesaba sesenta kilos, cuatro más, y tenía muy poca grasa, pero iba al límite».

No puedes comer, pero comes por el ansia que la prohibición te genera. Los dulces estaban vetados, algo que llegó a provocarle fricciones en casa con su marido. Y estaba la obligación de correr en saunas para bajar los últimos antes del pesaje para una competición. «Lo hacía envuelta en plástico. Recuerdo un campeonato en Londres que me dijeron que iba a competir el domingo y, al llegar allí, me cambiaron al sábado: el viernes me tocó correr tres kilómetros forrada, en una piscina cubierta, para bajarlo. Que lo bajas, luego bebes y lo recuperas, pero hacíamos esas burradas».

La mañana del 31 de julio de 1992 desayunó una papilla de frutas a sorbos, como ese café que se bebe esta tarde en la cafetería del Senado, poquito a poquito y con un ligero temblor de manos. Su objetivo era grande e iba más allá de conseguir una medalla: competía para culminar la obra de Sergio Cardell. «Me parecía el mejor homenaje. Lo he pensado muchas veces, que si él no hubiera fallecido, probablemente yo no hubiera sido campeona, no hubiese tenido esa fuerza». Pero aquel día sentía que algo que estaba por encima de ella la empujaba. Sergio faltaba, pero ahí estaba Josean, que llevaba veinte días acorazando su cabeza para apagarle todos los ruidos.

«Josean, que vivía en San Sebastián, viajó para acompañarme en esos momentos en los que yo no sabía si sería capaz de competir. Me empujó haciendo todo lo contrario a lo que cualquier otro hubiera hecho: me hablaba de Sergio todo el rato, no era un tabú, sino una presencia importante. Hicimos simulacros de competición porque, claro, yo siempre miraba al tatami para ver dónde estaba Sergio y Sergio ya no estaba…». También cambiarían todos sus planes y estrategias al conocer el sorteo: Miriam quedó exenta en el primer combate, pero en el segundo su rival sería la coreana Sun-Yong Chung («la más difícil de todas»). Después llegaría la japonesa Tateno («que luego fue plata mundial»). Y más tarde la cubana Driulis González («oro en los Juegos siguientes»). Si llegaba a la final, debería enfrentarse a la británica Fairbrother («que también fue campeona del mundo»). Josean trazó otro camino siguiendo un plan que elaboró tras estudiarlas, minucioso: Miriam acudía siempre a cada competición con unas libretas en las que llevaba apuntados todos los puntos fuertes y las flaquezas de cada una de sus rivales.

«Creo que yo las conocía más que ellas a sí mismas. La coreana, por ejemplo, tenía un tic para agarrar», dice, y cierra los ojos, como si la cafetería del Senado volviera a ser aquel Palau del 31 de julio de 1992. «Le gané del modo en que tenía en el cuaderno anotado que le iba a ganar». ¿Y cómo era? «A lo mejor es un poco complicado para quien no esté familiarizado con este deporte, pero intento resumirlo: yo tenía tres técnicas muy buenas y ella tan sólo dos. Con un desplazamiento,

que es moverte de una forma diferente, me dejaba a mí con una técnica y a ella con ninguna. Sólo con eso: moverme en una dirección diferente. Cuando comenzó el combate ella se quedó a cuadros. "¿Para dónde se mueve esta chica?", debió de pensar. Y, claro, como yo sólo podía usar una técnica y ella ninguna, nos empezaron a sancionar por no atacar. A las dos. Primera sanción. Segunda, también a las dos. Tercera. La siguiente, la cuarta, era descalificarnos. Eso había pasado en el Villa de París aquel mismo año y habían descalificado así a un coreano… Y yo lo sabía…». Cuando la coreana, nerviosa, se movió, Miriam le marcó un *ippon* y la eliminó.

«Antes de aquellos Juegos de 1992, alrededor de la mujer sólo había invisibilidad. Yo había quedado campeona del mundo y nadie sabía quién era. Eso es lo que más ha cambiado. Ahora Carolina Marín lo logra en bádminton y se habla, por ejemplo. En aquella época sólo existía el fútbol, el fútbol y el fútbol. O, como mucho, el baloncesto, el tenis y las motos. Arantxa Sánchez Vicario siempre dice que si hubiera estado Nadal en su época no hubiera tenido, seguramente, la cobertura que tuvo. Había deportes más mediáticos, pero el judo no lo era. A mí se me conoció por el oro olímpico, el primero de una mujer en unos Juegos de verano, no por haber quedado campeona del mundo el año anterior». Algo, lo primero, que la convirtió en una pregunta del Trivial. Al contarlo, la risa le sale a borbotones. «"¿Quién fue la primera española en ganar una medalla de oro olímpico?", dice la pregunta. Pero a veces hasta me parece un poco injusto y aleatorio. Podía haber sido Almudena Muñoz, que el 1 de agosto fue también oro en judo. O las chicas del hockey. O Theresa Zabell y Patricia Guerra en vela. O Conchita Martínez, que fue plata en Barcelona. Las pioneras fuimos las mujeres de Barcelona, que luchamos cada una en su especialidad y lo conseguimos». Unos Juegos en los que el Programa ADO se tradujo en metales: veintidós ganaron los deportistas españoles cuando en toda la historia olímpica anterior sólo se sumaban veintisiete. Veintidós. Ocho de ellos conseguidos por mujeres.

Pero quien da primero da dos veces, y Miriam Blasco fue la primera de todas aquellas primeras, aquel 31 de julio que ella sólo quería que

pasara lo más rápido posible. «Llevaba tanta presión acumulada que lo único que quería era que todo terminara de una vez». Mientras iba tachando páginas en su libreta.

«La japonesa tiene un ataque peligroso».

«La cubana es peor en el suelo».

Cuando a la tercera proyección que intentó sobre Driulis González logró hacerle un *ippon* en suelo, ya era plata, pero para Miriam Blasco ese metal no era suficiente.

«Recuerdo la final ante la inglesa Fairbrother como el combate más difícil, también porque a lo mejor cada vez estaba más cerca de lo que buscaba». Y de lo previsto también. «Las puntuaciones de *koka* y *yuko* ya no existen, sólo están el *wasari* y el *ippon*. Pero entonces sí. El primero te daba tres puntos y el segundo cinco. Nada más empezar yo le marco un *yuko* y ella a mí un *koka*. O sea, ella tres puntos y yo cinco que me hacían campeona. Así que yo me alejé de ella porque si cometía un error podía perder el oro». Los últimos treinta segundos de su combate fueron una huida de todo contacto en el tatami, capaz de tocar el tuétano de cuánto emocionó, por todo lo que había detrás. «Y porque salir corriendo no podía», ríe otra vez con dulzura antes de que la tristeza vuelva a aposentarse en su rostro, pero más tenue, con la sensación de culpabilidad ya enterrada.

Cuando el combate terminó y el oro era suyo, se derrumbó sobre el tatami. Y ahí se quedó tendida, con las manos cubriéndole los ojos y sintiendo como un abrazo el cinturón de su judogi, ese que tenía bordado el nombre de Sergio porque había pertenecido a su entrenador. «Subir a lo más alto del podio fue uno de los momentos de mayor satisfacción de mi vida, pero también un "uuuf". Yo no fui responsable de su muerte, aunque me costó tiempo quitarme esa carga de encima», dice. Durante unos segundos en esa cafetería no se escucha nada a pesar de los ruidos en la barra y el lavavajillas, de la gente que entra y sale ajena a todo el silencio que aúlla en sus ojos al revivir ese momento.

«A mí es que no me valía nada, yo lo que quería era ganar y saber que eso… pues… le haría a él permanecer. ¿Cuántos años han pasado?

Me retiré, me divorcié, he sido política, he sido entrenadora de medallas olímpicas, estuve en el Congreso, me he vuelto a casar y estamos hablando de él. Si no hubiera ganado, Sergio seguramente no existiría ya, no se le recordaría, y una rotonda en Alicante no llevaría su nombre», dice. «Si yo no hubiera ganado a Nik aquel día…», susurra, y el nombre su última rival, la británica, asoma distinto en su boca, sin que sea su apellido, Fairbrother, como las competidoras de judo se dirigen siempre las unas a las otras, sin nombres propios. Pero Nicola Kim Fairbrother es Nik para Miriam y de su boca brota con la familiaridad con la que se dice casa. Hace ya años que aquella inglesa a la que Miriam Blasco le ganó el oro en los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992 es también su mujer. El día que se casaron, en 2016, revivieron en el altar aquel 31 de julio intercambiando sus metales en el podio: desde entonces, en el anular de la mano derecha de Miriam hay un anillo de plata. En el de Nik es de oro.

Olga Viza

(Barcelona, 1958)

Treinta y un años después de convertirse en esa mujer con la que toda una generación de niñas descubrió que podía llegar a ser periodista deportiva al verla en primer plano de la televisión narrando los Juegos Olímpicos de Barcelona en un magacín diario junto a Matías Prats, Olga Viza entra en el edificio de Radio Nacional de España, en el Poble Nou, repartiendo saludos como si fueran abrazos. Al encargado de seguridad, a la chica de la recepción, a todo aquel que se topa, a cada uno llamándolo por su nombre, entre sonrisas que parecen caricias al salir de su boca. Son las cuatro de la tarde y falta una hora para que dé comienzo su programa. Antes de que la grabadora se encienda, asoma la cabeza en el control de los que serán sus técnicos, ensimismados en la realización del programa anterior. Llega con la pregunta de cada tarde: «¿Alguien necesita un café?». Así es ella, Olga Viza, como una de esas mujeres del poema de Karmelo Iribarren, de las que nunca terminan de pasar. Siempre dejando puertas abiertas tras sí.

«Pero eso fue lo que yo me encontré cuando empecé en esto», explica, con esa cercanía que provoca una confianza casi instantánea aunque la acabes de conocer. *Esto*, el periodismo del que es referente. *Esto*, desde que entró en RTVE, en 1978. «¿Qué ocurría? —comienza—. Que las mujeres entonces éramos novedad. Y a mí me podían decir que no, me podían bramar, pero me trataban como a uno más. Y lo era. Bueno, lo éramos. Mari Carmen [Izquierdo], en el fútbol; María Antonia [Martínez], en el baloncesto; Mercedes [Milá], en el motor;

Rosa María [Garriga], en polideportivo y olimpismo. Y había respeto —cuenta—. La involución vino luego», completa, con un suspiro que le sale de dentro, como el café que escupen las máquinas en esa sala en vasos de cartón, oscuro y agrio, quemando, apagando por primera vez esa sonrisa dulce y sempiterna en su boca.

Enseguida, sin embargo, vuelve la sonrisa con una frase: «Pero yo cuando empecé lo tuve fácil: me encontré con mucha gente que no me puso trabas por ser mujer», y sus recuerdos infantiles sobrevuelan el parque Güell, donde jugaba, enfrente de su casa, sin imaginar que su vida estaba atada al deporte desde la cuna. O sí. Sólo con abrir los álbumes familiares ahí estaba la pista inicial. «Las primeras fotos de mi vida son en un cochecito bajo una canasta», sonríe. Su padre jugaba a baloncesto. «Incluso llegó a Primera —apostilla con un asterisco—. Aunque nunca pensé…». Que dedicaría parte de su vida precisamente a contarlos. «No, no, ¡qué va!, eso no estaba en mis planes», vuelve a reír, con esa cercanía que pocas veces abandona su boca. «Yo estudiaba el Bachillerato de Ciencias, aunque me fuera pegando de hostias con la física y la química», relata. Pero es que ponía la tele y se pasaba los días viendo una serie, *Centro médico*, «la del doctor Gannon», que alimentaba un sueño adolescente: «Quería dedicarme a abrir tripas», como el actor Chad Everett.

«Sólo he tenido un mito en la vida y era él», desvela, aunque un poco su abuela también. Con ella, precisamente, llega la segunda pista. De niña, Olga elaboraba un periódico de cuatro páginas al que llamaba *The Carmen* para regalárselo en cada uno de sus cumpleaños. Lo confeccionaba con los recortes que iba encontrando en casa e iba modificando, pla pla pla, a golpes de dedos sueltos en una máquina de escribir Olivetti, mientras «la abuela» se convertía en la reina Isabel II de Inglaterra, en presidenta del Gobierno o «en la científica que descubría no sé qué». Y, cuando llegó el último curso antes de la universidad y la niña debía elegir el camino para el resto de su vida, llegaría la pista definitiva, la que tumbaría para siempre la física y la química. «“¿Elegir ciencias para sufrir? Si yo soy de letras”, recuerdo que pensé, que podía llegar a conserje de hospital, pero no a médico».

Al terminar el instituto sopesó estudiar Filosofía o Filología, «pero entre mis compañeros había una tendencia: todos elegían Periodismo». Y ella se dijo: «¿Por qué no me paso la vida jugando?». Como su padre, pero de otra manera. Era el año 1976 cuando se matriculaba en Periodismo en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Desde primero de carrera en el pupitre de la izquierda se sentaba Concha García Campoy y en el de la derecha Lluís Remolí, quien la llevaría a RTVE. «Él trabajaba en la delegación de Barcelona, haciendo un programa que se llamaba *Polideportivo*. Pero yo de eso no tenía ni idea, Concha y yo sólo sabíamos que ya trabajaba en televisión. Un día, en segundo, me dijo: "Escucha, hay una vacante en el programa"». La vacante que dejaba Mercedes Milá porque se iba a Madrid. «Si quieres…, falta un reportero en deportes —oyó Olga—. Y yo le dije: "Ah, qué bien"», como si la palabra «deportes» fuera seguir masticando física y química. «Me concertó una cita para una entrevista a la que no me presenté», rememora. Al día siguiente, en clase, su compañero la regañó: «"Al menos, por educación, deberías haber ido. El director te estuvo esperando…". Y tenía razón, así que al terminar las clases cogí un porrón de autobuses para subir a la montaña de Montjuïc, donde estaba la delegación de RTVE en Barcelona, para reunirme con el director». Un porrón de autobuses en los que fue ensayando un discurso alrededor de todas las formas que existen de decir no de manera elegante. «Al llegar, con lo primero que me topé fue con unas vistas impresionantes. Imagínate cómo se ve Barcelona desde aquellos ventanales enormes que tenía el despacho de Sergio Gil, el tipo de veintiséis años que dirigía la delegación y que desmontó todos los "noes" con dos preguntas directas: "¿Tú qué sabes? ¿De qué tienes ganas?». «De aprender», se escuchó Olga mientras guardaba todos los *peros* en el bolsillo para no volver a sacarlos. Al día siguiente volvió, el de después también y así hasta hoy, a esa redacción de RNE en el Poble Nou, tras pasar por todas las cadenas de televisión en España, cuando ya ha cumplido los sesenta y cuatro años.[11] «Perdón —exclama de pronto, desde la salita del café—. Es que entonces era así de fácil: había oportunidades. Y yo llegué a un lugar que aglutinaba a los grandes

popes del periodismo con gente joven, todos dirigidos por ese Sergio al que habían hecho director con veintiséis años y al que le daban igual hombres o mujeres, su mentalidad era otra». En la redacción se les exigía a todos lo mismo, «independientemente del género».

Tres semanas más tarde, se pondría por primera vez delante de una cámara. «Cuando yo me incorporé, redactaba pequeños textos para el presentador, que era José Félix Pons, cogía agencias, montaba piezas y hacía un poco de todo para ir aprendiendo. Unos primeros días en los que iba a enterarme de qué era la televisión. Estaba un poco como de "oyente", sólo para ver cómo se movían los demás», relata, como si hubiera formado parte de un paraíso laboral distópico, alejado de las prisas y los *para ya* de ahora. «Una tarde estaba en montaje, otra en vídeo, en iluminación… Pero era otra televisión, otro tiempo, otra sociedad. Otro todo. Incluso otra yo». Fue en una de esas tardes en las que se encontraba en el control central observando todas las pantallas y consolas llenas de pistas, botones y órdenes, como si aquello fuera la NASA, cuando vio aparecer a un técnico. «Se llamaba Manolo Rato», y la estaba buscando con prisa. «"Olga, ¿tú te atreverías hoy?". ¿Que si me atrevería… a qué?», recuerda que dijo ella mientras su mente bullía: «Este loco quiere que haga un *off*». «Manolo era el realizador de ese programa, *Polideportivo*, en el que trabajaba Lluís y que se emitía a las siete de la tarde». En ese momento eran las tres. «A salir a dar una noticia en directo», escuchó. «Ni hablar», respondió ella sin pensar, como quien repele un puñetazo en la boca del estómago.

Pero, al ver cómo Manolo se marchaba por el pasillo musitando que lo entendía perfectamente, una certeza cruzó su cabeza: «Si salgo hoy y lo hago mal, como sólo llevo tres semanas, todo el mundo lo entenderá; pero, si lo hago bien, ya tengo una asignatura aprobada».

«"¡Manolo, espera! ¿Qué hay que hacer?", le pregunté, y me dijo: "¿Has tomado café?". Y en lo que nos tomamos uno me enseñó las reglas básicas de dicción, de posición y a vocalizar dando golpes en la mesa». Cuando Olga volvió a la redacción empezó a mirar insistentemente el reloj. Lo que hasta entonces parecía un elemento anodino se había convertido en una guillotina que la acercaba, segundo

a segundo, a ese destino: ella ante una cámara, en el aire y sin el salvavidas del falso directo en el que se puede parar y volver a empezar. «La noticia que tenía que contar era de baloncesto. Ellos sabían que en casa se jugaba y me sería fácil…». La redactó y esperó a que su padre regresara del despacho para leérsela por si, en algo, «había metido la pata». No lo hacía demasiado. Con los folios apretados al pecho en un canutillo siguió a Manolo hacia dos lugares que en sus tres semanas en la tele aún no había pisado: la sala de maquillaje («para maquillarme por primera vez en mi vida») y el plató.

«Entré media hora antes de que el programa comenzara: estaba todo oscuro», dice, bajando la voz como en un cuentacuentos. Hasta las luces de la salita parecen atenuarse también. «Aquello me parecía la hostia. El decorado que veía todos los días por la tele ante mí», la hostiaaa; «me senté, delante, muy quieta en la silla. Veía pasar los rótulos con mi nombre y pensaba: "Ah"»; aaah, como si Edvard Munch estuviera pintando en ese momento *El grito* en su cabeza. Cuando faltaban dos minutos para que el reloj marcara las siete, se le acercó el regidor: «Manolo se llamaba también, Manolo Otero, un señor muy mayor», para susurrarle algo que le pasa por la cabeza cada vez que, a lo largo de su vida, se ha sentado ante una cámara para el directo: «Tú habla cuando veas que yo te hago un gesto y el piloto se pone en rojo. Y nunca pienses en las miles de personas que te pueden estar viendo». Pero cómo no en ese momento. Glup. «Recuerdo que di la noticia sin equivocarme. No existía el *autocue*,[12] no existía nada. Respiré, yo creo, una vez en un minuto y medio». Nada más terminar, llamó a casa para preguntarle a su padre: «¿Qué tal?». Esa misma tarde recibió una segunda lección que no olvidaría jamás: «Bien, pero demasiado deprisa, Olga». Que lo importante en televisión no es el qué se cuenta, sino el cómo.

«Así comenzó todo —continúa—. Dando, además, cada día las gracias a la mujer anterior. Porque siempre ha habido una antes. Siempre hay que darle las gracias a alguien». Gracias a Mari Carmen, a María Antonia, a Mercedes. «En mi caso sobre todo a Mercedes Milá, de quien heredé de golpe todos los deportes que ella hacía. En el mundo

del motor, por ejemplo, que entonces sólo cubrían cinco periodistas y ella era la única mujer. Dominaba el cotarro que no veas… Al verme a mí con la acreditación granate ya no sorprendía tanto, porque Mercedes había dejado huella». ¿Y qué pasaba? De nuevo esa palabra en su boca, «novedad», las mujeres aún no eran vistas «como entes extraños» hasta que la otra, la de la «involución», empantanó ese recibimiento original. ¿Y por qué? ¿Quién? «En aquellas redacciones lo único que no cambiaba eran las plantas con la moqueta. Había mucha gente que aún pensaba en blanco y negro. Así que, cuando empezamos a llegar las mujeres, algunas querían hacer fútbol y estaban muy preparadas (en mi caso de fútbol ni idea, no era lo que me seducía), a nuestro alrededor se empezó a mascar un "qué está pasando aquí"». Olga y todas esas mujeres sintieron como si de pronto ante ellas se alzase una barrera, como si, de pronto, alguien hubiera dicho: «Este es nuestro terreno». «Y a la mujer en el periodismo deportivo se la empezó a cosificar», lamenta. Es la segunda vez que el buen humor abandona su boca en la tarde. En esa lucha aún andan las niñas que crecieron viéndola a ella en la televisión, junto a Matías Prats en el magacín especial diario que La 1 dedicaba a los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992.

«Matías era una figura ya muy consagrada entonces. Yo tenía la complicidad de La 2, pero no había salido en La 1 en mi vida, salvo en casos muy puntuales», susurra, con su relato siempre sencillo, con las palabras adecuadas, sin rizos, que te trasladan, que te llevan, como un relato de Raymond Carver, como un libro de Milan Kundera, como un cuento de Alice Munro. Si Pepita Cuevas, «la primera española campeona del mundo en cualquier modalidad», patinaje artístico, había sido su primer reportaje y el *Estadio 2* su programa en la segunda cadena, la gimnasia fue su deporte. «Me llegó de casualidad», señala. En los Juegos de Los Ángeles 1984, los primeros de los tres de verano que hizo. «Mujeres periodistas éramos cuatro: Mari Carmen Izquierdo, María Antonia Martínez, Rosa María Garriga y yo. A mí ahí también me toca hacer de todo, maquillar, llevarle los folios a Jesús Álvarez y los reportajes que nadie quería o podía hacer…». Ya fuera la halterofilia o la vela en Santa Mónica. Y la gimnasia artística, que entonces narraba

Antolín García. «Cuando a mí me añadieron, me senté allí a hacer el ridículo, porque no se podía hacer otra cosa». Pero se aficionó. «Así que la empecé a estudiar como una desesperada», mientras se reunía con jueces y técnicos. Cuando Antolín se jubiló, le tocó narrarla sola. «Lo iba apuntando todo en un archivo que apilaba en un armario de mi casa de Barcelona. Entonces no existía Google, ni teníamos acceso a internet ni nada que se le pareciera. Dependíamos de nuestra memoria y de nuestros apuntes». Esos mismos que, cuando a ella le tocó dejar la gimnasia, «porque me dijeron que sólo tenía que presentar el programa que en ese momento también hacía», regaló a la siguiente, a quien la sustituyó, Paloma del Río. «Si María Escario y yo fuimos los rostros del deporte, ella se convirtió en la voz», esgrime. Aún recuerda cómo le pasó el testigo de la gimnasia. «En mi última transmisión, que fue un Memorial Blume, en Barcelona, Paloma viajó para asistir como oyente. Yo fui a buscarla al aeropuerto, la llevé a casa, abrí el armario donde tenía guardado mi archivo y le dije: "Es tuyo, utilízalo si quieres"». Y le entregó esos apuntes como un legado y una responsabilidad.

Ese salto de La 2 a La 1, del *Estadio 2* al magacín, vino precedido de un grito que salió de sus propias cuerdas vocales el 17 de octubre de 1986, enunciado casi a la vez que el «À la ville de Barcelona» de Juan Antonio Samaranch en Lausana (Suiza) y a coro con el periodista Martí Perarnau. «Cuando se decidió la candidatura olímpica fue uno de los momentos más *heavies* de mi carrera. Matías lo contaba para toda España y Martí y yo para Cataluña. Nos pusieron en una habitación allí, en Lausana, sin ventanas ni nada, pequeña, con un monitor y unos cascos. Nosotros sabíamos que en la plaza de Catalunya se había colocado una pantalla, que había mucha gente, que RTVE tenía un despliegue, pero no veíamos nada, no teníamos ni idea de lo que allí ocurría. Pero, cuando dijimos, los dos a la vez también: "¡Barcelona!", nos entró por los cascos el rugido de la ciudad entera. No habíamos dimensionado toda la ilusión colectiva». Esa que se agarraba al sonido que de sus cuerdas vocales acababa de salir. *Bar-ce-lo-na.* «¿Qué está pasando?», repite decenas de años después, en una voz baja que es capaz de traer al presente los decibelios de entonces. La piel de gallina

la acompaña, asoma por debajo de la manga de su camisa.

«Cuando llegamos esa noche a la ciudad con toda la delegación, Barcelona era una verbena. Me fui a dormir a las siete de la mañana y a las tres tenía programa con Felipe González, entonces presidente del Gobierno, y Pasqual Maragall, alcalde de Barcelona». Lo que siguió fueron seis años gravitando alrededor de aquel grito, en aquella habitación sin ventanas que transformaría a la ciudad en la que ella había nacido y a la que había escuchado rugiendo en sus oídos. «Para colmo, tiempo después me llamó el director de cine Manuel Huerga. Porque iba a dirigir las ceremonias de apertura y de clausura de los Juegos. Quería hablar conmigo. "Conmigo… ¿de qué?", recuerdo que contesté. Como yo había narrado varias ceremonias de otros Juegos, querían saber protocolos, mis sensaciones, qué me había gustado más y qué menos».

Y, al igual que había hecho unos años antes, cogiendo varios autobuses hacia lo alto de Montjuïc, Olga condujo esta vez su coche hacia la punta del Tibidabo. «Cualquiera que creara en Barcelona estaba en aquella reunión. La Fura, los Comediants… Y yo allí, en una esquinita de la mesa, callada, como una muerta. Lo que más me impactó de aquel día fue cuando alguien dijo: "¿Y si convertimos el estadio en el mar Mediterráneo?". Y yo pensé: "A esta gente se le va la olla. Se-le-va"». Pero el 25 de julio de 1992 estaba ahí, en una cabina del Estadio Olímpico Lluís Companys, con Matías al lado, para contar que la XXV Olimpiada de la historia moderna se iba a celebrar en Barcelona. Que era 1992 y sus Juegos habían llegado a una ciudad y un país deseosos de presentarse al mundo con una coreografía que simulaba el mar Mediterráneo. Y Olga se vuelve a ver a sí misma diciéndole a Matías una propuesta para ambos, tapando los folios en la mesa: «Papeles fuera, que esto luzca». La ceremonia, los deportistas, Barcelona. Ellos, hablar poco. Aunque a uno de los dos, al hacerlo, se le quebrara la voz. «La leyenda urbana dice que fui yo», ríe Olga, treinta y un años después. Que fue ella quien se emocionó hasta las lágrimas, y eso se notó en el directo. Pero no, niega. No, ella no fue. «Fue Matías, y quien le consoló fui yo. Aunque yo me emocioné también, pero sin que

se me notara», descubre sobre aquel *día cero* de algo más que los Juegos *de casa*. El *día cero* de tantas niñas que prendían el televisor para descubrir que las mujeres también contaban deportes en masa. Que también se podía. Y que ahí estaba ya ella, Olga Viza, esperando a todas las siguientes.

Montse Puche

(Madrid, 1970)

Cuando Montse Puche fue elegida segunda mejor jugadora del mundo por la IHF, Federación Internacional de Balonmano, no sabía ni que ese galardón existía. Y eso que, por aquel entonces, en 2003, la liga femenina española era fuerte y no como ahora, cuando las mejores deben hacer las maletas y exiliarse al norte de Europa si quieren una oportunidad. «Me apena ver lo que fue una vez y lo que es hoy», suspira al otro lado del teléfono una Montse Puche de vuelta a su casa en Valencia, hace dos días, con sus maletas de Irán aún por deshacer. Su legado en la pista (196 internacional y 736 goles, la tercera en la historia que más) ha continuado en los banquillos. Si en 2015 se convertía en una de las pocas mujeres al frente de un equipo en Liga Nacional de España, el Super Amara Bera Bera, siete años más tarde la Federación de Balonmano iraní la ponía al frente de su selección nacional femenina. La primera mujer en ostentar ese cargo, la primera española del balonmano en trabajar allí.

«Cuando éste llegó a mi vida tampoco sabía que existía», rememora, mientras pone la mente rumbo a su infancia, a aquella Montse Puche de ocho años que abrió los ojos *muy-mucho* al ver llegar a un entrenador a su colegio, el Amor de Dios de Alcorcón, con el nombre de ese deporte desconocido en la boca. «Me acuerdo del primer entrenamiento que nos organizó como si fuera hoy», cuenta, con una sonrisa que traspasa el hilo telefónico. Se acuerda de que llovía y no pudieron practicarlo en el patio por eso. Se acuerda de que se metieron en un aula y el entrenador

empezó a explicarles las normas. Se acuerda de que enseguida aprendió la de los pasos, la de dobles, y que frunció la frente al descubrir que había dos áreas que no se podían pisar, sólo lo podía hacer el portero. Se acuerda de que al segundo entrenamiento se enganchó (no como en el baloncesto, en el que se había aburrido desde el primer día, por «tocar tan poco el balón»), sostenida en aquello que se le había prendido al cuerpo ya antes, cuando se ponía un bañador para meterse en una piscina o se calzaba unas zapatillas para correr en una pista de ceniza. «En mi casa se veía fútbol porque a mi padre le gustaba mucho, pero nada más. Tampoco emitían otros deportes en televisión». En la calle, ella se apuntaba a todos.

Comienza por el agua. «Nos apuntaron a mi hermana y a mí a un club donde entrenábamos antes de que abrieran la piscina. Así que solíamos comenzar a eso de las ocho y media. Mi hermana prefería quedarse durmiendo, pero yo no faltaba a ningún entrenamiento». Montse entrenaba antes de que abrieran y después iba a las clases de natación. Su entrenador se llamaba Sastre. «Era un señor muy mayor, no recuerdo el nombre exacto porque todo el mundo lo llamaba por el apellido. Lo que de él aprendí lo transferí luego a otros deportes». Especialmente sobre el descanso, el reposar en la esterilla tras las palizas físicas, porque entonces Montse Puche ya era tan competitiva que no podía perder ni en los asuetos. «Venía y me decía: "¡Aquí te estás equivocando! Tienes que ser más lista, es el momento de descansar. Ese reposo es importantísimo"». También le enseñaría la importancia del calentamiento. A ella le parecía que, justo antes de una competición, éste sólo podía restar. «Pero un día llegué un poco justa a una carrera y no calenté bien. Al acabarla vino y me dijo: "Nunca hay que dar ventaja al contrario y hoy lo has hecho". Quedé segunda en los 100 metros espalda por muy poquito». Por ese calentamiento que le había faltado.

De Quique, su entrenador de atletismo, aprendió qué significa el sacrificio.

Y fusionándolo todo estaba su padre. «Recuerdo que una vez en un cross en la Casa de Campo de Madrid me entró pánico escénico y

amenacé con no correr. Mi padre, que me había llevado en coche, me dijo: “Si no corres, te sientas aquí y no nos vamos hasta que los demás terminen”. Pasé toda la mañana en el coche». Él la llevaba a todos los sitios en los que competía, el fin de semana completo, con piscina, partidos, carreras con las amigas del poli y cross donde tocara, siempre contra niñas un par de años mayores. «Era todo lo contrario que mi madre, a la que no le gustaba que hiciera deporte». No había referentes femeninos en la tele, carecía del ejemplo de mujeres que le mostraran lo que aquel sábado por la mañana le espetó su padre en el coche: «Si para ti renunciar es una norma, no sólo lo harás en una carrera de un sábado por la mañana, renunciarás también a otras cosas».

Y tuvo que renunciar. Se vio obligada a abandonar el resto de los deportes cuando se encontró con Pedro Moreno («mi querido Pedro») en el Club Balonmano Alcorcón después de una prueba en Leganés, «que era el mejor equipo que en ese momento había en Madrid», en la que con edad de infantil compitió contra juveniles (dos categorías y años por encima). «No me cogieron». Pero Pedro Moreno llegó a su vida para empujarla a la historia del deporte. «Si quieres seguir has de priorizar», recuerda que le dijo. Continuó con lo demás, pero de manera amateur. En balonmano comenzó a despuntar en juvenil. «Llegaron a pedirme una foto para ir a una concentración con la selección, aunque nunca me llevaron a ninguna. Iba a la preselección de veinte, pero nunca aparecía en la lista de las dieciséis finales». Los seleccionadores, que pertenecían a varios clubes, elegían siempre a sus jugadoras. A nadie le interesaba Montse, del Alcorcón, localidad que justo en ese momento estaba apostando por el voleibol en detrimento del balonmano. Lo que parecía el fin fue en realidad el comienzo de todo.

«Nos llamó el presidente de Getafe diciéndonos que apostaba por nosotras. Los dos equipos nos fusionamos para convertirnos en uno solo en Primera Nacional que logró subir a División de Honor». Aunque por edad tenía que estar en juvenil, destacaba tanto que la selección la llamó para una concentración junior. «Al principio fue un poco duro. Todas se conocían y yo entré como suplente de la suplente lateral

izquierda. Antes del Mundial junior que se celebraba en Nigeria hubo dos concentraciones más para decidir quién iba. Una de las chicas que jugaba en una posición opuesta a la mía se lesionó sin que hubiera tiempo de llamar a otra». El seleccionador decidió cubrir la baja en el extremo derecho con Montse Puche, en esa posición opuesta por completo a la suya. «Jugué todo el Mundial y fui la máxima goleadora. Una cosa…», le sale espontáneo. España acababa de descubrir a una de sus jugadoras icónicas en aquel Mundial junior de 1989. La cita coincidió con la elección de Barcelona para los Juegos Olímpicos de 1992, las becas ADO, la inversión de España como país organizador en el deporte.

«Gracias a Barcelona pudimos reunir un poquito de dinero. Pero si comparas la misma competición entre hombres y mujeres… pues… es duro. Ellos se alojaban en hoteles de cuatro o cinco estrellas y nosotras en una residencia de Cercedilla, donde el restaurante era un bar ubicado en el pueblo, a un kilómetro y medio, ¿qué te parece?», y esto último también le sale de dentro. Ambas selecciones nacionales, masculina y femenina, se preparaban para disputar la misma competición, al mismo nivel, aunque las condiciones en las que llegaban al partido eran como el agua y el aceite. «Nosotras entrenábamos en tres sesiones diarias con sólo cinco camisetas. Eso sí que no lo olvidaré en la vida. Según terminaba el entrenamiento, las teníamos que lavar en el lavabo de la residencia». Ellas sabían hacerlo, a ellos se las lavaban. Una desigualdad que en aquel Mundial junior ya había asomado en las dietas. «Lo preparamos a la par, en la misma residencia. Soy de la quinta de Iñaki Urdangarin, de David Barrufet…, que quizá recibían unas 3.000 pesetas al día [167 euros]. A nosotras nos daban 500 [3 euros]». Pero la elección de Barcelona como sede olímpica trajo consigo esa inversión en el deporte que elevó el nivel del balonmano. «La liga femenina empezó a pegar duro, estaba el Íber, que lo ganaba todo y tenía extranjeras, pero el Getafe también: teníamos tres de Rumanía, y eso que éramos un equipo de media tabla para abajo». El problema era de instalaciones. «Muchos días teníamos que entrenar al aire libre, con frío; si llovía, no podías entrenar…». Y así

siempre. Aunque desde Valencia y desde el ahora Montse Puche levanta el dedo para hacer un inciso: «En los pabellones de balonmano no había insultos». Ni cantares sobre limpiar y términos similares a los que enviarlas, aunque siempre jugaran con ropa de hombres.

«En la selección, salvo para los Juegos de Atenas 2004, no he tenido una camiseta de chica. Mi padre siempre iba vestido de mí. Toda se la daba, to-da». A las mujeres de su generación hasta eso les costaba. Ropa de su talla, ropa para ellas, ropa de mujeres. «Sólo pedíamos eso: íbamos hechas unos adefesios». Un mínimo, nimio por un lado, pero en realidad tan importante para todas. «Una vez, incluso, nos plantamos», dice de pronto, en un recuerdo que le tensa la voz: «La federación nos dio una ropa… Una equipación con pantalones por debajo de la rodilla y hasta braguero de chico. Y dijimos: "Con esto no vamos a salir a jugar". Nos amenazaron con llamar a las junior si no lo hacíamos. "Pues que vengan", repelimos. No sé quién perdía más, si nosotras o la Federación Española de Balonmano convocando a las junior y teniendo que explicar que las absolutas se habían retirado porque no querían salir a jugar con unos pantalones de hombres. Al final competimos con unos de entrenamiento, ni oficiales ni nada». Las mangas, al menos, no les llegaban por debajo del codo.

Un año después de que la selección quedase sexta en los Juegos Olímpicos de Barcelona, Montse Puche abandonó el club de su vida, el Getafe, para llenar «a reventar de cosas» su Peugeot 106 y conducir rumbo a Valencia. A pesar de su lesión, el Osito La Eliana (luego Íber), el mejor equipo de balonmano femenino español de la época, campeón de todas las ligas desde la temporada 1978-1979, acababa de ficharla. Aquel febrero se había roto la rodilla (cruzado, menisco y ligamentos a la vez). «Llegué a Valencia un 2 de julio y en el club me esperaban con el médico para verme. "Mañana te opero", me dijo». Fue en aquel verano de 1993, con aquel viaje y club, cuando Montse Puche pudo empezar a vivir del balonmano. «No con lujos, había a veces que te pagaban en tiempo y otras no, pero al menos vivía sólo de eso». Como sus compañeros hombres.

«Me recuperé muy bien de la lesión y en diciembre pude debutar». A

su alrededor, la División de Honor Femenina, como se llamaba entonces la liga en España, vivía sus años de oro. «Se hizo potentísima. Las mejores de Europa venían para acá, recibíamos a muchas jugadoras del Este: rusas, rumanas, alguna francesa…», señala, con la nostalgia que suele colarse en la voz cuando se habla de tiempos felices que no volverán. Entonces competir en España era sinónimo de prestigio. En 1997 el Osito lo confirmaba al proclamarse campeón de la Champions por primera, y última vez, un equipo español. A pesar de ser el que más medios tenía, viajaba prácticamente en los huesos. «Estábamos todo el año con lo justo. No había dinero para desplazarnos todas. Lo hacíamos la entrenadora, la delegada, que hablaba perfecto inglés, diez jugadoras y ya». Aun así fueron reinas de Europa.

«Jo-der». A veces nada resume mejor una emoción que un exabrupto. Aquel año sigue en su cabeza como si no hubiera pasado el tiempo. «Cuando comenzó esa temporada acababa de terminar la guerra de los Balcanes y en la primera eliminatoria nos tocó Bosnia. Éramos el primer equipo del mundo en jugar allí un partido oficial, y ese viaje nos marcó mucho». Lo que vieron las hizo más fuertes. El horror de la guerra. «Cuando llegamos, nos estaban esperando en la plaza del pueblo y, según bajamos del autobús, nos contaron por qué había allí un agujero tremendo». Una bomba, doscientos muertos. Todo registrado en las piedras mudas que sobrevivieron a los humanos. «Fue todo muy emotivo, en el sentido de qué duro, lo que ha tenido que pasar esta gente». Sus propias estrecheces dejaron de apretar. Ganaron la eliminatoria y no se encontraron con el coco, el Hipobank austríaco que siempre las apeaba en cuartos, hasta semifinales. «El primer partido lo jugamos en Valencia y nos salió redondo». Ganaron de doce y se fueron a la vuelta en Viena para perder por once con un arbitraje que casi arrebata la victoria («incluso nuestra entrenadora se metió en el campo, casi al final, diciendo: “No seguimos jugando, esto es un robo”»). Contra todo pronóstico, lograron clasificarse para la final entre lágrimas. Ya se sentían campeonas.

«Por los viajes, lo vivido. Habíamos ganado las siete que jugábamos (incluida Silvia Navarro, que era una niña e iba por si le ocurría algo a

la portera; y sólo un cambio en ataque y otro en defensa). Menos mal que no tuvimos ninguna lesión». La final se jugó en Valencia, en el pabellón municipal de La Eliana, ante el Viborg danés, «un país cuya liga en ese momento estaba por encima de Noruega, ahora la más importante». Un pabellón que se abarrotó para verlas ganar de ocho y hacer historia del deporte. Aunque se contara en bajito y con muy poco altavoz. «Por allí nunca apareció ningún periodista o político, sólo el alcalde de La Eliana, que nos apoyó de principio a fin». Curiosamente, tiempo después sería un periodista el encargado de anunciarle que, para la IHF, Montse Puche era la segunda mejor jugadora de balonmano del mundo.

«¡Yo qué voy a saber!», le sale profundo como antes el exabrupto. «Ni sabía que estaba nominada en su momento. Tenía amigos que empezaban a moverse en internet y me habían llamado: "Estás nominada a mejor jugadora del mundo". Mi nombre aparecía en una lista de diez que luego votaba la gente a nivel mundial». «Pues mira qué bien», respondía la mujer que había aprendido las normas del balonmano un día de lluvia en su colegio de Alcorcón. «Todo eso pasó al final del Mundial de Croacia que nos clasificaba para los Juegos Olímpicos de Atenas», la segunda vez en la historia que la selección femenina española participaría en unos. «De repente, en la concentración llegó un periodista a darme la enhorabuena. Al ver que yo no tenía ni idea me lo dijo: "Acabas de ser elegida segunda mejor jugadora del mundo". Me quedé…». Pero, según lo escuchó, también lo olvidó, dice. «Apenas lo valoré». Su cabeza estaba en la competición que tenía por delante. «Ahora sí que puedo decir que tiene mérito», la sonrisa que dibuja su boca también viaja Valencia-Madrid sin necesidad del teléfono. No ha habido otra española elegida, ni nominada después, salvo una vez Marta Mangué.

En Atenas 2004, lo que de España se contó fue que perdió frente a Alemania en cuartos de final. Lo que no es lo que esa generación de Montse Puche entonces sembró: «Todas las que llegaron después lo hicieron con el trabajo ya hecho». Esa selección de balonmano posterior que, en 2012, pasaría a la historia con el sobrenombre de Guerreras en

los Juegos de Londres al ganar la medalla de bronce. «El camino se abrió con nosotras. Cuando empezamos, nadie daba un duro y al final de mi carrera ya habíamos logrado que en las concentraciones nos lavaran la ropa o viajar a los sitios en unas condiciones más cómodas». Nada de correr cincuenta minutos por ahí por el monte, volver sin desayunar y ponerse a lavar. «Descansabas y otra vez lo mismo, a lavar la ropa. Un día, otro, veintitantos de concentración, tantos años… Se hacía duro». Las siguientes ya conocieron un balonmano sin sabañones en las manos.

Cuando las Guerreras se colgaron el bronce en Londres 2012, Montse Puche hacía casi un lustro que se había retirado con otras dos muescas de quirófano en la rodilla y dolores por todo el cuerpo. Pasó un año sin salir de casa antes de convertirse en una mujer al frente de un banquillo de balonmano en España. «Nada, no podía. El día después de la retirada fue muy duro. Cuando esto se acaba, nadie se acuerda de ti». El objetivo por el que ella llevaba madrugando desde niña había desaparecido. «No hice una transición buena. Lo dejé de un día para otro. Tenía mis estudios, pero no había abierto un futuro que me ayudara y tampoco supe cómo hacerlo». Se miraba al espejo y veía a una mujer a la que desconocía por completo, de la que sólo sabía que le encantaba el festival de Eurovisión.

Su voz regresa a un tono grave antes de deslizarse el color. «Salí del hoyo gracias a la Oficina de Atención al Deportista del Comité Olímpico Español». Antes, durante dos años, fue incapaz de ver, ni siquiera en televisión, nada del deporte en el que se había hecho leyenda. Dolía. Mataba. «Gracias a ellos fui a una Copa de la Reina que disputaba el Bera Bera, el último en el que milité como jugadora, y dije: "¿Qué le pasa al equipo?". Tati, que era la responsable y había sido mi compañera, me respondió. "No me hables, que estoy de una mala leche…". Y entonces me brotó». La frase que la devolvería al balonmano, pero desde el punto de vista del banquillo: «Ponme a mí». La raíz siempre acaba encontrando el agua. Montse Puche pasó cuatro años en el Bera Bera de San Sebastián, ganó tres ligas y una Copa de la Reina antes de hacer esa maleta para irse a Irán que, mientras habla

por teléfono, aún no ha deshecho.

«Su federación buscaba una mujer para dirigir la selección femenina». Se lo propusieron y ella dijo que sí tras escuchar también que sería difícil. «Que aquella era una cultura diferente, que no iba a tener muchas ayudas. Pero pensé: "Esto ya lo he vivido"». Lo que no meditó es lo que significaba una de las preguntas que le hicieron antes de viajar: si tenía problemas para trabajar con hombres («¿qué problema iba a tener?»). Al aterrizar en Teherán, la entendió. «Me pusieron un seleccionador por encima. De la metodología y los entrenamientos me encargaría yo, pero en las fotos de los partidos aparecería él… ¡Imagínate!». Su reacción, instintiva, fue consultar vuelos de regreso a España. «Yo no había ido allí para enseñarle a entrenar. Ese hombre tenía ningún criterio, objetivos…». Sin embargo, antes de finalizar la compra del billete para marcharse y volver a casa, otra llamada la ataría a Irán para ser primera mujer al frente de un equipo de balonmano en ese país. «Me llamó un club, el Sepahan, en la ciudad de Isfahán, a cuatrocientos cincuenta kilómetros de la capital, Teherán. "Queremos que vengas". No perdía nada…». Al bajarse del avión la esperaban con un ramo de flores. «Iba a estar dos días, pero me quedé un año». Flores para una mujer capaz de acostumbrarse a los sabañones mientras escribía la historia de su deporte.

Mireia Belmonte

(Badalona, 1990)

Frente al Comité Olímpico Español (COE) los coches transitan ajenos, como si la mañana del miércoles 26 de julio de 2023 fuese una más. Aunque no lo sea. Dentro, Mireia Belmonte está a punto de pulsar el botón que activa un reloj con una particular cuenta atrás: el tiempo que falta para el inicio de los Juegos Olímpicos de París 2024. Comenzarán justo un año después, el 26 de julio de 2024. La nadadora atraviesa el pequeño patio que separa los edificios que integran las instalaciones del COE junto a su presidente, Alejandro Blanco, con prisa y sin que sus inmensos ojos azules se posen sobre esa pared en la que su nombre aparece grabado hasta en cuatro ocasiones: la dedicada a todos los deportistas que han logrado subirse a un podio olímpico en la historia de España. Ella es la nadadora más laureada, la que en los Juegos de Londres 2012 se colgaba dos platas históricas (en las pruebas de 800 metros libres y 200 metros mariposa) para formar parte de la foto de un hito: por primera vez las deportistas españolas lograban más medallas olímpicas (once) que los deportistas (seis). Entonces tenía veintidós años y la cara más llena. Hoy son treinta y tres y se mueve como si flotara también fuera del agua. Más estilizada y angulosa, igual de fibrosa, en un cuerpo que a los cuatro años se sumergió en una piscina por recomendación médica y del que cuelgan, además de esas platas y un bronce olímpico, el oro en la prueba de los 200 metros mariposa de Río 2016, el título de campeona olímpica.

«Ese fue un día muy especial en mi carrera deportiva. Fue la

consecución del sueño de toda una vida, desde que era muy pequeñita», musita ante la nube de periodistas que se arremolinan a su alrededor buscando recuerdos. Un oro con las raíces en Londres. «Los Juegos de 2012 me hicieron mejor. Me dieron seguridad a la hora de competir y hambre para conseguir más. Porque, si entonces hubiera sido campeona olímpica, en 2016 me lo habría tomado todo con más calma. Pero al haber ganado sólo la plata… Sobre todo en los 200 mariposa, en los que el oro se me escapó en el último metro…», sisea, y sus ojos refulgen azul. Un azul de pupilas de Bécquer que heredó de su padre, José Belmonte, ese hombre que aguarda a unos metros y siempre guarda, quien la llevó a la piscina del Club Natación Badalona por la escoliosis. En seguida, como tantas otras nacidas para el agua, destacó, aunque fuese alérgica al cloro.

A los diez, en 2001, ganaba seis oros en un campeonato de España.

A los trece, en 2003, ingresaba en el Centro de Alto Rendimiento de Sant Cugat y el CN L'Hospitalet la fichaba.

A los quince, en 2006, se proclamaba campeona del mundo junior en 400 metros libres y 400 metros estilos.

A los dieciséis, en 2007, daba el salto a la natación absoluta con una plata en los 400 metros estilos en el europeo de piscina corta celebrado en Hungría.

Cuando no había cumplido aún dieciocho, formaba parte de la delegación española para los Juegos de Pekín 2008 a los que asistía para competir en las pruebas de 200 metros braza, 200 y 400 metros estilos. No lograría medalla, pero sí récord de España.

A los treinta, en 2021, haría realidad otro sueño, más allá de sus cuatro medallas olímpicas —sumadas a las trece en campeonatos mundiales (nueve de ellas doradas) y otras veintiuna en europeos (trece de oro)—: era la abanderada de España en los Juegos Olímpicos, esos de Tokio retrasados desde 2020 a causa de la COVID-19, junto al piragüista Saúl Craviotto. Cuando el presidente del COE rememora aquel momento durante el acto, Mireia, de manera inconsciente, lo revive cerrando las manos, como si sujetara de nuevo la bandera de España en el desfile inaugural de unos Juegos, el primero de sus cuatro

en el que ella además podía participar. «Para mí fue muy emocionante porque todo era tan nuevo. El poder entrar en un estadio olímpico, el poder desfilar con el resto de mis compañeros. Era algo que nunca antes había vivido, que me llegaba en mis cuartos Juegos. Aunque pasó muy rápido. Cuando acabó, me fui corriendo a la Villa porque al día siguiente tenía la competición». Esa en la que Alejandro Blanco cuenta que ganó su quinta medalla, aunque no la ganara. «Ya arrastraba problemas en el hombro», rememora ella. El hombro, la articulación más importante en el desplazamiento para un nadador. Ese que, a un año de los Juegos de París 2024 sigue doliendo y la mantiene al borde de la piscina. El que ya dolía antes de los Juegos de Tokio en los que, a pesar de ello, se quedó a veintitrés centésimas del bronce en 400 metros estilos. «Para mí fue muy importante ese cuarto puesto también. El año anterior lo había pasado bastante mal con la lesión y entre mis expectativas no estaba el poder llegar tan alto en aquellos Juegos, pero al final, con toda la dedicación que le puse, todo el entrenamiento y tener fe en mí misma, logré llegar a tan poquito de la medalla, que para mí también es una más. No física, pero una más». Como esa de oro que volvió con ella de Río 2016 y acuna para recordar hasta dónde se puede llegar más allá del dolor. Hasta más allá del no puedo más y seguir. Hasta más allá y sobrevivir al ácido láctico.

El ácido láctico. Su rutina desde que a los veintiún años se cruzó en su camino el entrenador Fred Vergnoux en la piscina del CN Sabadell. Él fue quien terminaría de coserle las alas de campeona olímpica mientras la introducía en esa crisálida de dolor muscular, con el pitido del despertador a las cinco de la madrugada y más de cien kilómetros nadados cada semana en la piscina del Centro de Alto Rendimiento de Sierra Nevada, a 2.320 metros de altura. «En los primeros años, ella no quería músculos. Por su concepción del cuerpo. Le habían dicho que una chica debía estar fina y su mayor obsesión era que no se le viera el bíceps. Parte de mi trabajo pasó por convencerla de que tenía que transformarse en un animal físico, una luchadora, alguien más parecido a una atleta. Y pasamos de una niña que evitaba los músculos a otra que quiere ver sus abdominales en el espejo y controla los pliegues de

grasa para saber si está bien», reconocía el preparador en una entrevista en 2022 en *El País*, de cómo empezó a modelar a esa cría alérgica al cloro hasta hacerla de oro. Esa misma de cuya boca escucharía, al abandonar la piscina en los Juegos de Londres 2012, para celebrar en la Villa Olímpica sus dos platas, ese deseo que cuatro años después haría tangible, desde lo más alto del podio: «En Río quiero el oro». Volvería a casa con éste y también con un bronce en la prueba de 400 metros estilos.

¿Y en París? ¿Cuál es tu deseo para los próximos Juegos? La pregunta devuelve al presente, a esa nube de periodistas que espera después de que en el COE ya se haya puesto en marcha la cuenta atrás de ese reloj que comienza a restar desde trescientos sesenta y seis días de año bisiesto, ocho horas y treinta y ocho minutos, el tiempo que en ese momento, exacto, falta para la ceremonia inaugural de los Juegos de 2024. «Para mí podría ser más factible en las pruebas de estilo y el 200 mariposa porque ya dejé de lado las de fondo, los 1.500 y el 800», dice, antes de que su cabeza vuelva a volar sola, la mirada en el fondo, hacia esa puerta que lleva al patio donde están troquelados en piedra los nombres de los medallistas olímpicos españoles con podio en la historia, el suyo hasta en cuatro ocasiones.

De momento.

Como si ya atronara el reguetón en sus oídos, siempre en los auriculares que lleva puestos al salir del vestuario, con las gafas ya colocadas, muy apretadas y aseguradas sobre los tres gorros y la toalla al cuello como si fuera un fular. «Esos momentos son los de más tensión, pero también los que más disfrutas. Porque al final nosotros entrenamos para competir y esa adrenalina sólo la sientes cuando te vas acercando a la piscina», susurra mientras sus uñas refulgen largas como cola de sirena esta mañana en el COE, entre destellos verdes y azules, y ella, dulce, sonríe por última vez ante la nube de los que preguntan. A continuación se dirigirá a la calle, junto a Alejandro Blanco y su padre, ajena al dolor en el hombro, como los coches que siguen transitando alrededor del edificio del COE en la mañana en la que se ha puesto en marcha ese reloj que cuenta el tiempo que le falta,

de una manera tangible, para llegar a París.

Mari Paz Corominas

(Barcelona, 1952)

Mari Paz Corominas nunca ha podido ver en vídeo aquella ocasión en la que nadó para la historia. Fue en México 1968, cuando se convirtió en la primera mujer española en participar en una final olímpica, la prueba de 200 metros espalda. Aquellos Juegos también primeros en algo, en ser emitidos en directo por la televisión en España, aunque entonces lo que ocurría no se podía grabar. Lo que ocurría se vivía en el momento y pasaba, prendido sólo de la memoria y los recuerdos. Mari Paz tenía dieciséis años y, durante un minuto, detuvo ante el televisor a todo el país como lo había hecho Manolo Santana dos años antes en Wimbledon con su raqueta.

Terminaría séptima (de ocho nadadoras), pero el resultado fue lo de menos. Lo suyo supuso un punto de fractura, un antes y un después: las mujeres aprendieron que no les estaba vedado llegar a unos Juegos, a una final olímpica, aunque la sociedad en la que vivían les dijera que no, que ese era un coto sólo masculino. De la delegación de 124 deportistas que representaban a España en aquellos Juegos de 1968, tan sólo había dos mujeres. «Lo que pasaba es que, en esa época, la sociedad no facilitaba que nosotras hiciéramos deporte», sisea desde el presente con un marcado acento catalán que se posa suave sobre las cosas, aunque vengan envueltas en el recuerdo de los comentarios afilados que tendría que escuchar su madre porque ella nadara. «¿Cómo puedes dejar que tu hija haga tanto? ¡Se le va a poner cuerpo de hombre!», le inquirían. Que a su niña se le pondría una espalda

horrible, llena de músculos feos y grandes. Que, peor aún, no encontraría novio y que su niña no se podría casar. «Menos mal que mi madre nunca hizo demasiado caso», ríe. Sin el apoyo de su familia, Mari Paz jamás hubiera logrado zambullirse en aquella piscina olímpica.

Hija de un empresario textil catalán que llegaría a presidir el Banco Sabadell y tercera de seis hermanos, Mari Paz pertenecía a una familia burguesa y de mente abierta en la que el deporte formaba parte de las rutinas. «A mi padre le gustaba muchísimo el esquí, una disciplina en la que mi tía, su hermana, había sido campeona de España». A nadar aprendió en una balsa («con cuatro o cinco años, en una piscina de agua de mina que había en casa de unos tíos. Nadie nos enseñó, en aquella época nadie lo hacía») y era hiperactiva. «Antes eso ni se trataba con pastillas ni con psicólogos ni nada. La única solución que el pediatra ofreció fue que me cansaran. Por eso mi padre me sacaba cada noche a dar vueltas a la manzana para ver si lo hacía corriendo, pero al final terminaba él más agotado que yo». Ella practicó gimnasia y baloncesto además del esquí, pero fue al rozar el agua que esa hiperactividad se hizo magia.

Años después de la balsa, su colegio, la Escola Betània de Barcelona, incorporó la natación a sus actividades y Mari Paz se apuntó: se impartiría en los meses de junio y julio en una piscina de agua fría en Montjuïc («estaba helada, pero helada que no te imaginas») que en los Juegos de Barcelona sería la de salto olímpico con la panorámica de la ciudad de fondo. Su cursillo finalizó con una competición entre las alumnas que acabaría por sellar su destino. «Destaqué muchísimo». Nadó sus cincuenta metros de largo de espalda en cuarenta y dos segundos, veinte menos que los que necesitó la segunda para tocar la pared.

Mari Paz tenía doce años y su monitor entonces, Juan Céspedes, habló con su padre. Tenía algo, unas condiciones innatas para el agua. El curso siguiente comenzó a entrenar en el Club Natación Sabadell con algunos de los mejores nadadores de la época, como Miguel Torres y Santi Esteva, a las órdenes del primer entrenador extranjero en trabajar

en las piscinas de España, Kees Oudigest.

Las instalaciones eran precarias, nadaban sin gafas, con conjuntivitis constantes y los mismos bañadores que los bañistas ocasionales, sin nada especial. Fabricados en nailon, no especialmente elásticos y con unas costuras gruesas que a ella le dejaban marcas y pequeñas heridas en los brazos. «Me tenía que colocar unos pañuelos de hilo para que no me rozaran». De fundirse con el cuerpo, nada. «Mi madre me llevaba a entrenar en un coche Seat 600 tres tardes por semana, por unas carreteras antiguas que no son las de ahora». En la radio sonaba un jovencísimo Julio Iglesias con la balada «Todo sigue igual». Entrenaba poco, le cundía todo. En 1965 competía por primera vez para quedar tercera en el campeonato de España. Al año siguiente llegó a ser finalista en el de Europa, celebrado en Utrecht. «Mi primer viaje al extranjero había sido poco antes, a Gales, y para mí todo era nuevo. Recuerdo que me chocó ver a las inglesas moviéndose por los vestuarios desnudas sin que pasara nada, con nosotras enfrente, tan recatadas», cuenta, como si arrullara a aquella niña que miraba pasar a las británicas sin ropa entre las taquillas. «El director del club donde íbamos a entrenar, además, era hermano de Richard Burton, uno de los maridos de Elizabeth Taylor, y nos regaló, de recuerdo, fotos suyas con ella».

En 1968, su quinto año de piscina, la Real Federación Española de Natación determinó por primera vez unas marcas mínimas para acudir a unos Juegos, esos de México que se celebraban en otoño, entre el 12 y 27 de octubre: Mari Paz las alcanzó al comienzo de un verano, el anterior, al que siguió un invierno en el que no pudo calzarse los esquís. «Por la cita olímpica: el esquí y la natación son deportes imposibles de compaginar porque el uso de los tobillos es muy distinto», confiesa. Una clasificación que también provocó la intervención necesaria de su madre. «José Antonio Samaranch había sido nombrado delegado nacional de Educación Física y Deportes y presidente del Comité Olímpico Español dos años antes, y, como en la delegación española que acudiría a aquellos Juegos sólo íbamos a estar dos mujeres, Pilar von Carsten y yo, le dijo que se encargara ella de

nuestro uniforme para la ceremonia inaugural». Su madre, a su vez, le pidió a una modista de Barcelona llamada Carmen Mir su confección. Era blanco. La parte de arriba, de manga larga, con dos bolsillos, y la de abajo, una falda. Acompañado todo por un pañuelo rojo con los aros olímpicos bordados, una blusa de seda roja, medias de rejilla y unos mocasines negros. «Se podría vestir ahora sin desentonar la moda», susurra con un orgullo que también atraviesa los años. En el viaje a México, un mes y medio antes de que tuvieran que ponérselo para el desfile inaugural («porque está a 2.240 metros de altura y el cuerpo, los glóbulos rojos y el oxígeno que consumes, exigía un mínimo de adaptación»), había dos chicas más en el avión de la delegación española: Marta López y Marta Gancedo. Ninguna para competir, sólo para acompañar a Mari Paz y a Pilar. Para que no estuvieran tan solas. Entre tantos hombres.

«Ayudó mucho que viajáramos antes. Y, como yo había esquiado mucho con mi familia, era muy rica en glóbulos rojos», confiesa, con una chispa de orgullo. «Esa fue la primera vez que crucé el charco, el océano Atlántico», musita. Aunque no fue en un vuelo directo. Primero viajaron de Barcelona a Madrid y después hicieron una escala en Santo Domingo, «donde al aterrizar había una tormenta terrible que me dio mucho miedo». Una vez en México se encontrarían una convulsión política: la matanza en la plaza de las Tres Culturas, en la que hubo más de trescientos muertos. Mari Paz vivió el suceso en la Villa Olímpica, con toque de queda y el ejército en las puertas («nos tuvieron tres días encerrados, sin poder salir de las habitaciones y sin contarnos qué había pasado. No fuimos conscientes de lo ocurrido hasta regresar a España», dice al otro lado del teléfono con un suspiro largo). Esos Juegos dejaron para la historia el puño al aire de Tommy Smith por los derechos humanos o el salto con el que Dick Fosbury cambiaría el de altura en el atletismo. También los dos minutos y treinta y tres segundos en los que Mari Paz nadaría la clasificación de los 200 metros espalda para convertirse en la primera española que participaba en una final olímpica. «De las centésimas no me acuerdo. Fíjate, ahora me parece que hacen dos minutos con cinco o seis». Esos tiempos en el

cronómetro que le hacen sentirse más mayor que las arrugas que su reflejo le devuelve en el espejo.

«Nadé sin ser consciente de la importancia de lo que estaba haciendo», confiesa con serenidad Mari Paz al regresar a aquel momento. Todo lo que vino después no lo asimiló hasta tiempo más tarde. «Cuando regresamos a casa, los deportistas tuvimos un gran recibimiento. Tampoco es que fuera maravilloso porque no hubo medallas, pero hasta nos llevaron a ver a Francisco Franco y empecé a ser más conocida». Su nombre aparecía en la prensa, la invitaban a recepciones, le daban diplomas y hasta el título de Deportista del Año.

Pero era tan sólo una mujer asomándose al abismo marcado por su género en la época. «A los dieciocho años terminaba el Bachillerato y quería estudiar Económicas. Tuve que elegir entre ser deportista o licenciarme en una carrera». Eligió lo segundo. La palabra «compaginar» no existía en el diccionario de una mujer. «En aquel momento abandonábamos antes de cumplir veinte años. Una nadadora con veintiuno se consideraba mayor. Además, las chicas se casaban muy pronto, y después de eso ya no se podía continuar». Aunque todo lo que la rodeaba estaba en su contra, intentó compaginarlo. Cruzó de nuevo el charco para irse a la Universidad de Indiana, en Bloomington, a la que Santi Esteva se había ido a entrenar después de los Juegos de México en los que, al igual que Mari Paz, había alcanzado la final olímpica de los 200 metros espalda (finalizaría quinto). «Nunca cobré de esto, todo era completamente amateur. Teníamos la suerte de no pagar cuota en el club, pero ya. Eso de compensar a los deportistas económicamente empezó mucho después». Tan sólo en una ocasión solicitó una beca, para poder afrontar ese viaje a Estados Unidos, de febrero a julio de 1970, e intentar que su carrera no terminara en la final olímpica de México. «Tuve suerte con la familia», suspira profundo: su padre le adelantó ese dinero que ella no recibiría hasta un año más tarde.

En Bloomington aprendería lo que es el dolor de verdad, a las órdenes de James «Doc» Counsilman, con Mark Spitz en la misma piscina, después de sus cuatro medallas en México y antes de los siete

oros que en Múnich 1972 lo convertirían en leyenda de la natación. «Me costó mucho. Entrenaba muy fuerte: seis horas por la mañana y por la tarde, nadando de doce a catorce kilómetros». Mari Paz Corominas era la única mujer y no hablaba una palabra de inglés, porque en los colegios españoles lo único que se estudiaba entonces era francés. «Hacía un frío terrible, tanto que el pelo se nos congelaba cuando salíamos del agua». Estaba exhausta y sintiendo alaridos que brotaban de músculos de su cuerpo que ni siquiera sabía que existían. «Me dolía todo, acababa agotada, de decir: "No puedo más" y, sin embargo, tener que continuar». En cada carta que escribía a su familia hablaba del dolor que tenía en unas piernas en las que se le había instaurado el calambre de tal manera que hasta su voz cimbrea al recordarlo. Cuando el correo regresaba de vuelta, catorce días después, encontraba como respuesta un consejo que ha envejecido mal: «¡Toma aspirinas!». «Llegaba a ingerir cuatro o cinco diarias. Ahora sería una barbaridad, pero entonces no teníamos dietista». Aquel verano volvería a España para nunca regresar a Bloomington: la federación no la becó para el año siguiente y Mari Paz colgó el bañador. Tenía dieciocho años.

«Mi retirada no le importó a nadie. Nadie vino a preguntarme por qué lo hacía, por qué me iba, si me podían ayudar o no, ni a convencer de lo contrario», cuenta. Su voz se tiñe de melancolía y tristeza. Absolutamente nadie. A alguien con sus marcas y sus hitos como semillas, en el erial generalizado que era el deporte español. «Me hubiera gustado alargar mi carrera. Siempre he tenido la sensación de que fue muy corta, sólo seis años, aunque lo hice convencida: lo que más me preocupaba era el *después de*», zanja, sin que esa melancolía y esa tristeza se diluyan. «Luego, cuando me empezaron a echar de menos, ya fue distinto, pero ya…». Ya era tarde. Ya ella no sentía la necesidad de hacer ese esfuerzo sobrenatural de seguir nadando a contracorriente. Todo aquello había quedado atrás. Aunque ni en los tiempos de YouTube sea capaz de encontrar un vídeo largo, sólo algunos *frames* sueltos, para verse como la vio toda España aquella vez que nadó para la historia en un momento en que la tele era tan joven

que bastante que se podía vivir en directo. «Un vídeo para enseñárselo a mis nietos al menos…», lamenta. Porque se casó, por cierto, poco después de retirarse, casi enseguida y muy joven. Aunque tuviera la espalda y los músculos grandes cincelados por el agua. Mientras las amigas de su madre se tragaban todos sus dimes y diretes como alfileres.

Conchita Mínguez
(Madrid, 1959)

Conchita Mínguez aún siente que las risas que provocó aquella mañana de finales de 1978 al cruzar la puerta de las oficinas de la Sociedad de Fomento de la Cría Caballar de España, estamento que entonces regía las carreras de caballos en España, situadas en el número 6 de la calle Fernanflor en Madrid, a espaldas del Congreso, podrían seguir escuchándose aunque esa entidad ya no exista.[13] «Que adónde iba yo, me dijeron», recuerda otra mañana de mucho tiempo después la mujer que cambió la historia de las mujeres en los hipódromos de España. Lo hace ante un café sin azúcar en una de las cafeterías del centro comercial de la estación de Príncipe Pío. Más amargo fue aquello. El «vuelva usted mañana» de Larra enunciado entre risas al verla aparecer por allí para pedir que la dejaran competir de manera profesional junto a los hombres.

«Pero yo volví, claro que volví», rememora. Lo hizo con un ejemplar de la Constitución recién aprobada el 31 de octubre en las Cortes Generales, en el hemiciclo que se alzaba a apenas unos pasos de allí, y ratificada por el pueblo español el 6 de diciembre, el mismo mes que ella terminaba de vuelta a la calle Fernanflor con el dedo señalando uno de sus artículos. «Ese que reconocía mi derecho a tener una licencia de *jockey*, porque hablaba de la igualdad entre mujeres y hombres bajo el que debía cambiarse el código de las carreras», esgrime, aduciendo que no recuerda exactamente cuál era. Pudieron haber sido dos. El dedo sobre el 14, como años después lo haría María

Teresa Andreu («Los españoles son iguales ante la ley, sin que pueda prevalecer discriminación alguna por razón de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social»), o el primer apartado del 35 («Todos los españoles tienen el deber de trabajar y el derecho al trabajo, a la libre elección de profesión u oficio, a la promoción a través del trabajo y a una remuneración suficiente para satisfacer sus necesidades y las de su familia, sin que en ningún caso pueda hacerse discriminación por razón de sexo»). Como respuesta, volvió a escuchar unas risas que no amilanaron a aquella Conchita de diecinueve años y una fortaleza de hierro concentrada en sus 1,60 metros de altura a la que todos llamaban la Niña. Animales de casi quinientos kilos de peso capaces de galopar a sesenta kilómetros por hora ya le obedecían sin reparar en si sus manos fregaban o eran de las que sólo cogían los cubiertos en la mesa para sentarse a comer. Ahora quedaba domar a otros. «Tuve que contratar abogados para defender mi derecho y que los responsables de la federación cambiasen las normas», suspira, posando sus ojos en el sobrecito de azúcar sin abrir. «No fue sencillo. Tardaron su tiempo en darme la razón y gestionarme la licencia. Eso sí, te digo una cosa: yo nunca pensé en abandonar», cuenta, con una energía que certifica y que los años no han esquilmado.

En septiembre de 1982, Pilar Gómez se convertía en la primera mujer reconocida como *jockey* profesional en España. «Ella compitió como aprendiz en una carrera en el hipódromo de Lasarte, en San Sebastián, y yo lo hacía el día anterior, pero en Francia, con un entrenador llamado Watrigant», señala una Conchita que lograría su licencia poco después para convertirse, el 30 de octubre de 1983, en la primera mujer en ganar a los *jockeys* españoles profesionales en una carrera, una igual entre ellos.

Al verla asomar por el número 6 de la calle Fernanflor se esfumaron las risas y esas excusas que las envolvían para prohibirle su profesionalización. «Recuerdo aquella primera vez, en 1978, que me recriminaron que sólo hubiese ganado diez carreras aquel año, por ejemplo». Tampoco podía correr muchas más: hasta 1974, que se

celebró la primera de amazonas en el hipódromo de Pineda, en Sevilla, las mujeres estaban vetadas en ese mundo. Después sus posibilidades de competir se circunscribían a cuatro carreras al año, aunque más tarde se les permitió poder competir con *gentlemen,* hombres, no dejaba de ser como aficionadas. «Y yo lo que quería era ser profesional», vuelve a incidir Conchita esta mañana de abril de 2023, con una media sonrisa tan grande que chispea en sus ojos verdes como lo hacen sus pies cada vez que se calza unos estribos. «Todo comenzó en Inglaterra, cuando yo tenía nueve años y mis padres nos enviaron allí un verano». Algo ya raro «y costoso» entonces, en los años sesenta en España. «Pero ellos, ingenieros agrónomos, estaban obsesionados con los estudios y el aprender, sobre todo mi padre». Tras cursar estudios en el Liceo Francés, tocaba el inglés. «Yo iba un poco como de paquete de mis dos hermanas mayores». La familia de acogida tenía caballos y ella se subió a lomos de un poni «sin cabezal y a pelo».

«Empecé a competir con uno que se llamaba Simón y luego ya pasé a caballos más grandes en concurso». En hípica. Allí en Inglaterra y también en España, en Boadilla, pero la economía la bajó de esa grupa: «No tenía un caballo tan bueno como para poder formar parte de ese mundo». El de la hípica. Había cumplido los catorce cuando un amigo veterinario de una de sus hermanas la llevó por primera vez al Hipódromo de la Zarzuela y la subió a un caballo para que encontrara en el *turf* su lugar en el mundo.

«Me impactó la adrenalina que sentí montando a tanta velocidad. "De aquí no salgo", pensé», dice, con ese vigor que trae de serie, agigantado aún más entonces por el ardor de la juventud en la sangre. Todos los autobuses que cogía terminaban allí. Desde su casa en la calle Guzmán el Bueno, desde el colegio, en días que comenzaron a amanecerle mucho antes de que lo hiciera el propio sol. Montaba y ayudaba en las cuadras, vigilando el descanso, las comidas y hasta las heces de los caballos, asegurando su máximo confort. «Primero empecé a montar con un preparador, muy sencillo, y casi enseguida entré a trabajar con Ángel Penna, entrenador de la cuadra Mendoza, propiedad del que fuera presidente del Real Madrid». En 1976 lograba su primera

victoria como amazona. Un año más tarde, la primera con Ángel Penna y para Ramón Mendoza. Porque Conchita Mínguez alternaba Zarzuela con aviones a Reino Unido para seguir formándose. «Lo hacía con los mejores entrenadores, como Barry Hills, con ganadores del Arco del Triunfo de París o del Derby de Epsom, las mejores carreras de Europa, y me ponía los vídeos a cámara lenta de los mejores *jockeys* del planeta, para ver cómo empujaban».

Viajó a hipódromos de Italia, la República Federal de Alemania, Suiza y Francia. Ganó cincuenta y cuatro carreras como amazona, incluido el campeonato de España en dos ocasiones, y otras en Francia e Inglaterra, que no se registraron en su propio país. Comenzó Veterinaria, aunque luego estudiaría Sociología en Nueva York y Etología en Cornell, también en Estados Unidos, siempre alrededor del mundo animal y esos hipódromos donde las mujeres ya entraban pero aún como una mera nota de color. «Nuestra presencia era un folclore. El de las carreras era un mundo muy cerrado, supermachista», exclama remarcando lo último con una separación entre sílabas («su-per-ma-chis-ta») que suena rotunda entre el ruido de fondo de los trenes que vienen y van y el tintineo de lozas de la cafetería. «Como *jockey* me hacían putadas. Me tocaban el culo en las carreras, me levantaban los estribos… Entonces no había un control filmado como el que hay ahora, tan sólo tenían cámaras en la meta». La cosa se pondría aún peor cuando en 1986 comenzara a combinar su rol de *jockey* con el de entrenadora de caballos de carreras, también la primera en España.

«La competencia entre entrenadores era agresiva. Me decían todo tipo de cosas, especialmente uno de ellos, como por ejemplo, que me había acostado con un propietario para tener los caballos, que tuve enseguida. Y yo les contestaba: "Pues sí, pero he tenido que esperar a que terminara primero de tirarse a tu mujer". Yo hacía mi trabajo. Hay machismo más culto y menos culto. Uno son burradas, obscenidades, lo mandas muy lejos y ya. Con el otro te tienes que saber mover», reflexiona. Y ella sabía moverse. Sabe.

Es como una enciclopedia viva de toda la historia del *turf*: nombres, hipódromos («en Inglaterra hay una colección enorme, por eso para mí

los de allí son los mejores del mundo, y en España todo es llano y yo tenía que comprar caballos específicos para correr en estos hipódromos y con este tipo de entrenamiento») y caballos («los potros que vayan a correr aquí necesitan más hueso y un tendón corto, para que no se lesionen»). La Niña que se hizo mayor aquel 30 de octubre de 1983 y que había alzado la Constitución por ella y por todas las demás, para dejar de ser sólo amazonas y convertirse en un profesional más de la hípica, también fue agente de compra de caballos.

Al final, entraría en la historia a lomos de uno llamado Gyptaj en una carrera contra diecinueve hombres, entre ellos Claudio Carudel, considerado entonces el mejor del *turf* nacional. «El mío era un poco cobardica y remolón. Cada uno es un mundo, y tienen un carácter, una personalidad, como la tenemos los seres humanos, que quien los monta debe saber manejar». Para que animal y persona se hagan sólo uno. «Debes saber en qué carrera los metes. Y ahí las mujeres tenemos más empatía y sensibilidad». Aquel 30 de octubre de 1983 en la Zarzuela, Conchita Mínguez intuía que, si metía a Gyptaj entre medias de otros, «no se querría emplear». «Entonces yo lo que hice fue salir y, como nadie quería ir en punta, delante, me puse yo y pensé: "Que me sigan". Que todos pensarían: "Ésta se va a parar en cuanto llegue la recta". Pero para nada». En la curva le dio un respiro a Gyptaj, en la recta lo lanzó «y seguí y seguí hasta ganar la carrera». De punta a punta. «Todos mis compañeros me felicitaron». La sonrisa con la que cruzó la meta entonces continúa hoy en su boca al recordarlo, al recordarse, derribando la puerta. Porque quien ríe el último siempre lo hace mejor.

Carmen Valero

(Castelserás, Teruel, 1955)

La historia de Carmen Valero se resume en dos portazos. Uno, el primero, aún le tensa los labios cuando lo recuerda. Sucedió en 1981 y no fue físico, sino dialéctico. Brotó de su propia boca, hastiada como estaba de las trabas que se la llenaban de una ceniza aún más espesa que la empleada para construir las pistas sobre las que corría, y sobre las que ya se había dejado las rodillas. «Para los hombres había presupuesto, para las mujeres, nunca. Ellos recibían un millón de pesetas [6.000 euros]; nosotras, cien mil [600 euros]». Cuando hacían lo mismo, aunque ellas bajo prohibiciones absurdas marcadas por el género. «En una competición de diez kilómetros en Castro Urdiales, el presidente de la federación me prohibió correr porque decía que esa distancia era mucha para una mujer. ¡Cuando mi entrenamiento diario eran veinticinco!», expresa. En ese momento los 10.000 metros no figuraban en las pruebas femeninas. El portazo de 1981 lo dio en un despacho del atletismo después de haberse presentado en el Hipódromo de la Zarzuela, donde se iba a correr el Campeonato de España de Campo a Través, «antesala del Mundial» de ese mismo año y en el mismo lugar. Ella llegaba tras un periodo de dos en blanco en el que había priorizado ser mujer sobre todo lo demás, incluido correr. «Había sido madre y no había hecho demasiados esfuerzos, trotar suave y ya». Pero se sentía lista para volver a competir en esa prueba que había ganado en seis ocasiones. «Pero cuando los directivos de la federación me vieron aparecer, donde se disputaba, me preguntaron como con

sorna: “¿Qué vienes a hacer?”. “A correr”, contesté. “Sí, claro… Si no ganas, no vas al campeonato del mundo”, sería su respuesta». Carmen Valero calló y corrió. «Corrí y gané». Después de hacerlo, se encaminó a la federación con su séptimo título de campeona de España en esa modalidad bajo el brazo para hablar con aquel portazo que ahora le tocaba dar a ella cuando le dijeran que se había ganado un puesto en el campeonato del mundo. «No. Ahora te pones tú una falda y vas a correr porque yo no pienso ir».

Así fue como la proclamada mejor deportista española en 1973, 1975, 1976 y 1977, la primera atleta española en participar en unos Juegos Olímpicos, los de Montreal 1976, bicampeona del mundo de cross (en Chepstow 1976 y en Düsseldorf 1977, además del bronce en Rabat 1975), dejaba la federación, colgaba las zapatillas y se retiraba. Tenía veinticinco años. «Pero ni ganando dos mundiales había dejado de ser del todo invisible», dice, con un lamento de los años setenta que aún empaña sus ojos claros.

Porque Carmen Valero fue quien puso las calles que ahora ocupan decenas de mujeres corriendo, muchas de manera amateur, sin necesidad de preocuparse de la ropa que visten. «Yo corría en Alemania o en cualquier otro país y podía ir con braguitas. Pero aquí, al principio, tenía que ponerme los bombachos», disfrazarse de macho. Si no, los reproches, los insultos, los «vete a fregar» a cada zancada.

Poco después de nacer en Castelserás, Teruel, su familia se trasladó a Cataluña. Fue en las montañas de Cerdanyola donde comenzó a correr, con un cascabel en el pie para que su padre siempre supiera cómo encontrarla. «Mi juego favorito era hacer carreras con los chicos», rememora, con la sonrisa limpia que siempre prende de los recuerdos de infancia. Nunca perdía. No se cansaba. Era la única chica y era sólo un juego hasta que un día, cuando tenía doce años, vio a unos hombres pasar trotando por Cerdanyola. «Les pregunté, no sé por qué: “Señor, señor, ¿qué tengo que hacer para correr?”. “Ir a Sabadell, que aquí no hay equipo”, me respondieron». Esa pregunta inocente cambiaría su vida para siempre, y la de tantas otras.

Al llegar a casa se lo dijo a su padre, que ya sabía dónde tenía que ir

para correr. «¿A Sabadell? No me creo que haya que ir tan lejos», le respondería él. «Que sí, papá, que sí, donde vive la tía Felisa». Un Sabadell que en realidad estaba a siete, ocho kilómetros de distancia de su casa, pero que en aquel tiempo resultaban eternos. «Iba en autobús, andando o en bici». Una semana más tarde, el padre y la hija se presentaban ante el entrenador de aquel club de corredores. «Yo iba con unas Victoria…», recuerda. El hombre posó la mirada en sus zapatillas antes de espetarle: «Ah, ¿quieres correr con eso?». Al día siguiente, volvería y trotaría durante media hora. «Para ser el primer día está bien», escucharía del preparador, aunque ella se fuera a un rincón a llorar. «Yo quería correr más». Sus padres le pagarían a plazos sus primeras zapatillas «de verdad».

El domingo siguiente, Carmen Valero participaba en su primera carrera con meta final y tiempos bajo un nombre extraño, el de Teodora Rodríguez. «Había una y me preguntaron si me quería apuntar, aunque no tuviera licencia. Me registraron con ese nombre, que tuve que memorizar al llegar a casa», dice, con la cabeza en el pasado y una risa cortada por lo que sigue en sus recuerdos: el correr invisible, aunque sus zapatillas nuevas no dejasen de conquistar podios. A los diecisiete la llevaron a participar en una prueba internacional de cross. A los veinte, en su primer Mundial en Rabat, quedaría tercera, colgándose el bronce. «Pero en la federación siempre eran los chicos, los chicos, los chicos. Muchas veces nosotras ni sabíamos dónde teníamos que competir. En Rabat, un entrenador nos había citado a las que estábamos, muy pocas, para una reunión de equipo antes de la prueba. Cuando llegamos, había terminado. "¿Ah, que no se hace la reunión?", pregunté yo. "No, ya la hemos hecho: haced lo que podáis. Las mujeres sois unas culonas y unas pechugonas"», recibiría como respuesta.

Era sábado, un año después, cuando en Chepstow, en Gales, Carmen Valero se prendió al pecho el dorsal número 70 para correr su segundo Mundial de campo a través aún con el fuego del «culonas y pechugonas» por encima del ácido láctico. Toda la carrera sería un duelo en cabeza con la rusa Tatyana Kazánkina. En los últimos

trescientos metros, Carmen esprintó: rebasaría la meta diecinueve segundos antes que ella y antes que nadie. La revista británica *Athletics Weekly* lo contaba así: «Hace tan sólo unos pocos años nadie se podría haber imaginado a una chica española ganando un título mundial, precisamente viniendo de un país donde el atletismo femenino estaba mal visto por el Estado y la Iglesia; y esto es lo que ha hecho Carmen Valero, de veinte años, en Chepstow». Ella sólo sentiría el refulgir del oro en su pecho tras cruzarse con aquel hombre de la federación que la había infravalorado en la reunión de Rabat. Le espetó tan sólo una frase: «Mira cómo ganan las culonas y pechugonas».

Daba igual cuántos recortes y fotos coleccionara su padre en un álbum, a ella siempre le tocaría correr dos carreras a la vez: una contra sus rivales y otra contra la sociedad del momento, esa en la que las mujeres nacían para estar en casa fregando pisos, «cansadas de quitar mierda y de parir hijos», como tiempo después cantaría Serrat.

«Yo con catorce años ya ayudaba en casa. Planchaba en una tienda, estudiaba y trabajaba, las tres cosas». Y corría, no dejaba de correr. Aunque eso no llenara el bolsillo, le colmaba el alma. «En el 90 por ciento de las pruebas en las que competía, yo no cobraba. Pero los chicos sí. Como era feliz corriendo, y lo hacía por eso, no me quejaba. Ahora no lo permitiría». A los recortes de su padre, ella no dejaba de sumarle títulos. Ocho nacionales de cross, quince en diferentes pruebas de fondo y medio fondo al aire libre, dos bajo techo… «Yo era la niña, la niña». Así la llamaba la delegación de 114 deportistas españoles que participaron en los Juegos Olímpicos de Montreal 1976. De ellos, 103 eran hombres y once mujeres, entre ellas una primera en atletismo: Carmen Valero. La primera atleta española en participar en unos. Tenía veintiún años. Regresó sin medalla,[14] pero sintiendo aún más fuerte el calor de todos aquellos compañeros, hombres, que corrían a su lado y mandaban callar a cuantos se les ocurría enviarla a fregar. «Ya te gustaría a ti correr como ella», contestaban siempre. «Y así no tenía que hacerlo yo», esboza. Hay algo común entre todos los atletas que corrieron con ella, en su tiempo y a su lado: siempre la trataron muy bien, siempre la apoyaron y admiraron, sin excepción.

Del segundo portazo no hace tanto, apenas un puñado de años, cuando Carmen Valero acudió a una entrega de premios con un dorsal colgado en el pecho: el 261. «No es un número más». Es el que la alemana Kathrine Switzer portaba en 1967 cuando se convertía en la primera en terminar una maratón con dorsal en Boston. «Nada como las fotos de aquel día para explicar a qué nos enfrentábamos las mujeres que, en esa época, queríamos correr. Se ve cómo la empujan, cómo tiran de su camiseta para echarla… Pero llegó, al final llegó». Una proeza que en 2017 la Abogacía Española reconocía con el galardón de Derechos Humanos, pero Kathrine Switzer no podía recoger en persona. «Su marido estaba enfermo y no podía viajar a Madrid y abandonarle en su convalecencia. Así que me envió un mensaje diciéndome que mi historia había sido aún más complicada que la suya, que me admiraba mucho y que le encantaría que fuese yo quien lo recogiera en lugar. Y así lo hice». Con ese 261 prendido de su ropa de gala, como el portazo definitivo a su tiempo.

Laia Sanz

(Corbera de Llobregat, Barcelona, 1985)

Es la mejor piloto de motos de todos los tiempos. La mejor en todo. La primera en todo. Para contar su palmarés hay que cuadrarse, como si pasaran revista: veinte títulos mundiales, catorce de ellos en la modalidad de trial y seis de enduro; once victorias en el Trofeo Femenino del Rally Dakar en motos… Para enumerar las disciplinas en las que ha participado es preciso tomar aire: trial, enduro, Dakar (primero en motos, luego en coches) y Extreme E… Siempre abriendo camino, siempre siendo la primera mujer.

Se subió a una moto por primera vez con cuatro años. «Por mi padre, Jesús. Como no alcanzaba los estribos, me ponía en el depósito de la suya, en la parte de adelante, cogida del manillar, obviamente vigilada…, y ahí aprendí a dar gas, a sentir el control». Sabe que a continuación viene una pregunta obligada acerca de una anécdota que ha contado en muchas entrevistas. Lo curioso es que no la recuerda porque era muy pequeña. Siempre la cuenta porque se la han contado. Es fácil imaginar una cena de Navidad en familia mientras alguien dice: «¿Ootra vez esa historia?». La pregunta: ¿es cierto que con cuatro años le cogió a escondidas la moto de Cota 25 a su hermano Joan? «Sí, se ve que sí. No me acuerdo porque tenía como cuatro años o así. Un verano, en casa de mi abuela, que tenía un terreno muy grande, de pronto oyeron un ruido. "Pero ¿eso qué es?". Así que salieron corriendo y resulta que era yo con la moto de mi hermano». Esa moto aún existe. Laia aún la guarda. Porque ella es una campeona con un buen anclaje a

tierra. Aunque su cabeza esté pensando en qué lío de dos ruedas meterse a continuación, en casa le recuerdan quién es, como les ocurre a los grandes deportistas que despuntan, solitarios, en disciplinas individuales. Laia tiene a su familia. La que le metió en el cuerpo el runrún del motor. «Era una niña muy inquieta, un trasto que no paraba, y mi padre y mi hermano tenían moto. Si hubiese visto que mis padres escalaban o cualquier otra cosa con cierta actividad, pues me hubiese dado por ahí… Me iba la marcha y la aventura, así que, como había motos en casa, pues moto».

Fue su madre la que en 1992, cuando tenía siete años, la animó a participar en una prueba para niños en su pueblo natal, Corbera de Llobregat, en Barcelona, dentro del campeonato de Catalunya. Acabo octava… de ocho participantes. Le daba lo mismo ser la última, sólo sabía lo mucho que había disfrutado. «Sí, acabé última, pero estaba tan contenta de haber hecho octava que me quedé con eso».

Otro buen anclaje a tierra de los deportistas de éxito: disfrutar, divertirse con lo que hacen. Si es fuerte desde la infancia, luego llegan los éxitos. Porque, si a la *niña trasto* le hubieran dicho a los diez años que iba a ser profesional del motor, se hubiese reído. Pero esa misma niña comenzó a competir en categorías masculinas con una moto de 80 cc. Y a ganar. Era 1997. Y se animó entonces a participar en un trial femenino, donde compitió con medio centenar de chicas de todo el mundo. Continuó subida en una moto. Dando gas. Ya llegaba a los pedales, y seguía divirtiéndose, pero empezaba a gustarle la sensación de vencer. Lo hizo en el primer campeonato de Europa no oficial, con trece años, una edad en la que se abandonan los juegos de la infancia y uno empieza a pelearse con todos por querer ser mayor. Para ella su juguete, su moto, se estaba convirtiendo en un modo de vida, con rivales de mucha más edad. Y, cuando se inscribió en el campeonato de España, era la única mujer. Empezó a ganarlo todo, a las chicas y a los chicos.

Con veinticuatro años Laia atesoraba diez mundiales, nueve europeos y cuatro victorias por equipos en el Trial de las Naciones. También debutaba en el Mundial de enduro femenino, sin apenas experiencia, y

acababa tercera. Ni a ella ni a nadie en su casa se le subía el éxito a la cabeza. De nuevo el anclaje a tierra. «Mis padres siempre llevaron muy bien eso de no apretarme. Esto lo hemos visto mucho, padres que se vuelven locos porque tienen un campeón del mundo. No es nuestro caso. He visto de cerca casos en los que el niño a los quince años acababa diciendo: "Papá, métete tú la moto por donde quieras". En casa he sido yo la que insistía en ir a entrenar. Me dejaban hacerlo y yo creo que eso es parte de la magia. Creo que, gracias a los valores que me han inculcado, he llegado adonde he llegado».

El anclaje es tan férreo que hasta cuesta creerlo. Porque en esa casa no caben ya los trofeos, las placas, las medallas en los estantes del salón…, y saben respetar el éxito. «Mis padres me han enseñado a tener disciplina y que para conseguir cosas tienes que trabajarlas mucho, pero disfrutando. Yo no tenía el talento de un Messi, tampoco era un Cristiano Ronaldo. Hay pilotos que los ves de pequeños y ya sabes, intuyes, que van a ser campeones del mundo. En mi caso no, he sido más bien una hormiguita». La hormiga siguió trabajando un deseo que tenía desde niña: el Rally Dakar. Era 2011. Y con veinticinco años participaba por primera vez en una de las pruebas de motor más exigentes y complicadas del mundo. Cumplió el sueño y con ella misma: se hacía con el trofeo femenino y acababa trigésimo novena en la posición absoluta. Era la primera de muchas, de todas las victorias que seguirían llegando, porque tan sólo un año después hacía un triplete histórico: de nuevo el trofeo femenino del Dakar, siendo la única mujer que acabó el rally, de nuevo campeona del Mundial de trial, y además su primer título en la modalidad de enduro. Nadie hasta entonces lo había conseguido. Ella lo hizo. Con una fractura abierta en el dedo gordo del pie.

Laia Sanz no es una mujer como las demás. Porque Laia Sanz no es una persona como las demás. Aquella niña inquieta le hace buscar continuamente un nuevo espacio, un nuevo reto, alguna aventura desconocida que afrontar. Todas las disciplinas que ha abarcado y abarca, siempre detrás de nuevos objetivos. Tras el trial, el enduro y el Dakar, primero en motos y luego en coches, afronta el reto del Extreme

E, una categoría de competición de todoterrenos eléctricos que se desarrolla en lugares remotos del mundo. De nuevo ella, abriendo camino y copando titulares que en muchas redacciones tendrán preparados ya para copiar de noticias anteriores: «Laia Sanz, la primera mujer española que…». Sigue incansable y polivalente. «Es verdad que la mayoría de los deportistas triunfan en su especialidad y ahí se quedan. Yo soy más de salir de mi zona de confort, por eso lo he vuelto a hacer ahora».

La hormiguita trabajadora es peleona. Acaba dakares con anginas, fiebre y accidentes con vueltas de campana. Completa los rallies siendo la única mujer que lo consigue, labrándose el sobrenombre de la Reina del Desierto. Se repone de averías imposibles. Pilota motos y coches con dedos rotos. Participa en campeonatos de resistencia, hace carreras de veinticuatro horas. Continúa a pesar de los estragos que provoca en su cuerpo la enfermedad de Lyme, que se contrae mediante la picadura de una garrapata. Se cuela entre los mejores. Los, y no las, porque sigue compitiendo entre hombres. Curiosa apreciación, la que hace la piloto al preguntarle por sus referentes en su deporte. Y es que no ha habido otras a las que parecerse. «Mi ídolo en el trial era Dougie Lampkin, o alguno de los pilotos que lo estuvieran haciendo bien en ese momento. Y, claro, eran hombres porque no había otra opción». Ahora el icono es ella. De niña, ponían el Dakar en la tele y se pegaba a la pantalla para verlo «como ahora un niño puede ensimismarse con la Fórmula 1, igual de inalcanzable». Ahora que es ella la que está en la tele cada año, gesta tras gesta, aún le resulta extraño. «Muy extraño. Por ejemplo, el año en que acabé novena, recuerdo una etapa en la que superé a muchos de los pilotos que veía en la tele, y decía: “A estos tíos hace cinco años los veía del otro lado de la pantalla y ahora estoy peleándome por ganarles”. Es chocante».

Es una más, subida a una moto o a un coche, aunque quizá no la vean así otros pilotos. Ya lo dice la alpinista Edurne Pasaban, que, cuando está en la montaña y hace algo grande, los hombres dicen: «Si ella puede, que es mujer, yo también». «Eso me pasaba mucho. Compañeros de otras especialidades, que no sabían ni lo que era un

Dakar, no paraban de comentar: “Si Laia se ha posicionado entre los diez primeros, esto no puede ser tan duro”. Y luego mirabas y estaban en el puesto setenta o por ahí. También me he encontrado a muchos que han corrido el Dakar y saben lo que es. Ésos sí que valoran mi trabajo». Está acostumbrada a caminar con algunos hombres que se apoderan de deportes como el suyo. Es la historia de tantas y tantas mujeres deportistas en motor, halterofilia, alpinismo o boxeo, que tienen que convertirse en «uno más» para competir, para ser aceptadas. «He llegado adonde llegué porque siempre fui uno más. Entrené siempre con chicos, competí contra chicos y eso creo que es lo que me hizo alcanzar el nivel que tuve. A muchas las separaban de pequeñas, quizá por el miedo de los padres. Otros padres insistían a los muchachos que no se dejaran ganar por nosotras. A veces nos ponen las barreras otros y a veces nos las ponemos nosotros mismos».

Laia reconoce que ha habido cambios en todos estos años. «Mira, simplemente se nota en los comentarios de la gente. Cada vez se oyen menos machistas y chorradas de ese tipo. Los equipos empiezan a tomar más en serio a las chicas. A las que hemos sido pioneras nos ha costado más, pero me alegra muchísimo ver que las que empiezan ahora lo tienen un poco más fácil». Con sus victorias, con su trayectoria, Laia es ahora el referente para el resto de las niñas. Tuvo que derribar muchas barreras para convertirse en el espejo en el que se miran las generaciones siguientes. «Es un honor ser la deportista a seguir, pues además significa que has hecho las cosas bien. Sin embargo, también tienes que ser responsable». La piloto retoma aquel mantra popularizado por las películas de Spiderman: «Un gran poder conlleva una gran responsabilidad». «A mí me ha pasado: hay grandes pilotos a los que no he llegado a admirar tanto como a otros menos exitosos porque no transmitían valores. No somos campeones sólo en títulos, también tenemos que serlo transmitiendo unos buenos mensajes y un comportamiento ejemplar fuera de la competición. Al final mucha gente joven ve sólo los resultados y la parte buena de ser piloto. Tienes un montón de motos en casa, qué guay, consigues ganar, viajas mucho, pero…». Laia se detiene, pensativa. Porque detrás de todo eso hay

muchos entrenamientos, ojeras, dieta, frustración. «En la época fuerte de moto, por ejemplo, entrenaba unas cuatro o cinco horas al día en las dos ruedas y luego por la tarde hacía siempre la preparación física». Para el Dakar es aún más duro. «Depende del tipo de ejercicios, pero cuando estábamos en Marruecos nos pasábamos prácticamente todo el día encima de la moto. Y a lo mejor tienes una lesión y te retuerces de dolor, eso es lo peor. O cuando las condiciones del tiempo son extremas… de frío, de calor». Esto es sólo la preparación, luego viene la competición. «En el Dakar, cosas como no poder dormir te van machacando día a día». No, no es todo tan bonito. Ni tan fácil. «Tienes que inculcar a la gente joven que para llegar a la parte buena, a lo que ven en los periódicos y en la televisión, hay que esforzarse mucho. Y decirles que los que nos ponemos encima de una moto somos también gente con cabeza, con cerebro, que transmite cosas chulas. Al final no es todo dar gas». Y ella lo es. Es una persona con cabeza, una cabeza a la que nunca le falta su gorra, y que descansa sobre unos hombros, sobre unos brazos, que saben arrullar a las nuevas generaciones con dulzura. Y, volviendo a la cabeza, la suya alberga además un brillo de ojos ante lo nuevo, que la acompaña siempre.

Laia Sanz suele tener «unas tres o cuatro motos en casa». ¿Y coches? «Pues también unos cuantos…», contesta, sonriendo. «No sé, a ver que piense… Tengo el kart, una moto de carretera, la furgo, un 4 × 4, un coche…, y, además de las motos de trial y enduro, también tengo una bici, otra eléctrica…». La pasión que se vivía en casa sigue siendo la pasión de la campeona. La de toda una familia que puso una moto en sus manos para que ella encontrara su camino. Hacia un mañana en el que el garaje de su casa propia fuese muy grande.

Dolors Ribalta

(Mafet de Agramunt, Lleida, 1977)

«Hay un momento determinado en el que competir con niños nos va muy bien porque para las niñas es más exigente y eso las mejora». Dolors Ribalta se presenta con un fuerte apretón de manos en la ciudad deportiva del Espanyol, en Sant Adrià de Besòs, cuya entrada está presidida por una figura en bronce de Dani Jarque en la puerta, eterno capitán del Espanyol fallecido de manera repentina durante una concentración del equipo en Florencia (Italia) en la pretemporada de 2009. Unas instalaciones que Dolors señala como uno de los puntos de inflexión del futbol femenino en el club. El otro se encuentra en una lista del corcho que cuelga de una de las paredes de su despacho en el último edificio, más allá de los campos de entrenamiento y el servicio médico, una hoja en la que están escritos los ocho equipos que forman la sección femenina, desde la categoría alevín al primer equipo. Dos de ellos, el Alevín A, formado por niñas de diez a doce años, y el Infantil A, de doce a trece, son los que juegan contra chicos. El primero lo hace en Segunda División alevín masculina de fútbol siete; el segundo, en fútbol once.

¿Por qué? La pregunta sale sola. ¿Qué cambia, qué mejora, en qué se puede notar? Dolors contesta con ese verbo meridiano: «Competir. Lo que nosotros queremos es eso. Si ellas están en una liga y esa liga la ganan con partidos con un resultado de 20-0 cada fin de semana, no sirve de nada porque no están aprendiendo —apostilla—. Contra chicos, como hay tantas categorías, al final siempre encuentras una en

la que a ellas les pueda exigir». De nuevo esa palabra ahí, como abracadabra: competir.

Fue en 2017 cuando el Espanyol adoptó esa política de inscribir a los equipos femeninos de su cantera en ligas masculinas, siempre que el desarrollo y las normas lo permitan: hasta los catorce o quince años, categoría cadete, cuando las hormonas diferencian tanto en lo físico que ya es imposible. «Aquí hay dos temas», explica Dolors, con una claridad que cautiva, como si en vez de hablarle a una grabadora lo hiciera a sus alumnos de la Universitat Ramon Llull de Barcelona, donde imparte clases en la Facultad de Psicología y Ciencias de la Educación y del Deporte. «Uno viene marcado por la parte condicional, que en esas edades, los ocho, diez, doce años, aún no está tan diferenciada. El otro, que hay muchos más equipos de chicos que de chicas, y entre ellos hay más competencia porque llevan más tiempo jugando», resume, con una media sonrisa que traspasa ese despacho inundado por el sol del atardecer que se cuela por una ventana en lo alto.

Porque Dolors fue una de esas supervivientes del fútbol en los patios de los colegios a finales de los ochenta, donde sólo jugaba con y contra chicos. No había otras, y en esta ciudad deportiva su figura casi podría considerarse un oxímoron: porque ella, leyenda del mejor Espanyol femenino de la historia, el de los años noventa, que jugó la Champions, que ganó una Liga (2006), tres Copas de la Reina (1996, 1997 y 2006) y dos de Catalunya (2005, 2006), asumió en junio de 2022 la dirección de esa sección que bracea desde hace un tiempo en la sombra con el primer equipo, luchando por regresar a Primera. Una de sus armas es ésa: que el Alevín A y el Infantil A jueguen y compitan contra equipos masculinos cada fin de semana.

«Para ellos es el deporte número uno en España, casi todos lo juegan, el fútbol femenino aún no. Va creciendo, pero aún no», musita. Casi todos los niños tienen un balón cosido al patuco desde la cuna. «Nosotras no sé si ahora estaremos entre el tercero y el quinto en fichas, licencias», dice, con el fútbol femenino siempre enredado en su lengua en primera persona; *estaremos, nosotras*. «Se está trabajando

mucho para que sea cada vez más una opción más posible y viable», finaliza. Y eso también es casi como un oxímoron cuando lo compara con lo que ella vivió. El fútbol para ella cuando era niña, como *nieve que quema*.

«Ahora los padres pueden decir: "Mi hija juega y es futbolista". Antes eso no se podía asumir con la naturalidad con la que sucedía en otros deportes, como el tenis o el baloncesto. Lo del fútbol se asociaba a homosexualidad, a marimacho, a maximasculinidad». La explicación le sale de dentro como un respingo, como un tapón que se arranca después de llevar mucho tiempo atorando, toda una vida. «El fútbol estaba bajo esa imagen heteronormativa que lo dominaba todo, y en el que dejar entrar a las mujeres era casi como una limosna», lamenta. En sus brazos aún guarda las marcas, como tatuajes que le quedaron tras abrirse camino a codazos en los pequeños resquicios abiertos cuando todo a su alrededor decía que no. «Me acuerdo de un momento que sucedió antes, mucho antes, de empezar a jugar en el Espanyol: una tarde, al llegar del colegio, hice los deberes en el comedor y no en mi habitación, como acostumbraba. De pronto, puse la tele y en TV3 estaban emitiendo un partido de fútbol femenino. Lo que sentí fue como cuando se ve el mar por primera vez». Sorpresa, inmensidad en la boca del estómago, anoxia. «Lo insólito», murmura, aún como hacia dentro. E «insólito» será una palabra que asome a menudo en su relato, como si aún no acabara de creerse nada de lo que está sucediendo. Porque quizá no haya adjetivo mejor para definir todo a lo que ella se ha tenido que enfrentar por querer ser distinta, por querer jugar al fútbol en un momento en que los únicos referentes eran masculinos. Amanecían los años noventa, los de Jordi Lardín, Fernando Redondo, un Raúl González Blanco que debutaba con el Real Madrid de Jorge Valdano en Zaragoza… Esos años en los que Dolors se topaba con algo insólito de veras al llegar del colegio y encender el televisor: mujeres jugando al fútbol en la pantalla. Su historia, la de verdad, comienza a desmadejarse desde aquí. Mientras lo hace, no deja de mover las manos como si fueran los pies, en esa búsqueda eterna y obligada de pasillos y resquicios.

«El partido que emitían era precisamente un Espanyol-Barça que acabó 2-1, y para mí fue muy sorprendente. Yo, que había estado jugando en la calle, con los niños, sola o dando toques contra la pared, de repente encendí la tele y vi a mujeres que eran lo que yo quería ser». Futbolista. Ella pensaba que no se podía siendo chica. «Claro que cuando te comprabas una camiseta de tu equipo y te ponías un nombre en la espalda no querías ser como una mujer, ¡es que no tenías ejemplo alguno! Y no porque no las hubiera, que sí que las había. Desde los años setenta se jugaba de forma ininterrumpida, en los ochenta se dio el primer paso adelante, el reconocimiento por parte de la Real Federación Española de Fútbol, pero el gran salto no ha sucedido hasta los últimos tiempos». Hasta 2022 y la creación de la Liga F, la liga profesional femenina en España.

La historia de Dolors como futbolista está a medio camino entre la de las pioneras, todas con un hilo conductor similar (las chicas no podían jugar al fútbol y las que lo hacían eran todas culpables de antemano, a la hoguera por intentar ocupar un lugar que sólo pertenecía a los hombres) y las de ahora, que han podido escapar del amateurismo para abrazarse a esa palabra que vino con la Liga F. «Profesional». Suena a caricia, a verano interminable, a que tus padres aún viven y nunca se van a morir. Suena a todo, al sueño cumplido que permanece al despertar. «Lo mío es curioso, muy curioso. Yo soy de un pueblo pequeñito, de cien habitantes apenas, Mafet de Agramunt, el de los turrones», ríe mientras el sol del atardecer se posa en su pelo, en sus manos, en su cuerpo como un halo, como si quisiera resaltar y poner en su sitio a una de esas supervivientes del patio. «Justamente yo jugaba al fútbol y era la única de la clase, del colegio incluso. Yo y otra chica de otro pueblo». Ellas dos y ninguna más. Usa su palabra para describirlo: «Insólito». Jugar, el fútbol. La falta de referentes. Poner la tele y tener la sensación de que los que aparecían eran siempre ellos, los chicos, los hombres. «En el colegio lo practicábamos con nuestros compañeros. Allí era más fácil. Pero, cuando vas al instituto, la carga académica es mayor y cada vez cuesta más. El tema del abandono femenino va por ahí, y eso hay que trabajarlo», dice otra vez, como hacia dentro antes

de clamar fuerte hacia fuera: «Muchas veces me vienen chicas del equipo B y me dicen: “Me han puesto las prácticas a la hora del entrenamiento”. Y tú piensas: “Pero si la sociedad y todo el mundo dicen que van a facilitar que las mujeres hagan deporte…”. Pues no». Y ese es un «no» que brota de su boca largo, lleno de oes y sarcasmo. «Aún tenemos que continuar batallando para ayudarlas». Siguen. Aunque con los chicos no haya que explicarlo.

«A mí me dio por jugar y en mi caso tuve suerte porque se me daba bien». Si no, no lo hacías o, peor, te tocaba de portera. «Yo jugaba en el patio o en el colegio, donde fuera y sin una posición definida. Delantera, medio, defensa…». Dolors tenía suerte: nunca la elegían la última, nunca le tocaba bajo la red. Después creció y se encontró con un camino cegado, con muchas muescas, nombres como los de Conchi Amancio, Rafa Muga o María Teresa Andreu, pero descoloridos, sin llevar a un destino claro. «Si tenías la suerte de pertenecer a una gran ciudad, podías entrar en un equipo de chicas». Equipos que eran como cajones de sastre. «Había jugadoras de dieciséis, diecisiete, dieciocho años… y mujeres de cuarenta». La diferencia de edad era uno de los problemas de los años de Dolors como futbolista. Marta Torrejón, «una chica del Espanyol», estuvo entre las que ayudaron a hacer más grande el reducto. «Lo de Marta fue un caso insólito. Porque jugó aquí, pero en el equipo de la cantera masculina. Toda su formación la hizo con ellos, hasta llegar al primer equipo del femenino, con dieciséis años». El Espanyol caminaba en alambre con cada una de sus alineaciones, ya que los equipos mixtos no se permitieron en el reglamento de la Real Federación Española de Fútbol hasta 1996. Hasta entonces si una niña, o chica, entraba en un equipo de niños, o chicos, el rival podía impugnar el partido por alineación indebida.

«La formación la hizo con el equipo masculino de la cantera hasta llegar arriba. Es insólito que un equipo así le ceda una de sus plazas a una chica». Entonces, a mediados de la década de los 2000, lo era aún más. Dolors saca pecho mientras el sol va muriendo en la ventana de su despacho de la ciudad deportiva de Sant Adrià de Besòs. Su salto fue muy distinto, directamente de la calle a lo profesional, sin red ni

academias de por medio. «El verano antes de ir a la universidad, mi padre montó un campeonato local de fútbol sala y pactó con una chica mayor que cuando yo tuviera la edad me llevaría al Espanyol». Y así fue. Dolors había cumplido los dieciocho en el verano de 1995, cuando se convertía en jugadora de su primer equipo, sin la mili previa. «Fue la primera vez que tuve una posición definida. Yo no entendía nada, para mí era insólito». Para ella, su posición en el campo estaba en todas partes, así se lo habían enseñado el patio, la calle… «Mi primer entrenador en el club fue quien me colocó atrás porque me veía fuerte, contundente, que iba bien de cabeza». Que se podía llamar central. Como los chicos.

«Y sí que es cierto que, en generaciones anteriores, el "vete a fregar" y todo ese tema era muy recurrente, pero en la nuestra no tengo la sensación de haberlo escuchado tantas veces». Los había, sí, pero eran menos. Lo que no olvida es la itinerancia, el carecer de un campo fijo («cada temporada nos tocaba uno distinto, de tierra…, recorrimos toda Barcelona y alrededores») y el barro siempre manchando la ropa, «que, por cierto, era heredada de los chicos». Grande, ajena, como en un gran carnaval. Ropa que, cuando acababa la temporada, Dolors regalaba a su padre con un «toma, papá, para ti, que esto es demasiado grande para mí». La camiseta con la que jugaba cada domingo ya como profesional. Y ahí fue cuando lo torvo empezó a evaporarse. «Para nosotros, para el Espanyol femenino, el cambio más sustancial, más importante, tuvo lugar aquí, en 2001», dice mientras su dedo golpea fuerte el escritorio con un pla, pla, pla que suena a aquí, aquí, aquí, como cuando una excavadora perfora cimientos. «Inauguraron esta ciudad deportiva y pasamos de estar en un campo distinto de tierra cada domingo a ocupar este terreno de césped artificial que podíamos llamar nuestro». A su disposición también una clínica, un médico, un fisioterapeuta. «Es un cambio muy bestia. Tener tu propio espacio, unas buenas condiciones de viaje, pasar de tener que salir de casa a las cinco de la mañana para coger un autobús a viajar en tren o en avión…». Como el equipo masculino por primera vez de verdad.

«¿Antes cuándo aparecíamos en los periódicos?», le pregunta en voz

alta al pasado y responde ese sol que muere, que hace ya rato que ha dejado en sombra los nombres de los ocho equipos en su corcho, en esa pared al fondo de su despacho. «¿Antes cuándo salíamos en los periódicos?», insiste. Y a su cabeza vuelven las líneas como escondidas al final de las páginas cuando ella jugaba, siempre apenas nada, un apéndice de lo de ellos. «Salvo cuando con lo de las Matildas Pericas», dice, con otro lamento que le brota profundo. «Esa vez sí que salimos en grande». Sucedió en 1999. «Aparecieron las Matildas, unas australianas que hicieron un calendario desnudas y se propuso que nosotras lo imitáramos». Las Matildas, como antaño *Las Ibéricas F. C.*, pero, en vez de en fotogramas de 35 milímetros en movimiento, en imágenes. «Y se formó alrededor un gran debate de si lo haríamos o no. Fíjate si hubo que en casa guardo un dosier solamente de eso, algo que para mí es una mera anécdota». Pero parecía ser lo único que de verdad seguía importando tanto después de Boetticher. Otro dosier, el que se ciñe a lo meramente deportivo, es infinitamente más sintético y delgado, apenas un suspiro ante el grito del otro. «Jugaba con la selección española femenina y salían cinco líneas ínfimas, pero lo de las Matildas llenó páginas y páginas. ¿Cómo puede ser?». Ellas, que estaban logrando en el Espanyol lo insólito, un volantazo que ahora vuelven a buscar con los ajustes de la cantera, con la decisión de que dos de sus ocho equipos se curtan en ligas de niños. «Yo es que siempre competía con ellos de pequeña y me parece normal. Chicas no había y lo importante es jugar. Y, si sólo hay chicos, que jueguen contra otros varones para poder desarrollarse. Y, si no hay equipos de chicas, pues mixtos», afirma Dolors, mientras de fondo, desde el pasillo de esa ciudad deportiva, llegan voces agudas, botas que corren, risas, alegría, vida; voces de niñas y niños que se mezclan como el agua dulce y salada en la ría, llenándolo todo de vida y futuro como en una primavera eterna.

A partir de cadetes, con catorce años, ya no se pueden mezclar. Está prohibido. La diferencia condicional separa los géneros como una barrera que baja para separar caminos, ellas por un lado y ellos por otro, y así hasta el final de sus carreras. «Fíjate, cuando éramos

jugadoras adultas nos enfrentábamos a los equipos masculinos juveniles que se te iban en una carrera y no los pillabas. Esa es la diferencia condicional». Pero en la base apenas se nota, en la base eso puede utilizarse a favor de las chicas. «El objetivo no es que ganen todas las ligas, sino que el máximo número de jugadoras lleguen al primer equipo», reseña Dolors mientras sale de su despacho, camino de nuevo hacia la figura en bronce de Jarque en la puerta, para decir adiós. «Parece que se ha conseguido mucho, así lo vivimos, pero no sabemos si lo logrado estos últimos años permanecerá en el tiempo y nos permitirá seguir construyendo sobre ello o se evaporará en un quiebro, un conflicto, las órdenes de un partido político que llegue al poder», valora, como quien no sabe aún si lo conseguido tiene los pies de barro o de acero. Con las mujeres nunca se sabe. Con lo de Lilí Álvarez ya sucedió. Una guerra se llevó por delante todo lo que ella sembró. Y hubo que volver a empezar.

Dolors se despide desde la sala de audiovisuales de esa ciudad deportiva en cuyas paredes hay repartidas fotos de jugadores de la cantera que llegaron arriba. Está Dani Jarque, por supuesto, y Gerard Moreno y Luis García y Tamudo. Ninguna mujer. Todavía. Ni siquiera Dolors, que se despide con otro fuerte apretón de manos acompañado ahora de dos besos. Y eso que su foto podría exponerse dos veces, como jugadora y como directora, a un lado y otro del oxímoron.

Rafa Muga

(Puebla de Alcocer, Badajoz, 1945)

«El fútbol femenino goza ahora de reconocimiento oficial, pero, como en todas las conquistas, hubo épocas complicadas sólo por el mero hecho de practicar este deporte. Yo las viví», la frase con la que Rafa Muga cierra su libro, *Las estrellas olvidadas*, autoeditado en 2015, deja constancia de los orígenes del fútbol femenino en España como una cápsula del tiempo de aquella época en la que ni se prohibía porque no se concebía siquiera. «Había un machismo imperante bajo el que era imposible que a una mujer se le pasara por la cabeza querer jugar», explica cincuenta años después un Rafa Muga que asoma por la Casa de Cultura de Valdemorillo, localidad en la que pasa los veranos y los días festivos. Lleva su libro al pecho, igual que hace cincuenta y tres años portaba de camino al cuartelillo de la Guardia Civil la carpeta con todos los permisos recibidos para organizar en Boetticher el partido entre el Sizam y el Mercacredit primero del fútbol femenino en España. «El del campo, el de fuerza pública, el contrato con el Sizam», recuerda, con una sonrisa ladeada y un fulgor en los ojos que lleva tras unas gafas grandes a lo Eugenio, el humorista catalán, que siempre fueron los de un visionario. «Cuando llegué al cuartel, el comandante me preguntó cómo se me había ocurrido organizar un partido entre mujeres. Si hubiera visto a la Virgen de Fátima o un ovni, no se hubiera sobresaltado tanto», ríe, pero es que aquel 8 de diciembre de 1970 Rafa Muga sólo había puesto en práctica una idea que llevaba madurando en su cabeza después de observar a las novias de los chavales que

entrenaba en la explanada de Villaverde para el Torneo Juver de juveniles.

Hombre de fina inteligencia y memoria mastodóntica, Rafa Muga había llegado a la capital siete años antes, nada más cumplir la mayoría de edad, con una oposición de administrativo recién aprobada. Pero le gustaba el deporte, y como era un tipo de difícil asiento, siempre ideando, con olfato y cintura para moverse en la calle, hacer contactos y organizar cosas, realizó un curso de magisterio de dos meses e hizo las prácticas en un colegio en Villaverde, al lado del piso que sus padres se habían comprado en la capital siguiendo sus pasos. «Entonces no había ni Consejo Superior de Deportes, ni la carrera de INEF, ni nada». Rafa Muga hizo ese curso y se le encendió una bombilla al comprobar que el fútbol juvenil federado no llegaba a los barrios periféricos: comenzó a organizar el Trofeo Orue con sede en Villaverde Bajo, al que siguió el Juve en 1969 y 1970. «Era el presidente y además entrenador de un equipo, el Universal, y como en la zona no había campos ni leches (el único era el Boetticher), llevaba a los chicos a entrenar a una explanada que había donde hoy está la estación de metro, que me servía para la educación física». Allí iban los de catorce, quince y hasta dieciocho años, con sus novias. «Ellas venían y se quedaban pasando frío durante todo el entrenamiento. Y así se me ocurrió. Al verlas». El fútbol femenino. De observar a esas chicas que miraban durante hora y media, sin poder acercarse a lo que sus novios hacían. Porque ésa, la del fútbol, era una puerta que su género les tenía prohibido cruzar. Pero Rafa Muga supo leer en sus ojos las ganas, cómo perseguían a veces más el correr de la pelota que a sus propias parejas. «Algunas, antes de empezar a entrenar, pateaban por allí los balones. Ninguna era tan buena como la Conchi (Amancio), pero a raíz del primer partido en Boetticher la mayoría se apuntaron a los equipos que surgieron tras éste». Porque con Boetticher todas ellas descubrieron que podían jugar también. Que tenían dos piernas como ellos para hacerlo.

Aquella mañana del 8 de diciembre de 1970 amaneció fría, oscura, con algunos copos de nieve. Rafa Muga sobre todo recuerda eso. Que era festivo en Madrid, que en las máquinas de los bares cercanos al

campo se podía escuchar, por un duro (0,03 euros), música de Los Brincos, de Camilo Sesto o de Karina, y que habían sembrado el barrio con carteles anunciando el partido como acto central de otra serie de actividades alrededor del Torneo Juve 70 de fútbol juvenil. «Yo había hablado con Manuel, dueño del Sizam, un equipo con varias chicas, entre ellas la Conchi, con sede en los bajos de Santo Domingo, en Madrid, y le comenté que quería hacer un partido de fútbol femenino en homenaje al torneo juvenil». En un mes y medio lo cerraron todo. Dividieron en dos el Sizam, uno bajo su nombre y otro que se llamó Mercacredit, la empresa que patrocinaba parcialmente el Trofeo Juve (había donado las equipaciones para el encuentro). Muga fue pidiendo los permisos necesarios y guardándolos en una carpeta, por si acaso. «Uno era ese de fuerza pública que se llamaba, un papel que rellenabas contando lo que ibas a hacer ese día. Un partido a las diez, otro a las once y luego, al final, un Sizam-Mercacredit femenino. Ni lo leerían, pero ahí lo ponía muy claro, que era un partido femenino. Le pusieron el sello encima». Una copia se la guardó él y la otra se la enviaron a la Guardia Civil. Una pareja se personaría a lo largo de la mañana, para un control rutinario. Estaba citada a las diez y media.

Ese documento, que avanzaba el plan del día en Boetticher, estuvo durante días en la comandancia sin que nadie reparara en él y, en consecuencia, lo prohibiese (como hubiera sucedido en el caso de haberlo hecho).

«Cuando las chicas llegaron al campo, a las diez y media, aún no sabía qué precio ponerle al partido en la taquilla», dice Rafa Muga, con el libro que escribió aún pegado a la camisa y describiendo al detalle el clima, la música y el aire que, con su relato, es capaz de transportar a aquel día. «Porque quería que no fuera disuasorio, muy caro, pero, como nunca se había disputado un partido de mujeres, no tenía ni idea». La primera mirada a la grada no fue muy alentadora. «Apenas cien personas, familiares y amigos y ya está. Pensé que no acudiría nadie. Pero al rato volví a salir, vi ya a trescientas personas y me decidí». A las once y cuarto, cuarenta y cinco minutos antes de que diera comienzo el encuentro, decidió que el precio serían 25 pesetas

(0,15 euros). Julio y Paco, los dos taquilleros que estaban en la garita, comenzaron a ver cómo se iba formando una cola inmensa ante ellos. «Empezó a salir gente y gente de todas partes, algo increíble. Teníamos kilómetro y medio de público esperando y ellos se quedaron sin cambio…». Rafa Muga envió a pedirlo a un bar cercano, «que aún existe, como aquella taquilla del campo, que se conserva tal cual», pero las colas seguían y la gente iba impacientándose, con el inicio del partido cada vez más cerca. «Tuve que retrasarlo quince minutos. Fui a hablar con los árbitros para que dieran las alineaciones por los altavoces y así demorar el saque, pero aun así en las taquillas seguían sin dar abasto. Así que, a las doce y media, di la orden de que se abrieran las puertas». Por ellas accedería al Boetticher una marea humana. «Una turba de gente que, al oír el pitido inicial, se lanzó hacia la puerta desbordando a los dos porteros, tirándolos al suelo y rompiendo la tapia, cuyo arreglo, por cierto, tuve que pagar yo».

El partido se jugó con gente casi pisando las líneas. «La pareja de la Guardia Civil, por cierto, no había aparecido aún por allí». Llegaría casi terminado el primer tiempo, cuando ese partido entre el Sizam y el Mercacredit ya no se podía parar. «Entonces no había móviles, pero de alguna manera se lo debieron de transmitir al agente al frente del puesto. Al terminar el partido, llegó la pareja y me dijo: “Por favor, ¿el organizador de esto?”, que ya sabían que era yo, pero bueno. “Sí, sí, soy yo”. Me rogaron que los acompañara al cuartelillo». Rafa Muga lo hizo, caminando detrás de ellos, con su carpeta de permisos pegada al pecho y un tropel de gente detrás, «al menos veinte o treinta personas de la Juve». Al entrar, solo, el comandante le esperaba sentado tras un escritorio, «un tío que era como el típico que se te viene a la cabeza al pensar en un guardia civil de los años setenta», con el «¿cómo se le ocurre?» como saludo. «Estaba tan desconcertado el hombre al ver enfrente a una persona que iba bien vestida, con traje y corbata, quizá esperaba encontrarse con un hippy de la época, que se quedó bloqueado. Y menos mal, porque yo no las tenía todas conmigo…».

«Nada, como las chicas querían jugar y teníamos otras festividades», recuerda Rafa Muga que respondió, con su acento extremeño aún

intacto, sin que los años en Madrid lo hayan atenuado un ápice. «Me pidió los papeles, se los enseñé y, como estaba todo correcto, sólo me dijo: "No vuelva usted a hacerlo". Porque el fútbol femenino no estaba específicamente prohibido y una cosa que no existe no puedes legislarla. Aún no había intervenido la Sección Femenina, todo eso vino después». Porque aún no había salido Rafa Muga del cuartel de la Guardia Civil y Boetticher ya era una semilla germinada. Al rato comenzó a recibir visitas de padres acompañados de hijas que también querían jugar y ser como aquella niña que en Boetticher había marcado cinco goles y que el diario *Marca*, al día siguiente, bautizaría con el apellido de Amancio, nombre del futbolista del Real Madrid.

«Conchi llamó la atención porque no tuvo enfrente a ninguna rival», valora el empresario, que aquella misma tarde, desoyendo al comandante, comenzó a organizarse para el día siguiente, consciente de que aquello, el fútbol femenino, era «una revolución imparable». Se puso al frente de un equipo, el Olímpico de Villaverde, para empezar a utilizar el «nos» de «nosotras» en cada uno de los pasos que siguieron. Porque siempre fue varios por delante de su tiempo: organizó torneos, comenzó a editar una revista con cinco mil ejemplares de tirada que se repartía en los quioscos y se enviaba por correo al resto de clubes de fútbol femenino en España para mantener contacto, y proveyó al Olímpico de equipación, seguros médicos y hasta contratos profesionales. El primero fue para Victoria Hernández, una de las niñas que al término de Boetticher bajó de la mano con su padre, y a Conchi Amancio. «Ahí los tengo. Al final me ha sido útil la manía de guardarlo todo. A la primera le pagaba 4.000 pesetas [24 euros] por el contrato y 250 [1,50 euros] por partido jugado. A la segunda, 5.000 [30 euros] y 400 [casi 2,50 euros] por partido».

El fútbol femenino comenzó a florecer a su abrigo. Se crearon equipos, ligas, torneos. Se organizó en Murcia el primer partido internacional, España-Portugal, «que fue un desastre, un conglomerado de despropósitos e irregularidades. Si lo hubiese organizado yo, lo habría hecho bastante mejor», puntualiza. Lo que sí hizo fue lograr que en España jugaran combinados como el Stade de Reims francés o el

Standard de Lieja belga, o llevarse a las españolas a jugar torneos en Italia. Rafa Muga recorría toda España como de gira, con las futbolistas cambiándose en el autobús, dejando tras de sí estadios llenos, de expectación y semillas, aunque sin apoyos y las instituciones en contra. «A la Sección Femenina, que era como un ministerio o más, no le gustaba —maldice, con un lamento de años— y lo que hizo fue emitir una circular en esos papeles que se llamaban oficios y que, enviado por la Secretaría General del Movimiento, decía: "Rogamos que se abstengan de promover toda actividad relacionada con el fútbol femenino por no gozar de la aquiescencia de la Sección"». También lo guarda en su casa, el sobre color sepia con el escudo del yugo y las flechas en el lateral izquierdo, como todo lo demás, como esa sensación que estaba por encima y no necesitaba papeles: latía dentro de él y todas las personas que luchaban por sacar adelante aquella revolución, a pesar de las trabas. «Había algo subterráneo, mucha gente deseando que esto apareciera. En los antiguos, los mayores, la sociedad era un 80 por ciento machista, pero la juventud no, la juventud estaba emergiendo en la Transición y había una gran necesidad de libertad. Para todos ellos Conchi era como una heroína a la que agarrarse para romper con los yugos antiguos».

Yugos siempre, a cada paso, en cada partido: árbitros a los que no dejaban vestirse con la equipación oficial si dirigían a mujeres, médicos emitiendo informes sobre que el fútbol las masculinizaba, presidentes que no las querían en sus equipos, una federación muda, ciega y sorda… «A través de mi revista envié por correo certificado a la Delegación Nacional de Educación Física y Deportes documentos de adhesión de cerca de doscientos equipos solicitando el reconocimiento oficial de fútbol femenino mientras la federación seguía ignorando su existencia. Al frente figuraba Juan Gich, sucesor de Samaranch, ya ascendido a la presidencia del Comité Olímpico Internacional. Ni se dignaron a contestarme. Eran muchos los impedimentos que hacían muy difícil cada paso, todos pequeños, aunque con aliados a veces inesperados». Rafa Muga suelta una carcajada que se mezcla con las campanas que dan las doce en la iglesia de Valdemorillo porque es

consciente de la impresión que causa el nombre que va a decir a continuación: «¿Sabes que Carmen Polo, la mujer de Franco, salvó un partido de fútbol femenino en Almansa, Albacete?». Espera a que termine el repicar antes de proseguir, como en un cebo televisivo. «Era un partido en beneficio de la Asociación Protectora de Personas con Discapacidad Intelectual o del Desarrollo [ASPRONA]. Fuimos allí, con el Olímpico, para jugar. Al llegar había unos hombres con traje que se negaban a que se celebrase porque no veían, bajo ningún concepto, que un partido de mujeres se jugara en ese campo, por mucho que la grada estuviera llena. Uno de los directivos de ASPRONA conocía a la mujer de Franco y nos llevó a todos al despacho mientras llamaba al Pardo. Ring, ring. "Hola, soy Antonio Molina, ¿doña Carmen?". Tardó un rato. Allí, en el despacho del campo de Almansa, estábamos todos callados. Se pone doña Carmen. "Dígame, Antonio". "Perdone que la moleste. Es que tenemos un problemilla…", que era problemón, con todo vendido, "queremos organizar un partido de fútbol a beneficio de la entidad que usted preside y no quieren que se celebre, ¿qué hacemos?". Y Carmen contestó: "Antonio, haga lo que tengan que hacer, pero no me gustaría tener que decírselo a Paco". El partido se jugó», sonríe Rafa Muga, al hilo de una de sus victorias fuera del fútbol. «Que no fueron tantas».

La federación no reconoció el femenino de manera oficial hasta el 21 de octubre de 1980. «Y porque alguna circular debieron recibir del resto de los países, que iban rindiéndose poco a poco a la evidencia de que era algo imparable». Rafa Muga recibió una llamada en casa, querían invitarlo a una reunión en la que, al fin, el máximo organismo del fútbol en España lo reconocería, una década después del partido en Boetticher. «Lo encuadraron en un subcomité junto al fútbol sala y pusieron al frente a un hombre, Antonio Alberca, al que sólo le interesaba lo primero». La amargura cruza su cara, hoy sembrada de arrugas, al recordar una de las preguntas que le hizo el presidente de una federación territorial, sentado a su lado en una de esas primeras reuniones con el fútbol femenino ya oficial. «¿Es cierto que las mujeres juegan en pantalones cortos?», niega con aflicción.

Rafa Muga pronto daría un paso a un lado. «Abandoné a las cinco

visitas. Allí sólo se hablaba de fútbol sala. El primer seleccionador era Teodoro Nieto, que venía de ese ámbito. Ibas a las oficinas de la federación en la calle Alberto Bosch y no te hacía ni caso», dice sin miedo, pero con una profunda tristeza, porque sus cimientos, sus semillas terminarían casi arrancadas de cuajo bajo un nombre, «Clandestinas», con el que se terminó conociendo a aquellas mujeres que él trató como profesionales aunque todavía no lo fueran. «Olvidadas, más bien, fueron», masculla. Olvidados todos. En 1982 ya no quedaba apenas nada de lo que levantó. Salvo el Boetticher, para siempre huella. Aunque a su alrededor desapareciera también, incluso, hasta el cuartelillo de la Guardia Civil.

Alba Palacios

(Madrid, 1985)

Alba se mira al espejo y en el reflejo aún ve en su cuerpo huellas de Álvaro. Ella estaba ya ahí cuando durante treinta y dos años era Álvaro el que miraba desde ese lado del espejo buscando desesperadamente algo. Pero Alba estaba escondida en el fondo de sus ojos. «Porque nacer trans es una putada. No es una moda, no es algo bonito ni guay. Es una mierda que no eliges. Yo no elegí nacer así». Alba dentro del cuerpo de Álvaro. «Y a mí me gustaban las cosas de chicos, no es que estuviera todo el tiempo jugando con muñecas». Le gustaban los coches, las chicas, jugaba al fútbol, pero era, quizá, cuando estaba entrenando con sus compañeros del CF Pozuelo cuando más consciente se volvía de que algo no encajaba dentro, como una pieza que busca su sitio en un puzle equivocado. «Veía al equipo femenino entrenando en el campo de al lado y pensaba: "Mi sitio es ese". Cómo cuando estás con un grupo, pero te apetece más el de al lado. Puede ser por el tema de conversación, por la gente, por la química… Era algo así. Y no entendía por qué no estaba con ellas». Alba golpeando en su cabeza fuerte. *Déjame salir.* Era 21 de marzo de 2017 cuando Álvaro al fin lo hacía. Se tomaba esa primera pastilla de hormonas para iniciar la metamorfosis de un cuerpo hasta entonces obligado a caminar por la vida dándose de bruces contra las paredes. *Y todos los espejos.* Tras mucho negarse, dolerse, no entender nada. Seis años después, Alba Palacios está encaminada a su primera operación, aunque a la vez ya sea una mujer pionera: la primera futbolista transgénero federada en España.

«Empecé a jugar al fútbol muy pequeña, con tres, cuatro años». Y a competir en el CF Pozuelo, primero como interior, después como lateral carrilero, con otros chicos, como Álvaro, aunque los poros de su piel ya lo empujaran, como Alba, a perseguir las piernas y los balones y el juego del equipo femenino cuando éste se entrenaba en el campo de al lado. Único niño en una familia de mujeres, a los cuatro, cinco años, comenzó a ponerse la ropa de su hermana y a preguntarse por qué no era como ella si así se sentía, pero sin ser del todo consciente. *Aún no.* Fue a los quince cuando esa idea se transformó en martillo pilón. «Negué mi transición desde que era peque, aunque sabía que había algo que no, que se nota, algo muy difícil de explicar a una persona que no es trans, que ha tenido la suerte de vivir su día a día con su cabeza y su cuerpo concordes. Esa gente no lo va a entender porque es muy complicado, pero si eres trans y miras a una chica, como ha sido mi caso, el cerebro te dice que tu cuerpo tiene que ser ese». Porque, aunque sea el cuerpo lo que define los géneros, la identidad está en el cerebro. «A ver si puedo explicarlo», dice, con un gesto que mezcla lo dulce y amargo como en plato de alta cocina.

«Es como cuando a ti te gusta verte bien, por ejemplo. Siempre has sido una persona delgada y de repente, por lo que sea, engordas veinte kilos. La ropa no te va, tu reflejo no concuerda con lo que eres. Te miras al espejo envuelta en un "uy, esa no soy yo"». Que no es lo mismo, por supuesto, pero se parece a aquello que sentía Alba cuando ya habitaba en el fondo de los ojos de Álvaro frente al espejo. «Sé que es muy complicado de explicar y hay que poner ejemplos que, sin ser iguales, la gente pueda llegar a entender». *Acercarse, al menos.* «Cuando pasan tantos años y sigues con esa sensación que se ha convertido en un martillo pilón que constantemente está ahí, aunque te lo niegues… Porque yo tengo treinta y ocho, y cuando era pequeña las cosas eran muy diferentes, sin tanta visibilidad, a las personas trans se las equiparaba a hombres con peluca y, claro, te generaba rechazo. Intenté hacer mi vida acorde a la normalidad que me envolvía. Tenía una pareja, un trabajo, estaba bien, pero en realidad no, en realidad la mente seguía machacando». *Con su martillo pilón.*

Alba dejó el fútbol a los veinticuatro, cuando aún era Álvaro y seguía en el CF Pozuelo. «Necesitaba un descanso, ordenarme». Mientras le contaba a su pareja, con la que lleva diecisiete años, que algo dentro de ella no encajaba. «Poco a poco, no todo. Sabía que, si le contaba todo esto de repente, quizá se iba a agobiar. Fue un camino duro, pero fuimos dando pequeños pasos y ella fue la que me ayudó, me aconsejó y me dio alas para tirar adelante. Le debo la vida». Más difícil fue en casa, al verbalizarlo ante sus padres que al principio no entendieron, *si Álvaro era un niño normal.* Un niño al que le gustaban las chicas, los coches y el fútbol. Aunque en realidad fuera Alba. «Lo llevaron fatal, les costó asimilarlo, aunque al año se dieron cuenta de que yo seguía siendo la misma», sólo que había estado toda la vida en el envase equivocado. En ese momento Alba, como Álvaro, había regresado ya al fútbol, a un equipo de Segunda regional, y había tomado la decisión de comenzar el proceso para que cuerpo y cabeza al fin encajaran. «Aunque, cuando crucé por primera vez la puerta de la Unidad de Identidad de Género del Hospital Ramón y Cajal, en Madrid, lo primero que les dije fue: "¿Esto no me lo podéis quitar de la cabeza?". Esa sensación. Me contestaron que ni de coña, que lo que sentía era algo que no se puede arrancar del cerebro, es imposible, porque tú eres así. Un cerebro que, lamentablemente, no se corresponde con tu cuerpo. Desafortunadamente mucha gente no lo entiende y eso crea muchos problemas». A la hora de competir en el deporte, por ejemplo.

«Una mujer trans sufre más machismo porque lo recibe por parte de los hombres y también de otras mujeres. Están en contra ellos, pero también ellas. No todas, pero sí una parte, y al final es una lástima porque no tienes nada a favor». Las paredes que se han derribado al fin en tu cabeza levantadas de nuevo por la sociedad que te rodea. «Siempre que se habla del deporte, en ese caso de hombres que transicionan a mujeres, se resaltan las ventajas, pero es que una mujer trans no es un hombre», levanta el dedo. *Ojo.* «Una mujer trans se está exponiendo a fuertes procesos químicos en su cuerpo, que, a partir de reducir sus niveles de testosterona, por supuesto, generan una cantidad de efectos secundarios que desconoces hasta que no te sometes a ello».

Unas pastillas que para Alba comenzaron a ser cinco al día desde aquel 21 de marzo de 2017 y que la dejaban sin ganas de nada mientras la iban cambiando. «En mi caso, la transición fue así, con esas cinco pastillas al día para rebajar la testosterona. Tomaba doscientos miligramos, pero tiempo después un estudio de la Organización Mundial de la Salud reveló que con veinte bastaba… Viví una secuencia muy dura». Ahora, seis años después de iniciar el proceso, el tratamiento es un aerosol («por el tema de los estrógenos») que se aplica en el antebrazo («y así no pasa por el hígado, que eso también…, tela»), además de media pastilla. «Los hombres trans padecen menos machismo porque la transición también es más fácil, porque la voz te cambia, el vello… En cambio, para las mujeres trans, especialmente para las que tardan en tomar la decisión, es una putad…, es más difícil. Se te ve más rara, lo que es la complexión, los huesos. Una vez que pasas la pubertad, adiós curvas…».

Y que no dejan de señalarte con el dedo. «A los hombres les da igual estar con un hombre trans. De hecho, cuando uno gana, que los hay, no se habla. Pero, cuando es al revés, una mujer trans que gana a otras mujeres, aunque no sean medallas, sólo una carrera, siempre viene la justificación: es que es trans». Esa etiqueta que Alba arrancaría como todas las etiquetas del mundo. «Yo llevo seis años compitiendo en el fútbol y no he llegado a nada. No he jugado en Primera ni tengo un Balón de Oro. He coqueteado con la élite, sí, porque es verdad que entrené con el Madrid Club de Fútbol Femenino, pero luego me fui al B, que estaba en Segunda, y, entre una lesión y la COVID-19, no llegué a debutar con el primer equipo. Como ni molesto ni destaco, no hay problema. Nadie dice nada, aunque transiciones más tarde de la pubertad. Ahora, en cuanto destaques… Hay machismo de los hombres y las propias mujeres que dicen que estamos invadiendo sus espacios, aunque aún esté por llegar la primera mujer trans que haya ganado una medalla olímpica, un Roland Garros, un Wimbledon», explica en torrente. Pausa, respira, respira, respira.

Cuando Alba fichó por el K-2 Majadahonda, en la Preferente Madrileña, lo hizo como Álvaro, aunque en su segundo año en el

equipo ya compitió como ella, antes de fichar por Las Rozas Femenino. «Estuve un año entrenando porque ya había iniciado el proceso de hormonación pero no podía jugar porque aún no tenía el DNI». Ese documento de identidad que atestiguara que era mujer. Ese tiempo de espera aceleró que la Real Federación de Fútbol de Madrid conociera su caso y le buscara una solución: sus estatutos sí permiten a un jugador, o jugadora, inscribirse en la categoría del sexo que se sienta. Alba podía militar en Preferente aunque no hubiera cumplido todavía con su hormonación y sintiera sus cinco pastillas al día, los doscientos miligramos ingeridos para bloquear su testosterona, como traba en las piernas. «Notaba que me costaba mucho más que antes recuperar balones. También sufría más calambres después de cada partido porque la circulación de la sangre es peor. Lo he notado en la velocidad, la potencia, el esprint, la salida. Ahora todo me cuesta un poco más, pero también es cierto que ya tengo una edad. No vamos a culpar de todo a las hormonas», exclama, pura, por primera vez, en la parte de su relato en la que ya todo encaja. Su cuerpo, su cerebro, formar parte del grupo adecuado en el fútbol, un deporte en el que ha vuelto a empezar.

«He jugado desde los dos años, he competido desde los seis, no soy buena por ser trans, soy buena porque llevo en esto toda la vida, porque crecí con un balón en los pies. Pero empecé de cero, desde el K-2». Y fichó por Las Rozas, por el Nacional Samper, por ese Madrid CFF en el que rozó la élite, y por el Torrelodones, de Liga Nacional, antes de recalar en el Villaviciosa de Odón. «El fútbol femenino y el masculino son muy diferentes. El masculino es mucho más rápido, no te da tiempo a pensar. Cuando recibía un balón, ya tenía dos rivales encima. Hay que usar mucho la fuerza. En el femenino tienes más tiempo para combinar, las jugadoras te aguantan más. El masculino me parece demasiado agresivo, prefiero el femenino». Ese en el que se cobra menos («no se cobra apenas, de hecho, las jugadoras están muy mal pagadas»), en el que ella ya es un referente con miedo a que no haya otras («las etiquetas, las malditas etiquetas, ¿sabes qué va a pasar?, que las chicas trans cada vez transicionarán antes, para que no se note, para que no tengan que contarlo, para que nadie las señale»)

que tengan el martillo pilón enterrado como un secreto en un cuerpo que cambia antes de que el cambio se pueda notar.

«Ahora, por fin, después de tanto, cuando salgo a la calle y todos me ven como Alba pienso: "Joder, qué gusto". Porque una persona trans no se arrepiente del cambio, te lo aseguro. Ser trans es nacer. No es un quiero ser. Y yo ahora miro las fotos de cuando era Álvaro y pienso: "¿Quién era esa persona?"». *Porque ya le es ajeno, porque ya no es ella, aunque cuando se mire al espejo aún atisbe algunas huellas en partes de su cuerpo.* En sus brazos largos y torneados. En sus 1,70 metros. En sus piernas. En sus ojos oscuros. Álvaro es un desconocido aunque Alba, en su cabeza, se niegue también a borrar recuerdos y fotos: la vida que tuvo como Álvaro, lo que sintió, lo que vivió, todos los partidos de fútbol que jugó, aunque lo hiciera con un ojo siempre pendiente del CF Pozuelo Femenino, sintiéndose como esa pieza que no lograba encajar en su puzle hasta que no empezó a ser Alba. En el espejo también.

Joane Somarriba

(Guernica, Vizcaya, 1972)

A Joane Somarriba la bicicleta le vino del mar. Ese mar en el que pasaba los días un padre, Bittor, que al pisar la tierra firme de Sopelana se subía a una bici a pedalear con sus tres hijas mayores: Ainhoa, Iraide y Joane. Sería esta última la que volaría al soltarse de su mano para llevar su apellido a lo más alto del podio más importante en ciclismo: el del Tour de Francia. Aunque tuviera que escalar puertos de montaña cada día por ello. Puertos de montaña en forma de gritos cuando salía a entrenarse por las carreteras de Vizcaya: «Que este deporte no es de chicas». O «ay, qué piernas se te van a poner, de chico». O «chicas, mejor estáis en casa». O «chicas, idos a fregar». O las risas, todas aquellas risas con las que se topaba cuando de niña confesaba que su sueño era ser ciclista profesional: «Pero ¿existe el profesional femenino?», era la respuesta que recibía siempre, mientras sumaba más metros a su particular Tourmalet. Se escucha un suspiro largo al otro lado del teléfono que rompe el bullicio de tres niños gritando «mamá» al unísono. Joane Somarriba es tímida y ya lo era entonces, cuando la niña era ella y su padre, una de las veces que atracó su barca en la orilla, llevó a las chiquillas a una tienda de bicicletas para regalarles una. «A mí me gustó una Orbea azul, la de corredores, lo tenía muy claro». Una de sus hermanas ya tironeaba de sus brazos para que se apuntaran juntas a un club. El propio Tourmalet también iría a buscar a Joane muy joven.

«En Vizcaya, hace años, cuando yo era cría, se fomentaba mucho el

ciclismo y los equipos iban a las *ikastolas*, las escuelas, para animarnos a probar». La hermana de Joane decidió por ella. Irían. «La verdad es que luego yo me enganché muchísimo. Participaba en todas las carreras que podía. Había tantas licencias en Vizcaya que, de nuestra sociedad, que era de pueblo y pequeña, tenían que alquilar un autobús para que cupiésemos todos». Sobre todo eso, niños. «Niñas éramos muy poquitas, muy muy pocas. En toda Vizcaya cinco o seis como mucho. Era muy complicado que se animaran, muy raro». Tanto que ni tenían vestuarios distintos. Tanto que ellas ya iban a las carreras con el *culotte* puesto, para no tener que cambiarse. Tanto que se pasaban las mañanas con las zapatillas de tacos. Tanto que tenían muy presente una cosa: «Cuando corríamos con chicos, su mentalidad era: "Ay, una niña no puede llegar antes que yo". Se picaban mucho. Ellos y sus padres. "Jo, que te gane una chica…". Había mucho machismo». Y se organizaban carreras, «en Euskadi más que en ninguna otra parte de España», e incluso «se hacían equipitos femeninos», pero costaba, costaba mucho sacarlas adelante.

En su retina hay una imagen grabada. Esa etapa del Tour de Francia que marcaría su historia. «Por sorpresa vi aparecer entre curvas a Jeannie Longo y a Maria Canins. Me impactó muchísimo». Al día siguiente esa frase tomó su boca, «quería ser como ellas», aunque sólo se topara con risas cuando lo decía. La versión femenina del Tour era una carrera guadiana, con una primera edición en 1955 y una segunda que no se celebró hasta 1984 como «una prueba de apertura» de la de los hombres, las dos de la mano del mismo organizador. En 1990 cambió de nombre, se llamaría Tour de la CEE, pero desapareció de nuevo en 1993. Durante dos años convivió con otra prueba similar llamada Tour Cycliste Féminin, que desde 1998 recibe el nombre de Grande Boucle y descendió a categoría amateur en 2001. Fue en 2000 cuando Joane Somarriba la ganó por primera vez.

En 1987, 1988 y 1989 ganó el Campeonato de España en Ruta junior. Tres años más tarde, en 1992, estuvo a punto de quedar postrada en una silla de ruedas cuando acariciaba participar en los Juegos Olímpicos de Barcelona. «Aquello fue durísimo, lo más duro que me había ocurrido hasta el momento. Luchaba en las carreras, disfrutaba,

renunciaba a salir, a las cosas de la gente de mi edad por competir, y lo hacía con placer porque ya me importaba sólo la bici. Y de repente, cuando ves tan cerca poder participar en unos Juegos, los de casa, con lo que suponía aquello, entro en un quirófano y todo se complica». Joane debía operarse de una hernia discal y una infección en la columna vertebral le dañó un centro nervioso. Cuando despertó en el hospital estaba en medio de una zozobra que apagaba el mundo que hasta entonces había conocido.

Escuchó que ya no había nada que hacer. «El propio médico me sacó unos clínex mientras me decía: "Llora todo lo que quieras". Pero eso, que de la bici me olvidara». Tenía dieciocho años. «Cuando llegué a casa me fui al garaje, porque tenía la bici allí, en el trastero, y me encerré con ella sola para pegarme una llorera tremenda». Pero el Tourmalet volvería a buscarla. «La rehabilitación fue muy lenta, y le dediqué muchas horas al día. Iba al hospital con la sola ilusión de dejar de sentir dolores y recuperar el tono muscular». Hasta que un día dijo: «Y si…». ¿Y si se montaba en su vieja Orbea azul y probaba a mantenerse en pie? ¿Y si se daba un paseíto? Recuerda perfectamente ese día porque al llegar a casa se encontró con una sorpresa en el salón.

Sus hermanas le habían comprado una bicicleta de montaña que habían tapado con una sábana con una nota: «Para el tema de la postura». «Venga, voy a probarla», dijo Joane. Y salió a la calle con su madre y sus hermanas como si volviera a tener siete años. «Era de noche y empecé a ir calle arriba, calle abajo». Al día siguiente, lo mismo. «Venga, diez minutos». Y los «y si…» dejaron de asaltar su cabeza: el ciclismo ya era de nuevo rutina. Pero otra Joane Somarriba pedaleaba sobre ella. «Una con más paciencia».

La maleta a Italia la hizo en 1996. Preparaba los Juegos de Atlanta al tiempo que quedaba cuarta en el Giro. «Lo corríamos con la selección, que era el único modo que teníamos las mujeres de disputar buenas carreras, ya que no había equipos de Élite UCI», confiesa mientras una sonrisa se cuela en la conversación, quizá por lo que dice, quizá porque de fondo se ha vuelto a escuchar un «mamáááá» y un «shhh» con la mano sobre el auricular del teléfono que atenúa los sonidos que vienen

de casa. Joane Somarriba estuvo a punto de dejar el ciclismo en el tiempo que pasó entre esa carrera y la llamada que recibió desde Italia, meses después, y le aseguraría un sueldo como ciclista profesional. «Yo ya había hablado con mi familia de que lo dejaba. Había ido a unos Juegos, había hecho un Giro fantástico y no podía seguir así. Había sido feliz de poder competir y llegar a la élite después de todo lo que me había pasado, pero no podía seguir permitiendo que, para sobrevivir, me tuvieran que ayudar en casa. Es que fuimos a Atlanta y tampoco teníamos ni una dieta para llamar por teléfono a la familia». Las altas montañas del día a día habían vencido. «Podía ganar el Tour, como luego sucedería con el del 2000, pero no tenía una beca ADO. ¿Por qué? Porque para conseguirla era preciso tener una clasificación de mundiales, el Tour, el Giro…». Así que aquella llamada desde Italia frenó el impulso de volver al garaje para colgar la bici sin lágrimas.

Joane Somarriba se fue al país transalpino («aunque me costó, yo soy muy hogareña, y me costó dejar atrás mi casa, a mis hermanas, todo»).

Joane Somarriba descubrió que hasta entonces había entrenado, pero en realidad no («empezábamos la temporada y, de repente, una decía: "Tengo que hacer ciento ochenta horas". Y yo: "Pero si eso no lo he hecho en mi vida". Y esa es la clave, hay que entrenar, haga nieve o lo que sea. Son deportes muy duros y los resultados llegan cuando el cuerpo se lleva al límite del esfuerzo»).

Joane Somarriba tuvo su primer sueldo como ciclista («cobraba como un gregario chico, algo muy muy modesto, ganándolo todo. Mi marido, que era gregario, percibía más que yo, que gané un Giro y el Tour»).

Joane Somarriba ganó el Giro en 1999 y 2000.

Joane Somarriba ganó el Tour Femenino en 2000, 2001 y 2003.

Esa ciclista que aún recuerda la dureza de los desplazamientos, días en coche, con la bicicleta en las bacas, tan diferentes de las de los hombres. «Ellos terminan la etapa y tienen cerca el hotel, con las salidas también. Nosotras, después de cada etapa, teníamos tres o cuatro horas de coche, todos los días, con lo que ello conlleva». O aquellas fotos del Tour cuando participaba. «El nuestro se organizaba con bastante esfuerzo, tras llamar a mil puertas y muchas veces con

dificultades para pagar. A menudo nos ocurría que, al salir del hotel para ir a una etapa, los gendarmes se nos podían delante y no nos dejaban porque decían que las habitaciones no estaban abonadas».

Esa ciclista que llevaba tan mal el frío («esas etapas de alta montaña en las que dejabas de sentir los dedos, que no podías ni metértelos en el bolsillo porque no los sentías, y no podías ni comer») y que del primer Tour que ganó no se llevó sólo el trofeo sino también la foto de lo noble que puede llegar a ser el deporte femenino. «Es algo que no se me irá nunca», musita. Como el momento de la tienda de bicis con su padre, los partos de sus tres hijos o el Giro de 1996. «Iba líder y pinché en un momento muy malo porque era decisivo. Faltaban treinta o cuarenta kilómetros. Íbamos unas diez o así, pero yo, entonces, no tenía a ninguna compañera cerca. Mi sorpresa fue que, cuando levanté la mano, todas me esperaron, aunque todas fueran mis rivales. Eso es el respeto. No sé si quedaban un par de días para la final y su comportamiento fue tremendo. Yo había demostrado que era la más fuerte y para ellas habría sido injusto no levantar el pie y esperarme después de ese pinchazo», cuenta y se emociona, porque esa foto habla de ella y de todas las mujeres que no ocupan sitios que no les pertenecen. Que si lo hacen es porque lo merecen.

Joane Somarriba se retiró en 2005 tras conseguir la medalla de plata del Mundial de ciclismo de contrarreloj con el deseo de ser madre y poder disfrutar y criar a sus hijos en la entraña y un diagnóstico sin cura en la mano. «Enfermedad de Crohn. Estuve tres meses ingresada, no sabía qué me pasaba, hasta que encontraron eso. Sale por brotes y, entre otros síntomas, tienes llagas en el intestino. Con el tratamiento, lo voy llevando», confiesa, de nuevo entre esa batalla a tres voces para llamar su atención al grito de «mamáááá». «Enfermedad de Crohn —suspira—. Ya ves, siempre me ha tocado luchar en la vida», termina. Con voz de agua.

Ana Muñoz Merino

(Valencia de Don Juan, León, 1964)

Cuando Ana Muñoz habla, todo a su alrededor parece detenerse: el tráfico incansable al otro lado de la ventana de su despacho en el centro de Madrid, el bamboleo de las pequeñas piedras verdes con las que terminan los pendientes que cuelgan de sus orejas, el mismo tiempo… Porque ella habla y hasta el aire se para a escucharla: es una de las pocas *women in black*, mujeres ejecutivas, que ha tenido el deporte español de verdad, de esas que cuando llegaron a los despachos y las reuniones sólo con hombres buscaron algo: abrirles el paso a otras mujeres.

Era 27 de septiembre de 2013 cuando el entonces secretario de Estado para el Deporte, Miguel Cardenal, la nombraba directora general del Consejo Superior de Deportes (CSD). Un año más tarde, el Boletín Oficial del Estado publicaba una convocatoria extraordinaria del Programa Deporte y Mujer con la que Ana comenzaba a rascar los muros y techos: ofrecía una subvención de un millón de euros de ayuda al deporte femenino a las sesenta y seis federaciones inscritas en España con la condición de que, a cambio, hubiera un mínimo de tres mujeres (o, en su defecto, un 33 por ciento de ellas) en sus juntas directivas. «Cuando llegué al CSD me encontré con que el número de licencias femeninas en muchas disciplinas no se correspondía con la presencia de antiguas deportistas en sus órganos directivos», suspira. Al principio frunció el ceño, extrañada. Después, empezó a indagar. «Periódicamente organizaba reuniones con presidentes y siempre les

preguntaba por esta cuestión. Por qué tan pocas. Sobre todo en aquellas federaciones donde había presencia real de mujeres practicando deporte». La respuesta, aduce, solía ser similar. Sesenta y seis voces distintas argumentando lo mismo: que ese trabajo requería una dedicación absoluta, que esa exigencia de tiempo hacía que, para muchas, no fuera atractivo formar parte de los órganos directivos… «A mí aquello me extrañaba», continúa Ana, mientras la grabadora sigue con su luz en rojo, aunque quisiera también detenerse ante ese relato en su boca que explica tanto.

«No negaba la veracidad de su argumentario, pero me sorprendía bastante. Digo yo que cada uno decidirá si tiene tiempo o no para dedicarse a algo. Y, hombre, que ninguna mujer tuviera tiempo… Hombre…». Era algo recurrente, sin embargo, que brotaba como explicación con suma naturalidad. Y una coletilla que añadían casi sin pensar. «Que qué más querrían ellos que tenerlas en sus juntas». Por eso, cuando Ana Muñoz decidió desarrollar esa línea de subvenciones dirigidas a fomentar el deporte femenino con el Programa Deporte y Mujer, algo hizo que volviera a levantar las cejas con extrañeza: «La intensidad con la que las federaciones concurrieron a esas ayudas». Un runrún se le instaló en la boca del estómago. «Aquí hay algo que no cuadra. Es decir: tú realizas un montón de actividades para la práctica deportiva femenina, pero ellas siguen sin llegar a las juntas directivas». A las reuniones, los despachos, las decisiones como las que ella sí podía tomar. En ese momento tan sólo diecinueve de las sesenta y seis federaciones cumplían con los cupos establecidos por la subvención y sólo tres las presidían mujeres: Hielo (María Teresa Samaranch), Petanca (Hortensia Hermida) y Salvamento y Socorrismo (Isabel García).

«Entonces decidimos establecerlo como norma obligatoria». Ese 33 por ciento. «Que yo tengo que decirte que no me gustan esas medidas, las cuotas, pero soy consciente de que en ocasiones sólo gestos así producen una quiebra en el modelo». Son bisagra, ese punto de inflexión necesario para que las cosas cambien. Un antes y un después. La primera grieta en los muros y techos, el primer resquicio por el que

empezar a colar a las demás. «Curiosamente en el plazo de mes y medio, todas las federaciones, excepto una [la Real Federación Española de Fútbol], tenían mujeres en sus juntas». Un-mes-y-medio-después. «Mi sorpresa fue mayúscula. ¿Cómo es posible que no quisieran durante tanto tiempo y cómo que tantas quisieran en tan poco?», le pregunta Ana al aire en su despacho casi una década más tarde. «Yo no saco ninguna conclusión», añade, rápida, mientras las piedras de sus pendientes bambolean con brío. «Ni sobre lo que era cierto en lo que me aseguraban antes ni sobre cuál fue el resultado posterior». Ese 33 por ciento de mínimos abrazado de pronto por sesenta y cinco federaciones en España.

«Pero…».

Tuvieron que transcurrir nueve años, ocho desde que Ana Muñoz abandonase la dirección de Deportes del Consejo Superior de Deportes, para que esa conjunción asomase en su boca. «Con el paso del tiempo lo ves con perspectiva y muchos elementos han ayudado a las mujeres, pero creo que su presencia en las cúpulas continúa siendo un problema. En aquel momento se cumplió tan rápidamente el requisito que no analizas si la presencia era real o simplemente nominal». Colocar su nombre ahí sólo por cumplir, sin nada más detrás; que fuera por ellas, por su valía, y no sólo por su género. «Si hubiera sido eso, tan sólo eso, un número y ya, flaco favor hubiera hecho porque sólo habríamos llevado a ese lugar a lo que yo en muchas ocasiones he denominado florero (por el mero hecho de ser mujer), o florero ilustrado (cuando, además, a esa mujer le pides algo adicional)». Porque nueve años más tarde, ocho desde que Ana Muñoz dejara la dirección de Deportes del Consejo Superior de Deportes, el número de presidentas continúa siendo escaso. «Salvamento y Socorrismo, y Remo», lamenta mientras señala una traba que parece pesar quilates: el modelo electoral federativo en el que se enmarca todo. «Presidencialista, poco democrático, poco participativo y transparente». Un modelo basado en estamentos y no en el número de licencias o en la presencia de todos los federados como electores de manera individual, secreta y particular, con sólo un grupo el que elige a sus representantes en asamblea. «La

pregunta es ¿podrían presentarse más mujeres si fuera distinto?», suelta de nuevo al aire, pero ahora sin contestarse ella misma de inmediato.

El silencio otorga.

«No se puede abordar la presencia femenina en las estructuras directivas sin analizar el modelo electoral federativo. Si no se modifica, es muy difícil que cambien las sinergias. Y no, ya no me creo aquel discurso de que no tienen tiempo —esgrime— No, no y no. No me creo que haya mujeres que dirigen empresas por todo el mundo y se nieguen a hacerlo en entidades que funcionan más o menos igual». El aire parece pesar. ¿Queda algún poso, entonces, de lo que hizo, de su norma, de su cuota, de su paso por el Consejo Superior de Deportes? El «sí» asoma como un arcoíris tras la tormenta. Ahí está, ahí sigue. Su rascar rompió paredes, puertas y techos que no se volvieron a tapiar. «Dentro de las estructuras federativas sí que hay más mujeres. La medida fue rupturista en aquel momento, pero a veces tan sólo es cuestión de romper con una inercia para hacerla otra. Sin embargo, como te digo, el modelo es presidencialista, y si resulta complejo cambiar a un presidente, difícilmente va a mejorar el porcentaje».

Cuando eso sucede, se convierte en noticia. Por raro, por atípico. Le pasó a ella cuando asumió el rol de directora general del Consejo Superior de Deportes, un mundo en el que aterrizó sin vínculo o dedicación previa. «Nada. Yo no practicaba entonces siquiera gimnasia de mantenimiento». Ahora sí, pero antes, entonces, toda su vida se había dedicado a trabajar y a estudiar. La lista de sus títulos y méritos, desde que se licenciara en Derecho y obtuviese el doctorado *cum laude* por la Universidad de Navarra en 1987 es extensa: catedrática de Derecho Financiero y Tributario por la Universidad de Cantabria (1999), vocal del Tribunal Económico-Administrativo Municipal del Ayuntamiento de Madrid, directora de la Agencia Nacional de Evaluación y Prospectiva en los Ministerios de Ciencia y Tecnología y Educación y Ciencia, asesora parlamentaria del Secretario de Estado de Política Científica y Tecnológica, además de un amplio recorrido en la empresa privada.

En 1991 recibió el premio extraordinario de doctorado por su tesis

«El delito contrabando. Perspectiva jurídico-financiera». «Esta es», señala un libro grueso encuadernado en piel, con letras doradas, que preside la mesilla baja de su despacho. Es el único que hay fuera de la extensa librería que recorre una de las paredes. El que le llevaría, antes de al CSD, a dirigir la Agencia Estatal Antidopaje en España. «Miguel Cardenal había sido uno de mis alumnos en la universidad y un día, muchos años después, nos reencontramos en la presentación de un libro. Un tiempo más tarde lo nombraron secretario de Estado para el Deporte y le di la enhorabuena. Al mes, más o menos, me ofreció el cargo de directora de la Agencia Estatal Antidopaje». Esa sería la primera vez que el deporte la asaltaría. «La oferta me sorprendió, por mi falta de vínculos absoluta con este mundo. Pero Miguel me explicó muy bien los porqués». En ese momento, sobre la errática política española antidopaje pendía la espada de Damocles: la Agencia Mundial Antidopaje estaba al borde de impedir la presencia de deportistas españoles en los Juegos Olímpicos de Londres 2012. «Acepté, lo reconozco, por una cuestión de servicio público, de ayudar a la sociedad. Mi única condición fue que esa actividad no tuviera proyección pública alguna para mí», recuerda. «No te preocupes», escuchó. A los dos días se encontró con un reportaje a doble página en el diario *Marca* contando quién era Ana Muñoz Merino.

Un año y medio después, su mano firme y sus efectivas medidas contra el uso de sustancias prohibidas llevaron a Miguel Cardenal a hacerle otra propuesta: el cargo de directora general del Consejo Superior de Deportes, al que se incorporó el 27 de septiembre de 2013 para dejar el primero de sus retratos como *women in black*, al convertirse en la única mujer en las reuniones interterritoriales con los responsables de todas las comunidades autonómicas y de la Administración General del Estado.

«Nos hicieron una foto por lo llamativo que resultaba». Sólo ella entre tantos ellos. «Para mí lo preocupante no es solamente que haya una única mujer: si es capaz de desarrollar su labor con independencia de quien la rodee, estará realizando un trabajo magnífico. Ahora, si te "colocan" precisamente por ser mujer, craso error». Pausa, como en

teatro. Cada una de sus palabras se come la cuarta pared, tan certeras, tan íntegras, con tanta verdad. «Si tú aceptas estar en un lugar por tu condición exclusiva de género, estás cavando un hoyo en el que caerás tú misma, porque luego no podrás esgrimir ante ellos tu valía y tus capacidades, ya que te dirán: "Yo te coloqué ahí". Y eso sí que lo he visto después. "No te olvides de que yo te nombré". El día que sucede eso sólo tienes dos opciones: "Es cierto, pero quien decidió aceptar este cargo fui yo y, por lo tanto, hasta aquí hemos llegado" o "es verdad, tengo que agradecértelo". Y desde ese día habrás muerto». Como mujer y como directiva. «Porque, desde ese día, no tendrás ninguna capacidad, no podrás repicar ni exponer tus ideas». Te callarán la boca con algo tan simple: «Yo te nombré».

De nuevo vuelven las cuotas, esas que Ana Muñoz impuso en 2014, aunque no le gustaran. Porque sintió que ellos recibían a las mujeres «siempre entre paternalismo», como si eso fuera necesario. «El "hay que protegerlas"». Lo que dice a continuación para de nuevo el tráfico, los cláxones al otro lado de la ventana de su despacho e incluso el movimiento de sus pendientes. «No, a las mujeres no hay que protegerlas, sólo hay que dejar que hagan lo que saben hacer». Exactamente igual que sucede con ellos. «Es muy importante que entiendan que su cuota en los órganos directivos no es una cuestión de cuotas». Ni de fotos. Derribando esas frases que se cansó de oír junto con aquella de «no están dispuestas a dedicar su tiempo». La de «yo ya sé lo que quieren las mujeres». Y el «tengo hijas, cómo no voy a saberlo». O «cómo no voy a saberlo si estoy rodeado de ellas».

Su voz asoma más firme, con esa inteligencia y solidez que la acodó en los despachos sin que nadie cuestionara su género. No era un florero: era quien más valía para ese puesto. Aunque fuera mujer. «Con esto no quiero decir que las mujeres deportistas sean más idóneas que los hombres. Eso es contradictorio con mi propio planteamiento, pero creo que nosotras, cuando nos empeñamos en conseguir algo, nuestra capacidad, tenacidad, resistencia y resiliencia, es inmensa; no digo ni mayor ni menor, sólo inmensa». Sólo hace falta un camino abierto. Sólo eso. «Hay que dejar que lleguen, facilitar, pero dejar de estar

expectantes para ver si han servido o no. Porque, si no, te puedes encontrar que coronan y desaparecen». Como tantas pioneras enterradas bajo la tinta de la hemeroteca y sólo en su tiempo. «Se las traga la tierra después de coronar ochomiles».

«Pero…».

De nuevo esa conjunción asoma en su boca como una señal de tráfico: «Dejad que seamos quienes somos, dejad de creer que sois vosotros quienes decidís nuestro éxito. La épica del deporte es propia también de las mujeres. El peligro que tiene crear tantas expectativas sobre ellas es añadir un elemento de presión adicional al que ya tienen. Pero nuestro fracaso o éxito lo decidimos nosotras. Al hombre nadie lo ha juzgado a lo largo de toda la historia», le brota de dentro, como un golpe en la mesa. «No me des las reglas, dame los instrumentos». Como hiciera ella nueve años antes. Aunque odiase las cuotas.

Irene Lozano

(Madrid, 1971)

Antes que ella, al frente del CSD hubo otras dos mujeres: Matilde García Duarte (de manera interina en 2011, entre Albert Soler y Miguel Cardenal, tras ocupar desde 2009 el cargo de directora general de Infraestructuras Deportivas) y la exesquiadora María José Rienda, de quien Irene Lozano tomaría el testigo en enero de 2020 para convertirse en otra pionera: la primera secretaria de Estado para el Deporte sin una vinculación previa con el deporte. «Nada, cero, ninguno, nada». Como antes tantos hombres, políticos, a los que nadie había señalado por carecer de un pasado en el deporte. En el caso de Irene Lozano, sin embargo, esa fue la gasolina que incendió a la crítica furibunda que acechó su nombramiento a la espera de una equivocación o lapsus para saltarle al cuello. Con titulares en negrita.

«Pero yo creo que, en el fondo, me benefició no pertenecer al sector deportivo», dice hoy desde un despacho distinto de aquel situado en la calle de Martín Fierro, corazón de la Ciudad Universitaria en Moncloa (Madrid). Desde noviembre de 2021 dirige la Casa Árabe, un puesto mucho más próximo a su bagaje profesional (licenciada en Lingüística y diplomada en Filosofía, escritora y periodista, diputada y política)[15] que el del CSD, pero con la voz aún en aquel enero de 2020.

«A mí esa falta de vínculo me dio una libertad inmensa», señala con esa penúltima palabra, «libertad», saliendo de su boca como un gigantesco y liviano balón de oxígeno envuelto en una exhalación que le brota profundo. «Es decir, yo no pertenecía a ese mundo antes y, por

tanto, no tenía, digamos, compromisos con ciertos actores, porque es un sector en el que hay muchos intereses, sobre todo en el fútbol, que es el que más dinero mueve, pero también en otros. Hay mucho *señoro viejuno* que lo único que quiere es estar ahí a toda costa. Y, si tienes pensado quedarte en ese entorno cuando salgas del CSD, digamos que los tienes que tratar bien». Afortunadamente ella carecía de ese pasado y esa ambición de futuro. «Al único al que tenía que tratar bien era al deporte español de acuerdo con mi criterio y los criterios políticos del Gobierno que me había encomendado la tarea». Ese Partido Socialista Obrero Español liderado por Pedro Sánchez, presidente de España desde 2018, y declarado abiertamente feminista, que tuvo su eco en la gestión de Irene Lozano en el CSD, aunque ésta sólo durara trece meses.

«De lo que más orgullosa me siento es de la profesionalización del fútbol femenino, que, paradójicamente, no sale en mi etapa. Pero fui yo quien lo impulsó», dice, mientras lo que ahora brota de su boca es una medalla que acaricia con más cariño que cuando el 18 de abril de 2020 consiguió que dos «enemigos» reconocidos como lo eran Luis Rubiales, por entonces presidente de la Real Federación Española de Fútbol, y Javier Tebas, presidente de LaLiga, se unieran en el Pacto de Viana para que, durante lo más profundo de la pandemia, se pudiera reanudar la competición en España y jugar las diez jornadas que faltaban por disputarse cuando el mundo se confinó a causa de la COVID-19. «En otros países, por ejemplo, Francia, no lo consiguieron», añade. Esa es otra medalla en su currículum, capaz de apagar en aquel momento hasta las críticas más feroces a su alrededor. «Fue una decisión meramente política e inesperada», apunta, porque tomó posesión del cargo en enero y la crisis sanitaria estalló en marzo. «No estaba previsto algo así, no sabíamos que iba a llegar el coronavirus, pero lo tuve claro: tenemos que sentar a la Liga y a la RFEF porque, si no, no conseguimos reanudar el fútbol hasta que no termine el confinamiento».

Y pasó: el estrechón de manos entre Tebas y Rubiales en el Pacto de Viana, la pelota rodando en estadios vacíos y a la vez llenos de sonidos desconocidos (las voces de los entrenadores, los golpes de las botas al balón, las órdenes entre compañeros). E Irene Lozano en la foto. Esa era

la mujer que había conseguido poner de acuerdo a dos «enemigos» reconocidos y públicos.

Y eso que, nada más llegar, el consejo que prácticamente al unísono le dieron sus predecesores fue este: «En el fútbol no te metas». «Como diciéndome: para qué te vas a complicar la vida», apostilla, con el momento exacto en que lo escuchó por primera vez en su cabeza, en una comida convocada por la misma Irene Lozano con muchos de los que habían ocupado su sillón antes: Jaime Lissavetzky, Albert Soler, Miguel Cardenal, José Ramón Lete, María José Rienda. «Yo soy una persona superhumilde, y a los quince días de tomar posesión los reuní». Para preguntar, para saber, para llenar de apuntes, consejos y recomendaciones la libreta que siempre lleva encima. Para conocer dónde se habían equivocado y acertado los demás, acaso para trazar un camino de baldosas amarillas sobre los que empezar a posar sus pies. Unas recomendaciones y consejos buscados, muy diferentes, por cierto, a los que recibía a diario por parte de espontáneos que llamaban casi cada día a la puerta de aquel despacho en la calle de Martín Fierro.

«Es que una cosa es ésa, una comida que convoco, con mis antecesores, y otra muy distinta que venga un listo que se sienta en tu mesa: "Verás, pequeña, te voy a explicar lo que tienes que hacer", que, casualmente, era lo que más le beneficiaba a él…». Entonces su cabeza se detiene en aquello que más le llamó la atención al tomar posesión del cargo. «Yo soy una persona bastante activa y he tenido una vida profesional como periodista, como escritora, como diputada, como política, etcétera, y en ningún sitio… [silencio], en ningún sitio, he padecido tanto el machismo como en el deporte… [silencio], te lo digo sin, sin…», sin que sea capaz de encontrar la palabra exacta, porque no hay paño caliente capaz de envolverla. Sólo quizá un «ma-chis-mo» dicho así, a lo Pepu Hernández y aquel «ba-lon-ces-to» que clamó cuando la selección española se proclamó campeona del mundo en 2006. «No tengo duda. No es: "Bueno, más o menos". No, no. Yo he padecido el machismo en el deporte más que en ningún otro ámbito. Pero una cosa… Comportamientos, de estos *señoros viejunos* que hablamos, sin ningún pudor. O bien de desprecio o bien de

condescendencia. Estaban convencidos de que al ser una mujer me podrían manipular, porque no tendría ni idea y además sería débil, como todas. Cuando veían que no podían se les volaba la razón de la cabeza, porque no sabían cómo manejarlo, eso». Su *ma-chis-mo*. Comportamientos que pudieron llamarse desprecios. En actos públicos. «De estar yo presente y no mencionarme de manera deliberada y no por olvido. Yo eso en política no lo he encontrado. No digo que el resto de los ámbitos de la vida no sean machistas, porque eso por desgracia está en todas partes, pero es más sutil que en el deporte».

No con *señoros* llamando cada día a su puerta y sentándose en su mesa, la del cargo directivo más alto del deporte español, explicándole qué tenía que hacer, como si ella no pudiera pensar por sí misma ni sola. Era mujer, era escritora, política y periodista, sin un ex delante de un deportista. Y también fue la secretaria de Estado del Deporte que empujó el fútbol femenino en España hacia la profesionalización de verdad, al arrancarle de una vez los pies de barro sobre los que seguía cimbreando a pesar de los años, cuarenta ya, que habían pasado desde su reconocimiento oficial. «Lo que faltaba era, digamos, la voluntad política», dice, y el color llena su voz, como cuando llegó aquel sistema PAL a las retransmisiones de las teles para dejar atrás el blanco y negro.

«Esto se hace», recuerda que Irene Lozano dijo en voz alta, y a la obra. «Nosotros estipulamos que habría ayudas en los primeros años, en proyectos muy complejos. Porque, al principio, es necesario echar una mano, pero con la previsión absoluta de que eso daría dinero, de que las mujeres estaban generando una liga que no es deficitaria. Si lo hace y se puede sostener, ¿por qué ponerles el tapón?». Un tapón que, sin embargo, ahí estaba. «Había problemas con los derechos audiovisuales, que no estaban bien centralizados y no podían generar el negocio que asegurara el sustento». Ella, como presidenta del CSD puso en marcha el engranaje necesario. «La consideración de una liga como profesional es competencia del CSD y no había que preguntar a nadie», explica. Aunque siguió encontrándose con resistencias tan feroces como las críticas. «Por ejemplo, de la Real Federación Española de Fútbol. Su presidente entonces me dijo que el fútbol femenino no se iba a

profesionalizar porque él perdía competencias si se hacía. Sólo le preocupaba su poder. “No, es que aquí las mujeres españolas y un Gobierno que declaradamente ha dicho que es feminista no van a estar esperando porque tú te quedes sin una competencia en esta liga”», desvela Irene que le espetó al presidente Rubiales con un vozarrón que brota de su figura espigada como aquel balón de oxígeno: rotundo, imparable, inasible.

Irene Lozano, en el corazón de la Casa Árabe, se lleva de manera inconsciente la mano al pecho, y a esa medalla que, siente, siempre llevará su nombre aunque se formalizara bajo la presidencia del siguiente secretario de Estado para el Deporte, José Manuel Franco. La Liga F que comenzó en la temporada 2022-2023 y cuya primera palada de hormigón fue suya, con otra reunión. «Pedí encontrarme con las capitanas de todos los equipos de fútbol femenino», durante un instante la emoción del recuerdo le provoca el mismo silencio que antes al verbalizar por primera vez la palabra *ma-chis-mo*, aunque en realidad muy distinto. «Recuerdo que les dije que quería profesionalizar su liga, pero antes, sobre todo, escucharlas. Y recuerdo que ellas me dijeron algo que no olvidaré, lo que para ellas significaba tener esa reunión, que alguien por primera vez las hubiese convocado para conocer su sentir: un gesto de respeto, un gesto de verdad». Un hecho y no sólo palabras. «Pero yo siempre lo tuve claro: no sólo inspiran a las siguientes que quieran ser futbolistas, también a todas las mujeres, desde cualquier profesión». Su lucha titánica por ser y por estar. «Para una niña que quiera ser abogada, que las futbolistas sean de Primera y no de Segunda también es importante. Porque, cuando avanza una, avanzamos todas. Todo es parte de lo mismo», dice Irene Lozano como mujer que bien sabe.

Por eso, cuando trece meses después de aquel enero en el que se convertía en la primera mujer sin vinculación previa al deporte al frente del CSD tomó la decisión de presentarse por el PSOE en las listas de las elecciones municipales en Madrid, Irene Lozano dejó atado y muy atado «que no pudiera ser reversible» la profesionalización del fútbol femenino. «Todo lo avanzado que pude. De hecho, uno de los

últimos actos que hice fue presentar la liga con la vicepresidenta del Gobierno, para que todo el mundo tuviera claro que ese era un proyecto del Gobierno, con envergadura política». Que no era algo que ningún viento contrario pudiese ya derribar. «Imagínate lo que habría sido ganar un Mundial y que no existiera la liga profesional de mujeres en España, habría sido un escándalo. Nos anticipamos y un año después el éxito en Nueva Zelanda y Australia nos dio la razón».

Por eso cuando recibió la invitación para asistir a la puesta de largo de la Liga F, el 6 de septiembre de 2022 en el cinematográfico Callao City Lights de Madrid, Irene Lozano se volvió a llevar la mano al pecho, emocionada, para volver a palpar esas medallas que siguen ahí. «Cuando te dedicas a la política, que tiene muchos sinsabores, la sensación de que algo de lo que has hecho le ha cambiado la vida a la gente es… Te queda por siempre». La vida de esas mujeres que se podían llamar futbolistas en letras tan grandes como las negritas de sus críticas. Estas últimas se fueron, no pesaban en realidad. Las otras nunca lo harán ya.

Porque Irene Lozano no es que no se metiera en el fútbol, como le habían advertido sus antecesores que hiciera, es que lo expandió. Por ellas. Porque a veces lo más difícil es empezar de verdad las cosas. «Le metimos velocidad y ambición». Otros pies que no sólo sujetaran como los de barro, sino sobre los que se pudiera andar. Sobre suelas de acero.

María Peláez

(Málaga, 1977)

Uno atrae aquello que transmite, y quizá el secreto de María Peláez fuera precisamente ese: que recibió lo que dio. Todo sonrisas, apoyo, abrazos y puertas abiertas. «También es verdad que he tenido la suerte de no haber vivido ninguna gran desgracia», musita, desde la terraza de una cafetería-panadería en una arteria principal de Majadahonda, en Madrid, la mujer en la que se ha convertido la niña que abriría las aguas de las piscinas a aquellas nadadoras españolas que miraban de lejos los podios cuando cruzaban fronteras. Hasta María Peláez y aquel 24 de agosto de 1997 en el que se proclamó campeona de Europa absoluta en Sevilla, en los 200 metros mariposa, con un tiempo de dos minutos, diez segundos y veinticinco centésimas. Con diecinueve años se convertía en la primera nadadora con un oro en la historia de España. Ya podían venir las demás. Ella llevaba catorce creciendo en el agua.

«La primera vez que me lancé a una piscina había cumplido los cinco». A sus dos hermanas mayores, Esperanza y Cristina, sus padres las habían apuntado a un cursillo de natación en verano. Málaga, sitio de costa, aprendizaje necesario. María, la cuarta de cinco hermanos, también quiso ir. «Entonces, al comienzo de los años ochenta, no había referentes femeninos ni en la tele ni en ningún sitio. Pero a mí no me hacían falta, yo ya los tenía en casa, eran ellas». Sus dos hermanas mayores. De su primera vez en el agua recuerda lo que ellas le han contado: que se pasó la hora de clase gritando y agarrada a las

corcheras que separaban las calles. «Sacadme de aquí, ¡tengo frío!», cuenta que decía, con la risa entre esos dientes separados a lo Vanessa Paradis. Pero al día siguiente regresó, y al otro, y uno más, y el agua dejaría de dar frío para sólo abrazar con esa inmensidad que, cuando estaba en ella, le hacía sentir. «Mi recuerdo de aquella época es lo fuera del mundo que me encontraba cuando me metía dentro». Aquel silencio sumergida, un paraíso en apnea, aunque su imaginación infantil le hiciera patear y bracear fuerte huyendo de los tiburones que, creía, aguardaban en lo más profundo. «Si había más gente no pasaba nada, el problema era cuando había poca…». En la piscina de verano del club en el que empezó, el Candado, «que era muy honda», casi no se atrevía a meterse sola por miedo. Aun así, seguía volviendo. Porque por encima del miedo y el frío estaba el placer, y, si hay una palabra que llena su boca como el café con leche que se toma esta mañana de finales de mayo que parece atrapado por el abril del refrán, todo lluvioso, es ésa: disfrutar. Del agua, de nadar, de ese frío inicial que ya sólo daba calor.

«Siempre me ha gustado. Y he tenido esa suerte, que fuera amor a primera vista». Aunque, mientras se zambullía cada vez más profundo, no dejara de probar otras disciplinas. Lo del taekwondo sólo duraría tres meses. «Yo no entendía qué me decía aquel señor coreano y no me quedaba con nada, siempre tenía que estar mirando a los lados». E interpretar sus palabras siguiendo los movimientos de los demás, con los pies en la tierra y lejos de su estado natural: flotar. Y la gimnasia rítmica, poco más que igual. «La hacíamos en una cancha de baloncesto, sobre hormigón…». Nada la llenaba como el silencio debajo el agua, el reto de ser más rápida que ese tiburón de la película de Steven Spielberg que pensaba que acechaba en el fondo. María siempre huía tan rápido que ni tiempo le daba a asomar.

Había algo más, algo tan profundo que ya coronaba todos sus dibujos de niña, tan persistente que sus padres, extrañados, decidieron consultarlo con un psicólogo: un sol inmenso. Daba igual lo que le mandaran pintar: una casa, la familia o un bosque, ese sol siempre llenaba una parte importante del folio como una explicación

subconsciente de cómo era, y sería, ella misma: un rayo de luz, esa niña que estaba ahí para dar calor a los demás. Y, claro, era inevitable que también lo recibiera. «Tengo una amiga que era portera de hockey hierba, muy buena además, y cuando empecé siempre me decía: "Pero, María, cuando tú nadas compites contigo misma y no contra tus rivales". Creo que ahí estuvo la clave: competir contra una misma tiene una ventaja muy grande: que te puedes medir todos los días», señala. El cronómetro contra el que ella nadaría toda su vida sería siempre el que marcarían sus propias brazadas.

De Seúl 1988 no tiene apenas recuerdos. «Sólo alguno, vago, de ver a Sergi López nadar los 200 braza». Entonces ella ya sobresalía en el estilo mariposa, «que de pequeña me motivaba mucho, porque era el más difícil, el más vistoso, pero no es algo que tú eliges, simplemente destacas». Un año antes de esos Juegos que aún vivió como en una nebulosa, su entrenador, Antonio Luis Gómez, la había cambiado de piscina. A los diez años, ya iba dejando atrás lo amateur para unirse a un club, el Mediterráneo. Dos después, llegaría la primera sorpresa. «Me clasifiqué para el primer campeonato de España de la categoría de mi edad y quedé segunda en mi año de nacimiento», señala, con un sorbo rápido que deja en las comisuras de sus labios una sonrisa con vértices de color café. El entrenador convocó a sus padres. «La situación en mi club no empujaba. No había un gimnasio en condiciones, por ejemplo», dice, con una franqueza que atraviesa el tiempo. Si entrenaba por la mañana, debía ser de madrugada, a las cinco de la mañana, de noche aún cerrada, antes de que la piscina se abriera al público y ella tuviera que entrar al colegio. «Pero la natación es así», se interrumpe de pronto, como para poner el acento allá adonde nunca se mira: «Esta es la parte desagradecida. La gente que entrena en un club y en un nivel determinado de rendimiento y va al instituto, lo hace en ese momento, de cinco y media a siete y media de la mañana. Se van, estudian y por la tarde regresan al agua». Su entrenador ya era consciente de que entre sus manos tenía un diamante en bruto, pero no las herramientas necesarias para pulirlo.

Éstas se encontraban unas manzanas más allá: en el colegio Cerrado

de Calderón, un centro de alto rendimiento para nadadores de categorías junior e infantil que la Real Federación Española de Natación regentaba en Málaga. Ahí fue donde Antonio Luis Gómez pidió su ingreso: así sólo tendría que nadar y estudiar, estudiar y nadar. Con doce años ella haría su primera maleta para dormir fuera, estando tan cerca de casa, y que la tallaran brazada a brazada. «Por un lado era difícil, pero, por otro, mis compañeros venían de Gijón, de Ferrol, de Madrid o de Valencia y no tenían mi suerte: yo podía irme cada fin de semana con mi familia». A diez minutos en coche estaba de casa. Empezarían con ella piano piano, sin convertir de golpe en una obligación lo que hasta entonces había sido sólo disfrute. «Fui una privilegiada: en mi proceso se tuvo en cuenta ese paso de cincuenta a cien». Agradecida, firmó un contrato moral con el entrenador del centro, Fernando Tejero. En sus brazos sintió crecer unas alas que, pensaba, a sus hermanas mayores les hubiera gustado tener. Seguía nadando por ellas, para parecerse a ellas, aunque hiciera ya tiempo que a Esperanza y a Cristina les ganara en todas las carreras. El estilo mariposa se convirtió en su refugio en el agua, sin lamentos por cansancio o ácidos lácticos, sin desentonar frente a rivales mayores. En 1991, con trece años, se proclamaba campeona de Europa en Amberes (Bélgica) en 200 mariposa. Fue la primera española en lograrlo. Un año más tarde ganaría el oro en 100 y 200 mariposa en el Torneo Ocho Naciones disputado en Estocolmo (Suecia) y en el Mitin Mare Nostrum de Canet (Francia). Suyo sería el récord de España en 200 mariposa con un 2:14,69 que era, también, mínima olímpica para los Juegos que venían, los de casa, Barcelona. María Peláez tenía catorce años.

«En natación tenemos la suerte de que las competiciones de mujeres y hombres se desarrollan a la vez». Su voz devuelve al presente. Hay cosas que no han cambiado y ella nunca se sintió distinta en el agua de ellos. Continúa mientras se limpia los labios con una servilleta en la que se marcha la sonrisa de antes: «La mayor parte de las veces no percibimos una diferencia en el trato». Ni en las ayudas, ni en las competiciones, ni en los espacios deportivos. «Seguro que muchas te han contado que les tocaba el horario de las diez de la noche, cuando

los chicos terminaban de entrenar». Ella, sin embargo, lo hacía a la vez. Algo que, en sus inicios en la piscina del Candado, cuando nadaba rodeada de opositores a bombero, llegó a dejarle alguna señal en el rostro. «Mi hermana Esperanza siempre me recuerda que una vez salí del agua con un ojo morado por una patada que me dieron, pero era lo que había», dice, sin queja ni lamento, sólo como verdad meridiana. Lo que había en aquel momento, a finales de los años ochenta, era falta de todo en unas instalaciones que no distinguían géneros. «En el centro de alto rendimiento de la federación había una piscina de veinticinco metros como la de mi club, con unos podios de salida de piedra en la que en vez de doce por calle estábamos seis, que ya parecía un lujo. En verano podíamos ir a una instalación de cincuenta metros, pero nosotros poníamos las corcheras, que no eran para absorber la ola sino como un mero separador de calles». A menudo las gradas hacían las veces de vestuarios. Allí se cambiaban todos, rodeándose con las toallas, indistintamente. El único matiz es que ellas a veces miraban hacia abajo pendientes de algo de lo que ellos nunca deberían preocuparse. La menstruación, ese tabú que nunca se acaba de derribar, ni siquiera en el deporte.

«Hace no tantos años que se empieza a tener en cuenta el ciclo menstrual a la hora de plantear el entrenamiento», señala María. Esa regla que atraviesa a las mujeres una vez al mes dejando tras de sí cansancio, alteración hormonal, estrógenos, progesterona, cambios de humor, dolores de tripa y ganas de nada. Desde la pubertad hasta la menopausia, sin distinguir profesiones ni torneos a disputar, con cadencia lunar. Baja y ya está, sin preguntar si es el momento adecuado. Los deportistas nunca sabrán qué es, las deportistas conviven con ella. «Pensarlo no es tan antiguo, aún queda normalizarlo. Yo no he tenido una menstruación que me provocara grandes molestias, pero sí que he notado, sobre todo el momento en que te viene, que un día me sentía superfuerte y los dos siguientes muy cansada, hasta que se iba normalizando». Entonces las alteraciones y los retortijones se alejaban del cuerpo para reiniciar el proceso. «Tenía compañeras que necesitaban tomar anticonceptivos para regular sus ciclos», cuenta.

Algunas los agendaban según las competiciones: esta semana sí, aquella no, por Dios. «Yo tuve suerte: era como un reloj, cada veintiocho días, sin grandes molestias hasta casi el final de mi carrera deportiva, cuando ya me daban dolores al terminar un gran esfuerzo o en series muy fuertes de entrenamientos». A otras les cortaban directamente todos los ciclos: ninguna menstruación en los diez meses de temporada de agua, para sangrarlo todo en los dos de descanso. «Además, no teníamos un seguimiento médico deportivo: cuando empecé, venía a vernos un doctor a todo el equipo, treinta jóvenes adolescentes, una o dos veces por semana». Tampoco supo lo que era un fisioterapeuta hasta 1994. «Venía una chica que era masajista que nos veía también a todos a la vez». Una vez al año les hacían un reconocimiento general, pero en el día a día sólo les medían los pliegues para calcular el porcentaje graso. «Tejero nos pesaba todos los fines de semana, pero no nos medían», clama María con sorpresa, tantos años después. «Con catorce o quince yo cogí nueve kilos», pero sólo se tenía en cuenta la báscula, no la regleta que señalaba su altura y revelaba también un estirón de siete centímetros.

Aquellos 2:14,69 que nadaría en Francia la convertirían en la deportista más joven de la delegación española en los Juegos de Barcelona 1992. Sus catorce años. Durante varios segundos de la ceremonia de apertura que Olga Viza y Matías Prats contaban en directo desde Montjuïc a través de La 1 a una España pegada al televisor, la cara de María Peláez asomó por detrás de Felipe VI, entonces aún sólo príncipe, con una sonrisa que iluminaba como todos los soles reunidos de sus dibujos de infancia.

«Cuando fui al Cerrado a entrenar el objetivo no era, ni mucho menos, llegar a los Juegos». Corría el otoño de 1990, a mitad del ciclo olímpico. Ni a Fernando Tejero ni a ella se les pasaba por la cabeza que 1992 pudiera ser algo real. «Recuerdo que el año anterior estaba con mis compañeros después de nadar, estirando, y diciendo: "¿Te imaginas ir a Barcelona?"». Pero como una quimera. ¿Te imaginas ser Neil Armstrong? ¿Te imaginas tener la voz de Sinatra? ¿Te imaginas poder volar como en los sueños? Como eso. Todo al viento, nada inasible.

Pero su progresión aquel primer curso fue tan grande que cuando despertaba seguía en el suelo aunque con sus brazos convertidos en alas. «Cuando ingresé, mi marca era de dos minutos y veintiocho segundos, pero aquel invierno la mejoría fue tal que, cuando competí en mi primer campeonato internacional, en Roma, en 200 mariposa, hice un tiempo de dos minutos y veinte segundos». Ocho segundos menos, con lo que cuesta recortar uno en deporte, donde cada centésima es un mundo. Llegó el verano de Amberes y bajó a dos minutos y dieciséis segundos para colgar un oro en su cuello, junior, como primer picotazo al techo de cristal. El siguiente, el de Suecia, y la mínima por sorpresa en Francia, recibió la sorpresa del pasaporte olímpico. En ese momento había tres nadadoras especialistas en mariposa con marca. «Marisa Fernández, que la había hecho y sólo necesitaba un refrendo para confirmar que estaba en forma, y Bárbara Franco, tres años mayor que yo y en mi misma situación, que había empezado a destacar en 1990, 1991». Y ella, María Peláez, con ese récord de España que instaló un susurro en los despachos de quienes mandaban en la Real Federación Española de Natación: «Pues habrá que contar con ella».

Ella, que se dormía cada noche en el Cerrado de Calderón mirando un póster en el que aparecían los mejores nadadores de España (Marisa Fernández y Bárbara Franco entre ellos), de pronto estaba en el equipo. Nadaría los 100 y 200 metros mariposa y el relevo de estilos en Barcelona 1992. Cuando su cabeza asomaba detrás del príncipe de Asturias en la ceremonia de inauguración no se le veían los pies ni la tobillera que llevaba porque se había hecho un esguince tres días antes, entrenando, con un escalón que había en esas piscinas en las que los nadadores debían ponerse ellos mismos las corcheras para separar las calles, aunque fueran olímpicos. «Aquel día me molestaba un poco. Imagínate con los tacones que, hasta Pekín, siempre te daban para el desfile. Tacones… ¡Dame una zapatillita más cómoda, por favor, que muchos deportistas viven de sus pies!». Pero allá se fue, con su ímpetu y arrojo andaluz, con su sonrisa a lo Vanessa Paradis. A los catorce años no hay dolor físico y aquello era historia de España. Tobillera y a

correr, ya vería si molestaba al nadar. En ese momento caminaba detrás de un futuro rey, sintiendo que el mar Mediterráneo llenaba el aire a cada paso, en un desfile en el que todo era un cuento de hadas hecho a su medida, tras haber convertido en delfines, su animal favorito en el agua, aquellos tiburones de los que huía en la infancia.

Y el sol gigante de sus dibujos de niña también como premonición del que daba calor en Sevilla el 24 de agosto de 1997, cuando disputó los campeonatos europeos en los que se llevó la medalla de oro, el primero para la natación española femenina, con una marca de dos minutos, diez segundos y veinticinco centésimas. «Yo tenía la costumbre de contar el número de brazadas en todos los entrenamientos». *Veintiséis, veintisiete*, musita, como si lo que la rodeara en esta cafetería al borde del asfalto en Majadahonda fuese todo agua y no sólo esas gotas que, a ratos, caen desde el cielo. «Tejero nos había educado en la eficiencia con el estilo y en alargar la brazada lo máximo posible. Yo contaba brazadas y recuerdo aquella prueba de 200 mariposa en Sevilla con bastante nitidez: en la llegada me quedé larga». Si no, el cronómetro se hubiera parado incluso antes, en dos minutos y nueve segundos. Los 2:10,25 fueron al mismo tiempo oro, récord de España y una condena: María Peláez jamás volvería a nadarlos tan rápido. Y mira que lo intentó.

Se trasladó a Madrid, a la residencia Blume para la élite del deporte, y se matriculó en INEF. El primer mes envió más de cien cartas a casa. Fernando Tejero siguió a su lado, para seguir soplando sus alas. Sídney 2000 serían sus terceros Juegos, tras Barcelona y Atlanta. «Aquel fue mi mejor ciclo olímpico en cuanto a resultados, tanto numéricos como de podios». Pero, en los meses previos a la competición, esa esperanza que casi era certeza un año antes, la posibilidad real de medalla o al menos de ser finalista, se fue alejando de su mano como la pared al nadar. Su cabeza dejó de estar, por mucho que ella se empeñara en preguntarle cada día por qué. En qué fallaba. Qué faltaba en sus seis horas diarias de entrenamiento. Qué hacía que su cuerpo también. «Mi oportunidad olímpica se acabó ahí. Aunque fuera a los siguientes, no iba a estar luchando por lo mismo: mi cabeza ya estaba fuera».

Una sombra la perseguía desde el último campeonato de España antes de Sídney, la de una rival que la superó en la calle de al lado en los 200 mariposa. «En el último cincuenta noté que me adelantaba y eso era algo que no había visto nunca: la percepción de que alguien nadaba a mi lado». A menudo nadie sabe qué es lo que inicia una tormenta, en qué punto las nubes pasan del mullido algodón al negro. Pero María Peláez sí fue consciente del momento que lo cambió todo: esa sombra que le había hecho ver, justo antes de Sídney 2000, que otras nadaban más rápido que ella. En aquellos Juegos Nina Zhivanevskaya, rusa pero nacionalizada española, ganaría la primera medalla olímpica para España en natación: bronce en 100 metros espalda. Sería en los siguientes, Atenas 2004, cuando se incorporaría al equipo una niña que había llegado a la Blume apenas unos meses antes con el deseo de abrazarse a María como el novel busca el abrigo en el maestro. Su nombre era Mireia Belmonte. «Se relacionaba mucho con los que éramos más mayores. Me tenía muchísimo cariño. Siempre que nos encontrábamos, me abrazaba». Un abrazo desde el futuro como dando las gracias.

El naufragio de Sídney empujó a María a hacer otra maleta, aunque esta fuese distinta que aquella primera, tan cerca de casa. Viajó a Verona en busca de un cambio que la llevase a Atenas en la olimpiada de 2000 a 2004. «Otros métodos, otras piscinas». Volver a encontrarse. Aunque ya no fuese una niña quería seguir disfrutando y lograr algo más que podios en los campeonatos de España. Se sentó con Fernando Tejero y se lo dijo: «Quiero hacer entrenamientos en los que eche el hígado por la boca». En Italia comenzaría a entrenar con Alberto Castagnetti (con una experiencia de veinte años al frente de la selección italiana de natación) y Stefano Morini. «Yo no producía mucho ácido láctico, por lo que no era capaz de trabajar en la sensación de tener una fatiga extrema en los músculos. Y, si alguna vez llegaba a producirlo, me faltaba la costumbre de mantener el esfuerzo en la brazada con esa sensación de acidez en la sangre». En Italia no llegó a vomitar, pero casi. «Cuando empecé, me encontré con un preparador físico. La fuerza tenía una importancia brutal y nunca había visto un volumen de

intensidad como aquél: al margen de hacer entrenamientos largos, se construía el ritmo de la prueba desde el primer día». Eso que en España se tardaba hasta dos meses en simular, allí comenzaba nada más mojarse el bañador, con unos volúmenes de trabajo de hasta dos mil metros en un entrenamiento. «Cuando conté eso en España, me respondieron: "¿Cómo vas a hacer dos mil metros a ritmo de prueba?"».

Pero sí, los hacía. Y gracias a aquello logró su cuarto billete a unos Juegos, Atenas 2004, aunque no por el camino de España. «No hice la mínima olímpica federativa, me quedé a tres centésimas, pero sí que rebasé la marca internacional. Cuando el seleccionador español tuvo que hacer el equipo olímpico de natación, dudó. Fuimos a una concentración previa en Atenas y siguió dudando, pero su hijo, que era admirador mío, le advirtió que, si yo no estaba, no le volvería a hablar». Así fue como María Peláez se arrancó una espina en Grecia: logró clasificarse para la final de relevos cuatro por 100 estilos. Cuatro años más tarde, en 2008, los de Pekín fueron sus últimos Juegos, los quintos, algo que hasta ese momento sólo habían logrado Arantxa Sánchez Vicario en los de verano y María José Rienda en los de invierno. Ella, María Peláez, la niña de Barcelona, ya era una mujer que, con treinta y uno, había logrado su título número cincuenta en España, campeona de 100 mariposa.

Se retiró en 2010 con treinta y dos, el cuerpo cascado y entrenamientos de siete, ocho metros a la semana donde una vez hubo siete mil y ocho mil. Se retiró en 2010 con una carta de Camus, su último entrenador, que aún lleva en la cartera, y un regalo que la ola de la natación le trajo de vuelta: Mireia Belmonte. Lo pronuncia con tanta emoción como si dijera «Esperanza» o «Cristina», los nombres de sus hermanas. «Yo estaba en Río», acierta a decir. Mireia llegó a Río 2016 con los focos encima después de haberse llevado las dos platas en 800 metros libres y 200 mariposa en Londres 2012. «Yo estaba en Río», repite, y hasta el agua deja de caer del cielo o, al contrario, lo hace con más fuerza, como celebrando. «Yo estaba en Río», se escucha a María Peláez deteniendo el reloj como lo hacen las fotos por siempre. Porque en Río de Janeiro Mireia Belmonte rompió de veras el techo que ella

había empezado a picar casi dos décadas antes, con aquella medalla de oro, 200 mariposa también, como si fuese un abracadabra español ante el agua.

El futuro acababa de cumplir su sueño del pasado en el presente.

«Cuando la vi, al día siguiente o al cabo de dos, le devolví todos los abrazos que ella me daba a mí al llegar a la Blume. Su oro es lo más grande que he vivido en una piscina». Esa medalla amarilla llenándolo todo, como el sol de sus dibujos de niña, cuando huía de tiburones nadando hacia el primer amanecer para todas las demás.

Edurne Pasaban

(Tolosa, Guipúzcoa, 1973)

«De la primera vez que intenté quitarme la vida, sólo recuerdo despertar en un hospital». La franqueza con la que Edurne Pasaban enuncia esa frase tambalea más que su contenido, un terremoto. «Hay que ver cómo es la cabeza. En un sitio donde te la estás jugando no ves la muerte, sino el camino para escapar de ella. Y en otro casi eres capaz de buscarla», añade. Y, de pronto, esa cafetería en los bajos de un hotel con vistas a la estación de tren de Atocha parece borrarse y esa alpinista capaz de coronar las catorce montañas más altas del mundo vuelve a ser la niña que fue, muy lejos de la superviviente al K2 en la que se ha convertido. Dan ganas de abrazarla, acaso para curar todas las heridas de las cimas y simas concentradas en ella. «De cría yo era una chavala supermiedosa. Desde que nací hasta los seis años tuve lombrices. Las leches y todas esas cosas no eran como las de ahora, y a mí me afectaron mucho». En ocasiones esas lombrices podían subirle a la nariz y a la boca. «Era exagerado», confiesa mientras sigue abriendo esa ventana al pasado que sólo muestra fotos de una muchacha apegada a sus padres, casi como si siguiera unida por el cordón umbilical, sin irse nunca demasiado lejos. «Dormía con ellos y con ellos iba a todos los sitios». Fue al cumplir los catorce que todo cambió. Con la montaña.

«Me apunté en un club en Tolosa», dice mientras persigue el humo de un coche en la glorieta al otro lado del cristal y sonríe como si en ese momento sólo existiera ese recuerdo luminoso que le daría la vuelta a

su vida. «En realidad fue porque a mis amigas y a mí nos gustaba el chico que daba el cursillo de escalada», puntualiza. La sonrisa le ensancha la cara. Edurne Pasaban se introduciría en una cuadrilla distinta de aquella del colegio con la que iba a discotecas que la aburrían terriblemente. «Un domingo, por ejemplo, no quedaban antes de las seis de la tarde, "¿qué hago yo todo el día hasta esa hora?". Me daba rabia que disfrutar de la vida fuera sinónimo de estar esperando para ir a un sitio para que un tío me sacara a bailar, que, encima, no me sacaba ni Dios», rememora. Esos domingos, por cierto, se terminaban a las nueve de la noche, hora en la que sus padres convertían la carroza en calabaza y tocaba regresar a casa. «En eso eran superestrictos». En dejarla coger la mochila e irse un fin de semana por ahí, «en una furgoneta con cuatro tíos del pueblo a los que casi no conocían», en cambio no. Y así fue como Edurne Pasaban enterró las lombrices, cortó el hilo rojo que ataba sus miedos infantiles y empezó a volar. En 1991 había subido ya los 4.809 metros del Mont Blanc, el pico más alto de los Alpes. Tenía dieciséis años.

«Mi madre siempre me dice que ahí hubo un clic en mi cabeza y que me dio permiso para ir de allí para allá porque había visto tanto sufrimiento antes que decía: "Aquí ella se encuentra bien y es feliz"». Edurne Pasaban había nacido en Tolosa, un pueblo de dieciocho mil habitantes con gran afición a la montaña, heredada quizá de aquella colonia de noruegos que a comienzos del siglo XIX se había asentado en sus tierras para trabajar en una filial de una empresa llamada Mustad, dedicada a producir anzuelos y clavos para herrar caballerías. En sus maletas llevaban también su afición al esquí. «"¿Cómo una niña de dieciséis años puede escalar el Mont Blanc?". Mucha gente sigue preguntándomelo hoy, a través de las redes. Pero yo siempre digo que soy bastante afortunada porque en un lugar tan pequeño como Tolosa hay mucha afición a la montaña y cuando entré en ese club, el Ogari, me encontré con gente mayor que tenía muchas ganas de enseñar». Y también de escalar las montañas más altas del mundo. «Nunca pensé en dedicarme profesionalmente a esto. Tampoco hubiera imaginado hacer los catorce ochomiles, ni que mi vida iría por ahí. Yo iba haciendo

cosas en los Pirineos y en los Alpes porque me llenaba, porque me hacía sentir superlibre». Y ya, sin más. Pero en su club cada vez se planteaba más en serio lo de ascender un ochomil. «Organizamos una colecta para reunir el dinero suficiente y cumplir nuestro sueño». Camisetas, rifas y hasta un bar ilegal en carnavales. «Alquilamos un local que estaba vacío y no tenía licencia: el primer día de fiestas, el alcalde nos lo cerró». Pero todo Tolosa quería esa foto: cinco de los suyos en la cima de uno de los picos más altos del mundo. «Los mismos hosteleros dijeron: "No, no". Y fueron a buscar al alcalde, que cenaba en una sociedad, para decirle que nuestro bar se tenía que volver a abrir. ¡Y eso que les hacíamos la competencia!». Éste cedió y todo el pueblo se volcó: lograron financiar la expedición con sus consumiciones. Cuando Edurne Pasaban lo mira con la distancia de los años no puede evitar fruncir la boca: «Éramos unos felicianos…». Unos pardillos que empezaron por el tejado.

«No sabíamos ni a qué monte ir. Empezamos a investigar y, por unos amigos de Pamplona, contactamos con gente que había estado en el Dhaulagiri, en el Himalaya, diez años antes. Nos fuimos a verlos para que nos contaran cómo era el monte. Nos enseñaron películas superviejas en las que las tiendas eran iglús de aquellos canadienses. Y con esos mínimos datos lo elegimos, porque era el único del que teníamos información». El Dhaulagiri, con 8.167 metros de altura, es el séptimo pico más alto del mundo. Está en Nepal y hoy en día Edurne Pasaban nunca lo recomendaría como primer sello en la cartilla de un escalador. «Mira, Carlos Soria[16] está en ello y no lo ha logrado aún. No sé cuántas veces ha ido…», explica, asomada a la ventana del pasado desde la que no puede gritarle a su yo adolescente que empezaran por otro. «Es que éramos unos felicianos…», repite. «Yo lo único en lo que pensaba era: "¿Cómo será una montaña de ocho mil metros?". Cuando iba a los Alpes y me ponía bajo el Mont Blanc ya me parecía inmenso… y el Dhaulagiri era el doble». Hoy hay carreteras para llegar a la base, pero entonces hacían falta casi quince días de *trekking* para alcanzarla.

Cuando la tuvo delante y pudo observar su infinidad interminable

desde abajo, Edurne se preguntó: «¿Cómo vamos a llegar arriba?». Sin embargo, ya no era esa niña a la que le daba miedo mirar el mundo en contrapicado y atada a sus padres. «Sólo pensamos: "Hemos venido hasta aquí y tenemos que subir". En el campo base nos encontramos con unos italianos que ya habían hecho cuatro ochomiles y alguno de mi equipo decía: "Estos italianos son unos chulos…". Pero no, esos tíos tenían lo que nosotros no», cuenta, y un calambre recorre su espalda. Es la piel, que tiene memoria, y de aquel primer intento de coronar el Dhaulagiri recuerda que los de Tolosa habían llegado cargados como mulas, mientras que los italianos apenas llevaban una mochila: la montaña ya como una lupa sobre el menos es más.

Al final, los cinco del Ogari regresaron a casa sin la foto en la cima, pero Edurne lo haría con un número de teléfono y una primera lección que no olvidaría jamás: «La montaña nos respetó mucho para lo que nosotros sabíamos y yo aprendí a respetar de verdad a la montaña. Me viene a la memoria un momento, a 7.800 metros, con un sherpa en una tienda pasando la noche, los dos metidos ahí, bajo una tormenta que te mueres. Estábamos protegidos por una piedra, pero por todos lados se oían avalanchas. De repente, el viento empezó a llenar la lona del techo de nieve y nuestra tienda se fue haciendo más pequeña y pequeña. Me abrazaba al sherpa, que rezaba algo que yo no entendía, y pensaba: "¿Cómo voy a salir de aquí?". Esa fue mi primera experiencia en el campo tres de un ochomil». El teléfono con el que volvería a casa sería el de Silvio, uno de los italianos. «Si no lo hubiese encontrado en aquella expedición, mi carrera deportiva hubiese sido distinta». Él era guía de montaña y se convertiría en su pareja durante los quince años siguientes. También sería quien la llevara por primera vez al Everest, el pico más alto del mundo, su primer ochomil coronado. «Lo logré a la tercera, en 2001, con el grupo de italianos». Lo que encontró en la cima fue muy diferente de lo que imaginaba: lleno de gente, con su ascensión casi convertida en una excursión… «En mi imaginación era llegar, abrazarme, llorar… Pero fue superfrío todo». «Venga, Edurne, muévete: saca la foto y nos vamos», escuchó.

Silvio le dictaba la segunda lección de montaña: «Disfrutarás de la

cumbre cuando llegues al campo base porque, de aquí, hay que salir». Las fotos de arriba deben hacerse abajo, en realidad. «Es más difícil. Tú ya has gastado toda tu energía en el ascenso y debes ser capaz de gestionar tus fuerzas, que te quede alguna para el regreso. Cuando tu objetivo es hacer cima, a veces pierdes la cabeza en eso. Casi todos los accidentes ocurren al bajar. Parece que te relajas». Ya tienes la foto. Se te olvida que, en la que no piensas, la del campo base cuando se está de vuelta, es en la que te estás jugando la vida. «Silvio me lo enseñó, aunque yo no siempre he sabido hacerlo». Guardar para bajar. Edurne Pasaban chasquea los labios.

«A veces la ambición y la cumbre te pueden y aprietas aunque sabes que no deberías. "Bueno, hemos llegado hasta aquí, es una ocasión…". Pero es que cuando te encuentras a doscientos metros de coronar, cuando has perdido un montón de tiempo, de dinero y de esfuerzo, es muy difícil darte la vuelta», señala, seria y cercana a la vez. Porque esos doscientos abajo, en la tierra firme, son muy fáciles, apenas unos pasos, pero allá arriba pueden llevar dos horas. «Y debes saber gestionar eso: volverte y ser capaz de decidirlo en cinco minutos en los que se te pasan mil cosas por la cabeza». Tan cerca y tan lejos, al margen de los esfuerzos más ímprobos.

Cuando en 2003 ella se incorporó al programa de aventuras *Al filo de lo imposible*, que emitía La 2, llevaba en su equipaje ya seis ocho miles. El Makalu, de 8.463 metros (385 menos que el Everest), supuso su ruptura con Silvio y un encontrarse sola cuando, desde el restaurante de la casa rural que tenían sus padres y en el que ella empezó a ayudar sirviendo platos, miraba los mapas del mundo. Y todos los ochomiles en los que aún no se había hecho una foto. «Era otoño de 2002 y, aun sin Silvio, decidí escalar uno. Elegí el más fácil de los que aún no había hecho». Sería el Cho Oyu, de 8.201 metros. Y en él conocería a Juanito Oyarzabal, su puerta a *Al filo*.

«En la montaña había muy pocas mujeres», dice, y todo vuelve a temblar, hasta el sol de la mañana que se cuela por la ventana de esa cafetería de hotel acorralado por tubos de escape y conductores con prisa. Ella había sido la tercera española (y la primera vasca) en

coronar el Everest, tras Araceli Segarra y Chus Lago. «Fueron muchas las veces en las que yo era la única en el campo base y venían expediciones de otros países: "Venga, vamos a ver a los españoles, que hay una tía". A mí me hacían gracia las reacciones de la gente que tenía a mi alrededor. Cuando algún buitre venía, no te puedes imaginar las caras de mis compañeros: "Este es gilipollas, a qué ha venido aquí". Me protegían mucho en ese aspecto. "Estos moscardones…". Pero luego, si aparecía cualquier otra tía, eran los primeros en ir a mirar…», ríe con la anécdota, antes de ponerse seria con lo que significa. «No es fácil ser mujer en la montaña. Vas, tienes resultados y ellos dicen: "Bueno, si ésta sube, yo también". Una comparativa que jamás harían con otros hombres. La verdad es que daba rabia, pero yo pasaba». Porque la montaña en realidad no distingue de sexos cuando lanza una avalancha o abre una grieta al abismo. «Yo no me cortaba en nada, allí tienes que ser uno más. Te puede venir la regla y, en una tienda a siete mil metros del suelo que compartes con tres tíos, decirles: "Mirad a otro lado". Te cambias y no pasa nada». Eres uno más. Uno que sabe sufrir, y a veces mejor que ellos. «Las mujeres no tiramos la toalla. Lo he visto en este mundo, en el deporte y el Himalaya. Tengo amigos, alpinistas mucho mejores que yo, comidos por su propia cabeza. Porque en un campo base se ha de tener, sobre todo, paciencia. A veces el tiempo es malo y estás tres semanas sin moverte. Ellos no ven el final, están cada día más tristes, más apagados. Nosotras, en cambio, tenemos la capacidad de darle la vuelta y ser positivas, aguantamos más». Eso fue lo que hizo en aquella ascensión al K2 que la convirtió en la primera española en pisar su cima. A las cinco que antes lo habían intentado, la montaña se las había llevado. Dos en otros ochomiles después de coronarlo,[17] tres en su propio descenso.

«Esa fue la primera vez que de verdad tuve miedo en un campamento base», dice Edurne, con una sinceridad que apabulla, como el resto de su relato, una lección de vida abriendo vías en hielo y piedra mientras sorteaba a la muerte. En su cabeza no dejaba de resonar lo que cada periodista que la llamaba le contaba mientras preparaba su mochila: «Ya sabes que las estadísticas dicen que todas las que han subido al K2

han fallecido…». Pero aquella era su oportunidad de entrar en la historia, de poder vivir exclusivamente de su pasión, sin tener que repartir su tiempo sirviendo platos del día y mirando las montañas de lejos. «E iba con un equipo muy grande y potente, el de *Al filo*, con los mejores alpinistas que había en España». El K2 es la cumbre más difícil del mundo, aunque sea la segunda en altura, con 8.611 metros. «La última parte, por encima de los ocho mil, es muy técnica y difícil. En 2004, el año que fuimos, se cumplían tres sin que nadie hiciese cumbre». Ellos la coronaron tras diecisiete horas. El problema, como a ella bien la había aleccionado Silvio una vez, estuvo al bajar.

«A Juanito [Oyarzabal] y a mí se nos hizo de noche. Estábamos muy cansados y nos quedamos atrás». Además, aún a 8.400 metros, a Edurne se le cayó la linterna frontal. Entonces el italiano con el que compartía cuerda le dijo: «Yo me voy que tengo frío». Y allí se quedó ella, en el hielo y el silencio absoluto de una montaña llena de dientes, esperando a que Oyarzabal y Juan Vallejo aparecieran para encontrarse las cuerdas. «Gracias a Dios que tenían que llegar, sino yo me hubiese quedado allí». *Allí* donde sólo se escuchaba a su cabeza gritando: «Tengo que salir de aquí, no me voy a quedar aquí, voy a bajar de aquí». Su objetivo era hacerse la foto en el campo base, aunque en ese momento hubiera dejado ya de sentir dos falanges.

Fue después de sobrevivir al K2 cuando intentó suicidarse por primera vez.

«Sufrí una depresión fortísima. Todo empezó porque le había visto las orejas al lobo. No me ganaba la vida con eso, estaba en *Al filo*, que pagaba las expediciones, pero no me daba para vivir». Los años iban pasando en el calendario con la rapidez de los días y la vida que le habían contado que debía llevar como mujer, casa-hijos-rutinas, empezó a pesarle en la cabeza como los pies en los últimos doscientos metros antes de coronar el Everest. «Tenía treinta y dos años y nada estable a mi alrededor. Mis parejas me dejaban porque los viajes de seis meses eran incompatibles con las relaciones. A la vez, mis amigas empezaban a llevar una vida diferente. Se casaban, tenían hijos… Eso me hizo replantear muchas cosas». Y hundirse mientras dos mundos

opuestos tiraban de sus brazos, impidiéndole concentrarse en cima alguna. Por un lado, la vida que quería y que la hacía feliz. Por otro, la que se esperaba de ella. «La de mi entorno y de la sociedad a mi alrededor, completamente diferente». Y tan clásica. Como las escritas por Disney.

Edurne quería ser madre y sentía que su pasión por la montaña (ese deporte minoritario y masculino) se lo impedía. Las sonrisas abandonaron su rostro. Las ganas de levantarse de la cama, su cuerpo. En 2006, tras confesarles a sus padres que lo suyo era depresión y no sólo tristeza, ingresó en un psiquiátrico. La mujer que había pisado tantas veces lo más alto del mundo estaba encallada en los abismos de su cabeza.

«Entré el 6 de enero, tras haber pasado las Navidades escalando en hielo en los Alpes con mi primo Asier. De repente, llegué a la realidad de mi casa y me puse muy mal. Dos días más tarde estaba en la sala de un hospital haciendo punto de cruz. No sabía si llorar, gritar… No sabía lo que me estaba pasando». A los dos meses le dieron el alta. Poco después volvería a ingresar. «Entre medias cogí los frascos de antidepresivos, volqué en mi mano la máxima cantidad que pude y me los tragué mientras, torpe, intentaba cortarme las venas de la mano izquierda», dice, con esa franqueza que tumba, asumido ese momento como cuando perdió dos dedos del pie y estuvo a punto de ser la sexta mujer cuya vida se cobraba el K2. Estaba en el cénit de su carrera, a un paso de la élite, a punto de poder ganarse la vida con su pasión. Pero eso era sólo lo que salía en las fotos. Mientras su nombre aparecía cada vez más en los medios, sus pies se estaban sumiendo en el barro y el reloj de las mujeres que quieren ser madres llenaba de restas cada día del calendario.

En ese momento en su casa, con la boca llena de pastillas y el intento de cortarse las venas, Edurne Pasaban tampoco quería morir, como cuando el K2 quiso llevársela. «Fui yo misma la que llamé al 112». Oyó un «deja la puerta abierta» y ya nada más. Despertó en urgencias de un hospital de Barcelona, sobrevivió y volvió a ingresar en una clínica psiquiátrica sintiéndose terriblemente avergonzada.

Se prometió a sí misma que acabaría aquello que había empezado en 2001, en el Everest: coronar los catorce ochomiles del mundo. Un año más tarde, tras otro intento de suicidio, se vio ante tres ataúdes que pertenecían a tres compañeros de los cinco que habían ido a escalar el monte Taillón en los Pirineos, en la frontera entre España y Francia. «Fue en 2007, justo cuando yo salía de la depresión. Eran mis amigos de toda la vida…». Ella estaba asegurando al compañero que iba para arriba con la cuerda en un punto y, a su lado, otro hacía lo mismo, pero con los dos que iban debajo. «Parece que uno de ellos patinó y arrastró a los que estaban enganchados a su cuerda». La persona con la que hablaba desapareció de repente, desprendiéndose cuatrocientos metros abajo con los demás. «Cuando volvimos al pueblo y yo lloraba delante de los ataúdes, el padre de uno de ellos, un hombre que había perdido a un hijo y a un sobrino, me dijo: "Mira, la vida continúa y mis ovejas necesitan comer: has de seguir haciendo lo que quieres". Entonces entendí muchas cosas». Y se agarró a ese reto para terminar de huir de las sombras. Quería ser la primera mujer en coronar los catorce ochomiles.

Entonces pudo empezar a vivir sólo de eso. Su deporte, el alpinismo.

Era 17 de mayo de 2010 cuando Edurne Pasaban le ponía el último sello a su cartilla de montaña con su catorce ochomil, el Shisha Pangma, para ser la primera mujer en alcanzarlos todos.

Corría el año 2017 cuando lograba lo que tantas otras hicieron antes, a lo largo de la historia, sin focos ni prensa, tan sólo ellas con su propia naturaleza animal en un paritorio. Sería casi tan importante como pisar la cima del Everest. La montaña la había convertido en una deportista de élite, pero aún podía tener una vida normal. Era 2017 cuando nacía su hijo Max.

Max.

Cuando ese nombre asoma en su boca mueve su mundo, llenándolo todo con una luz más intensa que la que sería capaz de reflectar todo el hielo en la tierra en esta mañana en Atocha mientras de su dedo índice asoma un hilo rojo que alcanzaría adonde no llegó el de sus padres. «No me gustaría que fuera alpinista, no», musita mientras mira por

última vez al infinito, a ese cielo que, allá, lejos de Madrid, del tráfico y de esa glorieta llena de coches, sabe que recortan montañas ingobernables a las que sobrevivió para tenerlo en los brazos. «Porque mis padres no sabían lo que era una montaña de ocho mil metros, pero, si mi hijo mañana me dice que quiere hacer uno, yo ya sé lo que es y los riesgos que tiene. Y voy a sufrir un montón». Ella bien sabe que hay picos aún más altos que el Everest, más peligrosos que el Annapurna y más traicioneros que el K2: los que crecen en la propia cabeza. A veces sin fin.

Tania Lamarca

(Vitoria, 1980)

«En gimnasia me pasó de todo: al principio no me cogieron por bajita y al final me echaron por gorda», sentencia Tania Lamarca, sin maquillar un ápice la crudeza con la que se acabó la primera de sus vidas. Atada a una báscula y al número que arrojaba, un 43, que definía a su propio cuerpo para condenarlo. Adiós a todo lo que hasta el momento había conocido: la gimnasia rítmica y la competición. «A veces, cuando miro atrás, tengo la sensación de que lo que viví antes de los dieciocho años le ocurrió a otra, que fue un sueño». Pero, cuando ese pensamiento cruza su cabeza, busca con la mirada la medalla enmarcada en las paredes de su casa, esa que la ha acompañado en cada una de sus mudanzas desde antes de la universidad. Es el único trofeo de cuantos ganó que siempre ha ido con ella, en todas las maletas de su segunda vida. Ese oro que atestigua que todo ocurrió de verdad. Que aquella niña que comenzó a hacer gimnasia ante el televisor a una edad en la que aún no se tienen recuerdos llegó a ser campeona olímpica.

«Todo empezó así», ríe, y de sus cuerdas vocales se van las aristas. Tania Lamarca, en realidad, tiene el acento vasco más dulce del mundo. «Ay, ¿cómo se llamaba? Sí, esa que hacía gimnasia de mantenimiento con un grupo de mujeres, que vestía siempre con mallas y cintas al pelo muy coloridas… Yo era muy pequeña, pero recuerdo que, cuando salía, me plantaba delante del televisor y jugaba a imitarla», desvela, con toda la picardía infantil de vuelta mientras su memoria busca ese nombre que pudo ser el de Sagrario Aguado, pero es el de Eva Nasarre.

«A mi abuela le costaba un mundo ponerme el pijama», la risa le llena la boca, «¡siempre andaba con la pierna hacia arriba!». Había cumplido cinco años cuando sus padres, igual de rendidos que su abuela todas las noches, la apuntaron en el colegio de su hermano mayor a esa extraescolar: gimnasia rítmica.

Al principio fue una hora, que no tardó en convertirse en dos en el club Arabatxo, donde Agurtzane Ibargutxi se encargó de sembrar los cimientos de la gimnasia al mismo tiempo que los valores vitales importantes. Tania empezó a viajar por Álava y el resto de Euskadi, y con once años se clasificó para su primer campeonato de España. «A nivel competitivo no fue muy bueno, quedé la cuarta por detrás, pero descubrí que en la gimnasia era donde que quería estar». Después se trasladaría al club IVEF (más tarde renombrado Beti Aurrera) para ponerse en las manos de Iratxe Aurrekoetxea, la entrenadora que, sin dejar de sujetar sus pies en el suelo, la llevaría a la élite.

Con catorce años, en 1994, Tania Lamarca ganó su primer campeonato de España como gimnasta individual. No era una niña que destacara por su flexibilidad o altura, pero sí por lo que hacían sus manos cuando tocaban las mazas. «Ya entonces era muy "aparatera", que decimos en rítmica, y me gustaban mucho. Me permitían hacer muchas virguerías». Eso era lo que la diferenciaba las demás. «Gané porque tuve un ejercicio muy complicado y la nota de dificultad fue superior a la de ejecución». Iratxe no dejaría de recordárselo desde el mismo momento en que la medalla de oro se colgó en su cuello. «La llevaba, pero no la merecía del todo porque en realidad había fallado. Más que con satisfacción, lo recuerdo como una lección». Un leve pellizco comparado con el golpe que la gimnasia le daría tan sólo unos meses después.

En septiembre de 1994 Tania Lamarca y otra compañera del Aurrera viajaron a Madrid para las pruebas de acceso al equipo nacional. «A Esti (Estíbaliz Martínez) la cogieron y yo les gusté, pero…». Buscaban a una gimnasta de 1,60 metros y Tania medía 1,54. No llegaba por seis centímetros. «Me dijeron que no». Un no que cimbreó los cimientos de esa primera vida que estaba iniciando. «Pensé en dejarlo», musita,

llenando de nuevo de aristas el acento vasco más dulce del mundo. «Siempre he visto el vaso medio lleno, pero aquello era algo imposible de cambiar: yo no iba a crecer, así que a mí no me iban a coger nunca». Cuando volvió a casa, sus padres la detuvieron en su camino al baúl en el que iba a guardar el traje y las mazas. «Me recordaron por qué hacía gimnasia». Porque le llenaba el cuerpo, la completaba. «¿Ir al equipo nacional es el único camino para continuar practicando deporte?», le preguntaron. Volvían a llenar su vaso. Esos mismos padres que, unos meses más tarde, responderían con una advertencia a una segunda llamada de la federación para proponer otra prueba en Madrid. «Les dijeron que podían no ficharme por no ser una buena gimnasta, pero que no me volvieran a decir lo de bajita». Que de ese trago ya habían hecho la digestión.

Tania fue a Madrid, hizo la prueba y dos semanas más tarde, al volver del colegio, tenía una carta con membrete de la federación esperándola. «Tania Lamarca ha sido seleccionada para formar parte del equipo nacional», comenzaba. No le hizo falta leer más. Ella empezó a recorrer cada habitación con el papel abrazado al pecho y un suspiro: «¡Me voy a Madrid para ser una de las gimnastas de la tele!». Tantos años ante Eva Nasarre. Al verlo ahora con ojos de adulta, sin embargo, es consciente de algo que entonces no: «Lo duro que tuvo que ser para mis padres». Dejarla ir a Madrid sola, sin haber cumplido aún los quince. «Mi hija tiene ahora esa edad y me hace ser muy consciente de lo complicado que tuvo que resultarles. Pero no vi un ápice de duda en ellos. Siempre se lo digo, que cuánto me han enseñado sin necesidad de decirme lo que me enseñaban. Me dejaron seguir mi camino a pesar de sus propios miedos».

«Ahora hay videollamadas, pero en aquellos tiempos te comunicabas a través de cabinas de teléfono o por carta». Por eso, en el momento que ella tuvo un pequeño sueldo («cuando empezamos a ir a campeonatos de Europa y ganar») tuvo claro en qué gastárselo: «Se lo envié a mis padres para que lo emplearan en venir a verme a Madrid». Cada fin de semana su familia viajaba desde Vitoria y alquilaba una habitación en un hotel en la capital. «Yo me iba a dormir con ellos los

sábados cuando terminaba de entrenar. Lo único que me importaba era que estuvieran cerca». Ni las horas de entrenamiento ni aquello que se encontró al llegar al equipo nacional. «Entré como suplente y todo lo que la seleccionadora me dijo que me pasaría, en una conversación en la que fue superhonesta, ocurrió». Era una lista sin adornos que Tania recuerda de memoria, como las primeras líneas del enunciado de aquella carta que la había llevado hasta allí.

Que la competición iba a ser complicada.

Que los entrenamientos iban a ser duros.

Que le iba a costar.

Que las otras chicas, que ya llevaban seis meses juntas desde aquella primera prueba, tampoco se lo iban a poner fácil.

Que tendría que llevar una dieta estricta.

Que prohibido el pan.

«No se equivocó en nada. Todo se cumplió», confirma Tania. Las infinitas horas de entrenamiento en el gimnasio Moscardó, en el que sólo había gimnastas, ellas y los chicos y las chicas de artística con los que se cruzaban en los pasillos, nadie más, ni otros deportistas ni disciplinas, entre repeticiones de ejercicios en bucle. Horas, días y semanas enteras ensayando un solo ejercicio o aparato para lograr una ejecución como de reloj suizo. Una y otra vez, hasta no sentir las puntas de los dedos. Hasta desconocer si iban hacia delante o hacia atrás con tanta voltereta. «Emilia Boneva, la seleccionadora, trabajaba con un método basado en la estadística y, claro, tenía en cuenta el factor suerte, el factor nervios y el factor presión, pero nosotras, cuando íbamos a un campeonato, sabíamos estadísticamente el número de veces que un ejercicio nos salía. Eso sólo se consigue a base de repetir y repetir». Aunque ese repetir se convirtiera en una tortura, como la de aquel ejercicio de aro que a ella se le cruzó.

«Era el último, y no me terminaba de salir: lo lanzábamos al aire, hacíamos dos volteretas en el suelo y lo cogíamos con los pies». Entonces llegó la penitencia, como una bailarina que debe mantenerse horas sobre los metatarsos de los pies, más allá del dolor y de la sangre en la punta de los dedos. «Sólo podía irme al chalet en Canillejas, a las

afueras de Madrid, en el que vivíamos todas, después de entrenar si antes lograba hacerlo bien veinte veces. Pero veinte seguidas. Si fallaba en la decimonovena, tenía que volver a empezar». Algunos días terminaba que no sabía dónde estaban el norte ni el sur de tanta vuelta. «Pero, claro, ¿qué pasó? Que, cuando conseguí hacerlo bien cada día veinte veces seguidas, salía a cada competición sin miedo porque sabía que me salía».

Fue después del primer campeonato cuando empezó a ser titular en el equipo nacional (hasta el momento era la suplente por haber llegado la última). Y ese es un momento de su primera vida que, al mirar atrás, Tenia percibe que ha envejecido mal. «Fue complicado porque yo entré por un fallo de una compañera, Maider, la que en ese momento era titular. Al regresar a Madrid, cuando nos pusimos a revisionar el ejercicio, en el momento de su error, a ella le mandaron salir del tapiz mientras a mí me comunicaban que la titular desde ese momento sería yo. Con el paso de los años pienso: "Jo, qué manera de gestionarlo"». Tan mala. Eran niñas de quince años. Y Tania, a quien ya le había costado entrar en el grupo por llegar seis meses más tarde, en ese momento le quitaba el «sitio» a una de las suyas. «Nosotras entonces ya teníamos un psicólogo, pero era resultadista: sólo trabajaba para que compitiéramos bien. Eso era lo importante, no nuestro bienestar». Si algo afectaba en el tapiz, sí, pero, si no, no se trataba. «Menos mal que en todo aquello tuve un apoyo irreductible: el de la propia Maider. Siempre lo digo, lo duro que tuvo que ser para ella y que fue la primera que siempre me arropó. Mostró una madurez que con los años sigo admirando». Ese recuerdo sin una arruga que aquel momento, además, ejerció de escudo.

Esa Maider que calló y asumió convertirse en la suplente de ese equipo moldeado por Emilia Boneva que con Tania Lamarca, Lorena Guréndez, Nuria Cabanillas, Estíbaliz Martínez, Marta Baldó y Estela Giménez comenzó a ganar cada competición que pisaba. Subcampeonas de Europa en Praga, campeonas del mundo en Viena y otra vez en Budapest. En Atlanta 1996 la gimnasia se estrenó en la modalidad de conjuntos, y lograron clasificarse. «Viajamos varias semanas antes para

acostumbrarnos al clima y esquivar el jet lag…». Llevaban la emoción en la boca del estómago y los porcentajes de Emilia en un Excel que apuntaba a medalla. «En el desfile inaugural fue la primera vez que yo me sentí deportista de verdad, porque, a pesar de todo lo que habíamos ganado, la gimnasia no era aún profesional y nuestra sensación era que no teníamos tanta categoría como el resto». Ni siquiera se entrenaban con ellos en la Blume sino aún en ese lugar sólo para gimnastas en Moscardó. «Dar la vuelta al estadio con Fermín Cacho, con los jugadores de la selección de baloncesto de Estados Unidos… "Yo con esto ya he ganado", les dije a mis padres cuando los llamé para contárselo», rememora, con una firmeza que atraviesa.

Y aquello sólo era el comienzo del sueño, aún les quedaba lo mejor: ganar de verdad. Observar el mundo durante unos minutos desde lo más alto de un podio olímpico.

La medalla en la pared de su casa refulge un segundo como un guiño.

El 2 de agosto de 1996 en Athens, a cien kilómetros de Atlanta, Tania Lamarca sintió que inspiraba y exhalaba a la vez que Marta Baldó, Nuria Cabanillas, Estela Giménez, Lorena Guréndez y Estíbaliz Martínez al recorrer juntas el «corredor de la muerte», vestidas con un maillot naranja y verde hacia el tapiz de la final de conjuntos de gimnasia. Bulgaria y Rusia eran las favoritas. Pero, en el ejercicio de aros, las chicas de Emilia Boneva lograron 19.483 puntos, sesenta y siete más que el equipo búlgaro. Después llegaron las pelotas, las cintas, ese mono rojo con mangas de lunares, el diez en composición y un 9.450 puntos en realización. Bulgaria no las alcanzaba, y a falta sólo de la presentación de Rusia, la plata era suya. «Nos fuimos al vestuario, donde había televisores, mientras las rusas competían. Necesitaban hacerlo perfecto para arrebatarnos el oro». Y, mientras el corazón les cimbreaba a todas a la vez en el pecho, como en otro ejercicio, a una de aquellas se le cayó una pelota. «Nada, un poquito». Pero suficiente para que ese vestuario español se quedara vacío de pronto. «Salimos todas corriendo y ya nos pusimos a gritar», rememora Tania, con una inmensidad que pone la piel de gallina. «Sabíamos que el oro era nuestro. Y lo que más recuerdo es que Emilia estaba enferma del

corazón; de hecho, después de los Juegos, tuvo que operarse, y sólo nos decía: "¡Chicas, chicas, mi corazón, mi corazón!"». Tania comenzaría a llorar en ese momento y ya no dejaría de hacerlo en las siguientes dos horas.

Lloró en el vestuario y de camino al podio.

Lloró ante todo un país, en la entrega de esa medalla que fue el minuto de oro, lo más visto en España de aquellos Juegos Olímpicos. Ese primer oro para la gimnasia española y el primero por equipos de la historia del deporte español. «No era consciente de que mis lágrimas se hubieran visto tanto. De hecho, luego tuvimos un encuentro con el presidente del Gobierno en ese momento, José María Aznar, que insistía en que quería conocer a la que lloraba y nosotras no teníamos ni idea de a qué se refería».

Tania seguía llorando cuando el presidente de la Real Federación Española de Gimnasia las obligó, antes de subir al podio, a ponerse un maillot distinto al de la competición y que pudo arrebatarles esa medalla que en su segunda vida la acompañaría en todas sus mudanzas.

«En los Juegos, los deportistas siempre deben vestir con la marca que les patrocina, en nuestro caso John Smith. No podíamos cambiar, pero, cuando alcanzamos el oro, nos dijeron que teníamos que recogerla con un maillot que nos habían hecho de Campofrío, en el que no se leía el nombre pero sí se reconocía la marca», revela. Y a su sempiterna dulzura le asoma otra veta triste. «¿Qué pasa? Que después supimos que por eso nos podían haber quitado el oro. Nosotras sólo éramos unas niñas buenas y aplicadas con ganas de subir al podio para que nos colgaran la medalla. No pensábamos en nada más». Tampoco contaron la anécdota hasta cerciorarse de que había prescrito. Fue por una periodista, Cristina Gallo, del programa de José María García, que supieron lo que había ocurrido. Con aquel maillot y con los 41 millones de pesetas (casi 250.000 euros) que la federación les prometió, 5 millones (poco más de 30.000 euros) para cada gimnasta, si se hacían con esa medalla. «El Consejo Superior de Deportes había estipulado la misma cantidad de dinero, ¿y qué ocurrió? Que el de la federación ni lo vimos. De eso no teníamos ni idea, a nosotras no nos interesaba la parte

económica, sólo entrenar y competir. Al final tuvimos que contratar abogados, nos costó cobrar nuestro dinero de la medalla». El que la federación les debía. Fueron cuatro años de juicios y litigios entre los que la primera vida de Tania Lamarca se terminaría para siempre prendida de la báscula.

«Me echaron por gorda —repite—. Después de los Juegos todo parecía ir bien. Al año, algunas de mis compañeras comenzaron a retirarse y yo tomé la decisión de hacerlo tras el Europeo de 1997». Aunque la convencieron de prorrogar su salida otros doce meses, hasta el Mundial de gimnasia en Sevilla de 1998. «Acepté, qué mejor broche que en casa». Pero en ese tiempo su cuerpo, de repente, se desarrolló. Cambió. Le vino la regla, aunque fuera sólo una vez. Y Tania ya no lograba bajar de peso tan fácilmente como antes. «Me pusieron una dieta, hablaron con mi familia…». Empezaron a vigilar cada alimento que se llevaba a la boca. «Mi entrenadora incluso me llevó a su casa a vivir con ella dos semanas porque no se fiaba de que yo no comiese de más a escondidas». Pero no era ella, era su cuerpo, que se acercaba más a los dieciocho años que a los dieciséis.

«Entonces me dieron un ultimátum: si quería mantener mi puesto, tenía que ir a mi casa, a Vitoria, y perder cinco kilos en un mes». En ese momento pesaba 45 kilos y debía bajar a 41. El silencio que sigue a su frase es de esos a los que no les hacen falta palabras. «Me pusieron todas las condiciones para que desarrollara un trastorno alimenticio». La báscula se convirtió en el demonio, y empezó a quemar como un infierno. Pero Tania no se grapó la boca para dejar de ingerir: «Seguí la dieta, sí, hice ejercicio, también, pero agradeceré toda la vida el entorno que tuve, que me sostuvo en mis certezas para que nunca decidiera dejar de comer», enumera en un torrente de palabras que llegan, emocionan y hieren. «Ayudó el hecho de que ya fuera campeona olímpica», advierte. De que el sueño ya estuviera cumplido. «Nosotras teníamos un equipo nutricionista y estábamos correctamente alimentadas. Íbamos muy justas, pero sin problema: ninguna de mis compañeras tuvo trastornos de alimentación», apuntala.

El 26 de diciembre, tras una Navidad sin pan para ella y toda su

familia, la báscula marcó 43 y Tania se vio expulsada de la gimnasia para siempre. «Mi padre vino a buscarme a Madrid y cogimos una habitación en ese hotel en el que ellos siempre se quedaban cuando me visitaban los fines de semana». Los empleados, que sabían de lo ocurrido, la recibieron como jamás lo habían hecho antes: «Con una bandeja de chocolates en lugar de fruta». Nunca en su vida se comería unos dulces más amargos.

Tenía dieciocho años y su segunda vida comenzaría sintiéndose la niña de oro más triste del mundo. «Mi entrenadora nunca volvió a llamarme, ni el psicólogo, ni las compañeras que se quedaron en el equipo. Es normal, yo también había actuado así antes». Con otras. Pero ahora esa «otra» era ella. Y cómo dolía. «Despertar al día siguiente fue muy duro. Eres campeona olímpica y de repente dices: "¿Y dónde está toda la gente que se quería hacer una foto conmigo?". También habían desaparecido, no quedaba nadie». Tania Lamarca regresaba a su casa en Vitoria después de un largo viaje para retornar a sus estudios. Iba dos años por detrás de sus amigas, que ya estaban en la universidad. «Tan sólo tenía aquel oro y la sensación de que no sabía hacer otra cosa que lanzar mazas al aire y recoger pelotas al vuelo tras dos volteretas… ¡A lo Eva Nasarre, eso, así se llamaba!», chasca los dedos con energía ante ese nombre del principio que cierra su relato cuando comenzaba esa segunda parte de su vida. Esa que ha dedicado al *coach* emocional de adolescentes, a conferencias y a la gestión de un club, además de ver crecer a su hija, Aitana. Lo único aún más importante para ella que esa medalla siempre en sus maletas y enmarcada en su salón.

Paloma del Río

(Madrid, 1960)

«Lo que Olga Viza dejaba en la televisión lo iba heredando yo», describe Paloma del Río con una sonrisa porque, al decirlo, se da cuenta de que no hay foto mejor para resumir esa frase que a continuación llena su boca y que siempre está en su cabeza: «Porque fueron, somos. Porque somos, serán». La leyó por primera vez un 8 de marzo y desde entonces se forró los zapatos con ella, para guiar sus pies y sus cuerdas vocales. «No sé a quién pertenece, pero creo que lo resume todo. Porque fueron, somos. Porque somos, serán. Habla de nosotras, de las mujeres, de que todo es como una cadena histórica: recoger lo que otras han hecho antes e ir dejando legado para las que vienen después», valora, en una mañana clara de febrero de 2023 que será el último que trabaje en RTVE. La palabra «jubilación» se atisba, aunque ella sea una de esas personas a las que el tiempo nunca podrá alcanzar de verdad. Porque en el deporte español hay muchos momentos que son y estarán para siempre cosidos a su voz. Y la voz nunca envejece. Cuando el futuro busque en YouTube o la red que venga las medallas de Gervasio Deferr en gimnasia artística (Juegos de Atenas 2004 y Pekín 2008), el oro de las niñas de rítmica en Atlanta 1996 o los mundiales de patinaje de Javier Fernández en Canadá (2014-2015) y Boston (2015-2016), Paloma del Río volverá a hacerse presente con su calidez de madre, enseñanza pedagoga y ejemplo de hermana mayor, siempre con la palabra justa, adecuada, en un tono agudo, monocorde, sin picos, y un ligero aire nasal. Esa voz de tantas y

tantas cosas, luminosa como un foco. De los saltos de trampolín a la hípica. Paloma del Río siempre estuvo dispuesta a mirar y defender los deportes que a menudo pasan desapercibidos para contarlos bien alto con esa voz que en treinta y siete años no ha dejado de sembrar *somos* para el *serán*.

Una pausa. Un suspiro. Su mirada se dirige arriba a la izquierda, buscando un recuerdo, o muchos. Y su lengua se va al *fueron* antes de dirigirse a su propia vida, a esas noches en la UVI antes y durante la universidad que le enseñaron de la manera más cruda a distinguir esos momentos que separan el todo de la nada, como la última pelota de un partido de tenis a un lado u otro de la red, o el recuerdo del triste peaje al que tuvo que enfrentarse, «como si hubiera algo que pagar», cuando era una becaria recién aterrizada en una redacción televisiva de deportes en la que ya había mujeres pero dominaban los *popes*, los viejos veteranos que, en su mayoría, seguían viéndolas a ellas con la mirada del pasado, encerradas en casa, entre los muros de una cárcel levantados alrededor de su género. Otro suspiro. Largo. Toda la luz de su voz se posa sobre las que abrieron las primeras rendijas. «Subidas a una bicicleta», apunta, y su relato vuela al pasado lejano.

«La bici ha hecho más por el feminismo que muchas personas». De sus cuerdas vocales brota, inconsciente, el timbre de la maestra y la pedagoga. «La historia de cómo comienzan las mujeres se remonta al siglo XIX, cuando el uso de la bicicleta les "regala" cierta libertad de movimiento e independencia. ¿Cómo? Liberándolas de los trajes victorianos aquellos con los que era imposible pedalear». Cien años más tarde llegan los nombres propios. «A principios del siglo XX comenzaron una revolución para reivindicar su derecho a practicar deporte, como los hombres, hartas de ser las comparsas de sus maridos. Apareció Alice Milliat, nacida en Nantes en 1884, que le plantó cara al Comité Olímpico Internacional después de que en los Juegos de Amberes 1920 prohibieran la participación femenina (había habido mujeres antes, en especialidades como el golf y como el tenis en París 1900, pero esos eran deportes que no formaban parte del programa oficial, tan sólo de exhibición, como lo serían el patinaje artístico, la vela y el tiro con arco

después). En 1919 Milliat había pedido de manera formal a la Asociación Internacional de Federaciones de Atletismo que permitieran en sus pruebas la presencia de mujeres. El primer "no" sería del propio creador del movimiento olímpico, el marqués Pierre de Coubertin, negacionista acérrimo de la mujer en el deporte, y, ante ello, Milliat creó unos Juegos paralelos y alternativos, sólo para ellas». Se disputaron por primera vez en 1921 en Montecarlo (Mónaco) y participaron cinco países: Francia, Italia, Suiza, Noruega y Gran Bretaña.

«Al principio Milliat era el hazmerreír, hasta que vieron que cada edición sumaba cada vez más éxito, gente, participación y países. Cuando ya llevaba cuatro, en los Juegos de Ámsterdam 1928, el COI y el presidente de la IAAF tuvieron que admitir a las mujeres en el programa oficial de atletismo porque, si no, se les iba a caer el negocio de los Juegos Olímpicos». Alice Milliat fue la primera de las que fueron. En España ese lugar lo ocupaba Lilí Álvarez. «Era de la alta sociedad y lo que en su momento consiguió ella (y las que la siguieron) se vino abajo con la Guerra Civil: los hombres se fueron al frente y las mujeres se tuvieron que ocupar de las casas, de las familias. Cuando la contienda terminó, los roles se mantuvieron y todo lo que era el deporte femenino se desmanteló. La Sección Femenina, organizada por Pilar Primo de Rivera, tomó el mando y se distribuyó a lo largo de la geografía española. Más que deporte en sí, a lo que se obligaba a las mujeres era a hacer tablas de gimnasia y adquirir hábitos higiénicos: cómo lavarse, cómo ducharse…», explica Paloma del Río, con los ojos de nuevo mirando de frente. Su relato se funde con el yo.

«A mí me tocó en 1978, en su último año vigente. Se llamaba el Servicio Social y era como la mili: si no lo hacías, no podías acceder a un trabajo o sacarte el carnet de conducir». El suyo duró tres meses, en el número 36 de la madrileña calle de Almagro, donde estaba su sede central. «Te enseñaban a hacer canastillas, a coser una mantelería y cosas así. Afortunadamente, desapareció con el fin del régimen, porque eran tres meses perdidos. Me obligaban ir allí a hacer el gilipollas». Ella acababa de cumplir los dieciocho y «no sabía» a qué dedicar el resto de

su vida. A pesar de que en sus recuerdos de infancia se colaba ya una televisión en blanco y negro en su casa de la calle Jorge Juan (Madrid) en la que siempre había deportes. «A mis padres ya les gustaba mucho». En ella vio, con ocho años, ese vuelo de Bob Beamon en longitud en México 1968 que llamarían el salto del siglo y el atentado de Múnich 1972, con la muerte de once deportistas israelíes.

«Cuando terminé el BUP no me veía con fuerzas para meterme en la facultad. Hacer COU y luego la universidad», revela. El desvío que cogió antes de llegar al periodismo marcaría su vida para siempre. Y su mirada. Le enseñaría de la manera más gráfica y cruda que hay instantes definitivos capaces de cambiarlo todo. Que en un momento algo existe, aún es posible, y en un chasquido se esfuma, en media respiración se va, desaparece sin vuelta, irreversible. Y de ésos la historia del deporte está llena.

«Al acabar BUP, en 1979, me tomé, digamos, un año sabático», en el que hizo un curso de auxiliar de clínica y empezó a estudiar inglés. «Mi padre tenía un amigo que conocía al dueño de la Clínica Ruber de Madrid, la de Juan Bravo, y acabé allí haciendo las prácticas». Llegó para dos meses, se quedaría siete años. «Primero porque una de las enfermeras de la UVI se marchó y necesitaban un refuerzo. Pero después una de las de la noche se casó y me preguntaron si quería ocupar su puesto». «Por supuesto», dijo, y comenzó esa extraña rutina de estar de guardia durante veinticuatro horas y descansar dos veces en las siguientes veinticuatro. Empezó a tener mucho tiempo libre, escribió una novela, *Nunca tendrás los ojos de la serpiente*, estudió COU y aprobó la selectividad a la primera. Una mañana se vio caminando hacia el rectorado para elegir plaza en una carrera, aún sin saber qué camino tomar.

«No sabía si hacer Psicología, Periodismo o Políticas», enumera, como si la duda hubiera sido una travesura. Porque además de esa tele en casa estaban los veranos con la pandilla siguiendo los mundiales y europeos de natación, «viendo a todas las de la República Democrática Alemana nadando como locas ante las estadounidenses», esa desviación en la columna que a ella ya la había empujado a la piscina de manera

amateur y la radio que dormía cada noche bajo su almohada, colmando su oído ya curioso por la noticia, por las cosas y acontecimientos que iban transformando el mundo como lo habían hecho Alice y Lilí, aunque a ella sus nombres aún no le sonaran de nada. «Escribí Periodismo en primer lugar». Treinta y siete años después aún no sabe por qué lo hizo. Quizá eran sus pies, que ya caminaban por ella. «Empecé la carrera en la Universidad Complutense en 1981, en una promoción en la que estaban Vicente Vallés, Teresa Viejo, Fran Sevilla…». No abandonó la clínica. Dormía por las mañanas, estudiaba por las tardes, se curtía por las noches, como ejecutando un Triple Axel, mucho antes de saber lo que ese término significaba. Triple Axel, el ochomil del patinaje. Y la vida a secas.

«Trabajar tan joven en una UVI te pone los pies en la tierra y traza una línea muy importante entre lo superficial y lo importante. Normalmente nuestro cerebro no está preparado para tanta desgracia, para tanto dolor», confiesa, con una sinceridad que aglutina todos los timbres en sus cuerdas vocales. Esa Paloma que habla como una madre, una hermana mayor, una maestra y pedagoga, y también una enfermera o médica. «De repente veías cómo una persona con la que acababas de hablar tenía una parada cardiorrespiratoria y no volvía. Decías: "¿Cuándo ha sido?, ¿cuál ha sido el momento en que este hombre ha muerto?"», se sigue preguntando en voz alta. ¿Cuál? Ese momento que separa el todo de la nada, lo que se puede arreglar de lo que ya no.

Mientras sus compañeros aprovechaban los veranos para hacer prácticas en los medios, Paloma seguía en la UVI. «Veía que los contrataban, pero yo no podía hacer dos cosas a la vez. Y el de la clínica era un trabajo fijo que me servía para pagar la carrera y comer». Al llegar a quinto, con el título de Periodismo ya casi en el bolsillo, vio un aviso en una de las paredes de la facultad: RTVE abría el plazo para la petición de becas en verano. Diez eran para tele, treinta para radio. «Aquí sí que me tiro al río», recuerda que pensó. Las corresponsales Ana Cristina Navarro y Rosa María Calaf eran sus referentes. Tras ir al decanato de la universidad y pedir su expediente, que era el segundo

mejor de aquella promoción, para presentarlo, Paloma del Río cruzó la puerta de Torrespaña como becaria. Era 1 de julio de 1986.

«No fui la primera mujer que llegó a la redacción de deportes. Cuando lo hice, ya estaba un pequeño grupo: Mercedes Milá, Olga Viza en Barcelona, Elena Sánchez, María Escario y María Antonia Martínez. Y Mari Carmen Izquierdo, la primera de todas, a quien nadie se atrevía a toser: no se arrugaba ni con Santiago Bernabéu». El aire alrededor, sin embargo, corría en dos direcciones. Por un lado, estaba el que exhalaban los de su quinta, «que nos aceptaban bien», que lo hacían diáfano, a favor. Por otro, el que masticaban los *popes*, tan espeso como el plomo, como obligándolas a bracear en chicle. «Nos miraban como preguntándose qué hacíamos allí si eso era territorio suyo». *Suyo*, el deporte. *Suyo*, el contarlo. «No sé las demás qué sensaciones tuvieron. Para mí fue así en mi etapa como becaria, que es la más vulnerable». Una becaria de deportes en el Telediario en la España de las dos cadenas, La 1 y La 2 (Antena 3 y Telecinco no llegarían hasta 1990). Uno de esos *popes*, «ya fallecido», además, siempre estaba encima de ella. Siempre *demasiado* pegado, siempre *demasiado* cerca. «Me pegaba tiritos todo el rato e intentaba quedarse a solas conmigo», rememora Paloma, como si aún no se creyera la protagonista de esa historia que le ocurrió a ella misma. *Porque una de las veces aquel veterano lo consiguió.* «Pasó por detrás de mí en la redacción y me puso una mano en la teta». «¿Qué tienes aquí? Qué gracioso», escuchó aquella becaria del verano de 1986. Una becaria curtida en la vida, que tenía muy clara la línea que separaba lo que sí de lo que no, aunque la sociedad que la rodeara aún estuviera lejos de trazarla. Silencio. Suspiro. Una frase viene de entonces enunciada igual: «¿Te gustaría que esto se lo hicieran a tu hija?». Él no se volvió a acercar. Ella no dejó de crecer por sí misma y, aunque aún no lo supiera, por todas las demás. Tras abandonar la Ruber, en noviembre de 1986 firmaría su primer contrato con RTVE.

«Terminaba mi carrera como auxiliar de clínica, comenzaba la de la periodista deportiva». A ningún hombre se le ocurrió volver a tocarle los pechos. «Porque estás en una televisión, en una televisión de la envergadura de RTVE y se acaban los peajes. Porque te dicen cinco

cosas y las cinco las haces bien, y te proponen otras y también. Y se acaba el verte como una becaria a la que poder meter mano. Eres una profesional a la que pueden encargarle lo que sea, que luego tendrá sus relaciones personales con quien le parezca, no con quien te veas obligada», dice. Aunque a su alrededor siguiese el runrún, con el aire lleno de preguntas retóricas («¿a quién se la estará chupando?») sólo por ser mujer. Una mujer, además, que nunca escondió que no amaba a los hombres sino a otras mujeres.

«Dos años más tarde, Julio Bernárdez, director de la sección de Deportes, me obligó a dirigir un programa en la segunda cadena. Ramón Trecet se había inventado uno semanal titulado *Cerca de las estrellas* para hablar de la NBA. Julio, en vista de su éxito, decidió hacerlo diario, de siete y media de la tarde a diez de la noche, con el mismo nombre y conmigo como directora. Estuvo dos años en antena y fue mi consagración». El *esta tía vale de verdad*. Un partido de tenis de mesa en Sevilla sería su primera vez como narradora, el deporte minoritario en su misma raíz. Sus primeros Juegos fueron los Mediterráneos de 1987, en Latakia, Siria, y de ahí ya se alzó en voz omnipresente de los Olímpicos de verano. Tiene nueve en sus cuerdas vocales (Seúl 1988, Barcelona 1992, Atlanta 1996, Sídney 2000, Atenas 2004, Pekín 2008, Londres 2012, Río 2016 y Tokio 2020), así como siete de invierno (Lillehammer 1994, Nagano 1998, Salt Lake City 2002, Turín 2006, Vancouver 2010, Sochi 2014, Beijing 2022); «empecé en los siguientes a Albertville en los que Blanca Fernández Ochoa se convertía en la primera mujer española en ganar una medalla olímpica, el bronce en el slalom», reseña, con la voz aún contraída por su pérdida y el sainete escabroso en el que muchos medios de comunicación la convirtieron, para tender bien alto ese metafórico hilo que le cedió Olga Viza como símbolo de la particular cadena histórica para mujeres que la hacen más grande, más ancha, para más. «Ella hacía la gimnasia artística y presentaba un programa que se llamaba *Estadio 2*, desde Barcelona, que continuaba en Madrid con María Escario bajo el nombre de *Domingo Deporte*, encargada a su vez de la rítmica. Julián García Candau, director de Deportes en RTVE entonces,

decidió que no podía ser que cada vez que hubiera un torneo las dos presentadoras se tuvieran que marchar. Así que a ellas las dejó en el plató y a mí me encargó las gimnasias». La primera que cubrió fue la artística, pero sólo de oyente, en 1987. «Me fui a un torneo de la Blume, en Barcelona, para ver cómo lo hacían Olga y Pepe Novillo. Me interesaba conocer su vocabulario técnico. Tengo grabado que mientras ellos hablaban de *kaskut*, yo sólo veía a un chico dando vueltas como un molinillo. Pensé: "Anda que no me queda"». Regresó a Madrid con un cerro de apuntes que Olga sacó de un armario y una certeza: «Para poder contarla de verdad, pedí ayuda a la Real Federación Española de Gimnasia y me apunté a los cursos de jueces. No me examinaba, pero las clases me permitían entender mucho mejor sus veredictos, aprender a ver como ellos». Meterse en su cabeza para contárselo, de la manera más sencilla posible, durante años al espectador. Algo en lo que su madre, por cierto, resultó fundamental.

«En una de las primeras retransmisiones, al terminar, la llamé y la pregunté: "¿Qué tal?". "Bien, pero no me he enterado de nada", me dijo. Y ahí me di cuenta de que el tecnicismo vale para el técnico, pero que no hay tantas personas en España practicando gimnasia o patinaje. Decidí bajar al terreno del lenguaje coloquial, y creo que ésa ha sido la clave en mi historia: ayudarle a la gente a comprender los pequeños detalles». Sus «fíjate en la axila». Sus «mira la mano». Sus «¡aivááá!». Tan espontáneos, tan de dentro, a veces mezclando ambos lenguajes, el coloquial y el técnico: escuchar de su boca «el *kaskut*» y a continuación «el mortal encima de la barra». «Porque los que no conocen qué es pueden pensar que se trata de un postre tradicional de La Rioja». Porque con el lenguaje técnico no se llega a nadie. Y el oficio del periodista siempre ha sido hacer la información accesible al gran público, a todo aquel que encienda la tele, aunque no sepa. Que vea, escuche, que se quede. Aunque al principio no entienda. Paloma lo cambia. Paloma enseña. Paloma cuenta.

De todos los *para siempre*, si tuviera que elegir, ella se quedaría con cuatro. Esos oros del gimnasta Gervasio Deferr en los Juegos. El último momento olímpico de la gimnasta Almudena Cid, «cuando ella se

retira, besa el tapiz y yo le digo: “Ya te puedes poner tacones”», con las cuerdas vocales empapadas de lágrimas. El séptimo oro en Europa del patinador Javier Fernández, en Minsk 2019, que también fue el último y ella contó con una emoción que se palpaba en su voz desde la cabina de retransmisión. Y los Juegos Olímpicos de Invierno de Vancouver 2010, en los que no olvidará a la patinadora Joannie Rochette depositando su medalla de bronce sobre el féretro de su madre. «La competición comenzaba un martes y sus padres volaban el fin de semana para verla, pero su madre murió la noche antes de viajar. Aun así, decidió competir. No sabes lo que era aquel pabellón en cuanto puso un pie en él, cómo estábamos todos: su madre en un depósito y ella ahí. Sólo cuando tuvo el bronce en su cuello, rompió a llorar».

En el de Paloma cuelga un collar con aros olímpicos que le regaló su mujer, esas dos palabras que siempre salen de su boca clamadas como en mayúsculas: «MI MUJER», dice orgullosa, sin eufemismos que escondan. «¿Por qué? ¿Decir mi pareja? Yo nunca lo he ocultado dentro de mi familia y de mi ámbito laboral». El aire aún con matices de plomo que ya no la juzgan por ser mujer sino por a quién ama. «Me importa muy poco lo que digan de mí, siempre he vivido con naturalidad, sin ningún tipo de pudor». Como cuando en pantalla decía el «¡aiváää!» ante un fallo del gimnasta, del saltador, pues lo mismo. Por eso entre sus múltiples premios, más de cuarenta, entre ellos la Medalla de Oro de la Real Orden del Mérito Deportivo concedida por el Consejo Superior de Deportes en 2015 o el Premio Ondas en 2019 y 2022, está el reconocimiento de compañeros y deportistas y también el de ser un icono LGTBI. «Mi teléfono arde en la Semana del Orgullo en Madrid». Con peticiones de entrevistas, de palabras, de apariciones como en los 8 de marzo que siempre amanecen bajo esa frase que lee recordando a Olga Viza y sus apuntes.

«Porque fueron, somos. Porque somos, serán».

«Y a mí ya no me queda nada por hacer», esgrime Paloma del Río con nostalgia, mirando las hojas de los calendarios que han caído a sus pies mientras sigue rebanándose los dedos (porque no lo puede evitar, siempre luchando por los derechos de las mujeres) golpeando puertas,

pidiendo dinero para traer a España, junto al periodista de guerra Antonio Pampliega, a la selección de baloncesto femenino paralímpico de Afganistán, atrapada en el país tras la retirada de las tropas estadounidenses y la llegada al poder de los talibanes en 2020. Los Juegos de París 2024 se atisban, como la palabra «jubilación», en el horizonte, a sabiendas de que los vivirá de manera diferente. Serán los primeros en treinta y siete años sin su voz para los demás. Volverá a verlos por la tele, aunque ya sea en grande, a todo color y alta definición. En la tele. Como el salto del siglo, como el atentado de Múnich. Con su *somos* ya por completo de las que *serán* y ya *son* enredado en su cuello, en esos aros olímpicos que abrazan sus cuerdas vocales: el corazón de esa voz que es suya pero también es un poco de todos. O de todas. Sobre todo de todas.

Teresa Perales

(Zaragoza, 1975)

Teresa Perales estaba tan lejos de ser la Phelps española la primera vez que se lanzó a una piscina, siendo una niña, que llegó a pensar que nunca volvería a entrar en ninguna. «Recuerdo que se me hacía dificilísimo, que no me encontraba cómoda. Intenté aprender a nadar varias veces a lo largo de dos años y no lo conseguí». Que sólo flotar ya era un avance porque aquella primera vez había salido del agua con un chichón en la cabeza. «No sé si fue un coscorrón o si eso me lo he inventado, pero es lo que recuerdo tal cual». Entonces era la historia de otra Teresa, una que se puso un karate-gi[18] inspirada por las películas de *Karate Kid* y llegó a cinturón marrón-negro, que era muy aficionada al fútbol e iba a La Romareda. Una Teresa que aún caminaba sobre sus dos piernas, observando el mundo desde los 1,62 metros y no en un ángulo siempre picado. De la neuropatía que la postraría en una silla de ruedas sólo había tenido un síntoma antes. «En la mano derecha un dedo se me había quedado a un ladito». La última vez que pisó la calle sin su silla de ruedas fue en la noche que el Zaragoza se proclamaba campeón de la Recopa de Europa.

La enfermedad empezó a afectar los brazos y sobre todo las piernas. «Sucedió cuando yo estaba en la universidad. Estudiaba Ciencias de la Educación, lo que ahora es Pedagogía, aunque no me gustaba mucho». Un día de pronto se vio al borde de una piscina en una silla de ruedas sentada sobre un cojín de borreguito. Su familia dentro, mientras ella se quedaba fuera, aburrida. «De pronto pedí un chaleco salvavidas y un

silbato y me metí también». Todo el mundo la observó atónito. «Era una cría muy muy delgadita, casi esquelética, con un chaleco verde y naranja fosforito y una silla de ruedas». Una cría muy muy delgadita, casi esquelética, que ese día se sorprendió al saber que había un lugar donde podía volver a sentirse libre y autónoma, y ese lugar era el agua. «Descubrí que me gustaba nadar, que me seguía resultando difícil coordinar los movimientos, pero la sensación de libertad y de control que volvía a tener de mi propio cuerpo superaba con creces las incomodidades». Volvió al día siguiente, y al otro. Cuando quiso darse cuenta, era nadadora, pero no por competir ni nada de eso. Aún. «Mi pasión era flotar», susurra, en una frase que tumba. Fue el comienzo de la nueva Teresa, esa a la que terminarían comparando con Michael Phelps, el nadador más laureado de la historia.

Buscó en Zaragoza un club donde impartieran deporte adaptado. «¿Sabes nadar?», escuchó al llegar. Y ella explicó que de niña lo había intentado y no había sido capaz, pero que en ese momento se sentía un «patito *mareao* venido arriba». Allí conocería a Ramiro, su primer entrenador. «Me pareció que estaba como una cabra, especialmente cuando le oí decir que yo nadaba bien y sólo tenía que pulir algunas cosas». Pensó que aquello era algo que se le decía a todo el mundo, para animar, en un club para gente con necesidades especiales, en plan paternalista. Poco tiempo después, sin embargo, el cronómetro le daría la razón a Ramiro. «Iba cada vez más rápido mientras dejaba de hacer esos movimientos que parecían tan rudos y arcaicos». Teresa pasaba los días estudiando vídeos de la federación que le prestaba su preparador, con desplazamientos técnicos por debajo del agua. «No existía YouTube, no teníamos nada. Aquella era la manera de sumar conocimientos». Mientras, el cronómetro seguía recortando segundos y llenaba cada uno de sus poros de ganas de metas. Y eso que, cuando ella nadaba, ya había una parte de su cuerpo que no sentía. «Por un lado, no sé dónde están las piernas. Eso para empezar. No tengo conciencia ni en qué posición. Sé que están recogidas cuando me cuesta más impulsarme, que se han caído cuando voy más lenta. Pero porque soy perro viejo. Cuando nadas, las piernas, además de servirte para

propulsarte, tienen una función importante, la de equilibrarte, y, claro, eso en mi caso no funciona». A ella no la sigue el cuerpo entero, sólo una parte. Aun así, un año después de aquella segunda vez que se metió en una piscina, ya mayor y para huir al menos un rato de su silla de ruedas, con un chaleco fosforito y un silbato, se alzó campeona de España en natación adaptada. «Se celebró en Badajoz y fue muy especial para mí porque tengo muchísima familia extremeña, de un pueblecito de Cáceres. Me llevé dos medallas, me sentí supercampeona». Muy feliz, arropada y con una sensación que le daba a la vez frío y calor. «Era como si estuviera pasando página casi sin darme cuenta. "¿Qué está ocurriendo?", me decía. "¿Esto significa que no voy a volver a caminar?". Todas esas emociones, buenas y malas, se me mezclaban en la cabeza como un *totum revolutum*». Al final, la parte feliz se impuso. «Casi sin darme cuenta dije: "Pues he pasado página», indica, para llenar su voz de azules. El azul del cielo. El azul del agua. El azul que se mezcla con el amarillo para que brote el verde esperanza. Los azules lo inundaban todo para dirigir sus pasos, aunque pisara con ruedas. «¿Ves cómo hay un montón de cosas que nos dejamos sin intentar y hay cosas que no sabemos que podemos hacer porque no lo intentamos?», eso que asalta de pronto su boca fue lo que entonces llenó su cabeza.

Los primeros Juegos que recuerda son los de Barcelona (pero no los Paralímpicos, que desde 1948 se han celebrado paralelos a los de verano). «Entonces era un mundo todavía muy ajeno a mí». Pero después de aquellas dos medallas en el campeonato de España, Ramiro empezó a mirar la bola del mundo para señalar los siguientes. Los de Sídney. Teresa se dejó llevar. «En el campeonato del año 1997, también en Badajoz, no logré la mínima ni me clasifiqué. Pero ya empecé a fantasear con ser internacional». Comenzó a entrenar más horas y con mayor intensidad. «Piscina todos los días, entre tres y cuatro horas, luego *handbike* por los carriles bici y una hora y media diaria de hipoxia». Es la misma hipoxia que los futbolistas realizan mientras duermen, en camas hipobáricas. «Para mí es con una máquina que me dice el aire que respiro, con muy poquito oxígeno. Lo que hago es bajar

la saturación para provocar un aumento del hematocrito y entrenar luego mucho mejor. Se mejora la capacidad para competir de una manera natural y muy jorobada». Es como ascender seis mil metros de altura en periodos cortos, que para ella son noventa minutos que pasa casi en letargo.

Sus primeros Juegos Paralímpicos fueron los de Sídney 2000.

«¿Sabes en qué pensé? Que cuando escuchaba a deportistas decir lo mucho que significaba esa cita creía que exageraban. Los veía llorar por una medalla y me decía: "Qué moñas son, si seguro que tampoco es para tanto". Pero resultó ser como cuando te quedas embarazada, que todo el mundo te dice que por mucho que te imagines siempre será más pleno que lo que tu cabeza haya proyectado. Pues igual. Alcanzar la mínima fue mucho mejor de lo que nunca jamás había soñado». La niña del chichón que había prometido no volver a zambullirse en una piscina estaba clasificada para unos Juegos. «En la primera prueba, logré una plata. Llegaba quinta en el escalafón y nadie esperaba una medalla de mí, mucho menos de plata». Ni ella misma confiaba en sus capacidades. Cuando regresó a Zaragoza, atesoraba otras cuatro: eran la plata más cuatro bronces. La Phelps española empezaba a acumular metales.

Seguiría dejando su huella en todos los podios de los Juegos Paralímpicos siguientes. Seis en Atenas (dos de oro, una de plata, tres de bronce), cinco en Pekín (tres de oro, una de plata y una de bronce), seis en Londres (una de oro, tres de plata y dos de bronce), cuatro en Río (una de oro, tres de plata) y una en Tokio (de plata). Esas medallas al cuello colmaban ese mundo que Teresa Perales llevaba mirando en silla de ruedas desde los diecinueve años. No importara lo difícil que se le hiciesen hasta los gestos más nimios, como ponerse el bañador, algo a lo que le dedica, como poco, quince minutos en las profundidades de los vestuarios. «Tiras una toalla en el suelo o donde quiera que te lo vayas a poner. Y, lo más discretamente posible, aunque sea difícil no llamar la atención, haces la croqueta y, de un lado a otro, vas intentando embutírtelo, tirando de él hacia arriba. La parte más complicada es la del culo, porque se queda todo el rato para arriba. Eso

ya es como un entrenamiento, ¡después no te hace falta calentar!», ríe antes de revelar cómo todas esas medallas tampoco cambiaron su vida. Teresa Perales vive de los cursos, charlas que imparte, porque las becas que recibe están sujetas a unos resultados que, si no se alcanzan, desaparecen.

«Ahora hay unas que no están mal, pero todo depende de la edad con la que te alcancen. Yo ya supero los cuarenta, tengo que empezar a pensar en la jubilación y pagar autónomos, porque ya necesito tener una red de seguridad. Las ayudas tienen algo muy bueno, que es el dinero. Pero una lesión puede hacer que se desvanezcan de la noche a la mañana. Yo tengo una, pero si no voy al Mundial no se renueva y me quedo sin nada. Por eso siempre he compaginado el trabajo y el deporte». En 2010, su embarazo, por ejemplo, se trató como una dolencia. «No me retiraron la beca, pero redujeron su importe. Por una parte, bien, porque quedaba algo. Por la otra, muy mal: está claro que hay cosas por mejorar». Que las deportistas puedan ser madres y no tengan que sentirse terriblemente culpables por abandonar su deporte o por los cambios en su cuerpo. Por alumbrar a unos hijos como el que viajó junto a ella a los Juegos de Londres. «Tenía dos años y pico, pero imagínate la ilusión que me hizo escuchar, tras nadar, que él me pudiera decir: "Mamá, campeona". Eso fue…». Eso fue lo más. Como leer en los periódicos aquel titular: "Michael Phelps, el Tiburón de Baltimore, veintidós medallas olímpicas; Teresa Perales, Sirenita del Ebro, veintidós medallas olímpicas". «Lo recordaré toda la vida». Ambas cosas.

Ese hijo que en Río 2016 estaba de nuevo al borde de la piscina, cuatro años mayor, mientras a ella se le escapaba una medalla y ganaba un diploma, ese papel que ella sentía tan fino después de los pesos del bronce, la plata y el oro. «Cuando emergí al borde de la escalera y le dije que lo sentía mucho por no haber ganado un metal, él me abroncó: "Pero, mamá, ¡si has ganado un diploma!", con suma alegría».

«Mamá, si has ganado un diploma», que sonaba igual que ese «Mamá, campeona». Y que a Teresa Perales le ponía los pies en el suelo, aunque sólo una vez más volviera a sentirlos así, y no inertes en su silla de

ruedas. Se emociona. El recuerdo tiene de nuevo una mezcla de azúcar y sal a la vez. «Fue una sorpresa», comienza. Una sorpresa para el que se convertiría en su marido como un regalo de bodas el día que se casaron, en el Pilar de Zaragoza. Una sorpresa para la que ella se entrenó largos días como si lo hiciera para unos Juegos. «Quería entrar a la iglesia caminando, sobre mis pies». Para ello llenó los pasillos de la casa de su madre de barras de cortinas como si fuesen paralelas en las que ensayaba ponerse en pie con unas botas que la hacían sentir Tom Hanks en la película *Forrest Gump*. «No se le podía llamar andar, pero me desplazaba de un lado a otro». Ella quería entrar a la basílica ya caminando, pero en el último momento le dio miedo («en el último momento pensé: "No, que me tengo que girar y no sé si, cuando me gire, se me va a escapar la pierna»). Teresa Perales terminó entrando primero en su silla de ruedas para alzarse en pie, de pronto, tras una nube formada por la familia más cercana que sabía y la cubría mientras se elevaba sobre unas muletas. Agarrada al brazo de su hermana se dirigió al altar vertical entre «aaah» de sorpresa y la emoción derramada en clínex. Teresa Perales de nuevo en pie, como cuando el Zaragoza ganaba la Recopa, pero mucho después. Cuando el sobrenombre de la Phelps Española le sentaba como un guante. Al igual que su vestido de novia.

Carolina Marín

(Huelva, 1993)

Cuando Carolina Marín pisó por primera vez el pabellón de bádminton en el centro de alto rendimiento para deportistas de la residencia Blume en Madrid era 2007 y ese deporte no se jugaba en los parques, si acaso en algún colegio, pero muy poco. Era absolutamente minoritario. Cuando ella se subía a un taxi con su raquetero a la espalda siempre escuchaba lo mismo desde el asiento del conductor: «Qué… Tenis, ¿no?». Pero no. Era bádminton, su deporte. Ese para el que ella ha sido lo que Manolo Santana al tenis, Mari Paz Corominas a la natación y Ángel Nieto a las motos. Una primera.

«Siento orgullo por haberlo puesto en boca de todos en mi país, cosa que antes no se había conseguido». Orgullo y felicidad. «Salir a la calle y verlo en los parques, con familias enteras jugando, no te imaginas qué alegría me da», destaca, con esa sonrisa pizpireta y amplia siempre en su boca cuando no está sobre esa pista que, si pisa, la transforma. Como si dos Carolinas Marín habitaran su cuerpo. De *Caro* (así la llama su equipo, su entorno, su círculo estrecho) a frontón, áspera y dura, entre gritos que profiere a cada punto que gana y con los que intimida a sus rivales como un «que viene el lobo». Pero es loba y es ella, Carolina Marín. Esos gritos forman parte de la estrategia y método con el que su entrenador, Fernando Rivas, empezó a pulirla en diamante tras verla competir en un campeonato de España en Menorca cuando tenía trece años.

«Era 2006 y él, exjugador de bádminton y miembro de la federación

española en la Blume desde 2004, estaba en la grada. Vio algo en mí…». Carolina Marín llevaba un año dedicándose en exclusiva a ese deporte y aún se pregunta el qué. «Cuando reviso mis vídeos jugando con nueve años digo: "Era mala…". Ahí era imposible decir: "Aquí tenemos un diamante…". Sin embargo, Fernando…». Sin embargo, Fernando Rivas le arrancaría todas las capas de carbón que ocultaban su brillo «con un método distinto al tradicional que se desarrollaba en Asia». Un método basado en el análisis, la táctica, la estadística y el *big data*, primo hermano de la inteligencia artificial. Ella ya llevaba de serie algo. «El esfuerzo, el trabajo y la disciplina».

Siete años más tarde, en 2014, Carolina Marín no podía caminar por ningún país de Asia, donde el bádminton es como el fútbol en Europa y Sudamérica, sin sentirse como Cristiano Ronaldo o Messi al cruzar una calle para dirigirse de su hotel al gimnasio. Perseguida ya entonces por gritos, peticiones de fotos, vídeos y autógrafos, una celebridad en esa parte del mundo desde que el 31 de agosto de aquel mismo año se hubiera proclamado campeona del mundo frente a la china Li Xuerui.

«Para mis padres fue dura mi marcha», apunta de pronto, girando el relato. Habla de su traslado de Huelva a Madrid en 2007, gracias a la mano tendida de Fernando Rivas, cuando ella era aún una niña y en su casa la familia se había escindido. «Para ellos fue una decisión muy difícil, estaban ya separados. Yo tenía trece años, era hija única y dar ese gran paso, dejarme ir, les resultó muy complicado —explica—. Pero hoy en día se sienten muy felices por la decisión que tomaron en ese momento», añade, en plural, aunque uno de los dos, su padre, ya falte. «¡Él siempre tenía el no en la boca como primera respuesta!», continúa, con una risa en la que se puede tocar la nostalgia. «Sí que es verdad que yo tuve muchas ganas, mucha ilusión: lo veía como una oportunidad». Como uno de esos trenes en los que sólo se puede montar una vez, justo en el momento en el que pasan. «Y creo que el momento era aquél», señala. 2007. Fernando. La Blume. Una frase de su madre le haría la maleta en aquel viaje y todos los que después vinieron por el mundo. «"Hija mía, las puertas de casa siempre van a estar abiertas. Si no te va bien, siempre puedes volver". Y así me lo he tomado siempre.

Si no va bien, ahí estará mi casa». Su casa en Huelva, con la puerta abierta como red de seguridad. Todo había comenzado en realidad con la pasión de Antonia, su madre, por el flamenco.

«Ella fue bailaora y yo empecé a practicarlo con cinco años», expone Carolina mientras en la camilla, tras seis horas de entrenamiento, destensa sus músculos uno de los dos fisios que forman parte de su equipo (completado por otros dos entrenadores, además de Fernando Rivas, una psicóloga, un representante, un abogado y un jefe de prensa). «En aquellas clases conocí a Laura, una compañera con la que bailaba y que me descubrió el bádminton cuando yo tenía ocho». Hasta los doce combinó ambas actividades. Pero entonces dejó la primera para sólo dedicarse a la segunda. Un año después, en 2006, llegaría Fernando en aquel campeonato en Menorca. Cuando la niña Carolina Marín ya no soportaba perder en la pista.

Podía no golpear aún del todo bien, desplazarse, pero ya era una fuerza incontrolable cuando competía. Sólo había que encauzarla. Su voz se pone tensa al posarse en ese recuerdo, cuando de niña destrozó una raqueta de pura frustración al perder un partido. «Costaban 80 o 100 euros cada una, y sólo tenía dos. La economía de mis padres no era boyante». Romperlas suponía un sacrificio para todos, aunque su madre ya no pudiera evitar llamarla la McEnroe del bádminton. Porque se enfadaba si perdía. Porque a esa edad ya paraba partidos si pensaba que había anotado un punto y no se lo habían dado. Por aquellas raquetas que estampó contra el suelo o la pared. «En realidad no fueron muchas. Cuando llegué a la Blume fui consciente de que no podía hacer eso de romperlas de la mala leche». Aquel aprendizaje de la infancia se le quedaría en la maleta como la frase de su madre en el viaje hacia la eternidad de su deporte. Quedarían sus gritos. Esos que amedrentarían rivales desde que pusiera un pie en ese pabellón de la Blume junto a Fernando Rivas.

Descubrió que un volante de bádminton puede alcanzar la velocidad de un Fórmula 1, trescientos setenta kilómetros por hora, lanzado desde su muñeca izquierda con el método que su preparador le enseñó, que enseguida fue soplando de su piel todo el negro carbón. Con la

exigencia máxima y el respeto, sin insultos, y atado a esa frase que ella empezó a repetir como seña de identidad: «Puedo porque pienso que puedo».

En 2008 derribaba el primer techo de cristal: se llevaba la plata en el campeonato de Europa junior, la primera española en conseguirlo. Seis años más tarde, en 2014, aquel oro que la transformaba en la Cristiano o la Messi de Asia era sólo el comienzo de su propia dinastía. Era la primera española y la tercera europea en ganar ese título, después de Lene Køppen en 1977 y Camilla Martin en 1999. Aquel mismo año lograría posicionarse como la número uno del mundo en su deporte. Por supuesto, también era la primera europea en lograrlo. Con eso sacó al bádminton de su reducto y lo coló en todas las casas de España una tarde de domingo en agosto. RTVE emitió a través de su canal temático dedicado al deporte, Teledeporte, la final del Campeonato de Europa de Bádminton que ella ganó con una foto de su abuela materna, Carolina, en el bolsillo de su pantalón. Fallecida pocos años antes, de ella heredó el nombre y la fuerza.

Llegaban los tiempos de recoger tanto esfuerzo en la sombra, de entrenamientos con Fernando Rivas que no se terminaban nunca, sin que su nombre asomara más allá que en ese lugar lejano en los mapas. España empezó a conocerla, España empezó a mirarla, España empezó a seguirla fascinada y perpleja. Número uno del escalafón mundial de bádminton durante sesenta y seis semanas seguidas. Otras dos veces campeona del mundo (2015 y 2018). Los europeos de 2016, 2017 y 2018. El oro olímpico en los Juegos de Río 2016. El caminar por España con ese runrún siseado en respeto: ahí va la chica del bádminton.

Esa chica del bádminton campeona de todo que en 2019, al devolver un volante en el Masters de Indonesia, se rompió una rodilla por primera vez. «Era uno de esos pocos partidos en los que piensas: “Éste lo gano”. Iba 9-2, estaba jugando muy bien, pero salté y el ligamento cruzado anterior de mi rodilla derecha se rompió, que yo pensaba que se me había salido, no que estuviera roto. De hecho, quise seguir porque sentía que podía ganar, e incluso hice un punto de ataque, algo

muy fuerte». Pero, al regresar a Madrid, la realidad cayó sobre ella con ese diagnóstico, rodilla-rota-a-un-año-de-los-Juegos-de-Tokio, que le hizo sentir todo el peso del mundo en los hombros. El deporte le mostraría su cara más dura: la de esas lesiones que varan a deportistas de los que todo se espera. Obligados a frenar, a parar, para reencontrarse a sí mismos, si el cuerpo les deja. Y, mientras su propio frontón se levantaba ante ella, su padre sufría un accidente de trabajo que le dejaría su foto como fondo de pantalla en el móvil cuando la de su abuela ya no estaba en el bolsillo de su pantalón de competir.

«No le deseo a nadie lo que yo he pasado y sufrido los últimos años», dice, bajando la voz, doliendo en cada palabra. «La lesión, la pandemia por la COVID-19 que vivimos todos complicada por el accidente de mi padre». Una caída en su lugar de trabajo, una empresa dedicada al material de oficina, un golpe en la cabeza, un quirófano de urgencia, muchos meses de agarrar fuerte su mano en una habitación de hospital. «Sólo estábamos mi madrina, que es su hermana, y yo. Imposible rotar o descansar un poco. Entre las dos lo llevábamos como podíamos para tratar de sacarlo adelante». Pero eso no sucedió. Cinco meses después del accidente, en julio de 2020, su padre fallecía y ella, que a la semana de romperse la rodilla derecha ya entrenaba con una muleta en una mano y su raqueta de bádminton en la otra, tenía otra razón más para levantarse: volver a ganar con la mirada al cielo para dedicárselo a él, como antes de ese 2020 hacía, pero encontrándolo en la grada.

Como el confinamiento pospuso la cita olímpica de Tokio de 2020 a 2021, Carolina regresó demostrando que estaba de vuelta como si nunca se hubiera roto la rodilla derecha: ganó su quinto europeo, volvía a ser campeona después de haber rozado el abismo al recibir a la vez los golpes más duros del deporte y de la vida. Los Juegos eran la meta subrayada en rojo. Pero a un mes de celebrarse, en un entrenamiento, la que se quebró fue su rodilla izquierda. «El pie se me quedó frenado y la giré más de lo normal. Me rompí el cruzado y los dos meniscos». Otra vez, a ese mes de poder empezar a gastar la vida extra que el retraso de la cita de Tokio le había dado mientras se recuperaba de su lesión anterior. «No es sólo que se rompieran el

cruzado y los dos meniscos. Es que los meniscos son muy importantes para los jugadores de bádminton. Es un deporte con movimientos muy agresivos sobre éstos porque tenemos unos desplazamientos y a la vez nos movemos en todas las direcciones». En su caso, explica, el doctor intentó mantenérselos lo máximo posible en el quirófano. «Sabiendo que los tengo tocados, el externo con una roturita parcial, dentro de lo que cabe se pudo salvar, pero ese año y medio fue muy complicado en lo mental». Otra vez todo, porque volver a levantarse es más duro que caer por primera vez. «Venía de la otra rodilla, papá, la otra lesión… Y es complicado superar obstáculo tras obstáculo tan seguido».

Pero ahí estaba Fernando Rivas para alzarla, aunque para ello tuviera que variar su método. Con menos entrenamientos y pista, para reducir los impactos, pero más físico como prevención: éste más equilibrado y sus rodillas más protegidas y sanas. Por eso, cuando en junio de 2023 Carolina se proclamaba por séptima vez campeona de Europa tras esa segunda lesión, miraba primero emocionada al cielo y luego al frente, con los ojos en esos Juegos de París 2024 en los que tendrá ya treinta y un años, en los que buscará volver a llevar su deporte a esa frase que desde hace unos meses se puede leer, con su foto, en las paredes de pabellón dedicado al bádminton en la Blume de Madrid: «Puedo porque pienso que puedo». Y porque sus gritos sólo pueden vivirse en directo, mientras gana, a pesar de las rodillas llenas de cicatrices y esa foto en el teléfono de quien falta tanto en la grada.

Para seguir abriendo camino.

Porque después de que se proclamara campeona olímpica en los Juegos de Río 2016 las raquetas y los volantes de plumas de bádminton se agotaron en las tiendas especializadas en España. Porque después de que se proclamara campeona olímpica en los Juegos de Río 2016 las nuevas licencias para practicar su deporte se incrementaron un 195 por ciento en España. Porque después de que se proclamara campeona olímpica en los Juegos de Río 2016 ha vuelto a coger muchos taxis, pero ningún conductor se ha girado para hablarle de tenis al verla por el espejo retrovisor. Es ella. La pionera Carolina Marín en un siglo XXI en el que parecía difícil que aún pudieran vivirse primeras veces en el

deporte. Pero ella lo ha conseguido, llenando a su paso los parques de familias pasándose el volante.

Sandra Sánchez

(Talavera de la Reina, Toledo, 1981)

La primera vez que el karate se le negó, Sandra tenía cuatro años y sus padres decidieron apuntarla a ballet. «Y a mi hermano, que es dos años mayor, a ese otro deporte que yo no tenía muy claro qué era, pero que, si él iba, yo también quería». En el salón de su casa ya andaban siempre peleándose como en sus dibujos favoritos de la tele, *Bola de dragón*. Sandra Sánchez no puede contener la risa al recordarlo, una mañana en una cafetería en un centro comercial próximo a la sede del COE en Madrid, con esa carcajada plena que forma parte de ella como ese deporte de su cuerpo desde aquel momento. O, más bien, desde dos semanas después de ese primer no. «Que fue lo que mis padres tardaron en matricularme a mí también. Los pobres lo habían hecho con toda su buena intención, porque pensaron que a mí me gustaría más el baile». Otra cosa tampoco tenía sentido. Entonces, a mediados los años ochenta, eso parecía lo natural: los niños, a la lucha; las niñas, al tutú. Lo esperado de cada género. Como el azul y el rosa. «Eso sí, el profesor les recomendó no comprarme el karate-gi ni nada: "Es una inversión de entre 6.000 y 10.000 pesetas [entre 35 y 60 euros], y si la semana que viene se le pasa la tontería…"». Eso nunca ocurrió. Al contrario: Sandra se convertiría en la mejor karateca del mundo.

Enseguida destacó. Llámalo genética. Esos brazos que parecen tallados por Miguel Ángel en mármol, con cada fibra marcada, los músculos definidos, las formas perfectas. «Tenía ese punto genético y ese de locura, de atreverme a hacer lo que me dijeran. "Tírate aquí". Y

yo me tiraba. “Súbete ahí”. Y yo me subía —sigue su carcajeo—. Al principio ya se me daban bien los katas y empecé a ir a campeonatillos. En el primero, con ocho años, quedé subcampeona de España. En esa época hacía muchos mixtos porque no había categorías suficientes para hacerlos sólo de chicas y, de pequeñas, nos mezclaban».

De los veinticinco alumnos que había en clase sólo dos eran niñas, aunque los colores del karate son blanco, amarillo, verde, naranja, marrón, negro y rojo, el rosa y el azul ni existen ni separan. «Cuando te pones el karate-gi no hay niños o niñas, hay karatecas». Al terminar la clase ya es otra historia: «En la competición sí que había (y hay) diferencias. Internacionalmente, los equipos femeninos se componen de tres miembros, mientras que los masculinos de cinco. Llevamos peleando esa igualdad mucho tiempo, pero cuesta, cuesta…», confiesa Sandra, antes de contar lo que a ella nunca le costó: aquellos katas. «En el karate están los katas y el combate, el kumite. Los primeros a mí me gustaron desde el principio porque para hacerlos no dependes de nadie y aglutinan todas las técnicas que existen. Cada movimiento tiene un significado: qué es una defensa, qué es una luxación, qué es un agarre. Duran entre dos y tres minutos, y a nivel competitivo se valora la técnica, la velocidad, la fuerza, el equilibrio y lo que transmites». Mientras los describe, cierra los ojos y los ejecuta de manera inconsciente, como si no existiera nada más. El agarre, la defensa, el puño cerrado. Forman parte de ella como esa carcajada que no tensaron ni las curvas, que las hubo, y muchas, marcadas por aquella primera, el cáncer que diagnosticaron a su madre, que la apartó de la profesionalización cuando acababa de llegar a la residencia Blume en Madrid y la obligaría a dar una vuelta gigantesca antes de llegar a su destino último, la gloria olímpica en el karate.

Era 2001, Sandra tenía veinte años y había ido evolucionando a pesar de no haber formado jamás parte del equipo nacional. «Era más difícil llegar a la élite temprano. No había campeonatos internacionales de niños; el de España era lo máximo a lo que aspirábamos». Su maestro en Talavera, Javier Piñero, hoy presidente de la Federación Castilla-La Mancha de Karate, propuso su nombre (junto al de Damián

Quintero) para la primera tanda de becas en la modalidad de kata en el Centro de Alto Rendimiento, esa residencia Joaquín Blume. «Pero a los pocos meses le diagnosticaron a mi madre el cáncer». Y ella hizo precipitada la maleta para regresar a Talavera. «Yo no pensé en nada, sólo me fui con ella y punto. Tampoco creí que las consecuencias deportivas pudieran llegar a ser tan grandes». Era una causa de fuerza mayor. Y Sandra seguiría como hasta ese momento, con entrenamientos de siete horas cada día de la semana. «Con lo mismo que me había hecho llegar hasta donde estaba». Pero durmiendo en casa. «Cuando mi madre estaba tan mal con el tratamiento que se levantaba por la noche, con ella nos levantábamos todos. Si no podía dormir, no lo hacía nadie». Dos años más tarde, sin embargo, comenzó a tomar conciencia de que esa decisión la había invisibilizado. Continuaba presentándose al campeonato de España y ganando «medallitas», pero para el karate había dejado de existir a nivel federativo.

«Durante tres años no me llamaron para nada, ni siquiera para regresar al CAR, a la Blume. Es como si hubiera entrado en una lista negra para los directivos de la federación». No volvieron a contar con ella ni para un entrenamiento, ni siquiera para una tecnificación con España. Borraron su teléfono y su nombre, como si nunca hubiera existido. Había despreciado su beca. «Aunque mi salida no hubiese tenido nada que ver con que me cansara entrenar o me disgustase la Blume». Aunque ella se hubiera ido por cuidar a una madre enferma. Sandra Sánchez desapareció. «Entendía que no me llamaran a nivel individual, porque en el campeonato de España quedaba segunda, pero ¿en el equipo tampoco?, ¿con tres vacantes?». El karate la abandonó a nivel federativo, pero ella nunca dejó el karate. «Yo seguía y seguía, porque me gusta hacerlo y porque al llegar a cada campeonato creía que, si intentaba hacerlo mejor, al año siguiente se iban a dar cuenta de que estaban equivocados». Que ella valía, que seguía valiendo. Y aquí, cuando el karate la negó por segunda vez, comienza el episodio que engrandece su historia. Porque Sandra no se rindió, siguió ensayando katas un millón de veces cada noche antes de dormir. El agarre, la defensa, el puño cerrado, el karate-gi fundido en su cuerpo como si

fuera piel propia. «Paralelamente, termino mi carrera universitaria, Ciencias del Deporte, y con el tiempo estudio también Enfermería». Después se marchó un año a Australia con una beca para aprender inglés.

«Vivía en Brisbane. Allí comencé a impartir clases extraescolares de diferentes deportes, karate incluido». No había colgado el karate-gi, aunque sí de algún modo. Tantos golpes contra la pared habían ido haciendo agujeritos en su ánimo. Una pared como muro ante esa realidad: la élite del karate había llegado y pasado por su vida sin que a ella le hubiera dado tiempo siquiera de ser consciente, aquellos dos meses sólo en la Blume antes de regresar con su madre. «Para mí, ahí, deportivamente…». Y sus puntos suspensivos tienen la forma de los chichones que se habían ido formando en su ánimo. «A nivel competitivo había dicho hasta aquí». Mientras lo dice, un collar con los oros olímpicos en plata asoma por primera vez en su cuello. «Me hicieron el vacío tantas veces que dices: "También tengo mi corazoncito", tenía ya veinticinco años, y, aunque no lo pasara mal mal mal me dolía». Y un año, otro, otro… «Y yo sabía que me tenía que desarrollar a nivel profesional y personal», aunque fuera lejos del karate como competición. Que debía buscar un trabajo, tener un sueldo, y quizá vivir como tantas otras personas viendo los éxitos del deporte por la televisión. Por eso, cuando regresó a España, volvió a trabajar como dependienta en una gran cadena de tiendas deportivas, de nueve a nueve, sin colgar el karate-gi, pero sin volver a descolgarlo de verdad. En sus fibras quedaban todos los «y si…» de su vida, todo lo que Sandra hubiera podido llegar a ser si con veinte años no se hubiese marchado a abrazar a su madre para estar en familia en el momento más duro de su casa.

Aquí viene el tercer *no*. Y éste salió directamente de su boca.

Antes de continuar su relato, busca con la mirada al hombre que está en la barra pidiendo café y forma parte de su historia como los aros olímpicos de ese collar en su cuello: se llama Jesús de Moral y es su marido, aunque primero fue su entrenador. «Cuando regresé, él ya era el seleccionador de katas de Castilla-La Mancha. Javier Piñera era el

presidente de esa federación, y entre los dos se juntaron para convencerme de volver, porque no había nadie en katas en la comunidad». El «no» de Sandra fue rotundo. «Yo me había desconectado. No sólo era ya que no me llamaran para el equipo nacional o no llegar a un campeonato de Europa, es que pensaba: "No voy a perder ahora con gente a la que antes ganaba". Pero en karate, cuando tu maestro, un sensei, te ordena algo, tú has de respetarlo y cumplir con lo que te dicen». Y el karate-gi seguía siendo su piel, aunque desprendiera un leve olor ya a naftalina de armario.

Terminó aceptando, por supuesto. Aunque con una condición: que su entrenador fuera Jesús. «Conocía su capacidad, sabía lo que juntos podíamos crear». Pero, por cuarta vez, el karate se le negó. «Porque, entonces, ¡él me dijo que no!». Que *no* después de tantos meses de intentar convencerla para que ella dijera que *sí*. Que *no* tras tanta insistencia. «Él había tenido gimnasio toda la vida y había vivido muchas veces el entregarte a alguien. Ofrecer tu trabajo, tu vida, tu tiempo, a un competidor que de pronto un día llegaba y decía: "Adiós". ¿Y tu tiempo dónde queda, adónde se va todo lo que has invertido en esa persona, todo lo que te has perdido en tu casa, cumpleaños, momentos? Jesús estaba convencido de que yo en unos meses abandonaría». Y Sandra le insistía: «Que no, que no, que yo no soy así». Pero Jesús erre que erre: «Que no, que no y que no, que él no sería mi entrenador». Un Jesús que justo en ese momento llega a la mesa con los cafés humeantes y se sienta al lado de Sandra, hierático y adusto, pero sin poder evitar que los músculos de su boca tiren de las comisuras de sus labios hacia arriba, hacia una sonrisilla que se escapa. «Pero menuda soy yo», postula Sandra, con esa carcajada que es como agua clara, de tan pura. «Como él tenía el gimnasio en Alcalá de Henares, pensé que si me inscribía no me podría decir que no». Y así lo hizo. Cada día ella recorrería en coche los ciento sesenta kilómetros que separan Talavera de la Reina de Alcalá de Henares, ida y vuelta, gastándose los cuatro duros que ganaba en gasolina.

«Bueno, en realidad pensé: "O llama a la policía, porque se piensa que estoy loca, o me tiene que aguantar"». Sandra volvió a comenzar en

el karate desde la base, en el gimnasio Jesús del Moral, apuntándose a las clases grupales, esas para todo el mundo que no distinguen nivel, edad o categorías. «Él creyó que yo estaba loquísima», confiesa, sin que se le apague la carcajada. «Yo me quedaba a todas las posibles. Salía de allí a las diez de la noche y llegaba a casa a las doce. Así cada día, hasta que le di un poquito de pena…». A los tres meses, Sandra al fin escuchó: «Vale, vente un día por la mañana y empezamos con entrenamientos específicos». Lo que ella nunca imaginó es lo que a partir de ese día siguiente le esperaría: «¡Los primeros entrenamientos los hizo para matarme, te lo juro, para matarme!». El general Patton al lado de Jesús era una abuelita. «Pero ¿sabes qué pasa?: que yo no sudo. La gente me lo pregunta: "¿Cómo puedes competir con flequillo?". Pero es por eso, porque no me suda la frente». Y, como aún no tenían confianza y él no la veía sudar, apretaba y apretaba y apretaba. Mientras lo cuenta, Sandra parece hasta perder el aliento. «Físicamente me llevaba al límite». Hasta que un día ella creyó morir, y estalló: «Para, Jesús, no puedo más». Entonces escuchó la frase que les cambiaría la vida a ella, a él y al karate en general: «¡Pero si no estás ni sudando!». Sandra tiene que parar, es tal el carcajeo. Jesús tampoco frena la sonrisa total en su rostro. «Espera, espera, ¡es que yo no sudo!; que, si es por eso, vamos a hablarlo primero», se escuchó a gritos en el gimnasio Jesús del Moral de Alcalá de Henares.

«Yo sabía que tenía potencial, pero no si estaba dispuesta a dármelo todo, por eso la puteaba», interviene Jesús por primera y última vez en la mañana. Saber hasta dónde podía llegar. Los aros olímpicos asomaban por debajo de la camiseta de ella como una mano alzada.

Los resultados no fueron inmediatos. Sandra Sánchez regresó a la competición donde se había quedado cuando su madre enfermó: el segundo puesto en los campeonatos de España. «Entonces decidimos irnos tres meses a Japón para entrenar con un montón de maestros, mezclando lo que nosotros estábamos creando, ese modelo de combinar todo el entrenamiento físico con las katas, que ya se hacía en otros deportes, pero en éste no». Era 2013 y en Oriente absorbieron cuanto sus ojos, su cuerpo, sus pulmones y fibras fueron capaces. «Nosotros no

podemos igualar a los japoneses, que son los creadores de esto, y copiándoles no íbamos a conseguir ganarles. Teníamos que crear algo propio». Fueron noventa días en los que todo el dinero ahorrado se esfumó en hoteles y el pago de entrenamientos. «Noventa días en los que sólo comimos arroz y *noodles* de esos a los que les echas agua caliente y ya…», se escucha otra carcajada de Sandra que es todo electricidad. Como en aquel programa de los años noventa en la tele, *Lluvia de estrellas*, la atleta que regresó de aquel viaje es la que terminaría de derribar hasta la última pared, aunque aún tuviera que escuchar algún otro *no*.

El año siguiente por fin derrotó a Yaiza Martín, la mujer que siempre quedaba por encima de ella en el campeonato nacional, y que en ese momento era campeona de Europa y medalla en los mundiales. «Fue un logro. Arbitralmente, es muy difícil que alguien nuevo consiga ganar en el karate. Al final te evalúa un ojo humano y has de convencer a la mente del que te ve». Ese mismo año se coló en el circuito mundial por un resquicio que ella y Jesús encontraron y al que se agarraron: «Podías participar representando a un club, sin depender de una federación». Dinero no tenían para irse muy lejos, pero para ir a París sí. El arroz (o *baguettes*) siempre estaba ahí. Y los malditos *noodles* para aguantar gastos, billetes de avión y hoteles. Sandra Sánchez representaría al gimnasio Jesús del Moral. «La primera vez, no gané. Perdí el pase a la final contra Japón y luego la repesca contra Francia, que en ese momento era subcampeona del mundo». Pero sí, de cierto modo sí lo hizo: «Un club de Dubái me vio competir, pensó que tenía condiciones y me propuso hacer el circuito mundial representándolos». No había un sueldo, pero al menos el karate dejaría de costarles dinero.

«Eso para mí fue…». No sólo la emoción de haber dejado de ser invisible, que alguien la viera por primera vez, que la volvieran a ver después de todo, de tanto. «Yo no era nada todavía y no dejaba de preguntarme por qué a mí». Aquella propuesta les abrió la posibilidad de competir en más campeonatos del mundo. Ya no sólo París porque estaba cerca y los vuelos se los podían pagar. «Si había un Open en Egipto, me llevaban». Compitió en dos o tres, empezó a acumular

medallas y, desde Dubái, le propusieron que se mudaran a los Emiratos Árabes Unidos para entrenar allí. Sandra pensó que, en cuanto se lo comentara a Jesús, éste volvería a negarse, como en una nueva anécdota entre ellos, como la de los viajes Alcalá-Talavera y el no-sudor en la frente de ella. Pero lo que escuchó fue un «nos vamos» que a Sandra la llevó a pensar que el tiempo de los *noes* se había terminado en su vida. Dos meses más tarde estaban viviendo en Dubái. Y, en efecto, éste sería el tren que pulverizaría todas las curvas. Las del pasado también.

En 2015, Sandra Sánchez hizo historia al convertirse en la primera karateca española en la modalidad de katas en lograr el primer puesto de la liga mundial. «Fue un boom», balbucea, su relato de pronto se acelera. Su nombre, el de la karateca que había crecido a pesar de la sombra y el silencio federativo, pasó de la nada a las mayúsculas. En 2015, Sandra Sánchez ganaba el campeonato de España. «Y entonces abrieron el debate de que si tenían que llevarme a mí al de Europa o no. Fue duro, porque les parecía bien que ganara, pero no veían que yo tuviese una proyección de futuro». Decían que ella ya era muy mayor. La edad en su DNI ahora como otro obstáculo insalvable. «Yo tenía treinta y dos años y ahí sí que lo pasé mal. De repente empecé a sufrir por todo lo acumulado durante años». Se sentía impotente. «Antes, cuando me tiraban con el "no vales", iba a Jesús y le decía: "Déjame llorar veinticuatro horas"». Y en la veinticinco se arrancaba las lágrimas a base de katas que le brotaban desde ese dolor, desde el alma. «Porque antes yo seguía en mis trece, obcecada en demostrarles su equivocación, con mis entrenamientos y trabajo. Pero ¿qué haces cuando te dicen que eres demasiado mayor? Contra la edad no podía luchar, no podía cambiar el año de mi nacimiento». Ya no dependía de ella. Hasta que desde el CSD, el máximo organismo del deporte en España, dieron un golpe en la mesa: «Pidieron a la federación confeccionar una selección auditada por ellos». En un principio, la federación se revolvió, pero acabó aceptando y Sandra viajó desde Dubái sólo para ello. «Ahí estaban todos de traje. El director técnico, el del arbitraje, un miembro del CSD. No sabes la tensión que había». Se

cortaba en una sala en la que hasta el silencio parecía pesar. Cuando Sandra salió a competir, sus 1,60 metros de pura fibra tenía tantas emociones guardadas que sólo se dedicó a hacer una cosa: que todos los allí presentes las sintieran a través de sus katas. Su agarre era el dolor; su luxación, las maletas hacia el exilio; las lágrimas que empañaron muchos días, su carcajada; el que no se comprendiera que antes que todo estaba una madre, su defensa; que de verdad no quería volver a meterse en la boca nunca más unos malditos *noodles* calentados en agua.

«Regresé a Dubái sin saber qué pasaría. Y Jesús me decía: "Vamos a entrenar como si fueras a ir al campeonato de Europa con España, aunque sepamos que eso no va a pasar"». Jesús se equivocó. A Sandra la convocaron. «Sobre los hombros sentía una presión fortísima». Ahí estaba su oportunidad, la de verdad, esa con la que podía derruir todos los años que había pasado silenciada. «Cuando salieron las liguillas me tocó la francesa, Sandy Scordo, subcampeona del mundo, en el primer enfrentamiento. Yo nunca le había ganado. Todos me miraban con cara de pena y yo pensaba: "No voy a poder volver a España tras esto…". Y después de la francesa venía la italiana, campeona de Europa el año anterior. Y Jesús me decía: "Si quieres ser campeona, tienes que ganarles a todas". "Ya, sí…, pero no a todas el mismo día", le respondía yo». Y lo hizo. La *desconocida* Sandra Sánchez se proclamaba campeona de Europa. Y después también del mundo.

En 2016 volvería a cruzar las puertas de la Blume en Madrid como una residente más. Y con su madre bien, curada, sobre todo eso. «Me sentía rarísima. Era todo como un *déjà vu*, como si no hubieran pasado quince años, como si la vida no me hubiera dado una vuelta tan tan grande hasta volver hasta ahí». Los Juegos de Tokio 2020 se vislumbraban en el horizonte, envueltos como en papel celofán: por primera vez en la historia el karate sería deporte olímpico. También la última, de momento, y un cierre perfecto para abrochar la historia de Sandra como lo hace ese collar en su cuello. «Aunque, por supuesto, tampoco sería fácil: la COVID-19 haría que se retrasasen un año, que se celebraran en 2021 y no 2020». Y ella, que en principio iba a llegar con

treinta y ocho años (a un mes de los treinta y nueve), pisó Japón con treinta y nueve (a un mes de los cuarenta) y escuchando cada día la misma pregunta (recriminación, incluso): «¿No se siente mayor?». «Llega un momento en que tú también te condicionas… "¿Y si de verdad este año se nota?". En el CAR me picaba muchísimo cuando nos hacían las pruebas: "¿Me he hecho mayor o sigue subiendo la gráfica?". Necesitaba algo tangible». A medida que las restricciones por la COVID-19 se fueron levantando y regresaron los campeonatos, Sandra comprobó que el tiempo había pasado por los relojes pero no por su cuerpo. Siguió coronando con oro todo aquello en lo que compitió: el europeo, el campeonato de España… Y viajó a Tokio con la maleta llena de mascarillas, el miedo atroz a un positivo y un cambio de última hora en el reglamento: ser la número uno del mundo ya no daba ninguna ventaja en la liguilla. «Eso te posicionaba como cabeza de serie, que sale la última. Pero el día antes de competir, el último era el número dos y el número uno era el último del primer grupo sin que cambiaran los árbitros, que es algo así como ser la quinta de diez». A quien más beneficiaba esa modificación era a Shimizu, representante del país anfitrión, donde además había nacido el karate. Ella sería y no Sandra, tras eso, quien competiría la última.

«Cuando llegamos se respiraba un ambiente… Jesús me decía: "Sal y disfruta, pero ya sabes lo que hay". Y yo, por contra, me rebelaba: "Que la voy a liar, ya verás que la lío". Y él me miraba con ojos de "pobrecita, qué ilusión tiene…"», recuerda Sandra, con las orejas como tirándole de cada uno de los vértices de su carcajada, así de grande asoma el recuerdo. Pasaban las siete de la tarde del 5 de agosto de 2021 en el Nippon Budokan de Tokio, cuando Sandra Sánchez y Kiyou Shimizu comenzaron a disputarse el oro olímpico en karate con la kata *chatanyara kushanku*. «Yo salí primero. Terminé y después compitió ella, eran tres minutos». Los treinta segundos que pasaron hasta que los jueces anunciaron la decisión final se le hicieron más largos que todo su viaje España-Australia-Japón-Dubái-Japón para llegar hasta allí. Cuando el que se alzó fue su brazo, ella no supo si llorar, reír o correr a abrazar a Jesús. «Tampoco lo celebré en exceso. Estaba feliz por mi

victoria, pero sentía también la tristeza de mi rival, que yo he estado en ese lado muchas veces». Después, en los vestuarios sí lloró, gritó, pataleó y abrazó; sí se emocionó. No sólo era campeona olímpica en karate, también podía llamar a ese contacto en su teléfono que dice «Mamá» para contárselo.

Ahora ya sí podía guardar de verdad el karate-gi de competición. En 2022 anunció su retirada y afrontó cada campeonato como una despedida. Ahora pelea de otra manera por esa última espina: «Que el número de representantes femeninas en los equipos sea cinco y no tres, cinco como los hombres —insiste e insistirá—. Pero aún queda camino. Mira cuántas mujeres hay presidentas de federaciones. ¿Una? ¿Tres? A mí me proponen ser seleccionadora de karate Sub-21 femenina, pero no de chicos, ¿por qué? ¿Una mujer sólo puede entrenar a otras mujeres pero a varones no?», se pregunta, saliendo ya del centro comercial. «Todavía, en muchas reuniones, ves siempre ahí a los *men in black*. Faltan aún por llegar las *woman in black*», dice, y su carcajada se pierde camino del COE, a un acto. Los aros refulgen en su cuello por última vez, mientras Jesús le pasa la mano por el hombro y caminan como bajo esa frase de Piccolo en *Bola de dragón*: «Gohan, me mostraste que el poder no es nada si no es guiado por el amor».

Pues eso.

Yolanda Parga

(A Coruña, 1978)

El invierno pasado Yolanda Parga vio aparecer a su hijo mayor, Carlos, de quince años, vestido con ropa de árbitro y esa frase en la boca («mamá, yo quiero ser esto») y sintió que regresaba al pasado. Un pasado en el que su hijo era ella, y ella, su padre. Un pasado directo al corazón de los años noventa, cuando muchas niñas ni sabían siquiera que podían formar parte de equipos de fútbol femenino. «Imagínate, árbitro», ríe Yolanda, cercana, pura, la mujer que desde 2022 dirige el arbitraje femenino del Comité Técnico de Árbitros en la Real Federación Española de Fútbol, la que fuera esa niña que se había presentado ante su padre con la misma frase («papá, yo quiero ser esto»), a los trece años, en el salón de la casa familiar en A Coruña. «Su camiseta me llegaba por las rodillas y sus pantalones por los tobillos —vuelve a reír—. Desde entonces ya no me desvinculé nunca del arbitraje». Escribiendo esta historia con su silbato, la de las mujeres árbitro.

Una lucha por entrar en un mundo tanto tiempo vedado, aunque la primera mujer juez que hubo en deporte fue en hockey en 1936, de nombre María Bartolozzi. En el fútbol, las pioneras asomaron de la mano de las que se atrevían a ser futbolistas, aunque siempre de manera no oficial. Lo recogía el diario *ABC* en la crónica de un partido de 1962 donde el trío arbitral era íntegramente femenino, aunque no fue hasta 1986 que Rocío Álvarez, hija del árbitro de Primera División, Manuel Álvarez Margüenda, se convertía en la primera colegiada en el

fútbol español. La mujer comenzaba a conquistar ese espacio mientras la niña Yolanda acompañaba cada día a su padre, Ángel Parga Roca (que llegó a asistente del colegiado de Primera, Raúl García de Loza, en los ochenta) a los partidos con los ojos fijos y bien abiertos, grabando, sobre cada uno de sus movimientos. «Su labor aunaba, además del fútbol y el deporte, algo que a mí siempre me ha entusiasmado, el ser jueza, el impartir justicia».

El «estás loca» de aquella primera mañana en el salón pronto viró a un «coge la bolsa, que nos vamos». Porque así, con estas palabras, saludaría otro Ángel Parga Roca a su hija. «¿La bolsa? ¿Cómo? ¿Qué bolsa?». Su padre era el encargado de ordenar las designaciones arbitrales en la delegación de A Coruña y un colegiado había fallado en un partido de cadetes. Sin saberlo, Yolanda Parga se dirigía a su propio debut.

«Yo no lo tuve complicado por mi padre, que me fue guiando y me dijo por dónde tenía que acceder», el camino a seguir desde aquel primer partido de cadetes. «Lo asumí con la tranquilidad de quien ha crecido en una banda. Y tampoco me dio mucho tiempo a ponerme supernerviosa porque fue un aquí te pillo, aquí te mato». Eso sí, desde que años después llegara al mando del arbitraje, primero en el Comité Madrileño y desde 2022 en el CTA, lo haría con una decisión clara. «Que la niña que va a un campo de fútbol y se fije en la figura del árbitro sepa qué pasos tiene que seguir para convertirse en una». Que escriba en el buscador de Google las palabras mágicas («quiero ser árbitra») y en apenas cuatro centésimas de segundo encuentre el cómo.

«Esto tiene algo que te engancha». A pesar de ser la profesión más controvertida, esa que en un partido de fútbol siempre molesta. Dos rivales tirando de sus brazos, a un error de la lluvia ácida que parte de las gradas como un tsunami. «Un árbitro nunca quiere equivocarse. Y sus decisiones siguen creando mucha polémica». Especialmente siendo mujer. «A lo largo de los años sí que he notado un cambio. Al principio sentía que llegaba a un estadio y llamaba muchísimo la atención, sobre todo cuando te alejabas de las ciudades y te ibas a los pueblos, porque era algo a lo que no se estaba acostumbrado, las mujeres que nos

dedicábamos a esto éramos aún muy pocas. Hoy siento que se va normalizando y se dan situaciones muy desagradables, pero no te creas que los insultos que recibimos son diferentes de los que les dedican al resto de los deportistas». Siempre alrededor de esos verbos que son lugares comunes. Fregar, chupar, barrer. «Lo que consideran que son nuestras debilidades. Pero es como todo: si una persona tiene problemas de peso, la atacarán por ahí; si le falta pelo, por allá. Siempre nos disparan desde el mismo sitio». Esos verbos. «Sólo una vez tuve miedo por mi integridad física. Fue hace muchos años, en pueblos donde no estaba la fuerza pública, la Guardia Civil, para decir: "O paráis a la grada o no continúo porque no me voy a poner en riesgo". Aunque más allá de que seas mujer, lo que falta muchas veces es educación, y ésa se ha llevar de base». Padres gritando improperios delante de niños que son esponjas «e imitarán comportamientos» a medida que crecen. Como si pagar una entrada en el fútbol diera derecho a insultar.

«Si a esos que se comportan así les pusieran una cámara para ver cómo actúan y se lo reprodujesen en la televisión de su casa, tranquilos, con las pulsaciones y la adrenalina de un directo de fútbol atenuadas, les daría vergüenza de sí mismos», de verse en una grada de un campo enviando a una mujer a fregar sólo por el hecho de ser mujer. «Dedícate a otra cosa», le solían decir a Yolanda, también trabajadora social, después de los verbos. Ja. «No podría. Esto tiene algo que te engancha, que, cuando lo pruebas, quieres hacerlo para siempre». A ella le gustaba la banda, sobre todo la figura de asistente, hacia la que se dirigió casi desde que su padre le soltó la mano para que volara sola. «Cinco años después de aquel partido de cadetes estaba en lo que antiguamente era la Segunda B,[19] donde permanecí muchos años». Bajo una exigencia brutal también cuando no hay partidos. «Con pruebas físicas durísimas». Sin diferencias de género. «Si una mujer quiere arbitrar fútbol masculino en España, no hay diferencias: para la federación tiene que pasar las mismas pruebas que un compañero». La del yo-yo (carreras de ida y vuelta entre dos puntos separados por veinte metros) y la de velocidad, más la de carrera lateral para las

asistentes, específica en el desarrollo de su labor. Yolanda no alcanzó la élite del fútbol en España por no superar la de velocidad cuando iba a dar el salto a esa categoría, a la Segunda División (en la temporada 2006-2007). Aunque mientras, y a la vez, empezara a imprimir su nombre en la historia. Lo hizo en la final de la Liga de Campeones en Suecia en 2006, en la de los mundiales femeninos absolutos de 2011 y 2015, en los Juegos Olímpicos de Londres 2012 y los de Río 2016. «Conseguí la escarapela de la FIFA en 2002, porque no se puede ser internacional como asistenta hasta los veintitrés años y yo los cumplí el 6 de septiembre de 2001. El 1 de enero de 2002 ya era internacional».

«Arbitrar la final entre Japón y Estados Unidos del Mundial de 2015 fue mi partido más especial», dice, sintiendo cómo una cicatriz tironea por debajo de su ombligo como si quisiera asomar. La de la cesárea que había atravesado su cuerpo tan sólo ocho meses antes de aquel día y que fue la puerta por la que su hijo pequeño llegó al mundo. «Empecé a prepararme sólo un mes después. Di a luz el 11 de noviembre y a principios de diciembre ya estaba corriendo, dando vueltas al monte cercano a mi casa para que, si el niño necesitaba comer, mi marido me llamara. Yo iba, le daba la teta y vuelta a correr». Al mes de dar a luz, con esa cicatriz fresca mordiéndole las entrañas mientras se iba cerrando sin que Yolanda se diera descanso, con el peligro de que pudiera volver a abrirse. «Lo logré». Llegar al Mundial, ser la elegida para arbitrar la final, bajo focos que hacían buscar a otras niñas el «quiero ser árbitra» en Google. Porque ya son, ya van llegando también como aquellas que pedían ser futbolistas cuando no sabían que podían hacerlo en equipos con otras iguales. Los primeros nombres como botellas lanzadas al mar solitarias y náufragas ya iban creando arrastre en 2016-2017, cuando el incremento de las mujeres en el arbitraje era un dato palpable, una subida del 24 por ciento en presencia (setecientas entre quince mil colegiados), aunque aún había que mirar abajo, a la Tercera División del fútbol español para poder encontrar a una dirigiendo un partido masculino.

En 2017, la liga femenina española instauró una discriminación positiva: desde ese momento sólo podrían arbitrarla mujeres, veintidós

árbitras y veintidós asistentes. Fueron las mismas que, tras la puesta de largo de la liga profesional, la Liga F, en la temporada 2022-2023 retrasaron la disputa de su primera jornada pidiendo que sus salarios estuvieran acorde a los pasos: para pasar de cobrar 300 euros por partido a 1.666 (y las asistentes de 168 euros a 1.066). «A nivel nacional, la evolución ha sido un pelín más tardía, pero superrápida, y va vinculado a la profesionalización de las jugadoras». Y de las árbitras. Poder dedicarse sólo a eso. Como busca su hijo mayor desde que el pasado invierno se presentara en el salón de casa vestido de negro y con esas palabras en la boca: «Mamá, quiero ser árbitro». Y la satisfacción de Yolanda al viajar al pasado y sonreír al pensar que si fuera niña también podría porque ya nadie la llamaría «loca». Por esas puertas que ella, María José Alcántara, Marta Huerta de Aza y todas las demás han conseguido ya abrir con los años. A pesar de tantos cerrojos, cales y cantos.

Beatriz Galán Cayado

(Olivenza, Badajoz, 1988)

Desde una pedanía a cinco kilómetros de Olivenza, provincia de Badajoz, de poco más de cuatrocientos habitantes llamada San Jorge de Alor, el nombre de una mujer ha quedado escrito para el mañana: Beatriz Galán Cayado, la primera entrenadora de un equipo de fútbol masculino en España. A quien menos sorprende es a sus padres: cuando ella nació, la pelota ya estaba ahí. «Siempre me dicen que no pedía otra cosa». Que no levantaba un palmo del suelo y andaba ya enredada con una, aunque no supiera ni caminar. Más tarde lo haría en el cole, con los chicos, y un viento a favor: «Mi mejor amiga también jugaba al fútbol y eso ha sido una suerte». No era sólo ella, al menos había dos. Y para los partidos nunca las elegían las últimas en el patio del colegio en el que estudió, el Francisco Ortiz de Olivenza.

«En ese sentido me siento afortunada. He coincidido con muchas compañeras que me cuentan historias de cómo estaban siempre solas entre chicos o que su entorno no entendía que prefirieran el balón a la comba o las muñecas. Qué triste». Pero ése no fue su caso. Ni el de su mejor amiga desde los tres años, que llegó a futbolista del Villarreal Femenino. «Nunca recibimos un mal gesto ni nos prohibieron jugar. Éramos buenas, y nadie se atrevía a decirnos que no podíamos. De hecho, siempre nos elegían de las primeras cuando se repartían los equipos». Hasta los doce años jugó en su pueblo en un equipo mixto de fútbol sala. Pero, cuando llegó a la edad en la que separaban obligatorios los géneros, aquello se acabó. Ellos por ahí, el camino fácil

y horadado. Ellas por allá, el de las piedras. Beatriz cogió su hatillo y se dirigió a un equipo femenino que había en una localidad no especialmente cercana, Puebla («salíamos a las siete de la tarde, entrenábamos a las ocho y media, terminábamos sobre las diez y a regresar, otra hora»). Era el año 2001, era el CFF Puebla, un equipo pionero a nivel regional y nacional de fútbol femenino donde permaneció cuatro temporadas hasta fichar por el equipo de su pueblo, SP Llanos de Olivenza.

En 2010, se rompió el cruzado de la rodilla. El SP Llanos de Olivenza ascendió a Primera División femenina (hoy Liga F, entonces llamada Superliga) esa misma temporada y Beatriz entonces continuó como lateral derecho, demarcación en la que se quedaría tras pasar por varias posiciones en el campo, pero sin sentir que competía ya de verdad. «Estuve bastante tiempo renqueante tras la lesión, con muchos problemas musculares. Los dos años en la Superliga fueron un poco porque era capitana y porque el equipo era de Olivenza…, pero yo ya no estaba preparada». El cuerpo, más bien la rodilla, no le daba para más. Su cabeza, sin embargo, no dejaba de apuntar conceptos y esquemas de juego que guardaba para sí misma hasta que en su último año como jugadora (la temporada 2014-2015) el entonces entrenador del Femenino Badajoz de Olivenza, Enrique Antón, que se iba, le dijera: «"¿Y tú por qué no te quedas y ayudas, desde el banquillo, al técnico que venga?". Conocía el club, a todo el mundo, hacía funciones de directora deportiva, llamaba a jugadoras, me ponía en contacto… Tenía diecinueve años y me había sacado un título de entrenadora». Sus palabras se amontonan para explicar lo importante que fue ese momento. La verdad es que en el césped ya no disfrutaba igual, con ese maldito dolor siempre presente, punzando en la rodilla como como un hueso roto en un día de lluvia. Pero tampoco podía irse muy lejos: el dinosaurio seguía ahí. «Colgué las botas», murmura. Pero no del todo.

«En 2007 había empezado a estudiar Ciencias Políticas en Sevilla y el año que di el salto a los banquillos estaba compaginando los estudios con un posgrado a distancia. La nueva Beatriz Galán Cayado, esa que ya no vestía de corto, se iría la temporada 2016-2017 al Santa Teresa B,

equipo que ocuparía la plaza del Olivenza, también con las funciones de ayudante en un vestuario de mujeres. En la temporada 2017-2018 sería cuando le abriría la puerta a la historia al convertirse en la segunda entrenadora del San Jorge, equipo masculino de la Primera División regional extremeña. Nótese el acento en masculino. «La propuesta volvió a llegarme por Enrique Antón, que me dijo que fuera con él al San Jorge. Yo aún me estaba sacando el título de entrenadora, y le dije que sólo había hecho de ayudante, y en equipos femeninos. Pero me convenció». Porque Enrique Antón creía en ella y en sus capacidades sin reparar en su género. Eso le ayudó a disipar todas sus dudas. En el banquillo del San Jorge puso rumbo al futuro, como el Delorean de Doc y Marty McFly.

«Llegué allí expectante», su voz se sumerge en aquella primera vez desde la que antes ninguna mujer ha hablado: Beatriz entró a un vestuario lleno de hombres para dar órdenes. «Tampoco conocía a muchos jugadores…». Lo hizo caminando como quien pisa el suelo de Marte, con tiento y un miedo al rechazo que no había conocido en sus partidos de infancia. «Pero fue muy normal», respira al hablar, *Freddy Krueger pasó y era sólo un actor*. «Aceptaron mi rol desde el primer día porque, creo, eso va en función del trabajo que hagas y mi manera de ganarme su respeto fue así, trabajando». Sólo que, cuando ella tenía que recoger su libreta con apuntes del vestuario y ellos estaban dentro, no entraba sin antes avisar para no incomodarlos si se estaban cambiando de ropa o duchando. «No sé si por detrás criticarían algo, como ocurre tantas veces, pero de cara a la galería no tuve ningún problema». Ni a la hora de dirigirse a ella, ni a la hora de acatar sus órdenes, ni a la de considerarla una integrante más del equipo, como cuando estaba en el cole. Las diferencias que encontró con su trabajo previo con un combinado femenino fueron otras e iban más allá de que tuviera que llamar a la puerta antes de entrar.

«Nosotras somos mucho más impulsivas, tenemos mucha mala leche, guardamos ahí un punto de rencor con las cosas que pasan (algunas muy personales), como mujeres que somos. Ellos son más campechanos, más nobles. No sé… Si entrenara a equipos como el

Madrid o el Barça podría ser diferente, pero lo que me encontré es que, si tenía algún problema con algún hombre el día de partido, al cabo de tres ya estábamos hablando y se había solucionado. Si una mujer no juega el domingo, el martes aún le cuesta mirarte a la cara, rehúye la mirada, intenta no hablarte, un poco enfadada; se vive en un ambiente más crispado», dibuja. Eso en el vestuario. Fuera, sentía que desde la grada no le lanzaban esos verbos comunes, fregar, limpiar, chupar, o el *feminazis*, que resbalaban de tanto oírlos. «Ésos, por suerte, sólo los escuché cuando jugaba». Peor era cuando le decían, al verla: «Mira, la masajista; ni siquiera la fisioterapeuta, *eh*, la ma-sa-jis-ta». O lo de los colegas de banquillos, que cuando se la encontraban nunca la consideraban un igual. «¿Usted qué es, la delegada?», le decían. Cuando en la temporada 2018-2019 logró el ascenso de categoría del San Jorge, sí notó que, además, a algunos les molestaba especialmente que un equipo entrenado por una mujer les ganara un partido.

«Decían que ganábamos porque los árbitros nos ayudaban, porque mi hermana es árbitra, porque era mujer y estaba bien vista en la Federación Extremeña de Fútbol (casi como una causa benéfica)… y así siempre, cosas sin lógica». Un largo etcétera al que ella respondía: «Háblame en el campo y no te dediques a decirme cosas a mí». Cuando llegó a los vestuarios del San Jorge como segunda entrenadora y cuando asumió la titularidad al año siguiente, con el ascenso de categoría, nunca encontró un no. Donde sí sintió rechazo fue en los banquillos de al lado, frente a los que tenía que pasar dos veces para que la vieran y tres para que la respetaran. «Cuando Enrique me dijo que lo dejaba, que me iban a hacer primera entrenadora, me dio miedo. No me vi capaz. Pero entonces me ofrecieron el Badajoz Femenino y terminé diciendo que sí a ambos». Renunció a tener vida personal, pero terminó la liga con dos ascensos: el San Jorge a Primera División extremeña y el Badajoz a Primera División nacional femenina.

Pero llegó un momento que con los dos a la vez no podía, era un esfuerzo titánico. La temporada siguiente se quedó sólo en el Badajoz, donde pasó dos temporadas más. «Al terminar esa etapa mi plan era descansar, porque habían sido años muy duros, de mucha exigencia,

viajes…, pero me llamaron mis amigos del San Jorge y al San Jorge nunca se les puede decir que no». En la temporada 2020-2021, Beatriz Galán Cayado volvía a ocupar como primera entrenadora el banquillo del San Jorge en el grupo V de la Segunda División extremeña, en el que había vuelto a hundirse el equipo durante los años que no estuvo al frente. Perdieron sólo un partido en la fase regular, contra el Barbaño, y volvieron a ascender, directos, como ese cohete en línea recta que envuelve su historia como entrenadora. La de esta primera mujer que, además de ascender, al año siguiente logró mantener a su equipo «en una categoría mucho más fuerte», contra equipos con sueldos o primas, con un San Jorge con un presupuesto de 15.000 euros, jugadores con trabajos de ocho horas, obligaciones familiares y una equipación comprada por ellos mismos que la hace casi imposible de regalar, y que además será la del año siguiente.

Nadie, por cierto, la llama ya masajista. Ni siquiera en los banquillos masculinos rivales. Todos ya saben. Que ella es Beatriz Galán Cayado. Podrían decirle l*a míster*. Pero no. Ella es la entrenadora. En femenino.

Coral Bistuer

(Madrid, 1964)

Hace treinta y un años que Coral Bistuer ganó el oro en taekwondo, en los Juegos Olímpicos de Barcelona. No había acabado aún el tercer *round* cuando ya sonreía ante la neozelandesa Susan Graham, porque sabía que sus patadas no tenían contestación. Sabía que iba a ganar. Hoy sigue dando los mismos golpes. No son los de taekwondo. Ya no. Ahora los da con la lengua. Coral es incisiva, sorprendente y directa. Como una patada. No tardará mucho en dar tortas en su relato, recordándose, recordando. No necesita mucho tiempo, apenas unos minutos, como los asaltos de este deporte atado a su nombre. Ella es la que abrió las puertas a las demás en el taekwondo español. Coral. Bonito nombre para una luchadora. «Mi madre es de Cádiz y tenía una tía abuela que era monja y se llamaba Coral. Ella siempre decía que cuando tuviera una hija la llamaría así. Dicho y hecho. Eso sí, mi nombre completo es María del Coral Astrid, lo de María fue para poder bautizarme, porque en aquella época no te permitían usar esos nombres "raros"; y lo de Astrid, porque mis padres pensaban que hay nombres que de pronto caen en desgracia. "Imagina que de repente haya un suceso y te llamas como la asesina…", decían. Así que a los cuatro hermanos nos pusieron un segundo nombre. Por si acaso». No sólo no le hizo falta desempolvar el Astrid, si no que llenó el Coral de oro. «Me he dejado las rodillas por este país…», susurra, con la fuerza de un obús.

Primer golpe, el de aviso. Ha hecho como en un combate: mirar a su oponente, tantear y puntuar ella primero. Es sólo el principio. Así que

retoma. «Éramos cuatro hermanos. Tres chicos y yo. Vivíamos en Guzmán el Bueno, en el centro de Madrid. Yo soy la segunda. Mi hermano pequeño ahora es abogado. Ya apuntaba maneras porque en el colegio, cada vez que los mayores les quitaban la pelota, siempre daba la cara para que se la devolvieran. Les soltaba un discurso de "no es justo que abuséis de nosotros…". Y plas, plas, le daban dos tortas, le rompían las gafas y volvía a casa que parecía Mortadelo. Al día siguiente, lo mismo». Coral se ríe, reviviendo en su mente. No está divagando, sino que dirige la pelea hacia donde quiere: está a punto de contar por qué se hizo taekwondista. «Entonces mi padre un día dijo: "Chico, siempre andas metido en todas las guerras, y tú ahí, con las manitas en el bolsillo. Por lo menos vamos a darte un fusil". De repente, a seis calles de nuestra casa abrieron un gimnasio, el Yu-sul. En el escaparate se podía leer "Taekwondo (karate volador)" y mi padre, sin saber ni qué era aquello, dijo: "Pues lo apunto a esto, a ver si nos salen un poco más baratas las gafas". ¿A quién le tocó llevarlo al gimnasio? A mí. A su hermana mayor. Y yo refunfuñando: "Me cag… en la leche». La Coral adolescente dejaba a su hermano a regañadientes en la puerta del local y se iba de allí pitando. Hasta que un día se quedó a observar. «Es de esas cosas que están escritas en los astros. ¿Por qué te quedas ese día? Pues porque así tiene que ser». Su padre cometió el error, o el acierto, de apuntar en el gimnasio al hijo equivocado. Porque no era él el que se enamoraría del taekwondo sino ella. «Al siguiente día también me quedé, y al otro, y al otro… "¡Ostras!, ¡cómo mola esto!", pensaba. Yo jugaba al baloncesto en el colegio, hacía salto de altura, patinaje, ballet, hockey…, pero aquello me deslumbró. Incluso un día mi padre tuvo que ir a buscarme al gimnasio porque mi hermano volvió a casa solo, aburrido de esperarme desde las cinco que habíamos llegado. Eran las diez de la noche y yo seguía en la puerta, mirando. "Pero, hija, ¿qué haces aquí fuera?". "Papá, es que esto me gusta… Esto de pelear". Ten en cuenta que yo era una niña criada entre varones, con la casa siempre llena de chicos. Sentarme en un rincón a peinar una muñeca me parecía una pérdida de tiempo. Yo quería salir a la calle y jugar al balón, y participar en las

peleas a pedradas en el barrio. Fui Manolito hasta los dieciséis años que me vino la primera regla y me creció el pecho. Recuerdo que mis hermanos y sus amigos que me miraron y dijeron: "¡Ostras, Manolito!».

«¿De verdad quieres esto, hija?», Coral vuelve a ese momento, a la pregunta de su padre que lo cambió todo, su camino, su rumbo y el del propio deporte, entonces casi desconocido en España. «Nos apuntamos mi mejor amiga, Adita, y yo juntas. Recuerdo que eso hizo que otras se animaran. De la nada nos empezamos a juntar una generación de chicas que no queríamos hacer corte y confección, ni ballet ni baile español. Éramos niñas que no queríamos hacer "deporte de mujeres". Aunque yo siempre he defendido que no hay deportes de mujeres ni de hombres, que hay mujeres y hombres que practican deportes». Coral va a retomar el recuerdo de la infancia, pero lo deja congelado y prosigue: «Igual de injusto me parece que hasta hace poco no hubiera boxeo femenino o natación sincronizada masculina. No, el deporte no puede tener sexo. ¿Por qué ponerle etiquetas a todo? Masculino, femenino… "Tú no puedes, tú sí. ¡Dejadme en paz!"».

Nueva patada. Esta es lateral, certera. Coral regresa a la infancia, a la decisión que tomó su padre. «Me apuntó en taekwondo con dieciséis años y a los diecisiete ya era campeona de Europa».

Su carrera fue meteórica. Apenas llevaba un año entrenando y llegó el primer campeonato de Castilla femenino, después el de España, el de Europa, el del Mundo y los Juegos Olímpicos. Ella y otras compañeras de entonces se divertían practicando deporte, pero empezaban a sentir la losa de ser las primeras en todas las competiciones. Coral ha tenido que soltar muchos golpes fuera del tatami. Incluyendo el machismo y las convenciones sociales que la rodeaban hace treinta años. La Coral de diecisiete sabía que lo que hiciera sentaría bases para las siguientes. Por ejemplo, la discusión en Corea del Sur, la cuna del taekwondo, en un gimnasio, siendo ya campeona de Europa y cinturón negro, con un entrenador coreano porque a las mujeres no se les estaba permitido saludar. Sí, saludar. «Las mujeres no saludan», escuchó antes de cumplir la mayoría de edad. «Pero ¿por qué, si luego cuando peleo me exigen lo mismo que a un tío? No me voy a echar para atrás, por mis

ovarios. Voy a saludar y si quiere usted me echa de aquí, del entrenamiento, y del equipo». Una mujer que se rebela, que grita y reparte guantazos verbales es una mujer que corre el riesgo de ser expulsada en muchas ocasiones de muchos lugares. «Me han echado de equipos, de la selección nacional, de la selección olímpica, me han echado de mogollón de sitios. Pero, ya ves, yo me callo poco y las injusticias… ¡Uf!… No puedo con ellas».

Una especie de Juana de Arco del deporte. Las luchas eran otras; las armas, también. Pero la soledad es la misma. «Lo he sido siempre. No aguanto lo que no es justo. Y con las mujeres aún más. Alguna vez que otra me han llevado a la hoguera. Unas veces salgo más quemada, otras menos… ¿Sabes qué pasó cuando llegamos a Corea para una concentración preolímpica? La Villa no estaba preparada, así que nos alojaron en un hotel. Y resulta que era un puticlub. En las habitaciones la única lámpara que había era una roja y la cama era de matrimonio. Teníamos que compartirla con la compañera. También les pasó esto a los chicos, ¿eh? Así que no lo dudé. Había que plantarse. Bajamos todos y dijimos que no nos quedábamos ahí».

Ese recuerdo le hace sonreír con orgullo, a pesar de que reconoce que ha llorado lo suyo, muchas veces de rabia. Porque el mundo que la rodeaba era machista, aun cuando no se sabía definir muy bien qué era eso del machismo. «Una vez estaba esperando para hacer una entrevista de radio, y oigo: "Venga, pero dónde está esa de taekwondo, que vamos a empezar y no ha venido". "Soy yo", contesté. Me miraron de arriba abajo y dijeron: "¿Tú? ¿Tú eres la campeona de Europa de taekwondo? Vaya, esperábamos a un machorrón. Y tú… eres mona"». Siguiente *round*. Coral Bistuer se recoloca el dobok imaginario porque está a punto de soltar leches como panes. «Normalmente, todo el mundo, antes de conocerme, pensaba que era una machorra. Luego, como éramos poquitas, hacíamos mucha gracia. Eso nos pasaba a las que nos dedicábamos a las artes marciales. Era como llevarnos de feria en feria. Como la mujer barbuda, la mujer forzuda o la minimujer. Pues así. Ellos esperaban a alguien de aspecto masculino, de barrio, medio tío, con bigote y diciendo: "¿Qué pasa tronco?". Nadie creía que una mujer

que cuidara su aspecto pudiese practicar un deporte de lucha. Esperaban que hicieras gimnasia rítmica (que también hice, por cierto). Pero, vamos, eso ocurría antes y también ahora, si no que le pregunten a Lydia Valentín».

Porque Coral Bistuer es una persona objetivamente bella. De pelo rubio, ojos expresivos, boca grande, pómulos rotundos. Y una sonrisa definitiva. «Soy fuerte, es verdad que soy grande, pero no dejo de ser femenina ni de ir a la moda. Disfruto al subirme a un tacón y ponerme cosas que me queden bien. A mí me gusta ser mujer. Yo me gusto. Y, cuando hay que entrenar, me pongo lo más viejo que tengo, me hago mi coleta y sudo como un pollo».

Había mucha gente que no entendía esa actitud. Mucha. Lo más cruel, más injusto, es cuando las barreras a romper están en tu propia casa. «Mi abuela, la madre de mi madre, nunca entendió por qué su nieta, con lo mona que era, tenía que estar dándose puñetazos y patadas como un tío, con otros hombres. Nunca vino a verme competir, porque lo que yo hacía no le parecía un deporte de mujeres. Ni siquiera aprendió a decir «taekwondo». Lo llamaba *pingondo* o *chiumpun*. Yo llegaba de entrenar cada día, después de hasta diez horas entre físico y técnico, además de psicólogo, médicos, fisioterapia… Y me tumbaba en el sofá. Entonces ella me mandaba a poner la mesa, precisamente a mí. Cuando yo le decía que lo hicieran mis hermanos, que llevaban todo el día en casa, se negaba: es que yo era la niña. Menos mal que mi madre saltaba rápido y le decía: "Que la pongan ellos y que recojan, que no han hecho nada. ¡Ella ha estado entrenando!».

Coral es la que recibe ahora el golpe. Poco importa que lo lograse todo en el taekwondo español, que fuese medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992, bronce en Seúl 1988, tres veces campeona del mundo (1985, 1987 y 1992), cinco veces campeona de Europa y diez veces campeona absoluta de España. Su abuela nunca fue a verla.

Campeona de *pingondo*.

Campeona de *chiumpun*.

Eso ha dolido. Le duele al deporte. Coral se repone. Su abuela, como

muchas personas en España entonces, no tenía ni idea de lo que era ese deporte. Hasta 1988 no apareció en el programa de unos Juegos Olímpicos, esos de Seúl en los que ella conquistó el bronce. Incluso ahí fue sólo un deporte de exhibición. No saltó al medallero oficial hasta Sídney 2000. «Teníamos una responsabilidad añadida, porque era el primer escaparate mundial y de lo que nosotros hiciéramos, de cómo nos comportáramos, dependía el futuro de nuestros compañeros, de los que llegaran detrás. Creo que las nuevas generaciones no nos lo valoran».

Arma la pierna para una patada de KO. «Además, el taekwondo ha cambiado mucho. El que se practica ahora es una mierda, no va por potencia de pegada sino por sensores de los golpeadores, unos sensores que llevas en los pies y en el peto. Con lo cual, ahora los competidores sólo pelean con la pierna delantera. Es como una esgrima, pero con patadas, y es muy feo. No hay giros, no hay cambios de ritmos, no hay variedad… Han mejorado en cosas. Sí. La revisión de las jugadas, vale, o que las patadas de arriba valgan más puntos que las de abajo, perfecto… Pero creo que el deporte ha perdido su esencia. El taekwondo de ahora no es mi taekwondo». Patada frontal. Ya lo ha advertido desde el principio, no se calla nada. Y aún le quedan más asaltos.

«Recuerdo tantas cosas que ahora no son normales y que entonces lo eran… En los Juegos te hacen una cosa que se llama el test de feminidad. Tienes que demostrar que eres mujer. Lo hacen raspándote parte de la mucosa bucal y comprueban la cantidad de cromosomas masculinos y femeninos que tienes. Entonces todas íbamos muertas de miedo: “Ay, con los músculos que tengo, ya verás…”. Pero nos reíamos porque luego veíamos a las lanzadoras rusas de disco o de peso y decíamos: “Si a ésta le sale aprobado, yo tengo que pasarlo seguro». Se ríe, con su boca bien abierta al pensar en los recatos y los temores que tenía hace veinte años. «Cuando estaba muy fuerte, me daba vergüenza ir en el metro y agarrarme a la barra de arriba, porque la gente podía pensar que era un tío vestido de tía. Sí, sí, he llegado a parar un taxi (reconozco que fue silbando), y al subir ser preguntada por el taxista si

era un travesti».

La realidad es que pasados los años ochenta no había apenas mujeres de músculo fuerte y espalda ancha. Prácticamente no había en la mina, en los barcos, en la Policía o en el campo. Y apenas hacían acto de presencia en el deporte. Fue la era de sólo unas cuantas: Arantxa Sánchez Vicario, Coral Bistuer, Blanca Fernández Ochoa… Ejercicio de memoria. «¿A quién añadimos a esta escueta lista?», se pregunta, antes de contestarse. La taekwondista apenas tiene que pensar: «También había estado antes Sagrario Aguado, la pionera española de salto de altura. Aunque mediáticamente, de eso que te invitaran a salir en la prensa, que si la tele, que si la radio, sólo éramos tres, no más. Si nos daban un premio, si teníamos que ir a algún evento, no lo hacíamos solas. Mi madre venía conmigo a todas partes. ¡Igual que la de Arantxa! A Blanca recuerdo que la acompañaba su hermano Paco. Coincidíamos mucho siempre. Luego llegaron Conchita Martínez y Gemma Mengual… Pero aun así éramos pocas».

Pocas y poco entendidas, porque ¿quién entiende que las deportistas se conformaran con un viaje y un chándal como primer sueldo? «Sí, sí. Era lo que nos pagaban. El chándal y el viaje para ir a competir. Cuarenta horas en un autobús para llegar hasta Holanda, pegarte con una y regresar. Y el viaje pagado, eso era el sueldo». ¿Quién entiende lo incomprensible, lo duro que era entrenar y competir? Cuántas veces habrá pensado Coral Bistuer que quería ser una chica normal, de las que se van de vacaciones con sus amigas, que quería comerse un helado en pleno agosto sin la presión de tener que sudarlo después para dar el pesaje correcto. O irse de camping con sus padres y sus hermanos, como las otras. «Era una deportista de élite y era así. No podía permitirme el lujo de estar una semana parada porque tuviera la regla y me dolieran los ovarios. Aprietas los dientes y te jod… ¿Y si te toca cuando estás compitiendo? Dices: “Oigan, retrasen el campeonato unos días, que no me viene bien hoy…”. Pues no. Y encima no te puedes tomar nada por si sale en el antidoping. Te callas y a entrenar. A que te den patadas en el estómago». Muchísimas veces llegó a casa llorando, amoratada por los golpes que había recibido y había dado. ¿En cuántas

ocasiones había peleado con los dedos de los pies fisurados? ¿O el músculo roto? Pues sí. Muy pocas personas saben que ganó un oro con el músculo tibial parcialmente roto.

«Me tocaba pelear con la alemana, buf, qué tía. Entonces, en un choque, yo pego, ella levanta la rodilla, mi tibia da contra su pierna y noto que el músculo se rompe. Termino ese combate y antes del siguiente tengo un par de horas de espera. En unos Juegos no te pueden dar de nada porque todo se refleja en el control de dopaje. Así que en ese tiempo mi doctora, Flor Millán, que continúa siendo gran amiga, decidió congelarme la pierna». La taekwondista dice siempre que a ella le debe el 70 por ciento de aquella medalla, su oro en Barcelona. Y, cuando lo dice, sonríe también siempre. «Yo peleaba, flipaba del dolor cada vez que lanzaba la pierna. Antes de impactar en la contraria, mi cabeza pensaba: "Ay, ay, ay, qué daño"». Cuatro combates después de romperse el músculo, con sus rivales sabiendo que tenía esa lesión, con un dolor insoportable, pero pegando arriba, en la cabeza, Coral Bistuer ganó el oro olímpico. «Y más que el oro, más que el conseguirlo así, fue hacerlo en tu país. Mirara hacia donde mirase, había gente que conocía: compañeros de la carrera, personas que más tarde supe que habían dormido en un coche porque no había hoteles… Incluso recuerdo a un niño de unos ocho años que había pedido, de regalo de Reyes, unas entradas para venir a verme a mí. Ni juguetes, ni pelotas. No. Una entrada para ir a ver a Coral Bistuer en Barcelona. Fue impresionante».

Ahora, cuatro décadas después de pisar por primera vez el tatami de aquel gimnasio, a seis calles de su casa, Coral Bistuer es una mujer que enseña a luchar a otras niñas de entre doce y dieciséis años, enseñándoles defensa personal en el colegio SEK-El Castillo. Siempre ha dado clases de taekwondo, desde que tenía diecisiete años. Pero ahora es maestra de autodefensa femenina. También es pionera en esto, como lo fue cuando en 2021 la presidenta de la Comunidad de Madrid, Isabel Díaz Ayuso, la nombró directora general de Deportes. Pero sólo duraría un año. «Era el trabajo de mi vida». Hasta su marido, Javier Valero («porque a menudo al lado de una gran mujer también hay un gran hombre»), dejó sus propios quehaceres para acompañarla en esa labor

sobre la que se volcó: ayudar a los deportistas, desde la base y remangándose, pero, como tantas otras veces, dándose de bruces contra una pared. «La de una consejera y un viceconsejero que trataban de acallarme, de no dejarme hacer». Doce meses después era destituida y volvía a sus niñas y las clases de defensa personal. Con cierta pena, «por la oportunidad perdida de poder cambiar de verdad las cosas en el deporte», pero el mismo discurso de antes. «Les digo a las alumnas que son únicas y que valen mucho. Que pueden hacer cosas que igual pensaban que no podían hacer».

El *pingondo* como ayuda para las niñas. El *chiumpun* como autodefensa. Da igual cómo se llame, es lo de menos. Se le ponga el nombre que se le ponga, su abuela estaría muy orgullosa de ella.

Blanca Romero

(Ponferrada, León, 2005)

El Muay Thai es el deporte de los ocho golpes en el que se usan todas las extremidades del cuerpo. Un tipo de boxeo exportado de Tailandia con golpes que provienen de pies, rodillas y codos como si fueran de puños. El favorito de Blanca Romero es el *low kick*, la patada baja en forma circular entre la cadera y la rodilla que alcanza el pecho del rival, aunque debería ser el *upper*, un mortal de nudillos que busca el cerebro y noquea al contrincante. Si el primero es su favorito sobre el ring, el que la llevó a ser campeona del mundo con apenas doce años, con el segundo se ha abierto paso, KO a KO, más allá de ese deporte que la apasiona y mueve aunque para practicarlo le haya tocado batirse contra los prejuicios de su propia etnia para arrancar los cantos del camino. Porque Blanca Romero es mujer, y además gitana. «No conozco a más deportistas que lo sean. Si las encuentras escribiendo este libro, preséntamelas», dice desde el piso al que se ha independizado con su pareja, en Ponferrada, al cumplir los dieciocho años.

Nacida en Flores del Sil, un barrio de la capital leonesa del Bierzo, es la menor de cuatro y de niña le gustaban las películas de «golpes» en la tele. «Ya me gustaba lanzar patadas sin sentido cuando jugaba con mi padre y hermanos». El *middle kick*, esa a media altura lanzada con la parte superior del pie o la tibia para impactar en las costillas del rival. El *high kick*, la frontal con el pie dirigida al rostro, la parte superior del torso y el cuello. El *front kick*. Los golpes usados tanto para empujar como para pegar. Golpes con los pies del Muay Thai, aunque hasta los

diez años, cuando su hermana se casó con un chico que lo practicaba, no supiera que este deporte existía. «Él fue quien habló con mi padre para convencerlo de que me apuntaran a una clase, a ver qué tal se me daba». Blanca hizo de ese gimnasio un hogar. Allí se encontraría con dos monitores, «Bruno y Andrés Martínez», que le pondrían nombres a todos los golpes que ella ya daba sin saber que lo tenían. En ese deporte llamado Muay Thai.

«Me dieron la base y me enseñaron los primeros». El ponerte en guardia *así*, el cubrirte las costillas *así*. A los tres meses, «cuatro», los sustituiría su entrenador actual, Diego Vázquez, excampeón de Europa en combate K-1. «Me vio y me preguntó si quería probar a pelear. Ya se me daba bien…». Debutó en los campeonatos regionales de Castilla y León. Siempre ganaba. Continuó en los de España, y también. A los doce años cogía un primer avión para viajar a Bangkok, donde se disputaban los mundiales en su categoría, para hacer de su nombre un referente. En su deporte y en su etnia. Si en el primero se topaba con barreras de género ya derribadas en otras disciplinas (como entrenar sólo con chicos, «que es una manera de subir el nivel porque va a sacarte mucho más trabajo, son más brutos»), también debía enfrentarse a otras nuevas, no encaradas antes por mujeres gitanas.

En 2017, con doce años cogía un avión a Tailandia tras haber visto el mar por primera vez en una competición de Muay Thai («fue en Benidorm») y demostrar que a una niña gitana, «en lugar del cante, el baile y los caballos, también le puede gustar el boxeo». Su madre al principio lo llevó mal, pero con los años aceptó su camino como sólo pueden hacerlo las madres. A su padre le costó mucho más. En aquel Mundial de Muay Thai en Tailandia, Blanca Romero fue subcampeona del mundo, en una categoría junior, con golpes prohibidos aún (sin contacto en la cabeza) y forrada de protecciones. Pero de plata tan sólo dos años más tarde de haberse apuntado a un gimnasio para imitar los golpes de Sylvester Stallone en *Rocky* para prenderlos de nombres.

En 2019 voló de nuevo a Tailandia para ganar en el campeonato del mundo de su categoría, 48 kilos, aún amateur, y vivir además su primera pelea como profesional. «Fue después de ganar el oro en

amateur. Tras el campeonato nos quedábamos unos días más allí y nos llamaron para hacer una pelea profesional: habían oído hablar de mí». Blanca Romero tenía catorce años, se puso como única protección el bucal y subió al ring para medirse con la entonces campeona de Muay Thai en su cuna, la propia Tailandia. «Me sentí tan libre», revela. Sobre el ring con los ocho golpes abiertos ante ella como en una última pantalla conquistada en un videojuego. «Al ser un profesional sin protecciones, no tienes limitaciones. No te pueden frenar el exceso de fuerza, que era una de las cosas que siempre me penalizaban en amateur porque los entrenamientos con chicos te endurecen». Blanca ya podía pegar con los codos a la cara y hacer el *low kick*, la patada baja en el muslo, «uno de mis puntos fuertes», en cinco combates de tres minutos con uno de descanso.

Cuando regresó a Ponferrada lo hizo con su cinturón de campeona, profesional, con sobrenombre para el ring, la Joyita Martínez, y el galardón con el que el Instituto de Cultura Gitana la reconocía como ejemplo de superación, por romper barreras aunque en su casa aún hubiese muros. «Tuve muchas complicaciones en ese sentido. A mi familia no le parecía bien que me profesionalizase como estaba haciéndolo, trazando ya un pequeño caminito. Venía de ganar un Mundial, que para mí ya era muchísimo, pero no suficiente. Quería seguir haciendo cosas, alcanzando objetivos y metas más grandes. Pero ellos no estaban de acuerdo. La comunidad gitana es muy machista y no se veía bien que fuera a entrenar en pantalones cortos, que estuviera en grupos con chicos… Tonterías y costumbres que yo, personalmente, no comparto», comenta, con sus ojos grandes y negros golpeando esa puerta como lo hacen sus piernas, sus puños, rodillas y codos cuando se sube en un ring. «Hay muchas cosas que, si te paras a pensar, en realidad no tienen mucho sentido, porque no dejan avanzar. Y quizá por eso no existen muchas deportistas de etnia gitana, que yo personalmente no he encontrado a ninguna, aunque espero que eso ocurra pronto. Porque ahí estás tú, abriendo un camino o siendo como cualquier otra chica normal. Esto no va de romper leyes, no va de faltarle el respeto a nadie, esto va de ser libre y no dejar que te corten

las alas». Su madre aceptó y su padre terminó haciéndolo también porque veía flotar a su hija en el ring. «Las gitanas son machistas, pero los gitanos muchísimo más. A él sí que le costó bastante, pero al final se dio cuenta y hoy habla de mi deporte con un orgullo inmenso».

«Creo que he podido moldear un poco la cabeza, no voy a decir cambiar, pero sí moldear un poco, de mi familia, incluyendo a mis primos. Porque soy de hablar, de manifestar mi opinión y decir lo que pienso». De defender su deporte con un noveno golpe: el que brota de la palabra directo al corazón. Blanca no quiere quedarse sólo en aquellos títulos a los doce, catorce años. Su objetivo es vivir de ello, participar en ligas y en competiciones, ser profesional. «Al principio, cuando me apunté al gimnasio, se lo tomaron como algo de niños, pero cuando vieron que iba en serio, que empezaba a tener visibilidad, tras aquel Mundial en Tailandia, que la gente venía a verme a las veladas… Porque yo peleaba, pero para mi familia todo eso era nuevo y se asustaron, se asustaron un poco». Y ella, eso, también lo entiende. Los gritos, la gente, los focos, sus pantalones cortos. Un mundo nuevo que ninguna antes aún había explorado. Una campeona del Muay Thai como ya lo era Blanca. Con su larguísima melena y sus ojos negros carbón capaz de golpear con la fuerza de mil huracanes. Contra rivales y la naturaleza de su propia etnia.

Hoy trabaja como camarera en un bar de Ponferrada. Sus cinturones de campeona relucen junto a veinticinco medallas en una vitrina del salón de la casa que comparte con su pareja mientras se recupera de una fisura en la costilla antes de seguir peleando. Su plan es volver al ring para seguir batallando también más allá.

Gemma Mengual

(Barcelona, 1977)

Gemma Mengual tenía dos platas olímpicas, veinte medallas mundiales y diecisiete europeas al cuello cuando, en 2012, decidió salir de esas piscinas en las que llevaba sumergida veintitrés años. Tenía treinta y cuatro y buscaba otra, una que llegó con un peso de 3,620 kilos para ser mecida entre los brazos con un nombre en susurro, Nil, después de nueve meses que le atravesarían el cuerpo. Obligada a parar, imposible conciliar el embarazo, primero, y la recuperación de un cuerpo que debía regresar al molde de antes (y a veces eso nunca ocurre), después de dos años obligada a olvidarse de la mujer que una vez fue para ser sólo madre. Cuando su nombre se busca en la Wikipedia, dice de ella que es «bandera del deporte español», la nadadora que popularizó la natación sincronizada en España y una de esas deportistas que demostraron que se puede regresar después de parir. Aunque le tocó picar muchas piedras, y ésas cuando se introducen en el agua no flotan, se hunden.

La primera vez que volvió, su primer hijo tenía siete meses, y lo hizo para darse de bruces contra un muro. «No encontré el apoyo que pensaba que estaría ahí. No lo digo desde el rencor, pero Anna fue una pared», confiesa. Anna Tarrés, su entrenadora, la seleccionadora nacional con la que había crecido y ganado formando un tándem que le abriría las puertas de todas las casas de España a la natación sincronizada como se recibe a un amigo o a un familiar. Antes de que apareciesen tan sólo sonaba a película vieja y lejana, aunque ya llevara

años practicándose en algunos clubes en Barcelona, a la célebre Esther Williams y su *Escuela de sirenas*. «Era la típica que ponían los domingos en la tele. Yo recuerdo haberla visto de pequeña», cuenta, soplando los nubarrones de antes. Gemma Mengual ha vuelto a esa infancia que es patria y en la que el sol nunca se pone. «Conocía la sincronizada por una prima cinco años mayor que yo que la practicaba y a la que había ido a ver competir alguna vez». Gemma Mengual ya recibía halagos de sus entrenadores de natación («esta niña tiene mucha facilidad en el agua: lo aprende todo a la primera y flota mucho, se mueve con facilidad», les decían siempre a sus padres) cuando con ocho años, después de ver, y llenarse los ojos, en una exhibición de su prima en el Palau Sant Jordi, por Navidad, decidió seguirla en la sincronizada.

Los pies la llevaron solos. «Soy una persona muy musical. Oigo música y tengo que moverme. Me sale de dentro, no pienso, sólo me dejo llevar». Lo hacía cada Nochevieja cuando veía los especiales de variedades en televisión; bailaba y se movía ajena al mundo. En el agua lo transformó en lenguaje. Piscina y expresar con música, este era un deporte para ella. A los pocos meses de empezar en la sincro, en el Kallípolis, desde el club la incluyeron «para hacer bulto» en un campeonato de España en el que terminaron segundas. Con catorce años, Gemma Mengual ingresaba en el Centro de Alto Rendimiento de la Blume en Barcelona. Con catorce años era ya campeona de España. Con catorce años empezaba a competir internacionalmente mientras a su alrededor iba creciendo un susurro al verla moverse en una piscina: «Esta españolita, ojo». El susurro que Gemma Mengual tenía en la cabeza mientras lo hacía sólo clamaba una cosa: «Yo seré olímpica, seguro».

En Barcelona 1992 había formado parte del equipo de voluntarias en la competición de natación sincronizada en las piscinas Bernat Picornell, en el anillo olímpico de Montjuïc, y grababa con los ojos cada movimiento que veía a las rusas, para luego imitarlo ella misma al volverse a enfundar el bañador en su club. «Estuve al pie de la piscina toda la competición y todo me llamaba la atención». La gente, los colores, las nadadoras, el agua y la música fundidas en sólo una cosa

que todo lo inundaba. La sincronizada. Entonces a ella ya no se le arrugaban los dedos de tanto tiempo que pasaba sumergida, la piscina era como un deber más entre clase y clase, con entrenamientos que superaban las tres horas y que aclimataron tanto a su cuerpo que hasta sus yemas tardaban más en emburujarse. «La piel se te acostumbra al final. Y se arruga, claro, pero más tarde. Llega un momento en que no te das ni cuenta, que te da igual». Las sesiones llegarían a ser de diez horas, de acabar aborreciéndolas. «He llorado mucho debajo del agua por la dureza del entrenamiento. Tienes frío, se te corta la circulación de los dedos». Y debes llevar siempre esas pinzas que tapan las fosas nasales, con dos repuestos escondidos en el bañador como seguros de vida.

«Si se te cae la que llevas en una rutina, durante la competición, ya puedes por la gracia divina sacarte otra porque, si no, no llegas al final, es imposible: te mueres por el camino. Se te sale todo el aire. Si ya te ahogas con la pinza, que ves colores, imagínate». A ella se le cayó dos veces, recuerda. «Una vez fue en un preolímpico, durante una rutina de equipo, después de una figura, un mortal bajo el agua con una voltereta para recoger y luego una patada de braza para avanzar. La compañera que tenía delante me la dio en la nariz y la pinza salió volando, debajo del agua». Ella emergió y a la vez, aún no sabe cómo, en un segundo y medio, logró meter una mano en el bañador para sacar el repuesto y continuar. «Pero si no me la llego a poner…». Y eso que a la sensación de ahogo está acostumbrada. «Hay un momento que lo controlas, pero te puedes marear, se te puede ir a la cabeza, puedes perder el conocimiento. Sin embargo, lo duro de la sincronizada no es aguantar el aire, sino hacerlo sin dejar de moverte —detalla—. Porque nosotras no paramos. Coges aire un momento, pero sin decir: “Ah, bocanada”. No. Es haciendo brazos, lo que sea. Un poco, y abajo otra vez. Lo pasas muy mal. La sincronizada es un deporte en el que agonizas bastantes veces». Y lloras lágrimas que se pierden en la inmensidad del agua, para seguir mientras a cada movimiento se le pone un número. «Todo, todo. Empieza la música y es: “*Un, dos, tres, quatre*…”. Contamos en catalán. Y cada movimiento lleva uno, no hay ninguno al aire. Está

todo clavado. Incluso la brazada debajo del agua antes de salir está contada. Todo es matemático». Bajo esos "*un, dos, tres, quatre*" infinitos, ella comenzó a sumar medallas en su cuello.

En 1994, en el europeo de Moscú junior recibió su primera plata. En 1996, en el europeo de Viena absoluto sus primeros tres oros. «Fue una progresión brutal». En el segundo año de Gemma Mengual en la piscina, la entrenadora del Kallípolis había comenzado a ser Anna Tarrés. «Siempre ha sido muy ambiciosa, de buscar objetivos a lo grande con los que se entrega a saco. Y arrastra. Tiene esa capacidad de convicción, te incentiva». A veces superando líneas rojas y límites. «Seguramente no cuidase las formas ni cómo nos afectaba lo que decía. Pasé momentos complicados con ella, pero cuando me decía algo desagradable logré que me entrase por un oído y me saliera por otro. Me acostumbré. Era una persona con mucho poder sobre nosotras, generaba un respeto que rozaba el miedo y eso es algo que no tienen todos los entrenadores y que genera resultados, aunque no todo el mundo lo llevara igual de bien». Cuando Gemma Mengual comenzó no había dinero, ni la sincronizada estaba contemplada en las becas ADO. «Era sólo por pasión». Su primer sueldo fue después de aquella plata en el europeo junior, un salario que ingresó en una cuenta y del que fue tirando para no pedir a sus padres «para caprichos o tomar algo con amigas». Por aquel entonces a Gemma, ya solista en sincronizada, sus compañeras de piscina habían empezado a llamarla Estrellita Mengual. Un apodo que le puso Anna Tarrés. «A mí no me hacía ninguna gracia que lo dijeran. Como si fuera de diva o algo así cuando yo era la persona más tímida del mundo». Esa misma que cuando se metía en el agua sólo sentía. Y hacía sentir.

En 2003, el Mundial de Barcelona fue bisagra. En su cuello, otras tres medallas, dos de bronce y una plata atadas a una sensación: su nombre había salido de las piscinas para llenar la calle. «De repente iba caminando y los coches me pitaban al grito de "Menguaaal". Yo flipaba. "Ostras, es que no puedo ir a ningún sitio, me conoce todo el mundo". Pero lo viví con mucha tranquilidad, sin dejar de repetirme que lo mío era un deporte minoritario, que mi cara estaba en muchos

sitios, pero que no tenía por qué subírseme a la cabeza, que tampoco era para tanto».

En 2000, tres años antes, en los Juegos de Sídney, había sido octava en el dúo (junto a Paola Tirados) en su primera participación olímpica.

La sincronizada española no se llevó medallas tampoco en Atenas 2004, y eso que en europeos y mundiales ya siempre estaba ahí, pero faltaba la gloria olímpica. Tuvieron que esperar hasta Pekín 2008 para escribir su nombre en el trono del deporte español. Dos platas, en dúo (Gemma con Andrea Fuentes) y en equipo. «Nena, ya está», recuerda que pensó ella al sentirlas al cuello en el podio. Tenía treinta y un años y había colado su nombre entre las cuatro potencias que habían mantenido un oligopolio que parecía inalcanzable en las piscinas de la sincronizada, Estados Unidos, Rusia, Canadá y Japón. «Saber que estás haciendo Historia, en mayúsculas, siempre es especial».

Para cuando llegaron los Juegos de Londres 2012, Gemma Mengual ya no estaba en el equipo nacional: había anunciado su retirada definitiva unos meses antes, cuando en su cuello relucían 47 medallas (diecisiete oros, dieciocho platas y doce bronces), para buscar aquella que la sobreviviría aún más que todos sus títulos y metales: ser mamá.

«Me quedé embarazada en febrero de 2009 y regresé unos meses después», dice. Su voz, siempre alegre, positiva, se llena de nubes. Quería llegar a la cita olímpica de Londres pero no fue capaz, todas sus brazadas se toparon con una pared llamada Anna Tarrés. «Intenté entrar en la dinámica del grupo pero muchas cosas habían cambiado. A Anna en ese momento le costaba encajarme. Decía: “Uf, tengo al grupo controladito… Gemma viene ahora, que si ha sido mamá y tendré que hacer excepciones con ella”. Yo no le cuadraba y lo noté. Creo que hubiera llegado, pero no me compensaba sentir que tenía que estar picando piedra otra vez, como cuando tenía veinte años, pero con un bebé esperándome en casa. No fue el final, porque estuve en unos Juegos cuatro años más tarde…», apunta, y el silencio de sus puntos suspensivos grita como lo hacía su hijo Nil aquellas noches insomnes.

Cuando nació su segundo hijo, Joe, en 2013, Gemma Mengual guardaba toda su historia sincronizada en cajas de zapatos, incluida

una cinta de vídeo con aquel anuncio para el último día del año 2008, convertida en una burbuja Freixenet, con Anna Tarrés y el resto del equipo. En 2013, la sincronizada estaba desgajada de una vida en la que la nadadora iba conquistando otros podios, esos a los que se enfrentan mujeres que no están bajo los focos en todo el mundo. Los primeros pasos, las primeras palabras.

Dos años más tarde, mientras llevaba un mojito infantil en la mano, en la playa, recibió la llamada de la nueva seleccionadora de sincronizada, Ana Montero, tiempo después de la salida entre cartas y llamas de Anna Tarrés. Le ofrecía participar en el dúo con Ona Carbonell en un inesperado último baile: los Juegos de Río 2016.

«Por favor, estoy loca, qué hago», se dijo, antes de volver a zambullirse en la piscina y regresar a todas aquellas rutinas que odiaba y creía que habían quedado atrás. Las ocho horas, la apnea, los dedos de la mano acostumbrándose tanto a la humedad que se dejaban de arrugar, las lágrimas derramadas en un agua en la que se pierden y funden. «En cinco meses ya notaba que mi cuerpo estaba listo. Sorprende mucho porque se pone, tiene memoria». Los músculos, su cansancio extremo. La adrenalina del competir de vuelta en aquellos días de 2015 en otra primera vez: participar junto a Pau Ribas en el dúo mixto del campeonato de España y obtener la mejor nota. «Aunque es verdad que en todo notaba que no te recuperas igual, que estás más cansada». Eran dos hijos, cinco años sin entrenamiento, a cero. Era llegar a casa y no poder tumbarse. Era entrar por la puerta al grito de «¡al baño!», y seguir con el agua en las manos, pero ahora llenas de jabón.

En 2016, cuando Gemma Mengual volvió a ponerse el bañador para competir en el dúo de los Juegos de Río con Ona, muchas de sus compañeras la llamaron heroína. «Las primeras que lo hicimos fue como “guauuu”, pero empieza a ser normal, quizá demostramos que es posible, aunque durísimo». Por esa dualidad que te arrastra en la vida cuando no sólo eres mujer y deportista, sino también madre, aunque los músculos recuerden. En el dúo de los Juegos de Río, Gemma Mengual y Ona Carbonell fueron quintas, pero la primera ya tenía su premio antes

de lanzarse a la piscina. El más pleno y único. «El ir a tirarme y escuchar, de pronto, a Joe, a Nil». Joe y Nil gritando la medalla más grande de todas. «Mamááá».

Anna Tarrés

(Barcelona, 1967)

«Quizá yo no era consciente de que a algunas chicas les pedía algo que no me podían dar», dice Anna Tarrés con el Mediterráneo de fondo, yendo y viniendo con la monotonía de un reloj, en la costa de Castelldefels. Resulta hipnótico mirarlo mientras ella habla de un tsunami, ese que una llamada provocó en su vida el 6 de septiembre de 2012. En treinta segundos («que fue lo que duró») Anna mutó de reina a villana. Treinta segundos que abrirían el suelo a sus pies. «Tu contrato no se renovará en 2013», le espetaba el presidente de la Real Federación Española de Natación, Fernando Carpena, nada más descolgar el teléfono. Ella estaba de vacaciones, en Extremadura, y ese anillo con los aros olímpicos ya refulgía en su mano derecha soltando destellos como los chispazos de un desfibrilador. Pam, pam. Despedida. Ella. Anna Tarrés. La mujer que había colocado en el mapa del mundo de la sincronizada a España, la que había ganado cincuenta medallas, cuatro de ellas olímpicas, fuera.

Pam, pam.

«Fue un impacto. Aunque, de alguna manera, ya había habido algún aviso previo. Señales. Quizá yo no las quise ver, o no pude, porque estaba muy focalizada en los resultados de los Juegos Olímpicos de Londres por el objetivo tan brutal que teníamos, pero ya había puesto en la cuerda floja, entre la espada y la pared, a la federación. Les pedía más dinero y no me lo daban, así que lo buscaba por mi parte». Tan sólo unos días más tarde, sus métodos de entrenamiento ya no llenaban

titulares por el qué, las medallas, sino por el cómo. Sus métodos de hierro, a lo Margaret Thatcher, bajo la lupa después de que quince exnadadoras enviasen una carta a los medios denunciando sus prácticas. Y poniendo en su boca frases muy duras y explícitas.

«Esto es una dictadura y yo soy la dictadora».

«Esta medalla no te la mereces, no has hecho nada para conseguirla, sólo has tenido la suerte de llegar en este momento».

«¡Fuera del agua, gorda! ¡Vete al psicólogo!».

«Me costó entenderlo…». La carta. «Bueno, cuando haces muchas cosas es probable que algún comentario, alguna historia, pudiera influir en esas chicas. No me enteré, si no lo habría hecho diferente. Yo estaba en una institución pública en la que todo lo que hacía era público. Estaba en una piscina de Sant Cugat entrenando al aire libre. Todo el mundo sabía cuándo entrenaba, dónde, y chillaba, sí, como todos, pero tenía la conciencia tranquila, porque si no lo hice mejor es porque no sabía hacerlo mejor, si no lo hice diferente es porque no sabía hacerlo diferente», explica, con la distancia de la década que ha pasado desde entonces, aunque hasta el refulgir del anillo con los aros olímpicos en su dedo parece atenuarse. De pronto la mujer expansiva que se ha presentado un rato antes en la puerta del club Kallípolis, en el barrio barcelonés de Sarrià, parece apagarse y mirar hacia dentro. Ella, una eterna extrovertida, con energía de apisonadora que se proyecta como los piroclastos de un volcán en erupción y lo llena todo de brasas candentes. Para crear nuevo mundo.

Cinco minutos con Anna Tarrés bastan para comprobar que no conoce los grises. Si estás con ella sólo has de dejarte llevar más allá de la apnea, los dedos arrugados y los cansancios, hacia un lugar que conoció siendo casi niña y nunca ha olvidado: junto a Mónica Antich y Rosa Costa formó parte del primer grupo de deportistas españolas que compitieron en sincronizada en unos Juegos Olímpicos, los de Los Ángeles 1984. «En ese momento Rusia no existía, era Estados Unidos quien dominaba. Siempre cuento que el grupo de trabajo que nos tocó era con las americanas y, claro, hacían un deporte que parecía muy diferente al mío». Aunque fuese el mismo. «Yo tenía unos dieciséis años

y estaba con mujeres de veinticuatro. Las admiraba como a actrices de Hollywood en un deporte en el que bailaban, se movían y estaban guapísimas. Pasado el tiempo, creo que aquello me impactó más de lo que pensé en su momento. Fue un descubrimiento. La vida te va dejando pequeñas semillas. ¿De dónde vino todo? Quizá de aquella concentración de la que salí convencida de que, si ellas lo podían hacer, yo también». Tarrés había sido una nadadora «gamberra» a la que la sincronizada le había llegado por catequesis. Lo cuenta en esta terraza de un chiringuito de playa de Castelldefels que ha elegido para la entrevista mientras el Mediterráneo sigue yendo y viniendo, ajeno. Pide un agua con gas cuando el *Always on my mind* de Elvis Presley comienza a sonar por los altavoces como una premonición.

«Yo tenía once años», arranca, a punto de zambullirse en aquellas aguas cloradas de su pasado. «Fui muy buena nadadora, pero me quemaron. Era demasiado joven, entrenaba mucho, y lo quise dejar porque no me terminaba de gustar». En el colegio ya despuntaba en gimnasia. «Un día en catequesis la recepcionista me habló del deporte que practicaba su hija». Sincronizada, dijo, como una palabra envuelta en papel de regalo. Empezó a practicarlo. «Me resultaba fácil, me gustaba, me lo pasaba bien e iba a competiciones». A exhibiciones en hoteles de Sitges o Cala Ratjada, en Mallorca, que serían los polvos de los lodos que vendrían muchos años después, cuando en su anular derecho ya brillaba ese anillo troquelado tras los Juegos de Pekín 2008. «Las hacíamos para obtener *cash*, para autogestionarnos». El tiempo que le dedicaba era el de una extraescolar, dos horas, al salir del colegio, de cinco a siete. «El precio que he pagado por hacer lo que he hecho con mis chicas podría haber sido infernal para otros. Para mí no. Para mí ha sido un honor. Eso va un poco en la personalidad de cada uno. En 1984, cuando estuvimos preparando los Juegos Olímpicos de Los Ángeles nos concentraron todo el año, seis meses en Mallorca y otros tantos en Madrid. Éramos diez o doce nadadoras. Yo lo viví como el mejor año de mi vida, pero a otras les pareció el peor. Mismas condiciones, misma entrenadora y cada una tuvo una experiencia completamente diferente». En 1987 salió de la piscina, pero se quedó al

borde con un solo objetivo: conseguir hacer de España lo que había visto en Estados Unidos, aunque para ello tuviera que forrarse las cuerdas vocales de acero.

En su casa había aprendido que los sueños requieren esfuerzo y trabajo. Hija de profesores, Josep Tarrés, su padre, de Matemáticas; Pepa Campa, su madre, de Física y Química y Farmacia, Anna estudiaba Filosofía. «En su momento, cuando empecé a impartir la sincronizada no sabía mucho». *Se hace camino al andar.* «Pero tenía algo diferente». Un carácter distinto. De llegar y enraizar. «Recuerdo que, cuando trabajaba en el club dando las típicas clases de natación, la gente me traía regalitos de Navidad —musita—. Quizá es por esa implicación que he tenido con todo desde niña. Mi madre siempre lo cuenta: ponía a mis hermanas en fila y les daba clases; ya era manducona». En ese momento Elvis parece subir la voz.

> *Maybe I didn't treat you*
> *quite as good as I should have.*
> *Maybe I didn't love you*
> *quite as often as I could have.*[20]

Cuando la carta de las quince exnadadoras se publicaba en 2012, quien fuera su segunda desde 1995, Beth Fernández, la respondería así: «El alto rendimiento es muy duro. Es como un embudo y no todo el mundo puede llegar arriba. Mucha gente se queda por el camino y queda frustrada y amargada, y encuentran en esta manera de funcionar cómo canalizar su odio». Y añadía: «Yo no las he escuchado [las expresiones]. Ni ella [Anna Tarrés], ni yo, ni mucha gente que está en el alto rendimiento de la sincro y otros deportes somos unos santos y a veces nuestras expresiones, si las sacamos de contexto, pueden resultar malsonantes».

Anna había ido adquiriendo todos los conocimientos posibles devorando libros sobre biomecánica y el cuerpo humano cuando en 1988, dos años después de que Juan Antonio Samaranch clamara en 1986 ese «À la ville de… Barcelona» como presidente del Comité

Olímpico Internacional en el Palais de Beaulie de Lausana, Suiza, una niña llamada Gemma Mengual entraba por primera vez en la piscina del Kallípolis para ejecutar en el agua las órdenes que Anna Tarrés daba en el borde. El alto rendimiento llegaba a Barcelona, primero con un centro de tecnificación en el Kallípolis en 1990 y pocos meses después con la residencia Joaquim Blume en Esplugues de Llobregat. «Soy quien soy gracias a la ONG de amigos sin ánimo de lucro que he tenido alrededor». Esa que comenzó a crecer entonces en torno al conocimiento científico y reglado del deporte. «El equipo vio que esto me gustaba y tenía carácter…». La gente del Kallípolis [el presidente, César Villegas, la nadadora María José Bilbao, la secretaria Ana Robagosa, y su marido Emilio, el hombre que le prestaba todos los libros]. Para entonces ya ejercía como seleccionadora española Heidi O'Rourke, la nadadora estadounidense que había sido a la sincronizada lo que Nadia Comaneci a la gimnasia: el primer diez de los jueces. Anna Tarrés caminaba entre su club y su asistencia, sin dejar de aprender. «¿Y sabes qué hacíamos? Íbamos a escuelas a pasar vídeos en busca de cantera. Nuestro objetivo era reclutar niñas». Algunas de las quince que más de una década después enviarían esa carta estaban entre ellas. También las hermanas Fuentes.

La sincronizada española comenzaba su escalada de la nada a la punta más alta atada al método Anna Tarrés. El primer envite fue Barcelona 1992. Gemma Mengual e Irina Rodríguez como voluntarias. Tres años después, en 1995, estaban en el Campeonato Europeo de Natación de Viena y, contra todo pronóstico, quedaron quintas. Exactamente igual que la selección masculina de waterpolo y, sin embargo, tan lejos. «Las chicas viajaban sin dietas, sin bañadores…». Era Tarrés quien se los cosía, lentejuela a lentejuela, mientras batallaba por una igualdad que generaría las primeras fricciones con la federación. Por mucho que se empeñara en levantar la voz, la sincronizada seguía siendo un deporte de susurros. En 1996 quedaron fuera de los Juegos Olímpicos de Atlanta, pero un año después finalizaron en cuarta posición el europeo de Sevilla mientras que en el de Helsinki se lograban las primeras medallas. Para cuando Barcelona

albergó los mundiales de natación, en 2003, a Gemma Mengual ya la paraban por la calle. Era capitana de un combinado, el de Anna Tarrés, que lograba dos bronces (uno de Mengual en el solo y otro de Mengual con Paola Tirados en el dúo) y una plata compartida con Estados Unidos en la combinada libre.

Después de Heidi, seleccionadora hasta 1993, *a la ONG de Anna* llegó al equipo nacional como colaboradora unos meses otra estadounidense, Karen Babb, para enseñarle algo que no había aprendido con los libros: cómo motivar y aprender a encarar de otro modo su nivel de exigencia. «Ella veía que yo era un poco… No sé. Me decía: "Ana, siempre les estás señalando lo que está mal, tienes que decirles también qué está bien". A veces comentaba que había cosas que no podrían hacer, y yo le respondía que no se preocupara, que ya lo harían… Si no ya se cambiaría. Que teníamos que empezar con el listón bastante alto —recuerda—. Lo que intenté es que las que éramos saliésemos adelante». *Las que éramos*, ese puñado de niñas que un año antes habían descubierto en una prospección por piscinas y escuelas para entrenar en un deporte que «no existía», que nadie conocía. «Había que trabajar y ponerlas a todas al nivel».

El «ensayo y error» fue su método hasta que llegó otra colaboradora a su piscina durante otro puñado de meses, la canadiense Leslie Sproule, en 1995. «Trajo unos apuntes de la base de la sincro, todo por escrito». Lo llama libro, pero en realidad fue la Biblia que devoró antes del europeo de Viena que supuso un antes y un después para el equipo en 1995, cuando se logró un quinto lugar que supo a medalla. «Yo lo tenía clarísimo: la gente tenía que llegar al nivel de Gemma. Por eso ahora también me doy cuenta de que las chicas que quizá no tenían tanto talento sufrieron mucho porque debían trabajar más en el proceso, pero lo hicimos como lo supimos hacer». Como ella creía, con sus formas rudas pero brillantes y eficaces. «Al principio, en los campeonatos, me pegaba a otras entrenadoras para espiar sus coreografías. Después, con el tiempo, me decían: "Anna…"». Cuando España comenzaba a colgarse medallas y se vestía de Hollywood para hacerse potencia bajo su mano de hierro: Anna Tarrés, la entrenadora del podio.

«En 1997 entré en la federación y dos años más tarde comenzamos a preparar los Juegos Olímpicos de Sídney 2000. Sabía que sería imposible clasificarnos, pero aun así creamos toda una historia. ¿Y si a las italianas les entraba una gastroenteritis y accedíamos nosotras? Debíamos estar preparadas». Comenzaron a entrenar doce horas al día, de siete de la mañana a medianoche. «No nos clasificamos, pero como el equipo era tan bueno la federación nos siguió apoyando con las becas ADO». Y siguió alimentándose la ONG a su alrededor: la música de Salvador Niebla, las coreografías, un puñado de niñas bailando en el agua como si fueran una única persona. «A veces he tenido que sacrificar rutinas que artísticamente me parecían muy bonitas porque no funcionaban, pero al final siempre he sido capaz de desarrollar coreografías más comerciales. Sabía que nunca podría igualar la habilidad técnica de las rusas y tenía que buscar una estrategia alternativa. Mi material era inferior, sin embargo ellas no tenían esa capacidad para cambiar el plan, de adaptación a todo, de mejora o de buscar lo que es único. La mía es grande», dice, abriendo los brazos como si quisiera abarcar ese Mediterráneo que se divisa a lo lejos desde la montaña de Sarrià en la que está el Kallípolis, escenario inicial de esta entrevista que Anna Tarrés dirigió a Castelldefels con una pregunta: «Mira qué día hace, ¿y si vamos al mar?».

En los Juegos de Pekín 2008, la plata en dúo de Gemma Mengual y Andrea Fuentes, y la lograda por el equipo tatuaron los aros olímpicos en el anular de Anna Tarrés. Aquellas Navidades sus sirenas protagonizarían el anuncio de Freixenet, y ella lograría que su deporte, otrora desconocido, se colase por la vía catódica en todos los hogares españoles. «De golpe y porrazo entramos en ciudades como Cáceres, donde no hay sincronizada», cubiertas todas de un oro que celebraba sus platas olímpicas. «Las primeras medallas son las más potentes, las que están más trabajadas. Y nosotras veníamos de veinte años de esfuerzo para consolidarlas». En cuanto las tuvo al cuello, Anna Tarrés llamó a la puerta de la federación, «empoderada», para exigir cobrar lo mismo que su homólogo en la selección de natación. «Era un italiano, Mauricio Coconi, que se embolsaba el doble que yo —explica—.

¿Cuántas medallas tenía él y cuántas yo?». La pregunta es retórica. «Ninguna y dos», responde tajante, como si no hubiera quedado ya suficientemente claro. «Mira lo que habíamos logrado. Pues seguíamos sin tener un reconocimiento a la altura de los resultados». Ya había llamado muchísimas veces pidiendo otras cosas, como agua o turnos de piscinas. «Quiero que me dejéis entrenar, tengo el mismo derecho», les había dicho en tantas ocasiones. «Las sirenitas me están tocando los cojones», recibía a menudo como respuesta. «¿Cómo que sirenitas? Tienen nombres y apellidos, son iguales que vosotros —devolvía Anna —. Y entrenábamos de doce a cuatro, las horas que nadie quería. O de noche, de ocho a dos de la mañana», enumera, con el enfado de antaño aún latente en su voz.

«La excelencia cuesta», apunta. No sólo esfuerzo físico, apneas, dedos arrugados y cansancio, también dinero. «Piensa que las chicas de ahora, las alevines, llevan tres años como mínimo para hacer algo que se vea», reseña mientras su mirada se pierde en el horizonte, en el mar, y su relato vuelve a detenerse en ese reloj que volteó su vida en septiembre de 2012, un mes después de que la sincronizada española subiera al podio olímpico de Londres para recoger otras dos medallas, la plata de Ona Carbonell y Andrea Fuentes en el dúo y el bronce por equipos. «La Tarrés se cree la reina de Saba y hace lo que le da la gana», dirían después sobre ella.

«Es verdad que tengo un carácter muy duro y perfeccionista, pero no había mala intención, sino profesionalidad». Andrea Fuentes, que no firmó la carta de denuncia, describía así sus entrenamientos: «Cuando venía con el pelo engominado, temblábamos; ese día tocaba sufrir». «No tengo ni idea de eso. Quizá es que el día que iba engominada había dormido mejor y tenía el carácter más potente. Sí que es verdad que en esos momentos todo el peso de la responsabilidad recaía en mis espaldas y probablemente tuviera comentarios fuera de lugar, pero jamás se hizo nada relacionado con querer machacar a las nadadoras gratuitamente», insiste. La voz de Elvis ya se ha apagado. «La primera exigencia era conmigo misma». Por eso los años quizá le hayan dejado la reflexión que sigue, sobre la carta: «Que al final estábamos solas en

esto y hacíamos lo que podíamos. Y al final no hay más historia. ¿Que no las he abrazado como a ellas les gustaría? Viéndolo con el tiempo, ahora que se necesita tanto abrazo, pues quizá sí. Pero las he cuidado más que si fueran mi hija». Habla sin tapujos sobre la carta, sobre las quince, con voz de madre, con la voz de la mujer que le ganó a Fernando Carpena el juicio por despido improcedente en los juzgados, la entrenadora que siguió cosechando éxitos con la sincronizada allá donde entrenara, de Francia a China, pasando por Ucrania, Grecia e Israel, siempre con podios, resultados y clasificaciones olímpicas, mientras España se sumió en el barbecho.

«El único secreto es hacer una jornada laboral de ocho o diez horas en la piscina. Una jornada laboral de empresa privada, donde se trabaja por resultados», dice, con los ojos perdidos en el infinito. «La única misión que tienen es salir de cada entrenamiento con dolor, eso quiere decir que han activado con firmeza alguna parte del cuerpo. Eso es lo que nos permite mejorar. Si no hay dolor, no hay entrenamiento», apostilla. Con una sonrisa que traspasa los años y centellea bajo el sol de febrero, entre el acero y el oro.

Pam, pam.

Natalia Pablos

(Madrid, 1985)

Los momentos existen. Ese «ahora sí» en el que se abren compuertas y todo anhelo encaja, como las piezas de un rompecabezas. El momento de Natalia Pablos, esa niña que había nacido cosida a un balón en los alrededores de Tirso de Molina, a los pies de la Puerta del Sol, fue cuando su padre se topó con aquel anuncio en la prensa deportiva. «Sería el año 1997 o 1998, no recuerdo bien», rememora al teléfono una tarde de junio de 2023, ya retirada, cuando hace años que viste de largo para impartir clases de Educación Física e Inglés a niños de entre seis y doce años en un colegio de Getafe. Unos alumnos que al teclear su nombre en Google ya no pueden dejar de mirarla como se observa a los ídolos: con la boca abierta rebosante de exclamaciones y de preguntas. Una de las mejores jugadoras de fútbol de la historia de España es su profesora. Formó parte de la primera selección femenina que se clasificó para disputar un Mundial, el de Canadá 2015, y es leyenda de aquel Rayo Vallecano que a todo el mundo se le venía en primer lugar a la cabeza cuando comenzaba a hablarse de fútbol femenino en España, mediada la década de los 2000. Un referente cuyos comienzos estaban en ese anuncio con el que se había topado su padre, igual que los padres de otras muchas como ella. Hablaba de un equipo nuevo que buscaba niñas con ganas de jugar al fútbol.

«Desde muy pequeña, siempre me recuerdo con un balón», dice, inmiscuida en un pasado de partidos de barrio, siempre entre chicos. «Me apunté a un equipo de fútbol sala porque no conocía ninguno en el

que las niñas jugaran. Se llamaba El Olivar, y allí estuve hasta los doce años, la edad en la que, en aquella época, una chica ya no podía jugar con niños». Sólo en un equipo femenino, esos que aún no existían, que ella supiera. Pero entonces llegó el momento: un equipo en la Chopera (en el madrileño barrio de Legazpi) puso aquel anuncio en la prensa para encontrar a niñas. A niñas como Natalia. «Aquello fue muy mediático. La primera escuela de fútbol femenino. Tuvo mucha repercusión». Llegó un poco más tarde de que se hubiese formado. «Recuerdo que, cuando me apunté, ya había muchas jugadoras y yo sólo pensaba en la suerte que tenía porque estaba al lado de casa». No podía ni siquiera llegar a imaginar que ese equipo sería el germen de aquel Rayo Vallecano que escribiría los primeros renglones de la historia del fútbol femenino en Madrid, en letras grandes. «En ese momento no me planteaba nada. Si no hubiera aparecido el anuncio, no sé qué hubiera sido de mí, quizá habría empezado en el fútbol femenino más tarde, cuando ya hubiese más oportunidades». Pero lo hizo en ese momento. Sí, en ese justo momento. Para tumbar un muro que ni siquiera los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992 y todas esas ocho primeras medallas de mujeres habían podido derrumbar. Ni todos los esfuerzos antes, todo el pasado, lo de Boetticher y lo demás. El muro del fútbol femenino.

«Tras la prueba me encuadraron en el horario de tarde, junto a las chicas mayores, que después formarían el equipo del Buen Retiro», del que surgiría el Rayo. «Y así fue como empecé de un modo más profesional, jugando al fútbol, primero como extremo izquierda y a los dos años como delantera, pero ya sólo rodeada de otras chicas». Así empezó, cuando ni siquiera soñaba que un día le pudiera ocurrir, tan cápsula era, como un vaso de agua en el medio del desierto. «Para nosotras, el Buen Retiro era nuestro hobby. Todas estudiábamos, incluso alguna empezaba a trabajar. Allí nos juntábamos un grupo de amigas acompañadas de unos padres que también se llevaban genial». De repente empezaron a ganar, a ganar y a ascender de categoría. El primer ascenso lo financiaron los progenitores; los coches, la ropa, los desplazamientos. Algo que en la siguiente subida fue imposible: era a

Liga Nacional, con viajes, por ejemplo a Valencia, que restaba peso en los bolsillos de las economías de aquellas familias.

«Teníamos un entrenador que venía del fútbol masculino, Juan Medina, que conocía al gerente del Rayo Vallecano y nos dijo: "Vamos a proponerle que absorba a este equipo". Todas pensamos lo mismo: "Ya está Juanito con sus cosas"». Pero no. Lo que decía Juanito iba en serio. Al frente del Rayo estaba María Teresa Rivero, única presidenta del fútbol profesional español por aquel entonces (y durante años), que había oído hablar de nosotras, mujeres como ella contra todo perjuicio enquistado, y quería darnos las estructuras que no teníamos». El sí de Vallecas, dibuja Natalia, lo recibieron incrédulas. Que ese equipo que no podía ser más de barrio, formado en el corazón de la Chopera, a unos pasos del Matadero en Legazpi, iba a ser el representante femenino del equipo del barrio para siempre. De La Franja. Comenzaba así la sección femenina del Rayo, era el año 2000. «Y nosotras nos mudamos sin saber lo que desde ese momento iba a ocurrir de verdad».

Llegaron con emoción y una incertidumbre que desapareció el primer día cuando sobre Natalia y todas sus compañeras comenzaron a llover equipaciones y botas que hasta entonces sólo habían visto en la televisión y, por supuesto, sólo en cuerpos de hombres. «Joma patrocinaba al Rayo y ese día nos dieron camisetas y calzado de la marca, nos miramos y dijimos: "¡Maaadre míaaa!". Sentíamos como si formáramos parte de un equipo masculino. A nivel de ropa e instalaciones, todo aquello nos parecía un lujo». Como despertar un 7 de enero y descubrir que los Reyes Magos aún no se han marchado.

Aquel fue el primer equipo que a nivel mediático plantó una bandera que ya no se pudo arrancar. El fútbol femenino en España era el Rayo Vallecano, con un fichaje que era un nombre, pero en realidad dos. «Milene Domingues», dice Natalia con dulzura, acordándose de pronto de aquellos tiempos de focos que nunca se llegaban a apagar. Porque Milene era futbolista, pero también la mujer de un jugador brasileño llamado Ronaldo Nazario que en aquel momento estaba considerado el mejor delantero centro del mundo. Jugaba en el Real Madrid. «Estábamos todo el día en la tele». Por ella, Milene, la Ronaldinha,

como se la apodó. Un fichaje más allá del marketing que provocó dos cosas. De la primera salió beneficiado todo el fútbol femenino español, porque comenzaron a permitirse «los fichajes de jugadoras extranjeras en la liga». La segunda sólo afectó al vestuario en el que Milene dejó huella más allá del escaparate. Tuvieron que aprender a convivir con la fama. «En el vestuario, en el día a día, ella era una chica encantadora, una más». De alguna manera el fútbol femenino arrancaba al masculino un trozo en los periódicos, unos minutos en la radio, unas imágenes en la televisiónaunque fuera centrándose en Milene.

Cuando en 2008 el Rayo Femenino ganó su primera Copa de la Reina, Natalia Pablos era la única que continuaba de las que habían llegado desde el Buen Retiro. Y tenía un sueldo: «Era en pesetas, 140.000 [840 euros], que en ese momento sólo recibía yo». Milene se había ido ya, pero ahí seguían las demás. Los únicos títulos y copas del club vallecano en su historia se los ha dado en su sección femenina. «Así que empezamos a cobrar todas, no sólo unas pocas. Nos trajeron un entrenador con cierta formación, jugadoras de fuera de Madrid, habilitaron pisos, los sueldos iban en aumento, y comenzaron a llegar las llamadas de la selección española». Fue después de aquel 2008 en el que el Rayo Femenino le ganaría la Copa de la Reina al Levante, ante el que había perdido la liga tan sólo por un gol. Aquel año la afición sumaría un nuevo latido a esa franja que le atravesaba el pecho, el del equipo Femenino, del que Natalia era ya santo y seña. Reina y leyenda. La futbolista que llegaría a marcar 350 goles en 378 partidos con su camiseta.

Uno de esos tantos sucedió en un partido que muchos aficionados aún no han olvidado: en 2010, contra el Arsenal, «entonces uno de los grandes equipos que había en el fútbol femenino», que visitaba el modesto estadio de la calle del Payaso Fofó. Ellas enfrente, con su camiseta del Rayo, ese grupo de mujeres que había llegado hasta ahí, hasta lo más alto del fútbol, la Champions League. «Ese partido fue uno de los más especiales de mi carrera. Primero porque se jugó en Vallecas. Segundo, porque tuve la suerte de marcar. Tercero, porque lo hice ante ocho mil personas que nos veían desde la grada». Ocho mil

gargantas, dieciséis mil palmas que ovacionaban a unas mujeres que jugaban al fútbol. Aquélla no era la primera vez que el equipo jugaba en Champions (había sucedido el año anterior, ante un equipo ruso frente al que habían perdido), pero para Natalia Pablos y sus compañeras era casi el primero, porque estaban en casa, en el barrio. Temporada 2010-2011, octavos de final. «El Arsenal había sido campeón de la Champions ya. Nosotras entonces empezábamos a conocer a jugadoras extranjeras, sobre todo las que estábamos en la selección española y el Arsenal tenía a unas cuantas en la inglesa. Sabíamos cómo jugaban. A mí me pusieron en la banda derecha para cubrir a una rival que se llamaba Rachel Yankey, rapidísima». Natalia cierra los ojos y durante unos segundos ese ayer vuelve a ser hoy en su piel de gallina: marcó en el segundo cincuenta, sin que mucha gente, aún en la previa de bares, pudiera verlo.

Ella lo recuerda tal cual, como un comentarista televisivo que lo va narrando según sucede, tal cual se dibuja en su cabeza. Aclara su voz y narra con su deje madrileño: «Fue un balón perdido en el centro del campo. Como estaba sola y no quería perder mi posición, porque estaba más pendiente de Rachel que de otra cosa, disparé casi desde el centro del campo, con la suerte de que pillé a la portera del Arsenal adelantada y se convirtió en un golazo». Todos los gritos del mundo que habitaban en su pecho le salieron en ese momento por la boca. Por la escuela de Legazpi en la que todo había comenzado. Por el Buen Retiro. Por el Rayo Vallecano y por María Teresa Rivero. Por la Champions. Por todo el fútbol femenino español. Por ella y por todas sus compañeras. Llevaba el once a la espalda.

Aquello que parecía el despegue fue en realidad su primer adiós en el Rayo. En 2011, Natalia Pablos haría la maleta para irse a Inglaterra, un año antes de la cita olímpica de Londres. «Los Juegos provocaron que en Reino Unido se empezara a invertir de verdad en el fútbol femenino desde todas las instituciones, algo que en España aún no había ocurrido». La particular apuesta de Teresa Rivero por el futbol femenino, en efecto, era aún como un vaso de agua que se evaporaba en medio del desierto. «En mi primer año en Inglaterra me convertí en

una jugadora de fútbol de verdad. Vale que era una futbolista desde antes, pero hasta entonces no me sentí profesional». Su deporte al fin estaba arropado no sólo por una presidenta, sino por todos los clubes, por la Asociación Inglesa de Fútbol y por los patrocinadores. En ese tiempo en el extranjero se sintió definitivamente profesional, mejoró su inglés y aprendió mucho.

Pero hay algo que entonces ya sabía y era que tenía que regresar, que regresaría. A aquello que desde allá tanto añoraba. A la franja en el pecho. A la hinchada en Vallecas. Al barrio.

Volvió a casa cuatro años después para comprobar que todo había cambiado. Que María Teresa no estaba. Que el Rayo había dejado de creer. «Y que la federación española tampoco lo hacía de verdad. Ahora parece que está empezando a apostar un poco más, porque se ha visto obligada a darle a la mujer un papel más importante. Pero, por mucho que digan, nunca ha sido una institución que le haya brindado un apoyo total al fútbol femenino. Ha tardado mucho en disponer de entrenadores formados. Cuando yo empecé, lo hacía el padre de una jugadora, el tío, el amigo de no sé quién, un chico que había estado entrenando no sé cuándo a los alevines de un equipo de chicos.Pero se nota que, a medida que se ha traído a gente especializada y formada, el nivel ha subido. ¿Qué se necesitaba? Únicamente inversión».

Pero a veces, sólo a veces, algunos entrenadores que son profesionales en el fútbol no deberían entrenar, formar a otras personas sencillamente porque no son aptos. Natalia lo sabe porque lo ha vivido. Primero, observando de lejos lo que ocurrió en el Rayo Vallecano con Carlos Santiso en 2021. De lejos, porque ella no estaba en el club. Pero una futbolista lo es siempre, aunque no juegue. Y hay cosas que duelen. Natalia se había retirado tres años antes, cuando empezó a sentir que lo que más le había llenado estaba empezando a ser un simple trabajo. O peor. Una obligación. No una pasión. Le costaba levantarse de la cama para ir a entrenar, como parte de una rutina que su cuerpo ya no le pedía. Avisó meses antes del final de la liga en aquel 2018. Sería su segundo y definitivo adiós del equipo que llevaba en el pecho. Se marcharía marcando en su último partido su gol 350 con la camiseta

del Rayo. Un adiós amargo, porque casi la obligaron a quedarse con la amenaza del pago de una multa. Pero cualquier desencuentro, cualquier cifra, pesaba menos que la decisión que había tomado en su cabeza: cuando alguien dice que se va, es que ya se ha ido. «Yo hice las cosas bien; otros, no tanto. ¿Cómo veo al Rayo ahora? Pues lo veo mal. Es un equipo en proceso de desaparición. Pero eso es algo que vengo observando desde hace tiempo, incluso desde antes de retirarme».

Por eso no reconoce a su Rayo en lo que ocurrió con uno de sus entrenadores, Carlos Santiso. Por eso le revuelve ese episodio y mastica, sumida en recuerdos, el nombre de Carlos Santiso como si hubiera brotado de la costilla del que también fuese su entrenador en la selección española de fútbol, Ignacio Quereda. «Carlos nunca debió seguir en el Rayo, ni un minuto». Se refiere a aquel entrenador que decía en un audio filtrado a los medios: «Nos falta hacer como los de la Arandina, que cojamos a una, pero que sea mayor de edad, para no meternos en jaris y cargárnosla todos juntos». Los de la Arandina son tres futbolistas encarcelados tras ser declarados culpables de violar en grupo a una menor. Los de la Arandina, así, en la boca de un entrenador de fútbol de un equipo femenino. Al club le bastó una disculpa por escrito del técnico, que calificó el incidente como «una broma machista imperdonable». En el Rayo se le perdonó y siguió entrenando a mujeres. La voz de Natalia se acelera. El tono se vuelve más agudo. El volumen, más alto. «Me da igual si es un comentario entre amigos o en un bar, ese entrenador no debió seguir ahí ni un minuto. No puedes permitir, como presidente de un club, que el nombre de la entidad quede manchado de esa forma. Y Santiso, además de pensar y decir esa barbaridad, profesionalmente no estaba preparado para la labor que le habían encomendado, porque llevaba dos descensos seguidos». La voz de Natalia brota como un lamento acunado en los años. «Me alegro de no haber estado ya en el Rayo en ese momento, porque, si no, hubiera cogido mi bolsa y me hubiera ido». Por esa puerta que ella había abierto largos años atrás. La del fútbol femenino que alza su puño contra el menosprecio, como sólo se sabe hacer en un barrio como Vallecas.

Pero la historia, tristemente, se repite. Y si el «caso Santiso» le rozó a Natalia estando ya fuera del Rayo, la «era Quereda» la alcanzó de lleno. Ignacio Quereda fue seleccionador español femenino durante veintisiete años con Natalia Pablos habitual en sus listas de 2006 a 2015. Goleadora de la selección y una de las fijas. Ignacio Quereda hacía tiempo que cruzaba la línea que separa la exigencia de la humillación. Pero eso no se sabía. Ellas, las futbolistas, callaban. Y llegó el Mundial de Canadá 2015, el primero al que la absoluta femenina se había clasificado. Gracias precisamente a un doblete de Natalia Pablos.

El partido ante Rumanía lo tiene grabado en su cabeza como se guardan, en los dedos de una mano, los nombres de los amigos de verdad. «Hicimos una fase de clasificación muy buena, las jugadoras formábamos un grupo humano y deportivo brutal. Italia era el coco de ese grupo. En Madrid logramos ganarle, y en Italia le empatamos. Luego llegó el partido ante Rumanía, el último escollo, y ahí ya fuimos con la ambición de jugar el Mundial». El primer gol sería suyo. De Natalia Pablos, a pase de Sonia Bermúdez. El segundo también lo firmó ella, asistida por Vero Boquete. Y aquello les garantizó un pasaporte hacia el Mundial de Canadá que disputaron con luces y sombras. Con el foco apuntando hacia ellas, aún con una luz tenue, pero apuntando. España no pasó de la fase de grupos. Y entonces se supo todo.

Cayeron ellas primero, Quereda lo hizo después.

Las jugadoras hablaron por fin de lo que habían sufrido hasta ese momento, y no deportivamente. Contaron que la llamada de la selección era algo que no disfrutaban. Estar en la lista de Quereda, tener que entrenar con él, todo como una bola en la garganta. Las piernas pesadas, el corazón encogido. Ellas intentaban paliarlo con bromas, apoyándose, como quien comparte una calamidad común. Eran unas jovencísimas Jennifer Hermoso, Irene Paredes, Alexia Putellas o la propia Natalia Pablos, que aclara la voz y habla con firmeza: «Nacho controlaba absolutamente todo. Él se encargaba del fútbol femenino en la federación que entonces presidía Ángel María Villar. Y, claro, era una preocupación menos para el presidente. No le tosía nadie y él hacía y deshacía. Éramos las niñas, le pertenecíamos». A un entrenador que

consideraba la homosexualidad como una enfermedad a erradicar. A un entrenador que gritaba a sus futbolistas improperios tales como «a ver si te cuidas, que estás gorda», o «tú lo que necesitas es un macho». A jóvenes deportistas que intentan superarse, que sueñan con ser mejores en el campo y fuera de él, que trabajan en equipo y que llevan el escudo de un país en el pecho. Cada error era un grito. Cada pase malo era un grito. Lo dicen aquellas jugadoras que ahora son mujeres. Porque Ignacio Quereda, dicen, disfrutaba chillando a quien pillase delante de todo el equipo. «Fue duro, muy duro y muchos años», lamenta Natalia, sintiendo que la herida sigue abierta. «Es que era duro, durísimo, muy duro». Repite esa palabra como un mantra doloroso. Duro. Que significa muchas cosas. Falto de suavidad. Excesivamente severo. Riguroso. Sin concesiones. Difícil de tolerar. Cruel. Insensible.

Lacerante.

Entonces, tras el Mundial de 2015, cuando los focos estaban puestos en si esas mujeres podrían haber llegado más lejos en la competición, cuando se dudaba de si el fútbol femenino español tenía calidad, las veintitrés jugadoras, pertenecientes a dos generaciones distintas de futbolistas, decidieron dar ese paso. Hablar. Decir basta. Sin saber si las mirarían, si los focos cambiarían de dirección. Ignoraban que eso era sólo el principio. Por escrito, bajo el epígrafe «El sentir de la selección española de fútbol», pidieron la dimisión del seleccionador Ignacio Quereda. De Nacho, sí. El que las llamaba gordas, el que les propinaba cachetadas y pellizcos dolorosos en los mofletes, el que decía que a ver si espabilaban, que eran muy malas, el que repetía una y otra vez que el lesbianismo se curaba con un hombre en condiciones. Aunque, de esto, de lo anterior, no escribirían ni una sola palabra en su comunicado, centrado únicamente en argumentos deportivos. Los trapos sucios habían intentado lavarlos en casa, haciéndolo constar ante la federación de Ángel María Villar, que no hizo nada. Y eso que era palpable que Quereda y su cuerpo técnico no habían preparado el torneo, que no conocían a sus rivales, que no habían estudiado a las futbolistas de Brasil, más allá de saber quién era Marta, que entonces

ostentaba el título de mejor jugadora del mundo. Y eso que se sabía que la federación no había previsto un viaje con cierta anticipación o amistosos de calentamiento, como se hacía con la absoluta masculina. «La preparación del Mundial no ha sido la correcta, los amistosos inexistentes, la aclimatación escasa, el análisis de los rivales y la forma de preparar los partidos insuficientes», así escribían en ese paso adelante aquellas jugadoras, en esa denuncia sin abrigo ante los métodos del duro, durísimo, seleccionador, que fue destituido, no sin resistencia. Quereda tenía que marcharse de la selección veintisiete años después. Su lugar lo ocuparía otro hombre elegido por la federación, Jorge Vilda, un perfil de entrenador joven y de la casa.

Pero hubo otra consecuencia. Sobre todo para las que lideraron la revolución, las más veteranas. Entre ellas Natalia Pablos. Y Sonia Bermúdez, Ainhoa Tirapu, Ruth García y también Vero Boquete. Jorge Vilda empezó a prescindir de ellas en sus listas. No estaban convocadas ni para un amistoso ni para darles las gracias, por todas las puertas que, en su camino, habían dejado entornadas.

Natalia marcó doce goles en los trece partidos que vistió la camiseta de España, pero no continuó en la selección porque Jorge Vilda no la quiso en ella. Luego se retiró del fútbol y contempló, triste, cómo la historia estaba condenada a repetirse. Después vendrían los desencuentros entre quince jugadoras y el seleccionador. Vendría el interés de la prensa, no mucho, por saber qué ocurría en ese vestuario, con críticas veladas hacia las rebeldes que, decían, querían boicotear un Mundial. Luego vendría el Mundial de 2023. Y la celebración. Y el beso del presidente de la Real Federación Española de Fútbol, Luis Rubiales, a una jugadora, a una empleada, a Jennifer Hermoso. Vendrían historias que se repiten una y otra vez en el fútbol.

«Queda mucho camino por recorrer y muchas puertas que abrir. Este es un gran momento para nuestro deporte, con muchos retos y sueños por delante y es responsabilidad de todos marcar el camino a seguir. Ver hacia dónde vamos y cómo lo hacemos». Así finalizaba aquel comunicado firmado por las veintitrés futbolistas que ganaron el pulso a Ignacio Quereda obligándolo a marcharse, con Natalia Pablos entre

ellas. «Ahora los medios miran al fútbol femenino. Me alegra haber comenzado algo», apostilla Natalia. Pero cómo no.

Mañana mismo volverá a su colegio de Getafe, en Madrid, a sus clases de Educación Física y mirará alrededor, satisfecha. Porque sigue valiendo la pena. «Cuando se meten con las niñas o les dicen cualquier cosa por querer jugar al fútbol, porque, sí, sigue pasando, yo les digo: "Si yo he llegado, ¿por qué no vas a llegar tú?"». Y ellas la miran, asintiendo, además de con su boca abierta rebosante de admiraciones y de preguntas. Las patadas a esos muros son tan fuertes que ya no hay vuelta atrás.

Danae Boronat

(Tarragona, 1985)

«Puta». «Devolvedme el dinero». «Zorra». «Vete a fregar». «¿A quién se la has chupado para estar ahí?».

Durante la temporada 2022-2023, cada vez que Alba Oliveros o Andrea Segura abrían sus redes sociales durante un partido de fútbol se encontraban con decenas, cientos, de comentarios así. Sólo por ser dos mujeres que por primera vez en España comenzaban a narrar de manera regular los partidos de Primera División masculina a través de las cadenas de televisión Movistar Plus y DAZN, respectivamente. Danae Bonorat posa la mano de manera inconsciente sobre su teléfono en una terraza en la plaza de la Vila de Gràcia, Barcelona, en una mañana cálida de febrero, cuando la conversación llega a ese punto, el de los insultos, en un gesto que revela sin necesidad de palabras. Han sido su pan de cada fin de semana durante años, sobre todo tras dar el salto de la radio a la televisión, a *Deportes Cuatro* y a moderar las tertulias de beIN Sports y Movistar Plus. Televisión, la última, para la que el 12 de mayo de 2019 se convertiría en la mujer que abriría ese camino que tres años después empezarían a recorrer cada fin de semana Alba y Andrea: la primera en narrar un partido de la Primera División de la liga masculina, en la jornada 37.ª, penúltima y unificada, en la que todos los partidos se juegan de manera simultánea. Su voz se oyó en LaLiga TV Bar, el canal con retransmisión especial para establecimientos públicos (que emplea voces diferentes a las de los domicilios particulares). Aquel empate 1-1 entre el Sevilla y Atlético

pasó a la historia gracias a ella.

«Uno de mis objetivos en el periodismo es derribar los techos de cristal», dice a menudo Danae. Y lo ratifica esta mañana, con un golpe suave en la mesa. El deporte lo respiró en casa desde niña. Recuerda siempre la televisión encendida con algún partido, ya fuera fútbol, baloncesto, tenis o hockey. «Le gustaba a mi padre, pero también a mi madre y a mi hermano». Este último, además de verlo, también jugaba, al fútbol, y hacía que los fines de semana de Danae transcurriesen entre gradas y partidos a los que acudía para verlo. Un póster de Ronaldo Nazario, entonces jugador del Barça, colgaba en una de las paredes de su habitación. «Su gol al Compostela es mi primer recuerdo de fútbol», señala. De los Juegos de Barcelona no guarda apenas. «Era muy pequeña, tenía siete años». Pero creció con ese runrún, por lo que significarían para la ciudad y para las mujeres en el deporte (que lograron sus primeras medallas olímpicas en los de verano) y el periodismo, con aquella Olga Viza que se metía en todas las casas cada mediodía con ese magacín especial junto a Matías Prats. Danae Boronat también jugaba al fútbol en el pueblo con sus amigas («aunque a mi madre no le gustara, y eso que disfrutaba viéndolo. Insistía en que me podía hacer daño») y ya quería ser periodista. «En cuarto de la ESO leí una noticia en el periódico: ya no tenía que irme de casa para cumplir mis sueños: “Llegan los estudios de Periodismo a la Universitat Rovira i Virgili de Tarragona», sonríe tierna, al rememorar lo que supuso.

Su último verano antes de ser universitaria empezó a trabajar en una radio «chiquita» del barrio Sant Pere i Sant Pau para narrar los partidos del Nàstic de Tarragona, en ese momento en Segunda División. «Fue lo típico, por conocidos». Y una pregunta: «Oye, ¿a ti no te gustaba el fútbol?». «Sí, mucho». Danae Boronat no había comenzado la educación superior y ya se movía por el Nou Estadi como periodista licenciada. Después, en Radio Nacional y Onda Cero empezaba a poner en práctica por las mañanas lo que por las tardes aprendía en las aulas. En la segunda emisora, además, presentando un programa a mediodía que le enseñó más que un máster. «Lo hacía todo. Presentar, locutar, entrevistar, producir y bajar y subir las regletas en la mesa de sonido

para introducir la publicidad», señala, con esa sonrisa que siempre llena su rostro, de facciones dulces enmarcadas en una melena que lanza destellos dorados con cada uno de sus movimientos de cabeza. Resulta muy expresiva, natural y espontánea. Cuando saltó a la televisión, ya le había arrancado la primera esquirla al techo de cristal al regresar el Nàstic a Segunda tras un año en Primera. En la emisión local de su radio los goles los cantaba ella, en lugar de un redactor enviado desde la redacción de Barcelona.

La piel se le iba endureciendo hasta convertirse en la de un balón Mikasa de tan dura, pura coraza, sólo por ser mujer y a menudo tener que tragar infinito. «Siempre te dicen cosas, no conozco a ninguna a la que no le haya pasado, al contrario. En mi caso, más que desde la grada, notaba la condescendencia y un paternalismo rancio por parte de los entrenadores». Preguntaba en la sala de prensa y recibía respuestas que siempre le hacían pensar lo mismo: «No me está tomando en serio». «Es que era tan evidente… Por la manera, por el tono…». De los César Ferrando, por ejemplo, de los Paco Flores, apunta. «Te lo hacen notar, quieren que lo sepas. "Mira, niña, no tienes ni idea, así que cuidado"». Con Javier Clemente se hizo viral. «Fue tras un partido del Barça contra el Sporting, del que era entrenador, en el Camp Nou. Le hice una pregunta y su respuesta fue: "Tú eres muy guapa, pero esto no lo has visto muy bien". Lo que más me molestó no fueron sus palabras, si no las risas que éstas provocaron entre mis compañeros. Me dieron ganas de levantarme y gritar: "Sois todos unos hijos de puta". Quiero pensar que eso, las risas y que nadie saliera a cortarle, ya no pasaría hoy en día, aunque no sé». Años después, cuando moderaba las tertulias de fútbol cada fin de semana en la televisión, una vez un invitado habitual le dijo en un descanso de publicidad: «Oye, pues se ve que te gusta esto y que entiendes, ¿eh?». «¡Un hombre de fútbol que ha escrito libros! —brama—. Jamás se le hubiera ocurrido decirle a ninguno de mis compañeros algo así. Hizo el comentario con intención de halagarme, pero ¡qué desafortunado!». Por eso, porque las mujeres parece que sigan teniendo que pasar dos veces para que se las vea al menos una. «Hombre, pues ya son unos años en

esto…», recuerda que respondió ella con un tono de voz helador capaz de golpear como uno de esos Mikasa en el corazón del invierno.

«Pero es que la conciencia de las mujeres en todo esto ha cambiado», añade, con otro pequeño golpe en la mesa que parece retumbar en toda la plaza. Danae es rubia, guapa a rabiar y defensora a ultranza de los derechos y avances de la mujer. «Nosotras somos las que hemos empezado a percibir que no debe tolerarse, aceptar, que un compañero insinúe que sabemos menos de fútbol por ser mujer. Yo ya no paso una más. Y con las jugadoras ha ocurrido lo mismo», enumera, con la energía con la que se denuncian las cosas. «A ellas les parecía normal entrenar en el peor campo a las diez de la noche, ducharse con agua fría y que no les dieran equipación… Creían que por ser mujeres no tenían derecho a reclamar más. Con el tiempo, sin embargo, ha brotado la conciencia de igualdad. Nosotras no somos menos», finaliza, moviendo el índice en un «no» marcado. «No, no y no —recalca—. Nuestras madres quizá podían pensarlo porque carecían de ejemplos». O, si los había, apenas se conocían. Pero la generación de Danae Boronat ya ha visto y ya sabe. Desde la Olga Viza que deslumbró en Barcelona 1992 hasta las Arantxas y Conchitas que daban raquetazos en su televisor, siempre encendido, de Tarragona cuando ella ya coleccionaba recuerdos.

«Es más que evidente que a partir de los setenta se han incrementado los éxitos de mujeres en todo tipo de competiciones y modalidades, más allá de aquellos primeros deportes en los que se abrieron las puertas, los que se consideraban más femeninos, o el voleibol y el baloncesto, en los que se nos ponía faldita. Pero el fútbol era intocable, era por y para los hombres». Desde la hierba y los platós. De pronto ríe. «Pero, ay, es que ese “para” ha empezado a cambiar. El 44 por ciento de la masa social del Barcelona es femenino. Desde los clubes ven que a las mujeres también le interesa el fútbol, mientras que las mujeres hemos entendido que da igual si ganas un millón de euros que mil, que si estás en un equipo de élite profesional, no son aceptables entrenadores que no son profesionales al cien por cien, humillaciones en los métodos, insultos…». Como los que denunció en su libro *No las llames chicas,*

llámalas futbolistas que escribió tras descubrir, como narradora televisiva de los partidos del Mundial femenino de 2019 en Francia, que ni siquiera los dosieres que la UEFA les facilitaba de los equipos estaban completos («faltaban edades, equipos previos… Cuando de ellos sabemos hasta la talla de calzoncillos»).

«Darse cuenta implica también una rebelión contra los métodos de entrenamiento. Es verdad que esto no ocurre sólo con los preparadores varones, ahí están las denuncias en la sincronizada a Anna Tarrés. Pero resulta evidente que no es correcto extrapolar la metodología de un equipo masculino al femenino. Pienso sobre todo en el caso de Ignacio Quereda, seleccionador español de fútbol femenino durante veintisiete años, que traspasó todas las líneas del respeto». Habla cada vez más rápido, y de su boca continúan brotando las denuncias. «¿Se quejan de que las llamen gordas? Que se jodan. ¿Marimachos? Que se jodan. Y tragaron y tragaron porque pensaron que nadie las iba a escuchar. Basta ver la penitencia que tuvieron que pagar las que se rebelaron. A mí me lo contaba Vero Boquete: "Yo lo hice. Conseguimos echar al monstruo, pero luego no logré acariciar de nuevo mi sueño de volver a jugar un Mundial o una Eurocopa". Lo mismo le ocurrió a Natalia Pablos. Lo hicieron para que pudiesen llegar las que vinieron después».

La mujer siempre se ha visto obligada a avanzar con rupturas. Como la suya el 12 de mayo de 2019. Unos días antes, el director de Redacción se había acercado a su mesa para decirle que iba a narrar un Atlético-Sevilla. «Lo miré extrañada —cuenta Danae cuando recupera resuello—, y le dije: "Pero si en el fútbol femenino no hay un Atlético-Sevilla". "Es que es masculino", me interpeló. "Masculino para LaLiga TV Bar". Y yo casi me caigo de la silla». Y eso que tenía una pequeña red. «Desde enero de aquel año, por un propósito personal, el de aprender más cosas, había estado unos meses probando a narrar partidos, cuando se jugaba la Copa del Rey, en cabinas vacías». No se lo dijo a nadie. «Cuando ya había practicado unos cuantos, le enseñé el trabajo a un par de compañeros en la redacción que se dedicaban a ello». Quería saber si de verdad era válido, aunque fuese mujer.

«Cuidado con la *cantarella*».

«Sé natural».

«No intentes poner voz masculina para que no parezca que eres una mujer haciendo algo que hacen los hombres».

«Busca tu tono, como hablas tú y así cuentas las cosas…».

Seguía los consejos recibidos después de apuntarlos con letra redonda en una libreta de la que nunca se separaba, y se introducía sigilosa en una cabina. Días antes de aquel 12 de mayo, el director de redacción del canal se plantó ante ella con un deber que ninguna mujer en el periodismo español había escuchado antes. El contar el Atlético-Sevilla de la liga masculina. «Lo más difícil en una narración de un partido es mantener un ritmo y un tono que hagan que el espectador no se aburra aunque el encuentro sea malo y sin goles». Da igual el género, lo importante es que no desconecte. «Y ofrecer un conocimiento, vocabulario y léxico amplios porque en dos horas no vas a parar de hablar y no está bien repetir demasiadas muletillas», señala didáctica una Danae que de aquel 12 de mayo recuerda sobre todo su cuello al descanso del partido. «Salí de la cabina a por una botella de agua con él engarrotado, como si hubiera hecho pesas durante tres horas consecutivas». Como si su piel hubiese llegado a cambiar de color en esa remontada a contracorriente, abriendo compuertas.

Cuando el árbitro pitó el fin, cogió con miedo ese teléfono que ahora reposa en la mesa, reconoce. «De la jungla», susurra. De la plaza pública en la que se han convertido hoy las redes sociales en las que no sólo te pueden insultar los cuatro que te rodean sino un mundo entero, miles, a golpe de clic y con total anonimato e impunidad. «Me sorprendió que no hubiese muchos tuits en contra. Y pensé: "Una de dos: o no lo han visto o no lo han oído". No sería extraño, LaLiga TV Bar es una cadena que en muchos establecimientos se emite sin sonido. No recibí mucho *hate* y eso me sorprendió». Sólo lo básico, lo de siempre, las expresiones alrededor de los verbos "fregar", "limpiar" y "chupar" a las que estaba tan acostumbrada que hacía ya tiempo que rebotaban en su piel de Mikasa para dirigirlas a otro lugar como piedras: todos los techos de cristal.

Alfredo Relaño

(Madrid, 1951)

«El primer cañonazo lo dieron Arantxa y Conchita, las primeras mujeres que pararon a España de verdad ante la televisión», recuerda Alfredo Relaño una tarde de marzo en el restaurante Ketutin en el madrileño barrio de La Elipa, muy cerca del Pirulí de RTVE, Torrespaña, y de esa redacción en la parada de metro de Suances que durante veintitrés años fue su casa, la del diario *AS*. Prosigue su relato mientras Goyo, cocinero y propietario del establecimiento, prepara los pimientos rellenos que nunca faltan en la mesa del fondo a la izquierda, la mesa Relaño, cuando el periodista, ya jubilado, come allí. Habla de cómo al fin las mujeres se colgaron al cuello la medalla de las portadas del fútbol. No fue fácil. Lo narra de manera exacta, precisa, enciclopédica. «Arantxa y Conchita fueron como el toro blanco de Antoñete, el primer gran golpe, hijas de lo que la Transición y la victoria del PSOE en 1982 supusieron de liberación para las mujeres. Aunque fue muy lento, porque una cosa es la voluntad política y otra la sociedad». Y lo de la mujer siempre fue a paso de tortuga, o es que venía de tan lejos que, aunque corriera, no parecía. Siempre como un caracol con la casa a cuestas.

Habla el niño Alfredo Relaño antes de que lo haga aquel que en su primer año en la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid se prestó a acompañar a un amigo que no se atrevía a ir solo a la redacción de *Marca* a pedir trabajo («fui con él como si voy contigo al dentista, para darle valor», argumenta). Ambos se encontraron de repente en una situación como las narradas por Larra, en la que para quitárselos de

encima les dijeron lo de «vuelva usted mañana». El único matiz es que añadieron un «traed algo si eso». Y Alfredo Relaño así lo hizo. Por un vecino se enteró de que a Mariano García Remón, entonces portero juvenil del Real Madrid, lo habían convocado para la Sub-21 y lo escribió para que el diario deportivo le abriese la puerta. Más tarde sería delegado de *El País* en Sevilla, el hombre que decidió poner a José Ramón de la Morena al frente de *El larguero* y a Paco González de *Carrusel deportivo* en la Cadena SER, quien hizo de Canal+ un sello desde la nada y el encargado de reflotar el diario *AS* después de que el Grupo Prisa lo comprara en 1996 para disputarle el liderazgo de la prensa deportiva en España al Goliath *Marca*. «Mi madre no podía retirar dinero del banco sin permiso de mi padre, ni sacarse el pasaporte o el carnet de conducir sin permiso de mi padre… Y otras cosas más, supongo». Lo que la mujer podía o no hacer estaba muy marcado y delimitado por unos márgenes: los de su propia casa.

«En el régimen eso se estructuraba desde la Sección Femenina que dirigía Pilar Primo de Rivera, una doctrina que tenía una influencia transversal en la educación, con un servicio social que no era obligado, como la mili, pero estaba bien visto, donde se aprendía a bordar, cocinar…». Su hermana, cinco años mayor, recuerda, se licenció en Exactas, Matemáticas y Física, porque en Caminos, la carrera a la que su padre empujó a Alfredo Relaño y a los otros chicos de la casa, no había ninguna mujer. «Cuando yo me matriculé, éramos dos mil alumnos, y sólo había dos mujeres. Por aquel entonces ellas estudiaban Filosofía, que les proporcionaba una buena conversación y cierta cultura para alternar, y, si no, Secretariado». Hasta encontrar un marido que las retirara a sus casas. En la de Alfredo, era su hermana a quien le tocaba hacer las camas de todos. «Porque la sociedad entendía que lo prioritario era prepararlas para dirigir un hogar. En esa estructura el deporte no entraba de ninguna manera».

¿Y de Lilí Álvarez, había oído hablar de ella? «Perfectamente, pero eso había sido antes de la Guerra Civil. A veces la entrevistaban, pero como a una mujer valiosa, muy independiente. Había sido una gloria, pero completamente aislada, única». ¿Recuerda ver a alguna chica

jugando al fútbol? «Hubiera sido impensable, un drama para la familia. Empezaban a esbozarse atisbos de deporte en algunos colegios, los más avanzados: gimnasia, baloncesto con pololos… En los patios de los femeninos no había porterías o canastas de baloncesto, mientras que, en los masculinos, por muy pequeñas que fueran las zonas de recreo, siempre cabían…». Las niñas de los años sesenta saltaban a la comba, jugaban a la rayuela… «No se veía adecuado que practicaran algún deporte». Siempre perseguía un runrún. «Que si vas a perder la regla. Que si te vas a poner musculada como "un tío". Que si se te podía estropear la silueta o la gracia de la figura. Había un prejuicio muy grande».

En una España a la que empezaba a llegar la televisión («entonces la tenían sólo los ricos, como quien ahora es el dueño de un yate»), el deporte que no se pudiera ver en los campos sólo existía en el NO-DO, aquel noticiero en blanco y negro que se ponía entre película y película en la sesión continua en los cines. Después de una de vaqueros y antes de otra de amor se iban filtrando, como gotas de aceites esenciales, los nombres de algunas valientes. Eran mujeres que anteponían el deporte a los dramas y *dimes y diretes* que eso llevaba consigo, que hacían las camas, pero además corrían, y saltaban vallas y jugaban al baloncesto, y nadaban, y se ponían al frente de equipos de fútbol. «Cuando era niño se empezaba a oír hablar de Sagrario Aguado en salto, de Carmen Valero en atletismo, de Mari Paz Corominas en natación, que además fue la primera en los Juegos Olímpicos de México 1968. Pero, para que no fuera ella sola entre 122 hombres, le llevaron de acompañante a Pilar von Carsten, del Real Canoe, que no superaba la mínima pero al menos no la dejaba tan sola». O Conchi Amancio en el fútbol. «Fue famosa, pero considerada una rareza». Una rareza a la que se renombró con un apellido masculino, ese Amancio, porque entonces era el futbolista más importante del Real Madrid gracias a sus dotes con el regate. Era una rareza mal vista, como todas las demás.

«Hasta los cañonazos de Arantxa y Conchita».

Toma la palabra el Alfredo Relaño periodista. Los pimientos rellenos de Goyo han llegado a la mesa del fondo a la izquierda y han

desaparecido, como las mujeres de los titulares en grande de sus años iniciales. «Yo empecé en los primeros setenta, cuando prácticamente no se hacía referencia a lo que hacían. Sólo cuando iban los Juegos Olímpicos, y en apenas una frase». De vez en cuando aparecía una deportista que alcanzaba un logro individual, por ella y por todas, pero no se quedaba.

Hasta los cañonazos de Arantxa y Conchita.

«Cuando llegué al diario *AS* en 1996, el único deporte femenino que tenía interés como tal era el tenis. Coincide con Arantxa, que despuntaba en España, pero no sólo era ella, también Conchita, coetánea. Hubo un momento en que las mejores tenistas interesaban tanto como los mejores tenistas. Steffi Graf, Martina Navrátilová, las hermanas Williams… Fueron las primeras figuras realmente notables de una manera constante para el gran público». Las primeras que se asomaban a los periódicos con la naturalidad y familiaridad de los hombres. Y ni así. «Siempre recuerdo que Arantxa tenía clavado en el corazón que en una final del campeonato de España femenino se alargó el partido y, como los hombres necesitaban la pista, a ellas las mandaron a otra, a la mala, para acabar el partido».

Pero lo cierto es que hasta lo de Arantxa y Conchita se quedó un poco aislado. Aquella portada de *AS* del 11 de junio de 1989 con esas letras en mayúsculas, «¡CAMPEONA!», coronando una foto de la primera besando el trofeo. «Arancha [sic] Sánchez Vicario besa emocionada el trofeo más valioso de tenis en tierra batida. Roland Garros se rindió ante su juego en una final inolvidable, en la que la española venció a la primera tenista del mundo, la alemana Steffi Graf, en tres sets», se podía leer al lado, en negrita y en grande, como nunca antes.

«Un año después Blanca Fernández Ochoa había logrado la primera medalla olímpica para una mujer española, un bronce en unos Juegos de Invierno. Hasta entonces se la había considerado como un apéndice de su hermano Paco», añade Relaño, antes de desvelar las muchas peleas que batalló por ir abriendo sitio. «El deporte femenino lo cogí con interés. Primero por un cierto carácter civilizado y después por un

componente que discutía con la gente y no todo el mundo admitía, pero me parecía una cuestión capital: las mujeres son la mitad de la humanidad». Se encontraba siempre con las mismas murallas, los mismos murmullos. «Que no interesaba. Que, según qué deporte, era incluso negativo sacarlas en portada, especialmente en el fútbol». Toda no futbolística que aterrizaba en los quioscos era prácticamente una concesión. «Lo cierto es que el público de los medios deportivos es fundamentalmente el del fútbol». Existían porque lo hacían el Madrid, el Barça y luego el Atleti. «Te diré que una de las que peor me funcionaron fue en 1996, durante los Juegos Olímpicos de Atlanta, en los que hubo dos oros de mujeres». Theresa Zabell y Natàlia Vía-Dufresne, en vela. El titular era claro: «Queremos más medallas». Debajo, tres fotos rodeadas por aros olímpicos: la del atleta Valentí Massana, la de Arantxa e Induráin. Apenas se vendió.

«Había también una tendencia un poco boba al principio de que, si era deporte femenino, que lo cubriera una mujer. Una tendencia que a mí ya no me gustaba y que tiene que ver con la falta de respeto del hombre. Que a un tío le mandaras eso era casi como una ofensa. "No, no, a hacer un partido de fútbol femenino que vaya una chica", te respondían». Pero ellas seguían lloviendo, gota a gota, hasta que llegó otra que convirtió lo excepcional en rutina y hasta las portadas de los diarios deportivos tuvieron que rendirse a sus pies. «Es una lluvia constante que de repente sale, cada vez más consistente, cada vez más fácil y constante», dice Relaño. Y las paredes del restaurante, llenas de fotos y recuerdos de deportistas del pasado, en su mayoría masculinos (Arteche, Clemente, Casillas…) parecen escuchar.

«Llega el momento en que hay más medallas de mujeres que de hombres». Los Juegos Olímpicos de Londres en 2012 supusieron el definitivo punto y aparte también en las hemerotecas. Los méritos femeninos empezaron a celebrarse de manera constante, no sólo esporádica. «Empezaba a ser de interés general. ¿En qué momento se produce? ¿Quién lo desencadena? Pues seguramente Mireia». Mireia Belmonte. «Por el impacto que tenía, por ser natación, un deporte históricamente muy desagradecido con España, a pesar de ser uno de

los olímpicos por excelencia». Mireia Belmonte. «La que mete el gol con el que subimos a Primera División». Todos, la sociedad también, obligados al fin a mirar a esas mujeres que triunfaban en el deporte.

«Así como lo de Arantxa y Conchita fue una cosa singular, que podían haber pasado de largo como un cometa, como Lilí Álvarez, el caso de Mireia ya representa el pináculo de un momento». El rostro visible de un grupo más fuerte y mayor que al fin logra hacerse un hueco. En los titulares. Y con las fotos en grande de las portadas. Hasta convertirse en personajes conocidos para los lectores de fútbol. Más allá de la línea, del cometa que pasa y no vuelve, un Halley que permanece en su tinta como tatuaje imborrable. En la portada y no la contraportada de *AS*, en la que cada día aparecían mujeres, siempre relacionadas con el deporte o los deportistas, eso sí, cortas de ropa. «La chica del *AS* era una tradición desde la creación del periódico, en 1967, con Concha Velasco, ya una celebridad en la época, en el primer número, pero llegó un momento, con el paso de los años, en el que pensé que la chica del *AS* ya no era de este tiempo y además hubo muchas quejas. En 2017 dejó de salir por macicez y empezó a hacerlo por méritos deportivos», confiesa.

«Es que han hecho que nadie las pueda callar. Con títulos importantes allá donde se mire. Baloncesto, tenis, atletismo, gimnasia, fútbol… Y hasta boxeo», parece querer explicarle el Alfredo Relaño de la actualidad, un espectador ya jubilado, con la voz de hombre sabio, a aquel que era niño y descubría el deporte en el NO-DO en los tiempos en que llevaba sus primeras crónicas al *Marca* y Ali y Fraizer paraban el mundo con su combate del siglo en Manila. Y a España. Como después harían Arantxa Sánchez Vicario y Conchita Martínez con sus raquetas. Y sus cañonazos.

Lola Romero y María Vargas

(Río de Janeiro, 1966, y Madrid, 1963)

Un mundo nuevo y desconocido se abrió ante María Vargas el día que aquel compañero de la facultad de INEF, Raúl Rebollo, le dijo: «Tú te vas a venir a jugar al fútbol conmigo, que tengo un equipo, el Alcobendas Femenino». Ella practicaba atletismo, porque no sabía que había mujeres que jugaban al fútbol de manera profesional. Ella lo hacía en la calle, con amigos, con chicos, y ya. Mediaban los años ochenta pero Boetticher era un nombre que se recordaba en bajito, una mota de polvo en la inmensidad, como una de esas lágrimas en la lluvia que se confunden en un reguero con otra dirección, el fútbol masculino. Lo de ellas seguía siendo como una fosa Mariana: si alguna vez sobresalió, ahora estaba en el fondo del océano.

«Le escuché y dije: "Diooos, el fútbol femenino existe, Diooos, hay equipos de mujeres», relata más de treinta años después, desde su despacho en la ciudad deportiva que el Atlético de Madrid ha construido en Alcalá de Henares, donde se aloja parte de su cantera y principalmente la sección femenina, de la que es directora deportiva. Otra mujer, Lola Romero, asiente a su lado al escucharla, con una sonrisa en la que se entreteje un «la que hemos *liao*» cada vez que la mira. Porque lo han hecho juntas desde la nada hasta la Liga F, organizada de manera profesional desde la temporada 2022-2023. Juntas, palada a palada, con el objetivo de desenterrar de una vez por todas el fútbol femenino del olvido en el que malvivía para vestirlo de unas mayúsculas que ya no se irán. Tienen los cimientos de un bambú

japonés, esa planta cuyas raíces crecen durante siete años bajo tierra para enraizar fuerte sin que en la superficie se note, pero que en realidad, cuando al final asoman, son tan resistentes que resulta imposible tumbarlas, con brotes capaces de crecer quince metros en tan sólo unos meses. Tanta cepa hay debajo. La del fútbol femenino en España la regaron el sudor de estas dos mujeres que son como el yin y el yang.

Lola es la parte empresaria, las conversaciones, las reuniones, el convencer; María, la que respira la hierba, la que llena su ordenador de informes, propuestas, altas y bajas en lo deportivo. A una le aburre lo de la otra, y viceversa. Juntas son la mezcla perfecta.

«Yo venía del atletismo porque un profesor me vio correr con trece añitos y me dijo que tenía que entrenar, que era una bestia», sigue María, recordando a aquella niña que hacía los deberes rapidísimo en su casa del madrileño barrio de La Concepción para calzarse unas zapatillas que, tras la propuesta de Raúl Rebollo, cambió por botas de tacos. Llegó a ser internacional con la selección española, ganó ligas y copas en la Primera División femenina (que se juega en España desde la temporada 1988-1989), e incluso recibió sueldos de 50.000 pesetas (unos 300 euros). «Una pasta para la época», interviene Lola. «Cuando yo jugaba en el Oroquieta de Villaverde iban a vernos hasta dos mil personas a cada partido. ¡Tenía hasta un club de fans!», musita María, con la emoción de quien sostiene la foto de un verano en la infancia inolvidable. Arrancaban los años noventa cuando ella daba un paso a un lado con la ambición de crear escuelas y prepararse para entrenar. Entonces ya decía esa frase que sigue resumiendo el porqué de sus decisiones tantos años después: «El fútbol femenino necesita buenos técnicos, gente que sepa de verdad y que lo enseñe. Porque en nuestra época nos ponían al tonto, al borracho o al salido. Lo que no quería el masculino, para las chicas».

«A veces las entrenaban hasta los mismos padres de las jugadoras», se vuelve a escuchar a Lola. En aquel momento, María ya tenía un nombre para tratar de «regar» ese fútbol, aunque lo que había aún fuera sólo un erial. Esas internacionalidades, esa capitanía de la selección, esos

títulos, esas ganas de sembrar sin dejar de jugar, aunque fuese al fútbol sala, que la llevó a conocer a Lola.

«Yo regentaba las pastelerías Ipanema y practicaba judo. Un día, un grupo de chicas del equipo de Las Musas, en San Blas, vino a la tienda para ofrecerme poner publicidad en sus camisetas. Yo no es que odiara el fútbol, pero tampoco me entusiasmaba. Era de las que abría los periódicos siempre por detrás», bromea Lola, antes de desarrollar lo que aquel encuentro supuso. «Un día fui a verlas entrenar y, como faltaba la portera y yo sabía caerme (por el judo), la sustituí». Por aquel entonces ella ya era una de esas mujeres más de actuar que de mirar, así que no tardó en pedir una ficha para hacer de esa portería una rutina. «¡Me aburría viendo sólo los partidos desde la grada!». Por otro lado, desde 1993, María ya estaba construyendo una escuela de fútbol femenino en Coslada, un equipo que siete años más tarde, cuando Lola Romero ya también formaba parte de él, cercenó un cambio de directiva. «De repente llegó un señor que dijo que el fútbol femenino le costaba mucho dinero», recuerda María. «El nuevo presidente insistía en que había que cargarse las secciones que no aportaban: un juvenil y los dos femeninos», puntualiza Lola. El hombre se llamaba Vicente, y con los años, en las ocasiones en las que se lo han vuelto a cruzar, ellas le han dado las gracias.

Aunque en aquel momento sólo dolió. «A mí profundamente —masculla María—. ¿Cómo el capricho de una persona puede jugar con el trabajo de tantas? Eligió la vía fácil: ¿qué me sobra?, ¿el femenino? Fuera». No le causaba dolor alguno a quien mandaba, porque era tan poco que prácticamente no era. «Hay que hacer un modelo que tenga una estructura tan fuerte que ningún capricho de nadie se lo pueda cargar», barruntaron. Lo que salió de su cabeza explica el crecimiento del fútbol femenino. «Ahora nos reímos y decimos: “Nos hemos pasado de vueltas”», sostiene María, en otra manera de decir: «La que hemos *liao*». Tomando una caña en un bar a los pies de la Peineta, el Tercer Tiempo, cuando este estadio (ahora convertido en el Metropolitano) nada tenía que ver con el Atlético de Madrid, se les ocurrió llamar a las puertas del Vicente Calderón para pedir asilo a las cuarenta chicas del

Coslada que se habían quedado sin equipo y en la calle.

Era el año 2001, el segundo que el primer equipo masculino del club rojiblanco estaba en Segunda División. Lola se reunió primero con Víctor Parra, por aquel entonces director de Fútbol Base, y posteriormente con Emilio Gutiérrez, entonces director de Comunicación. Llevaba las manos en rezo y una promesa: «Sólo queremos el escudo: no os vamos a costar dinero». El Atleti aceptó, Jesús Gil, entonces presidente, y Miguel Ángel Gil, ya consejero, aceptaron, y el Atlético Femenino presidido por ella y entrenado por María Vargas comenzó a competir en la temporada 2001-2002 desde Primera regional, con aquellas cuarenta mujeres divididas en un Sub-16 y un Senior, obligadas a bajar de categoría por la refundación. «La regla era así —musita María—. Bueno, en realidad fueron treinta y nueve porque una se fue al Rayo», en alusión al que entonces era el equipo fuerte de Madrid. «El Rayo y nada más». El Atleti les prestó su escudo y la ropa de la temporada anterior. «Tuvimos que poner un parche enorme para tapar el "Ideal", el logo del patrocinador que habían llevado al pecho los chicos», carcajea Lola, antes de ponerse seria para hablar de la suerte. Porque aquel año, para desgracia del Atleti masculino, que estaba otra vez en Segunda, los medios les dedicaron mucho espacio, «no sólo faldones». «Las páginas debían llenarse igual». Y muchas veces ese hueco lo ocupaban ellas. El club, además, acababa de romper con Reebok, la marca que hasta entonces los vestía, para firmar con Nike. «Y todo lo de los chicos les sobraba… —relata Lola—, así que fui al almacén y les dije: "Vendédmelo todo". Nos quedamos con lo que ya no valía, con lo que los equipos masculinos ya no se podían poner». Llegó con un millón de pesetas (6.000 euros) y se llevó cuanto pudo para vestir a sus jugadoras y para revender. Para ingresar y salir adelante, con esas migajas que para ellas suponían pepitas de oro.

Cuando María y Lola convocaron las primeras pruebas desde el Atleti, una de las niñas que acudió a su llamada («fueron doscientas, imagina, doscientas en Madrid, qué ganas tenían de que alguien les dijera que también podían jugar») fue Jenni Hermoso, historia del

fútbol femenino en general y del Atlético Féminas, como se bautizaron, en particular. Ante la demanda que percibieron, crearon un equipo en la base, benjamín, que se dedicó a entrenar en su primera temporada (la segunda de Lola y María en el club) y a competir contra niños en la segunda. «En benjamín les metían muchos goles, pero en alevín, como ya venían muy maduras, se convirtió en el primer equipo de la historia de España en ganar una categoría mixta», revela María, con orgullo de madre.

Cuatro años después de su llegada al Calderón, el Atlético Féminas lograría el ascenso a la Primera femenina de España tras ganar en la eliminatoria al L'Estartit, con gol de una Jenni Hermoso de diecisiete años y una treta de María que resultaría decisiva, aunque por el camino se dejara unos bafles de medio metro de altura. «Aquello sucedió en la 2005-2006 y, cuando el sorteo nos emparejó con el L'Estartit, cogí el tren y me fui solita a Girona para verlos jugar». Entonces no había analistas ni nada que apoyara, sólo ellas dos y esa promesa que habían hecho: no costarle un duro al Atleti. Al llegar allí se topó con un campo rodeado por una simple valla. «Una valla en la que uno podía darle a las jugadoras si quería, donde se metían dos mil personas a grito *pelao*. Era un público muy intenso. Y dije: "Madre mía, si queremos ganar aquí, tenemos que estar preparadas para jugar en un ambiente hostil"». Con armadura y callo. Por eso, al volver a Madrid, grabó insultos en todos los idiomas posibles y empezó a ponérselos a sus jugadoras en los entrenamientos previos al partido por el ascenso en Girona. «Yo le decía: "María, por favor"», apunta Lola. «Pero yo les explicaba que cuanto más acostumbradas estuvieran, mejor. Que eso era lo que se iban a encontrar». «Total, que se cargó los altavoces porque los ponía en bucle, con un volumen altísimo, y no es lo mismo en un sitio cerrado que abierto, como el poliedro del Cerro del Espino, la ciudad deportiva del Atlético en Majadahonda (entonces la única que había), en el que aquellos días nos dejaban entrenar porque era de césped natural, como el del campo de L'Estartit», confiesa Lola.

Aquella era la manera, el entrenamiento necesario. «Sabía que íbamos a llegar allí y el equipo se acojonaría porque el ambiente era

muy muy duro. De hecho, nos metieron el primer gol porque las jugadoras salieron acongojadas y se cayó la central», recuerda María. Pero en realidad el sonido de sus altavoces muertos era más alto que el de aquella grada al pie de la valla. Marcó Jenni Hermoso el 2-2 y ascendieron a Primera, que entonces se llamaba Superliga. El nombre del equipo cambió para la temporada siguiente a Atlético de Madrid Féminas, sostenido todavía casi sólo sobre los hombros de ellas dos, sin costar dinero, pero solicitando ya medios, pequeñeces que en el masculino ni se cuestionaban: un jefe de prensa, fisioterapeutas, médicos, servicio de lavandería… «Buscábamos que las jugadoras se sintieran profesionales aunque aún no se lo pudiéramos pagar —exclama Lola—. Yo siempre me he reflejado mucho en el masculino y decía: "Si ellos tienen esto, ¿por qué nosotras no?". Y me fijaba en una serie de cosas que necesitábamos y que no eran tan costosas para el club. Entendía que las cantidades salariales no podían ser las mismas, pero ¿los medios?».

El primer sueldo de Jenni fue de 300 euros. Diez años más tarde, cuando ésta volvió al club (después de pasar por el Rayo Femenino, el Tyresö sueco, el FC Barcelona y el Paris Saint-Germain) el Atlético estaba construyéndole al femenino su propia ciudad deportiva, ésa en Alcalá de Henares. Entre medias, Lola y María fueron llenando de triunfos su propio museo.

En la temporada 2014-2015, el equipo se clasificó por primera vez para disputar la fase previa de la Champions League. En la 2015-2016, ganó su primer título, la Copa de la Reina, y, en la siguiente, volvió a cambiar de nombre (Atlético Femenino) y pasó a formar parte del organigrama del club, al fin equiparado con el masculino. María siguió siendo su directora deportiva, Lola la directora y la presidencia, como en los hombres, era de Enrique Cerezo. «Tras ganar la primera Copa de la Reina empezamos a entrenar por la mañana», explican al unísono. Un detalle, el horario, que suponía al fin una profesionalización de verdad. «Claro, entonces teníamos que sacarlas de sus trabajos…». Y, por tanto, compensarles desde el salario la pérdida. Lola lo dibuja con esa anécdota con una de sus jugadoras, Priscila Borja, que en ese

momento se dividía entre el Atleti y su cadena de pastelerías, Ipanema. «Estaba contratada como repartidora, y cuando conseguí que tuvieran el salario suficiente como para dejar otros trabajos, quedé con ella para comer y le dije: "Tengo dos noticias para ti, una mala y una buena: la primera es que estás despedida y no vas a seguir trabajando en mi tienda. La segunda, que vas a ser jugadora profesional y no te va a hacer falta trabajar en nada más"». O, lo mismo: ya no tenía que madrugar cada día, levantarse a las siete de la mañana, porque ya sólo se dedicaría a jugar al fútbol. Para Lola el cambio también fue grande. Pasó de buscar dinero («consiguiendo patrocinios») a que le pagaran, aunque sentía, como María, que cada paso era infinitamente lento y que cualquier cambio de viento podía volver a derrumbarlo todo por completo.

Pero en realidad ya no. Aquella Copa de la Reina que ganaron en 2015 sería raíz de bambú de todo el fútbol femenino, no sólo del rojiblanco. «Cuando estábamos en la fase final de la Copa en Melilla, Pedro Malabia (que llevaba el Colegio Alemán y luego se unió al Valencia) me invitó a dar un paseo y caminamos hacia un mercadillo cercano». Lola se lamentaba de que algún día todo moriría. «No hago más que pedirle dinero a mi club, pero no les doy nada de vuelta. Invierten, pero no ven brotes verdes, y así va a ser difícil que esto siga creciendo». Y lo que no crece se estanca, y lo que se estanca se acaba pudriendo. El fútbol femenino ante el eterno retorno de Nietzsche. «Lola, en Valencia estamos igual. Por mucho que yo pida, debemos devolver algo», escuchaba de la boca de Malabia. De pronto en la conversación asomó el nombre de la mujer que dirigía la Fundación LaLiga, Olga de la Fuente, y los pasos de ambos se detuvieron a la vez. «La conozco», dijo uno. «Hace dos años me comentó que Astiazarán[21] quería hacer algo con el fútbol femenino», respondió la otra. «¿Y si nos acercamos a LaLiga, que es el fuerte, el que tiene el dinero, y les contamos cómo estamos?, a ver si nos pueden ayudar de alguna manera, aunque sea como responsabilidad social corporativa», volvieron a exclamar al unísono. Y como aquella vez ante la puerta 4 del viejo Vicente Calderón, Lola llamaría a la de LaLiga para pedir

amparo, en el paso que sería definitivo para todos y todas, capaz de encender la mecha de un cohete que le arrancaría el polvo hasta al nombre Boetticher.

«En Melilla nos encontrábamos cuatro equipos para disputar la Copa de la Reina, pero era como si no fuéramos nada, como si hubiéramos ido para una pachanga, sin expectación alguna», describe descarnada la directora del Atlético Femenino. Aún tendrían que esperar dos años para que empezasen a ver los brotes verdes. «Cuando nos reunimos con Olga por primera vez, ya estaba Javier Tebas como presidente. Ella fue la que se lo contó a él y al día siguiente recibimos su llamada: "Venid mañana"». Y en ese mañana amaneció el fútbol femenino de verdad. «Acudimos Pedro y yo a la reunión y lo primero que hizo Javier fue pedirnos perdón». Perdón porque esa era la casa del fútbol y al femenino lo habían tenido abandonado. Pero eso se había acabado, al fin iban a tener herramientas. «Un departamento, un director… Pero buscádmelos vosotros», ordenó Tebas: «Y que esto no os relaje». «¡Cómo! —pensó Lola—, ¡si lo que no sabíamos era precisamente relajarnos!».

Su especialidad era sacar petróleo de migajas. «Pellízcame», susurró Lola al salir del edificio de LaLiga. «Pellízcame tú a mí», le respondió Pedro, que acabaría por convertirse en el director que Tebas había pedido. «Yo lo tenía claro y se lo dije, que era él». Ahí empezó la escalada.

Cuando Luis Rubiales llegó a la federación lo hizo también con esa frase, recuerda Lola. «Debemos cuidar el fútbol femenino». Se empezaron a crear competencias, se alzaron cimientos de verdad, sin pies de arena de playa. Una liga profesional verdadera, la Liga F, una asociación de clubes. Lejos, muy lejos, de aquellas palabras en los años setenta de José Luis Pérez-Payá, entonces al frente de la Real Federación Española de Fútbol, sobre los trajes regionales, la competición y las mujeres. Lejos, muy lejos, de aquellos cubos de agua que arrojaban desde las ventanas a María por jugar al fútbol en la calle, cuando aún era una niña que corría porque no sabía que las mujeres podían jugar en equipos profesionales, en instalaciones como esas en

cuyo corazón está ese despacho que es suyo y llenan banderas y símbolos atléticos, desde el mismísimo bolígrafo. «El fútbol femenino ha fluctuado a lo largo del tiempo. Cuando sobresalía, alguien se encargaba de taparlo. En mi época había un equipo, el Cardo, el Deportivo Femenino, que fue campeón de España y al que iba a ver más gente que al masculino. Y se lo cargaron, había muchos miedos…», describe María, al tiempo que busca en el ordenador aquellas primeras camisetas que sus chicas vestían con una pegatina gigantesca para tapar la publicidad que el año anterior habían llevado sobre la pechera los chicos de quienes las habían heredado.

«Va a ser muy difícil que el capricho de nadie tumbe al femenino en un futuro próximo. Ahora hay una legislación, unas normas…», redondea Lola. Porque lo que sucede conviene. Y, aunque el camino haya sido tan largo como para llenar de canas la melena de las dos mujeres que llamaron a la puerta del Calderón pidiendo sólo el escudo, esta historia de fútbol no sería la misma sin ellas. Una, sístole, la de los negocios, las reuniones; la otra, diástole, dedicada a lo deportivo, en esa simbiosis perfecta que sigue dándole las gracias a un hombre: «Vicente, gracias, gracias».

Todo el fútbol femenino debería hacerlo también.

Virginia Torrecilla

(Cala Millor, Mallorca, 1994)

Hace ya meses que Virginia Torrecilla recibe esa foto por redes sociales de manera constante. Siempre es la misma. Dos equipos mantean a una chica al final de la Supercopa femenina de España en el campo principal de la Ciudad del Fútbol de Las Rozas como si en realidad fueran el mismo. Sucedió el 23 de enero de 2022. La chica que vuela es ella. El FC Barcelona Femení acaba de ganarle al Atlético Femenino 7-0, pero antes de alzar la copa al cielo la levantan a ella, en una amalgama de camisetas, brazos y emociones que brotan a la vez del equipo en el que jugó cinco años, y con el que ganó cinco títulos, el Barça, y en el que juega, con el que acaba de regresar al campo, el Atleti. Después del cáncer, del accidente de su madre. La vuelta de Virginia es la verdadera victoria de este partido, en ese título que es un poco de todas, de todo el fútbol femenino. Mientras los fotógrafos inmortalizan, ella llora de una manera distinta a como lo había hecho en los últimos meses. Redescubre que también se puede llorar de alegría, llorar de felicidad, mientras sube a las nubes y baja en el abrazo más fuerte que en el fútbol te pueden llegar a dar: el de un manteo.

«Han debido de incluir esa foto en algún libro de texto en la ESO[22] porque me han etiquetado en muchos sitios y no dejo de recibir notificaciones», explica Virginia un año y medio más tarde, en 2023, mientras se acomoda en un banco lateral del campo de entrenamiento principal de la ciudad deportiva que el Atlético de Madrid inauguró en

Alcalá de Henares en 2019 para albergar a parte de su cantera y a toda su sección femenina. Lleva el pelo recogido en una coleta alta, tirante, y sonríe con los ojos tristes y grandes de un personaje de una novela de Chéjov. Esta es su primera temporada completa tras su regreso, pero con nada que ver con todas las anteriores, cuando Virginia era una de las futbolistas más importantes de todos los equipos en los que militaba: el Barcelona, el Montpellier, la selección, el propio Atleti. «Ahora estoy en el otro lado, en el de las suplentes y comparto muchos minutos con jugadoras que tampoco salen. Antes no reparaba en ello, pero ahora les intento hacer ver que no todo lo malo es estar sentada en un banquillo».

En su cuerpo habitan dos Virginias, la de antes de 2020 y la de ahora, más fuerte pero con cicatrices más profundas que los tatuajes que luce en sus brazos, piernas y torso. «Cada vez que lo pienso tengo emociones encontradas. Por un lado, pienso que tengo que volver a ser esa Virginia que triunfaba en el fútbol. Pero, por el otro, no puedo dejar de pensar en lo que hubiera podido ser si…». Silencio, traga saliva. «Y me da mucha pena porque creo que nunca he merecido lo que he vivido. Yo no soy una mala persona, ¿sabes? Pero me ha tocado y me ha hecho más fuerte». Aunque la cabeza no tiene un botón para apagarse y en ocasiones le resulte imposible dejar de pensar en lo que hubiera sido de aquella Virginia que estaba al cien por cien y cuya única preocupación era convertirse en la mejor jugadora del mundo. Hay días que le cuesta encontrarla, que son los pocos, pero ahí están, como gotas de pintura negra que se hinchan en un cubo de agua clara para tiznar su ánimo, como lo hacía cuando al inicio de la quimioterapia los mechones de pelo se le caían a puñados en el suelo del baño y su padre asomaba por detrás diciéndole: «Yo te los recojo para que no los veas». Le rompía el alma. «Siempre lo he dicho, mi padre ha sido la brújula de mis pasos. Mi padre y mi madre. Pero sobre todo él, que ha estado ahí siempre. Gracias a él soy la persona que soy», dice mientras recuerda que, al comienzo de todo, cuando era una niña que apenas levantaba unos palmos del suelo y jugaba en un pequeño campo en la plaza de atrás de su casa en Mallorca, C'as Torrador, se

apuntó con un amigo en un equipo, el del Bahía Calla Millor, a escondidas de él.

Virginia tenía nueve años.

«Él siempre soñó con un hijo futbolista, pero no quería que yo me apuntara con los chicos y que ellos me hicieran daño. Tengo hermanos, pero ninguno se dedica al fútbol, mientras que yo desde muy pequeñita ya andaba con el balón». Su padre había jugado en las categorías inferiores del Murcia, «y era bueno, un extremo izquierdo», pero a los quince años lo tuvo que dejar porque había que trabajar y emigró a Baleares, a Mallorca, dejando el deporte tan atrás en el tiempo como en el mapa. Hasta que llegó su hija y lo acercó de nuevo. «Él siempre cuenta que todos los sábados, cuando nos juntábamos los familiares en el bar de mi tío, yo me ponía, ahí, en la puerta, a dar toques. Era verano y todos los turistas se me quedaban mirando. Si hubiera puesto una gorra, me hubieran tirado dinero. ¡Llamaba la atención!», cuenta Virginia, envolviendo el recuerdo con una sonrisa inocente, como de aquella niña que fue y que nunca se escapará del todo, a pesar de las cicatrices que arrastra.

«Con la ayuda de mi madre me apunté a aquel primer equipo. A él tardamos en contárselo, y le costó asimilarlo. Venía de una generación muy cerrada en la que la idea de que una mujer tuviese una carrera profesional en el fútbol parecía impensable». No había en ningún lugar (ni en la televisión, ni en los periódicos, ni en las revistas) referentes o ejemplos de otras. «Yo no tenía ninguno. Era imposible, ¿quién? Es más, cuando salí de jugar con los chicos en la plaza no tenía ni idea de que el fútbol femenino existía a alto nivel». Por aquel entonces ya destacaba como pivote, como 5 clásico. Tenía fuerza y un potente disparo en largo, pero aún no sabía qué camino tomar. «Cuando me fui de mi pueblo para tratar de ser profesional, no había equipos femeninos ni allí ni en ningún otro de alrededor». Virginia desconocía que también había mujeres en las que mirarse. Se fijaría en Fernando Torres, en Busquets, en Rafa Nadal, mallorquín como ella. En 2009 se iría al Unión Deportiva Collerense, en Palma, y allí debutó en Primera División femenina.

Virginia tenía catorce años.

«Me faltaba un día para cumplir los quince y tuve que pedir un permiso especial para que me dejaran jugar», explica, antes de relatar la que durante muchos años pensó que había sido la curva más cerrada en su vida de fútbol, sin intuir que vendrían otras dos que la atravesarían como un rayo, partiéndola en dos: en 2011, a los dieciséis años, colgaría las botas. «Era muy joven y veía que mis amigos salían y que lo mío era muy complicado. Venía de un pueblo y, para poder entrenar, tenía una hora de ida y otra de vuelta, por la noche. Durante tres años y medio eso fue toda mi vida…». Sin vida social. Así que se despidió del Collerense, dejó el fútbol y se puso a trabajar de camarera. «Estuve seis meses, con horario partido: abría por la mañana, para los desayunos, y como en Mallorca en temporada alta hay mucha gente, hacía horas extra por la noche, de diez a doce y media». Hasta que, claro, se dio cuenta de que así tampoco tenía vida social. Y, encima, ni siquiera le gustaba lo que hacía. «Estaba hecha para el fútbol», ríe ante ese recuerdo que hoy parece pertenecer a otra persona, a otra Virginia. Apareció un equipo, el Sporting Ciutat de Palma, que militaba en Segunda y que le permitía ir a entrenar cuando quisiera, y no por decreto cuatro días a la semana, que le permitía estudiar y vivir a la vez. «Ahí me di cuenta de que sí, de que lo mío era el fútbol y aproveché la oportunidad al máximo». Duró una temporada. La siguiente, en 2012, la fichó el Barcelona, en aquel momento campeón de Liga.

Virginia tenía dieciocho años.

En el Barcelona ganó tres ligas, dos Copas de la Reina, debutó en Champions, fue elegida en el once ideal de Fútbol Draft, que reconoce a las mejores de la temporada en España, jugó ante veintiséis mil personas en San Mamés, ante el Athletic Femenino…, y destacó. Su golpeo en largo, su remate de cabeza, su visión de juego, su toque, su capacidad, su calidad. Siempre jugaba, aportaba. En 2015 se fue al extranjero, fichada por el Montpellier HSC (la liga francesa, la más fuerte a nivel europeo) y brilló con España en el Mundial de 2019 celebrado en Francia. La selección sería eliminada en octavos por

Estados Unidos, que terminaría proclamándose campeona, pero Virginia sería elegida mejor jugadora española de un equipo en el que estaba Alexia Putellas. El 12 de julio de aquel año se convertiría en el fichaje estrella del Atlético Femenino para la temporada 2019-2020.

Virginia tenía veinticinco años.

Aquella liga se cercenaría en marzo por la COVID-19. Durante muchos meses (en el confinamiento y sobre todo después, mientras su tratamiento), ella acariciaría una fecha como se hace con las fotos de playa en lo más profundo del invierno: 11 de marzo de 2020. Ése fue el último día (de muchos muchos) en el que se había sentido futbolista de verdad, en un partido de la Copa SheBelieves frente a Inglaterra. Tres días más tarde, España declararía el estado de emergencia, se pararían todas las ligas, el mundo, y nadie podría salir de su casa. «Pasamos casi tres meses encerrados. Yo aproveché para prepararme bien, teníamos cosas para el gimnasio y cinta para correr. Incluso engordé de coger mucho músculo. Entrenaba varias veces al día. Estaba en mi mejor punto físico». Pero de pronto, cuando se atisbaba el fin de la pandemia, el regreso a esa vieja normalidad que se llamaba nueva, empezó a sentirse muy cansada y con un persistente malestar en la nuca. «Tenía unos dolores de cabeza que no eran normales, en la zona de las cervicales…». Se pasaba una pelota de golf y nada. Se hacía masajes, y tampoco. «El dolor no se iba. Al contrario, crecía, se hacía más grande». Un día, incluso se mareó en la cinta de correr. «Ahí es cuando vi que aquello no era normal, que algo fallaba, y llamé al médico del club, Javier, que me dijo que me tomara unas pastillas». Pero lo mismo que la pelota de golf y los masajes: sin efecto. Fue entonces cuando Virginia acudió al hospital y recibió ese diagnóstico: tenía un tumor en la cabeza, en el cerebelo, esa porción del encéfalo con forma de nuez ubicada entre el cerebro y el cuerpo encefálico que controla el equilibrio y otras funciones motoras complejas. «Tiene este tamaño», narra, dibujando un círculo con los dedos de unos ocho centímetros de diámetro. «Al principio pensaron que era muy pequeño y benigno, que podría volver a jugar en cuatro o cinco meses». Pero después de las primeras pruebas llegó el bofetón: «Descubrieron que era maligno y

extremadamente grande. Ocupaba más de medio cerebelo».

Virginia tenía veintiséis años, pero de repente se sintió terriblemente mayor.

«Lo primero que me dijeron es que no podría ser mamá y que congelase óvulos», avanza. «Que no podría ser madre y que perdería sensibilidad en las manos y en los pies. Que también oído, a lo mejor vista, y que no volvería a jugar al fútbol. Que si lo hacía sería en el pueblo, con los de casa». Mientras escuchaba a su oncóloga, tan cruda, tan directa, Virginia la odiaría profundamente por hablar sin un paño caliente y pensaría: «Me da igual no tener hijos, me da igual perder sensibilidad, oído, vista. Me da igual no jugar al fútbol. Yo lo que quiero es vivir, quedarme aquí con mi familia». Con su madre, Mari, que estaba a su lado recibiendo la noticia y odiando profundamente también a la doctora. «Joé… Es que fue tan dura… Y no nos lo esperábamos». Después, en los días más difíciles del verano que antecedió al peor invierno de su vida, esa mujer llamada Luisa sería una pieza fundamental en todo el proceso de su enfermedad. «Me aseguró que el pronóstico era bueno y, a medida que iba pasando las pruebas, venía y me decía: "Virginia, todo va muy bien, te vamos a quitar un ciclo de quimioterapia"».

Recibió quince en total, y treinta de radioterapia. Y, aunque se cortó el pelo muy corto, comenzaron a caérsele esos mechones en el suelo del baño que su padre recogía por detrás para que ella no viera. «Hubo una prueba a la que le tenía mucho miedo, esa en la que tenían que meterme una aguja en la médula para saber si tenía metástasis. Tenía pánico porque decían que dolía mucho», rememora. Ingresó en el hospital para hacérsela, después de tres días sin dormir pensando en el momento, con el miedo como algo sólido habitando bajo su cama como los cocos infantiles. En plena restricción sanitaria, sin acompañantes. «Y yo le decía a la enfermera: "Por favor, que tengo mucho miedo". Y ella me tranquilizaba. Al final, cuando me metieron la aguja, yo no sentí nada. Cuando me la quitaron, dije: "¿Ya?". Me puse tan contenta que llamé a mi madre: "Mamá, que no me ha dolido". Ella, contentísima también, porque sufría conmigo». Una hora más tarde, cuando Luisa, su

oncóloga, llegó, la felicidad fue aún más plena que la de un gol de la victoria en el minuto 90 de un partido: «Me dijo que la prueba había sido maravillosa, que tenía agua de roca y que, gracias a eso, me quitaban otra quimioterapia».

En el proceso Virginia perdió quince kilos, llegó a pesar 46. «Los últimos meses de quimioterapia fueron los peores. Comencé muy bien, sin parones para dármela, pero eran ocho horas conectada a aquella bolsa marrón y cuando llegaron los últimos tres meses, los últimos cinco ciclos…». Saliva, pausa. «Ahí ya no lo soportaba. No podía levantarme de la cama. Me quedé en el hospital para que, en veinte días, pudieran terminar porque yo no podía incorporarme, tenía muchos dolores lumbares de estar todo el tiempo tumbada», recuerda, con la voz quebrada. Unos días en los que le rogaba a su madre que se fuera de la habitación, pero que abriera antes, «por favor», las ventanas. «No quería que se quedase todo el rato oliendo a muerto…, porque así era como estaba yo, medio muerta…». «Pobrecita», se le escapa de pronto, al asomarse por ese agujero al pasado reciente y volverse a ver a ella misma desde fuera, antes de tragar saliva de nuevo, guardar silencio otra vez y enunciar la frase más dura de un relato lleno de astillas: «¿Sabes qué es lo peor? Yo lo he pasado muy mal por mi madre. Ellos estaban siempre conmigo, ella vino desde Mallorca a cuidarme. Y yo, joé…, sabía que tenía que salir de allí por ellos, y, joé…, la vida luego…». Aquí Virginia se rompe. Su voz. Y la ciudad deportiva, el campo vacío en el que en un rato entrenará con el resto del equipo parecen pesar quilates, como ese cielo de finales de un abril henchido de nubes que en cualquier momento se puede echar a llorar también, entre gotas de lluvia.

Porque Virginia pasó el cáncer. Lo superó. «Mi oncóloga dice que me ayudó mucho que fuera deportista. Que por haber estado tantos años en activo, mi cuerpo era muy agradecido. Quizá otra persona no hubiera podido llevarlo así». Pasó el cáncer, lo superó, y aunque el primer día que volvió a entrenar se tropezó con sus propios pies y era incapaz de levantar una mancuerna de un kilo y medio, una Virginia más fuerte había emergido de ello. Poco a poco iría recuperando el

músculo, el pelo y las caderas. Poco a poco volvería la Virginia de antes. Porque Virginia pasó el cáncer, lo superó, pero el jueves 3 de junio de 2021, dos meses después de su última quimioterapia, estaba detenida en el coche, en un atasco en Madrid, junto a su madre, cuando una furgoneta blanca se estrelló por detrás contra ellas.

A veces, cuando cierra los ojos, aún escucha el pitido del claxon, la sangre brotando de una herida en la frente de su madre, el grito de Mari: «No siento las piernas». Llamó por teléfono a algunas compañeras del Atlético que se encontraban a doscientos metros. Llegaron Ana Romero y Merel van Dongen. La primera, también enfermera, la sacó a ella del coche, con heridas leves. La segunda se quedó con su madre hasta que llegaron los bomberos. Y vinieron la ambulancia, la UCI, la operación y ese otro diagnóstico que no ha dejado de percutir en su cabeza aún más que el cáncer desde aquel día. «Lo he dicho mil veces, que volvería a pasar por treinta quimios y sesenta radios, por cinco tumores, diez, si mi madre pudiese volver a caminar». Virginia se hundió. «Entré una depresión, me convertí en una persona muy negativa, quise dejar el fútbol», dice, tratando de arrancarse las lágrimas con el dorso de la mano y el pico de la camiseta. «La verdad es que hoy estoy un poco más curada. Siento menos culpabilidad». Sus compañeras, su familia, su equipo, el deporte no la dejaron caer. «Aunque yo no podía evitar darle vueltas a la cabeza y pensar, y pensar, y pensar». Como cuando estaba atada ocho horas a las bolsas marrones. Su madre estaba en Madrid por ella, para cuidarla, en lugar de en Mallorca. Conducía ella, Virginia. Podría haber mirado… «Lo sé, lo sé. No tengo la culpa, pero me he atormentado muchísimo con eso. Y, aunque cada día estoy mejor, me persigue y me duele mucho. Luego llego a casa y veo la realidad, que sí, que menos mal que mi madre está bien, que dentro de todo estamos bien, pero nos ha cambiado la vida por completo, ella necesita ayuda para todo…», dice de golpe, como quien se arranca un tapón y su sonrisa triste asoma de nuevo siendo sobre todo, primero, sonrisa, porque a pesar de ello, han sobrevivido al inv(f)ierno.

«Mira, lo que más me gusta al final es que yo no quiero dar pena, y,

aunque sé que cuando hago charlas y cuento todo lo que he pasado, la enfermedad, lo de mi madre, la gente se emociona. Pero yo lo que quiero es enseñarles que la vida, desgraciadamente, me ha puesto en situaciones muy complicadas y muy duras. Muchísimo. Que he superado cosas que jamás pensé que fuera a vivir, pero que, al final de todo, hemos salido adelante. Y eso es lo que yo quiero inculcar a los jóvenes». Que hasta la tormenta que más arrecia escampa. Y ahí está ella, de nuevo con su traje de entrenamiento del Atleti cuando le dijeron que no volvería a jugar. Y allí estaba aquel 23 de enero de 2022 en la final de la Supercopa de España entre el Atlético Femenino y el FC Barcelona Femení en Las Rozas, cuando vio subir el cartelón con su número en el minuto 85: iba a entrar por Silvia Meseguer, iba a volver a jugar. El recuerdo de aquel manteo hace que una sonrisa cruce su cara como un rayo de sol.

«No me lo esperaba, ¡no me lo esperaba para nada!», dice con emoción, y un agua en los ojos distinta a la que acaba de marcharse. «Fue un momento muy bonito. De hecho, ni recuerdo realmente lo que escuchaba. Sí soy consciente de que la grada empezó a aplaudirme, y del abrazo de Alexia Putellas, y de que estaba hablando con Irene Paredes, que es muy amiga mía, las dos llorando, cuando de repente sentí que me agarraban y me subían hacia arriba». Todas, su equipo (el Atleti) y el campeón (el Barça), antes que a la copa que se disputaba. «Con lo importante que para ellas era, pero antes me subieron a mí».

«El fútbol puede ser maravilloso», titulaba el diario deportivo *Marca* al día siguiente, bajo esa foto que ocupaba su portada. La de Virginia volando. Esa que, desde poco después, no ha dejado de recibir por redes sociales contenida en un libro de texto. Virginia no sólo se mantiene en pie. Oye, ve y sigue jugando al fútbol como profesional.

Porque Virginia tiene veintiocho años y a pesar de todo sigue, sigue adelante.

Carla Suárez

(Las Palmas de Gran Canaria, 1988)

El público, a menudo, sólo ve la luz. Esa que cae con toda la fuerza de los micrófonos y los focos de los medios de comunicación cuando los deportistas entierran al fin todas las sombras que los han llevado hasta ahí. Hasta ese preciso momento. Hasta el mordisco en la plata del trofeo. Hasta el puño al aire de la victoria, con el sudor aún perlando el cuello. Las cámaras filman, los aplausos atronan, y esa luz cae sobre el deportista como el sol deslumbrante de un mediodía de verano sobre el agua de una piscina. Esa luz que, a menudo, se ha alimentado de oscuridad.

Carla Suárez tenía diecinueve años y una posición 132 en el escalafón de la WTA (Women's Tennis Association, las siglas con las que la Asociación de Tenis Femenino organiza el principal circuito profesional del mundo) cuando se vio por primera vez en ese momento. Clic, clic, clic. Sus 1,60 metros de estatura, sus 58 kilos y una camiseta blanca con mangas anaranjadas quedó para siempre en las fotos: Carla Suárez derrotaba en su estreno en Roland Garros a Amélie Mauresmo, que había sido número uno del mundo y se alzaba como gran esperanza gala en el torneo más importante de Francia. Sucedió en segunda ronda, tras haber superado los tres partidos de la fase previa y a Pauline Parmentier en la primera ronda, con un 6-3 y un 6-4 demoledor que sorprendió a focos, cámaras y micrófonos en una tarde de frío y lluvia en París. Era mayo de 2008. Alcanzaría los cuartos de final.

Hacía frío también ese día de 2019, once años después, cuando las

cámaras y grabadoras apuntaban a Carla Suárez de nuevo. La misma pero distinta. Esa que en 2009 había alcanzado los cuartos de final en el Open de Australia tras haber vencido en segunda ronda a Venus Williams, ganadora de siete Grand Slam. La que en 2010 se había colado en la tercera ronda del Abierto de Australia, en 2011 llegó a cuarta ronda del de Estados Unidos, en 2012 pisó la final del de Estoril, en 2014 ganó en Oeiras y en 2016 hizo lo propio en Doha convirtiéndose en la sexta tenista del mundo, la primera española en alcanzar ese puesto desde los tiempos de Arantxa y Conchita. Pero ese frío día de 2019, con voz temblorosa, Carla Suárez anunciaba que la siguiente sería su última temporada. Se retiraba con treinta y un años porque quería ser madre y serlo a tiempo completo. No como Kim Clijsters, que anunciaba su retirada en 2007 y regresaba dos años más tarde.

Lo de Carla Suárez no era sólo una cosa de cuerpo, de que el suyo pasara por el proceso de ser madre y volviera después la competición a empezar. No, no, no. Ella colgaba la raqueta porque una madre tenista tiene su calendario siempre en rojo. Año a año, semanas completas de enero a diciembre. «Empiezas a competir en enero en Australia, dos meses después vas a Doha, a Dubái, y así todo el año. Ya no es sólo que tú viajes, es que tienes que llevarte a la niña a todos esos procesos», acostumbrarla al jet lag cuando lo único que debería hacer es prenderse a una teta. «No me apetecía eso. Con aquella rueda de prensa planeaba cerrar una etapa, la de tenista, para abrir otra, la de mamá», dice tres años y medio más tarde, en abril de 2023, mientras se lleva la mano a una tripa hinchadísima en la que dan patadas los cuatro piececitos de sus gemelas, cuyo nacimiento está previsto para junio.

Un embarazo que ella y su pareja, la futbolista Olga García, anunciaron en diciembre del año anterior por redes sociales, después de haber transitado las tinieblas más oscuras de su vida, esas que a Carla le obligaron a alargar su carrera hasta 2021. Porque, entre medias, en 2020 vivió una pandemia que paralizó el planeta y a todos, la causada por la COVID-19, y le tocó escuchar, de manera particular, esa palabra que nunca nadie quiere oír al referirse a su cuerpo: cáncer. Jamás. Pero

aún menos si eres mujer y quieres ser madre. La del embarazado es la primera puerta que, ante esa enfermedad, los médicos cierran. Si se quiere, se ha de esperar. Al tratamiento, a la cura, al año robado, en su caso, mientras te limpian y devuelven la vida al reloj de unos ovarios que ya antes corrían restando, un segundo que pasa es siempre uno menos que queda.

«Al principio, cuando los médicos me dieron la noticia, me lo tomé con un poco de tristeza», cuenta desde el presente, con esa panza que ya no le permite verse los pies. «Cuando recibes un golpe así, no sabes si lograrás recuperarte o si, en caso de hacerlo, eso sucederá en dos meses o en dos años. Era todo una incertidumbre. "Mira que llevo años en el tenis", pensaba yo, y la pena que era para mí terminarlos así. "Qué lástima". Por mucho que desde el principio los oncólogos me dieran confianza y esperanza». Lo que padecía era un linfoma de Hodgkin, un tipo de cáncer que se desarrolla en el sistema linfático. «Me dijeron que era bastante curable con el tratamiento», con un porcentaje de éxito en el 72 por ciento de los casos.

Comenzó a recibir sesiones de quimio y radioterapia sintiendo toda la oscuridad del mundo sobre sus hombros, como cuando era aquella niña que a los dieciocho años se había ido de Las Palmas de Gran Canaria a Barcelona persiguiendo el sueño del tenis para vivir en un piso en el que no se colaba ni un rayo de sol. «Estaba en una entreplanta sin ventanas a la calle. Sólo había una que daba a un patio interior que también estaba techado. Cuando me levantaba, no sabía si había hecho sol, si había llovido o si hacía frío. Tenía que subir las escaleras, una planta, para ver qué día hacía». Y saber con qué ropa salir a la calle. Era un piso con literas, que ya conocía de sus primeros torneos, cuando iba a la ciudad con quince y dieciséis años. «Viajábamos muchas, y entre los padres y el entrenador de aquella época intentaban buscar un sitio donde pudiéramos dormir todas. Y así apareció este lugar».

El tenis ya era un deporte muy caro: una raqueta profesional costaba 200 euros (y su cordaje, que se hace cada siete juegos, quince o veinte días, 18 euros más), unas zapatillas buenas ya pasaban de los cien; y la ropa, los accesorios, el raquetero, las clases, el entrenador, todo era una

esquilma constante en el bolsillo… «Al final mi mudanza a Barcelona no sólo fue un esfuerzo personal, también lo fue para toda mi familia —recuerda—. Y en el tenis, hasta que no eres profesional o ganas determinado dinero, hay que buscar facilidades», concluye. Tiene suerte, confiesa, en casa. Siempre recibió todo el apoyo de los suyos, juntos en el deporte y en la vida. Al fin y al cabo, su padre jugaba al balonmano y su madre, Loli Navarro, llegó a competir a nivel internacional en gimnasia deportiva. Su hermano dejó su trabajo durante un año para mudarse con ella a Barcelona y darle la mano mientras subía esos escalones que daban a la única ventana desde la que se veía la calle en aquella entreplanta. Antes, de niños, ya caminaban así, juntos, probando todos los deportes posibles antes de que, en ella, el tenis eclipsara todos los demás.

El tenis. Un deporte que en realidad, hasta Carla, su familia sólo había visto en la televisión. «Es curioso porque, antes de mí, nadie lo había practicado. Ni mis abuelos, ni mis tíos, ni mis padres». Lo suyo era un don y lo descubrió en el colegio. «Mi madre trabajaba como profesora de Educación Física en el Heidelberg y nos apuntaba a muchas actividades, como baloncesto o fútbol, para entretenernos» mientras terminaba su jornada y volvían todos a casa. «Un año yo tenía los martes y los jueves por la tarde libres y, ella, que acababa las clases a las cuatro, se quedaba hasta las cinco vigilando las extraescolares, así que me apuntó a tenis». Así empezó todo. Carla tenía nueve años, quizá diez.

Enseguida empezó a despuntar. «El entrenador de ese momento me vio con muchas facilidades». Llamó a su casa y decidieron añadirle un grado de complicación. «Ya no era sólo una extraescolar. El plan fue entrenar más a menudo y más en serio, y a partir de ahí así fue cada día hasta que me retiré». Carla llegó a campeona de España en la modalidad infantil en 2002, a subcampeona de Europa Sub-16 en 2004 y a campeona de España y Europa junior en 2006. «Estaba en Gran Canaria y participaba en torneos internacionales. Ya se veía el nivel que podía alcanzar». En los viajes coincidía siempre con el mismo grupo de chicas. «Me parecía que ellas iban evolucionando, mejorando, y que yo

me estaba estancando». Seguía a las órdenes del mismo entrenador que tenía con once años. Y entonces se dijo: «Yo quiero llegar un poquito más lejos, dar un salto». Y este fue de dos mil cuatrocientos kilómetros, esos que separan Las Palmas de Barcelona, adonde viajó para instalarse en el piso de las literas. «Mis padres llamaron al casero porque lo conocíamos de cuando había estado allí jugando torneos con las demás». Estaba libre. Así aterrizó en la Academia Proab, una escuela de tenis, tampoco barata, con un precio que puede superar los 50.000 euros al año.

«Al final el tenis es un deporte caro». De nuevo esa palabra ahí. El «caro» ligado al sacrificio que supone para una familia humilde, normal. Una familia que paga por ver cumplido el sueño de una niña, de una hija, cuando aún no se sabe, o atisba, si llegará a vivir de ello. En 2008 eran 31.258 las licencias femeninas en España. Pocos de sus nombres llegaron a escribirse en grande en periódicos. Apenas ninguna. Muy pocas son las que dejan su nombre en la historia. «Yo todavía no había jugado ni un Grand Slam. Lo que intentábamos era encontrar sitios lo más económicos posible. Ya me había desplazado a Barcelona, ya tenía que pagar la academia, ya el gasto era grande: dejabas de vivir con tus padres para irte a un piso de alquiler». Y ella trataba de hacerse un camino costando lo menos posible. «En 2007, recuerdo, viajábamos a Australia con escala en Singapur y la fórmula para comunicarme con mi madre era a través de los ordenadores que había en los aeropuertos». Buscaba uno y desde allí enviaba un correo electrónico: «Oye, que hemos aterrizado ya en el sudeste de Asia. Todavía nos quedan diez horas de viaje», economizando palabras como en un telegrama. Lo justo, lo exacto. «Era nuestro medio de comunicación. Podíamos tener móvil, pero el tema del wifi no lo controlábamos tanto». A lo sumo, se daban dos toques de llamada si no aparecía un ordenador en la terminal. Un par de tonos y ya. Un par de tonos con el miedo siempre a que te descolgaran sin darse cuenta y se esfumara, de repente, todo el saldo de golpe. Sin haber dicho ni una palabra entre medias. Un sonido que significaba *he llegado bien aquí y aún me queda*. «Tal cual, tal cual era eso».

En Barcelona, Carla Suárez evolucionó. «Comencé a tener entrenamientos de calidad, y todo ocurría en el mismo sitio: la pista, el gimnasio, el fisioterapeuta… Para mí era todo más fácil». Sólo se dedicaba a jugar y a descansar. «Y a obedecer lo que me decían. Para mí fue un proceso muy bonito que me permitió dar ese salto que yo buscaba y que me llevó a un Grand Slam, ese primer Roland Garros de 2008». Por primera vez su familia pudo verla dar raquetazos sin pensar en los números rojos de la cuenta corriente. «Maduré rápido. Imagínate con dieciocho años lejos de tus padres». Tan lejos. «En Barcelona, una ciudad completamente diferente. Con el metro, las comidas, las lavadoras, sola para todo. Al final te espabilas». El golpe de realidad es como un *ace* (ese saque directo que desarbola al rival) a doscientos kilómetros por hora. «O te espabilas o te quedas en el camino», continúa. Cuando dejó Gran Canaria estaba entre las doscientas o trescientas mejores. El brillo se divisaba a lo lejos, igual que las cámaras. Sólo la rodeaban sombras y la incógnita de qué temperatura haría fuera del piso al levantarse, si un día de esos de sol o con un aguacero de los que te encharcan el alma y llenan de barro el camino.

«Pero fui mejorando». Torneo a torneo, subiendo en el escalafón. En agosto de 2007 llegó su primera previa, el US Open, y un año más tarde ganó en Roland Garros frente a Mauresmo. Después de eso ya nunca más se alejó de esos focos, cámaras y micrófonos que por primera vez se giraron hacia ella y su esfuerzo, hacia ella y ese golpe que recordaba al tenis de antes, aquel que había tenido su *prime* en los años ochenta, con Steffi Graf, con Conchita, y que en 2011 sólo practicaban tres de entre las cincuenta primeras del mundo. El revés a una mano. Carla era una de ellas. «Nací en 1988 y a las chicas de mi edad ya empezaban a enseñarles a golpearlo a dos manos. Pero mi primer entrenador, su hermana y varios alumnos jugaban así, con una, y así aprendí. Creo que fui de las últimas», musita. Un golpe que la llevó hasta Hollywood en aquel US Open de 2007 para comenzar a hacer rutina eso que perseguía: jugar Grand Slam. «Prácticamente no puedes aspirar a más, porque lo más en el tenis es eso. Al principio todo choca, todo parece inmenso, pero lo que piensas es que quieres estar en este tipo de

torneos», dice mucho tiempo después, desde este abril de 2023, cuando lo que siente sobre la tripa son mariposas a cuatro pies.

«Cuando Arantxa ganó en Roland Garros yo tenía un año. No lo recuerdo», dice de pronto, como si el movimiento de sus gemelas le hubiera agitado la memoria. «Yo de niña admiraba a Michael Jordan. Al crecer, empecé a fijarme en Justine Henin, también bajita, competencia de las Williams…». A diferencia de muchas de sus predecesoras, a Carla nunca la expulsaron de una pista a mitad de un entrenamiento porque tuvieran que jugar los hombres. «En la época de Arantxa o Conchita se daba más importancia a los chicos. En la mía ya era diferente. Podíamos entrenar en las pistas centrales y era muy difícil que, si reservabas una, alguien te echara porque la necesitara Rafa Nadal. Había mucho más control para que no ocurriese». Ese camino abierto por las que vinieron antes que ella ya era suelo firme a sus pies. Aunque de sus inicios a 2019 sí notó un cambio: el tenis se fue haciendo cada vez más físico, como el masculino. «Las que van subiendo ahora están más preparadas. También ganan más dinero, cuentan con mayores medios y les da para invertir en viajar con más gente». Ella misma lo notó con el tiempo. Al principio eran ella y su entrenador. Después incorporó a un fisioterapeuta personal, más tarde a un preparador físico… «Eso te permite diferenciarte, prepararte mejor y llegar en buena forma, pero…». Silencio. Y ahora no es que haya sentido un pie cimbreante sobre su ombligo, en su tripón, es que la cabeza se retrotrae a sus inicios. «Creo que mentalmente antes las jugadoras eran más fuertes. Para ganarles un partido tenías que estar aguantando horas y horas. Mentalmente desconectaban muy poco. Las de ahora, sin embargo, igualmente alcanzan el número uno, pero desconectan más de cabeza que lo hacían las Sharapovas, las Williams…».

Cuando comenzó la pandemia de la COVID-19, Carla estaba en Estados Unidos. La emergencia sanitaria la obligó a hacer rápido, para regresar a casa, a España, una maleta que tres meses antes había anunciado, desde una sala de prensa, que en cada torneo llenaría de adioses. «Cuando empezamos a ver que se iba cancelando todo, le dije a

mi entrenador: “Me voy a Las Palmas, que hasta que volvamos a competir pasan por lo menos cuatro meses”. En marzo regresé con mis padres y hasta junio no nos dejaron salir de casa. Yo cada vez entrenaba menos. Veía que se anulaban más torneos y hasta los Juegos Olímpicos de Tokio 2020. Me entró la tristeza de que mi último año acabara así». En julio volvió a los entrenamientos en casa, aunque se sentía cansada. No le dio importancia. Habían sido meses muy duros, con la televisión encendida viendo a diario ruedas de prensa con cifras que rondaba el mil y que eran esquelas, meses de aplausos en ventanas a los sanitarios que se dejaban la vida por un hálito de los demás, meses sin nadie en las pistas pero tampoco en las calles, meses sin coger una raqueta. «Cuando decidí volver a Barcelona para iniciar el entrenamiento de verdad me sentía muy fatigada. Al principio lo achaqué al virus, al encierro, al calor, a la humedad, al haber entrenado poco…». A todo lo que se le iba ocurriendo, porque «linfoma de Hodgkin» era un término que ni existía en su cabeza. «Pero me empezaron a hacer pruebas y pruebas y pruebas». Y dos semanas antes de viajar al US Open, con los billetes de avión ya comprados para competir en el Grand Slam que cierra todos los del año, Carla le pedía a su madre, que pasaba con ella unos días en Barcelona, que regresara ya a Las Palmas. «Para qué se iba quedar sola allí, mientras yo me iba». Entre esa orden y aquello, el diagnóstico, sólo pasaron días. Carla aún no había cogido su avión a Estados Unidos: estaba sola cuando recibió esa palabra, cáncer, que ella pensó que nunca iba a oír. «No quería llamar a mis padres y darles una noticia así por teléfono, así que se lo conté a mi hermano para que fuera él el que les dijese». Nada más escucharlo, la familia cogió un vuelo Las Palmas-Barcelona para abrazarse tan fuerte que se fundieron los brazos de unos con otros.

Lo primero que hizo Carla, eso sí, antes de empezar el tratamiento para curarse, fue congelar sus óvulos. «Empecé con la quimio y con la radio en septiembre y no dejé de hacer deporte, porque me venía muy bien. En diciembre cogí una raqueta y empecé a jugar, pero sólo media hora al día y con bolas infantiles, porque me cansaba mucho». En enero y febrero cada vez jugaba más. «Tuve suerte —ríe bajito—. El ranking

que había dejado antes de la pandemia me permitió participar en los Grand Slam y el circuito de 2021 sin afectarme». O sea, que pudo jugar Roland Garros, Wimbledon, los Juegos Olímpicos aplazados, el US Open y la Copa Federación con España. «Pude cerrar el círculo».

Era miércoles 2 de junio de 2021 cuando Carla Suárez, de blanco y con una cenefa negra cosida al brazo, pisaba la arena naranja de Roland Garros. La tarde clara, la primavera en la grada. El calor lo hacía todo tan diferente de aquel primer partido lejano y lluvioso de 2008. También en el marcador, porque esta vez perdería ante Sloane Stephens. Pero en realidad no, en realidad había ganado. Al linfoma, a las sombras espesas. Tres meses después en el US Open cerraría definitivamente su historia de tenis, abrocharía la historia de su revés a una mano y acumularía otra derrota, frente a Danielle Collins también con sabor a victoria.

En su calendario particular eso era abril de 2022. Seis meses después, en octubre, a los dos años de aquel agujero a sus pies, lo más negro en su vida, sentía las primeras náuseas al despertar. Seis meses después, en octubre, a los dos años de aquel agujero a sus pies, lo más negro en su vida, comenzó a sentir un sueño infernal y la vejiga llena todo el tiempo. Seis meses después, en octubre, a los dos años de aquel agujero a sus pies, lo más negro en su vida, dos de los óvulos que había congelado dejaron de contar hacia atrás para acompasar su tiempo con el reloj en su muñeca, siempre hacia delante. Porque seis meses después, en octubre, a los dos años de aquel agujero a sus pies, lo más negro en su vida, Carla descubría que estaba embarazada.

«A las doce semanas, tras muchas mañanas de vómitos y de sentirme mal, nos dijeron que eran dos», cuenta, con una sonrisa que le llena la cara, los ojos y todo el aire alrededor. Faltan menos de dos meses para que las gemelas ya estén aquí. La lavadora se ha roto en casa y, mientras Olga y ella valoran si comprar otra (*la van a necesitar, en los primeros días que vienen mucho,* sí), una última sombra le cruza la voz, antes de la despedida, de colgar el teléfono y volver a poner en alto los pies. «A mí me gustaría enseñarles a jugar, pero no que se dedicaran a ello». *Ello*, el tenis. Porque son dos y, aunque ella en su carrera brillara

en los dobles, no quiere escalones. «Son dos y pueden jugar entre ellas, es un deporte muy sano, pero, si se dedicaran, me gustaría que llegaran las dos al mismo nivel». No que una se quedara por el camino y otra llegara más lejos, hasta, por ejemplo, donde una de sus madres lo hizo: esos momentos en la pista bañados por las luces más brillantes del mundo.

Félix Laguna

(Zaragoza, 1954)

«¿Que el atletismo ha hecho mejor futbolista a Salma? No lo dudes». Al teléfono habla Félix Laguna, ese hombre que la mañana del 15 de agosto de 2023 estaba frente al televisor para ver cómo España jugaba, frente a Suecia, la semifinal del Mundial femenino de Nueva Zelanda y Australia 2023. El partido, más allá de la audiencia histórica, ese 1.921.000 espectadores de media, suponía una cuota de pantalla del 45 por ciento. Es decir, que una de cada dos personas que en ese momento tenían la tele encendida en España lo hacía para verlas a ellas, futbolistas españolas con la ambición de jugar la final de un Mundial. Como Félix, quien no pudo evitar sentir una profunda emoción cuando vio que un derechazo de Salma Paralluelo se colaba en la red sueca en el minuto 81 para iniciar la remontada de España del 0-1 en contra. Salma, *su Salma*, con diecinueve años y doscientos setenta y cinco días de edad. Salma en el fútbol, el deporte por el que terminó decantándose cuando se debatía entre éste y el atletismo, pero sin dejar de llevarse lo aprehendido sobre el tartán para convertirlo en una virtud en la hierba. «La técnica de carrera, el esprint, la resistencia…», enumera Félix. Una técnica de carrera, un esprint y una resistencia que se hicieron torbellino en la semifinal del Mundial para empatarle a Suecia y que, después, Olga Carmona marcara el 2-1 antes de la prórroga para plantar a España en la final.

«He entrenado a cientos de atletas desde 1982. He trabajado con algunos que han llegado a subcampeones de Europa, a posicionarse

entre los mejores del mundo, he visto a mis deportistas ganar muchos oros. Pero nunca había presenciado algo como lo de Salma. Es extraordinaria», resume Félix Laguna desde la Zaragoza en la que la descubrió cuando tenía catorce años en el club Scorpio 71. «Aprende muy rápido —destaca—, ha nacido con una capacidad de aprendizaje excepcional. Cada día absorbe conocimientos, se fija en cosas nuevas, prueba, busca recursos y trata de encontrar soluciones a situaciones complejas», añade, sin que el tono de orgullo se vaya de sus cuerdas vocales. Entonces, con catorce años, ella ya combinaba la pista con el balón, como dos mundos separados tirando al mismo tiempo de sus piernas, llamadas a la gloria fuera cual fuese el camino que eligiese. En las categorías inferiores de atletismo acumulaba hasta ocho récords de España en velocidad. «En 100, en 200, en 300, en vallas, en todo. Con quince años hacía los 400 metros en cincuenta y tres segundos, sin apenas entrenar, y era campeona de España de 100 y 400 vallas, en la que batió el récord de España Sub-18 y Sub-20… en la que era su segunda carrera en esta distancia», dibuja Félix, quien «sin nunca empujarla», le recomendó que, ante los ciclos olímpicos de Tokio 2020 y París 2024, apostara por el atletismo para después centrarse más en el fútbol.

Pero Salma terminó por elegir el balón. Aunque hasta 2022 combinara ambos, empapelando las paredes de su habitación de medallas y triunfos en cada uno de ellos. Si en 2018 debutaba en el fútbol en la categoría absoluta con el Zaragoza CFF, de la Segunda División femenina de España, para una temporada más tarde fichar por el Villarreal Femenino «y ser clave en su ascenso a Primera», en el Campeonato de España de Atletismo en pista cubierta de 2019, conseguía su primera medalla absoluta: un bronce en los 400 metros con una marca de cincuenta y tres segundos con ochenta y tres centésimas que era récord de España en categorías Sub-18 y Sub-20. «Tan joven y siempre logrando éxitos. Siempre ha sido una adelantada a todo», define Félix con honda emoción.

De ascendencia catalana y guineana, el largo pelo trenzado caracteriza a Salma desde que era una niña, acostumbrada a saltar

también los obstáculos de la propia vida. Uno de los golpes más grandes le llegó con la crisis económica de 2008: su padre se quedó en paro y su madre se vio obligada a viajes España-África-Suiza larguísimos para llevar el sustento, a cambio de visitar su hogar sólo una semana en verano y otra en Navidad, con Salma, esa niña, aún tan niña. Esa que en 2012, con diez años, recibiría otro duro revés: su hermanastro, Florencio Eworo Ayingono, aquel hijo por el que su madre había viajado desde Guinea Ecuatorial hasta España en busca de un tratamiento médico adecuado para la grave deficiencia congénita de visión que sufría, desapareció de casa una madrugada. Encontraron su cadáver un mes más tarde, en una balsa, sin huellas de violencia. Tenía veintiún años.

El largo pelo trenzado caracteriza a Salma por igual en el fútbol y en el atletismo. El primero comenzó a jugarlo en el patio del colegio con sus otros dos hermanos, José Jaime y Lorenzo; en el segundo, ganaba su primera carrera a los seis años, en un concurso infantil celebrado en el parque José Antonio Labordeta de Zaragoza. «Yo lo tenía hablado con su padre: ella entrenaba al fútbol los lunes, miércoles y viernes. Y los martes y jueves hacíamos atletismo. Si estaba muy cansada, no metíamos mucha carga», confiesa Félix. Así fue en Zaragoza. Cuando fichó por el Villarreal, compaginó sus dos deportes con el Playas de Castellón. Pero en 2022 se rompió el cruzado en un partido, meses antes de que el FC Barcelona Femení la fichara para su equipo de fútbol y ella se viera obligada a bajarle el telón a uno de sus dos mundos. Al atletismo. Con la maleta llena, eso sí, de conocimientos. «Con esa capacidad de aprendizaje que tiene y con la que ha roto moldes. Lo normal habría sido que, en un año en un superequipo como el Barça, le cueste adaptarse, y ella ya está ahí con todo, ganando Liga y Champions. Igual pasa con la selección, llegaba al Mundial de Nueva Zelanda y Australia ya como campeona del mundo en categorías inferiores, Sub-17 y Sub-19. En teoría debes llegar con un perfil bajo, para ir entrando, y mira a qué nivel está ya Salma».

Con diecinueve años, Salma arrasando con sus piernas de gacela en cada foto. «En sólo una temporada, sólo una, lo ha conseguido todo a

nivel de selección y equipo. Lo que para algunas jugadoras sería la cumbre de su carrera, para ella sólo es comienzo». Un comienzo que Félix trata de explicar con otra anécdota del pasado, mostrándose incapaz de prever el futuro por venir, inasible, de tan grande. «Ella es zurda y para correr 400 vallas es muy importante manejar las dos piernas. En unas pocas sesiones se volvió diestra. Sus compañeras de entrenamiento y los entrenadores no sabían distinguir cuál era su pierna buena. En fútbol es zurda, pero ante Suecia marcó con la derecha». Con diecinueve años y doscientos setenta y cinco días de edad. Para acercar a España en el fútbol a ese sueño que cuando Salma era una niña sólo parecía pertenecer a los chicos: España-en-la-final-de-un-Mundial-femenino-para-coserse-una-estrella. Ella. Sobre sus piernas de atleta. Para orgullo de Félix.

Selección española de fútbol femenino

(Madrid, agosto de 2023)

Van muchas cosas en el grito que emana de la boca de Olga Carmona como un alarido, *tantas cosas*, cuando corre por el césped del Estadio Olímpico de Australia, en Sídney, ante una grada a rebosar (75.784 espectadores). Es la final del Mundial, el noveno femenino celebrado de forma oficial, atrás quedaron los celebrados en los tiempos de Conchi Amancio, 1970, en Italia y en México, acallados, apagados, mal llamados «clandestinos». Es España jugando contra Inglaterra. Es Olga Carmona que en el minuto 28 acaba de marcar el gol de la victoria, con la izquierda, para correr con ese alarido en la boca y levantarse la camiseta sobre la cabeza como hiciera Andrés Iniesta trece años antes cuando la selección masculina de fútbol se bordaba su estrella al pecho en Sudáfrica. «MERCHI», se lee en letras mayúsculas, en homenaje a la madre de una amiga fallecida hacía poco, sin saber que la emoción más plena, esa alegría, la más grande posible, concentrada en ese alarido, tiene a su propia estrella en el cielo ya. Empujando sus pies, aunque ella aún no lo sepa. Que le tocará vivir en el día más feliz de su vida el dolor más devastador también.

Tere roba en tres cuartos. Tere habilita a Mariona. El pase filtrado de Mariona le llega a Olga que, con un latigazo de bota izquierda, envía el balón al fondo de la red a una velocidad de noventa y siete kilómetros por hora. España ya es campeona. Aunque aún quede una hora por jugarse más un maldito descuento de trece minutos. España es campeona aunque en el setenta Jenni Hermoso falle un penalti que deja

la ventaja en el mismo lugar en el que estaba cuando Olga Carmona marca con su zurdazo, su camiseta al cielo con el nombre de «MERCHI», con esa estrella que desde allá arriba ya está aunque ella aún no lo sepa, la de su padre, Tomás, fallecido el día anterior, aunque a ella no se lo contarán hasta después del partido, hasta después de esta final. Un gol, ese gol sólo, cuando en el fútbol esa es una ventaja que puede esfumarse en un parpadeo de ojos, que en un segundo puede convertirse en esa ola que uno trata de atrapar en la orilla, la tienes, la agarras, pero al abrirla sólo hay espuma, no hay nada.

Cuando el árbitro pita y ellas, las mujeres futbolistas españolas son campeonas, en España, siete de cada diez hogares que en ese momento tienen la tele encendida es para verlas (con una audiencia histórica, 5.599.000 espectadores de media, con una cuota de pantalla de casi un 66 por ciento). A ellas, mujeres jugando al fútbol en la final de un Mundial como último puntapié al techo más grueso de todos, el de ese deporte que durante cincuenta años les negaron. Ellas se abrazan y corren por ese estadio en Sídney, las calles de España se llenan de sonidos de claxon, mientras un vídeo comienza a correr por las redes sociales como un Mr. Scrooge viajando al pasado en el cuento de Dickens. Es un fragmento del NO-DO, de un partido disputado entre dos equipos formados por mujeres alemanas y austríacas en 1961 y la foto más clara de cuántas cosas viajan en el alarido de Olga. «Vemos aquí a las nutridas selecciones nacionales dispuestas a actuar con un ardor impropio de sus abundantes kilos», se escucha al narrador, sobre las imágenes editadas con un fondo de música circense. O «la teoría va por un lado y la práctica por otro», cuando a una de las jugadoras se le escapa un balón. O «si acaso lo más importante sea que pierdan un poco de peso». O, como apostilla: «La única nota optimista es que, cuando se casen, si se casan, cambiarán este juego por una batería de cocina». Un final que suena a lo de los trajes regionales y el fútbol femenino en boca del presidente de la Real Federación Española de Fútbol durante los años sesenta, José Luis Pérez-Payá. Un final que cuenta lo que supone ese gol, de tan profundo que brota, tantas luchas, tantas mujeres salmón a contracorriente en unas aguas que ni tan

siquiera les dejaban catar. *Tantas cosas.* Y aun así ahí están ellas, jugando el Mundial más largo de la historia del fútbol, para terminar de cambiar el mundo de verdad. Por ellas y las siete que deberían estar y no están. Por ellas y por todas aquellas que alzaron la voz contra los métodos de Ignacio Quereda. Por ellas y por todas las que vienen, incluidas las campeonas del mundo Sub-17 y Sub-20. Por ellas y por todas las que estuvieron delante. Las Amelia del Castillo, las María Teresa Andreu, las Conchi Amancio, las Dolors Ribalta.

Ese Mundial que la selección había comenzado a jugar en realidad en septiembre del año anterior, cuando quince futbolistas renunciaron a ser convocadas si el seleccionador Jorge Vilda continuaba en el cargo. Todas el mismo mensaje, aunque desde diferentes buzones: los de Ainhoa Vicente, Patri Guijarro, Sandra Paños, Amaiur Sarriegi, Leila Ouahabi, Lucía García, Mapi León, Ona Batlle, Laia Aleixandri, Claudia Pina, Aitana Bonmatí, Mariona Caldentey, Lola Gallardo, Nerea Eizagirre y Andrea Pereira. Las tres capitanas, Alexia Putellas, en ese momento Balón de Oro y con el cruzado de la rodilla roto sólo dos meses antes, Irene Paredes y Jenni Hermoso no estaban, pero sí en realidad. «No se llega de un día para otro a la situación que estamos viviendo. Es evidente que es la consecuencia de un cúmulo de acontecimientos, comportamientos, decisiones, intentos fallidos y desgastes por intentar que la voz de la jugadora sea escuchada», escribiría la última recién aterrizada en su nuevo equipo, el Pachuca, en una liga lejana, la mexicana, aquel septiembre de 2022.

La consecuencia de un cúmulo de acontecimientos, comportamientos y decisiones. En la búsqueda de otros métodos, de mejores condiciones, de un trato adecuado.

Porque, a pesar de que cincuenta años después eran capaces de concentrar a la mitad del país con su fútbol ante el televisor, como hicieran Manolo Santana, Mari Paz Corominas o Carolina Marín, los estamentos del fútbol seguían tratándolas como «las niñas» y no como lo que eran, simplemente futbolistas. «Las niñas», en otro escalón que los hombres. A pesar de la Liga F, de los dos Balones de Oro de Alexia Putellas, de las Champions del Barça, de la llegada del Real Madrid.

Ejemplificado en una foto de la misma federación. Si en enero el presidente viajaba a Riad, Arabia Saudí, para entregarle en mano al Barcelona la copa que lo reconocía como campeón de la Supercopa de España, tan sólo unos días más tarde, en la entrega del mismo trofeo pero en su versión femenina, con una final Barcelona-Real Sociedad jugado en la Ciudad del Fútbol de Las Rozas, sede de la Real Federación Española de Fútbol, las campeonas (el Barça) debían ponerse las medallas ellas mismas al cuello, tras recogerlas de una mesa improvisada al momento. No había autoridades o altos cargos presentes.

Esa búsqueda de otros métodos, de mejores condiciones y de un trato adecuado se dio de bruces contra un portazo, pero verbalizó un runrún que había ido llenando ese vestuario después de que España se hubiera quedado fuera de la Eurocopa femenina de 2022 tras perder en el primer cruce posible, cuartos de final. Jorge Vilda escuchó y después asintió: él iba a cumplir su contrato, firmado hasta 2024. La tensión fue creciendo hasta la redacción de ese mail. Las quince se fueron, llegaron otras. La primera lista del seleccionador tras ese correo electrónico traía nombres que antes no estaban:[23] el de Ivana Andrés, Olga Carmona y Salma Paralluelo, entre ellos.

Cuando el verano de 2023 fue acercándose, y con él la cita mundial en Nueva Zelanda y Australia, la federación anunció que si alguna de las quince quería volver a jugar debía pedirlo por escrito, mediante otro mail. Siete se mantuvieron firmes. Ocho le dieron al botón de enviar. El castigo sólo se levantó ante tres: Ona Batlle, Mariona Caldentey y Aitana Bonmatí. Ellas tres más Irene Paredes, Jenni Hermoso y Alexia Putellas.

Veintitrés,[24] con una mezcla de aquéllas y éstas iniciaron la fase de grupos con goleadas ante Costa Rica y Zambia para perder con estrépito ante Japón y despertar todos esos dedos que esperaban para taponar encima. Que no llegarían a nada, que eran mujeres, y lo de aquellas quince, una rabieta. Ellas. Las veintitrés. Las que ganaron a Países Bajos en cuartos, en la primera eliminatoria de la selección superada en su historia, las que derrotaron a Suecia, las que tumbaron

a Inglaterra y empezaron a agitar sus alas de mariposa en ese lugar del mundo un 20 de agosto. La siguiente, la del lunes 21 de agosto, nada más aterrizar en Madrid tras un largo vuelo, sería la única en la que podrían celebrar de verdad, celebrar sólo a secas, sobre un escenario en la explanada del Rey, en Madrid Río, a los pies de la estación de Príncipe Pío. Dos fotos viajaron en su avión desde Australia. Una que mostraba al presidente de la federación, Luis Rubiales, en el palco de autoridades agarrándose los testículos a modo de celebración mientras a escasos metros aplaudían a las jugadoras la reina de España y la infanta Sofía; y otra, el beso a Jenni Hermoso en la entrega de medallas que abriría el suelo bajo los pies de quien se lo robó sin consentimiento, ese presidente, *su jefe*, Luis Rubiales, que dimitiría, al fin, tres semanas después, un 10 de septiembre. De la mano de esos testimonios gráficos alrededor de los que la selección jugaría los minutos más importantes del otro Mundial, aquel que había empezado con las quince en el septiembre anterior. El alarido en el que viajaba era aún más importante y crucial. No solo la estrella. Era el «se acabó».

Aunque empañara, por desgracia, ese que sólo hablaba de Olga y su zurdazo para la eternidad.

Ese ante el que Amelia del Castillo se llevó la mano al pecho emocionada, el 20 de agosto en Australia, desde su casa en Getafe. Cuando sólo aún se celebraba, cuando Olga Carmona aún no sabía que su padre faltaba. Emocionada en su casa en Getafe mientras Ivana Andrés levantaba esa copa de campeonas en la otra punta del mundo, sintiendo tantos años después que su lucha no había sido en vano.

Tantas cosas.

Todo.

Epílogo

CD La Pedraja, agosto de 2023

«Nadie tiene derecho a darte un beso que no has pedido, que no quieres». En las palabras de Sofía, esa niña de ojos grandes y claros, expresivos, y el pelo recogido en una trenza tirante, se resume todo lo sucedido con Luis Rubiales, presidente de la Real Federación Española de Fútbol, que, para celebrar que la selección española había ganado el Mundial femenino de 2023, le plantó un beso en la boca, no consentido, a una de las jugadoras, Jenni Hermoso, en el momento de la entrega del título y las medallas. Unas palabras que brotan desde el corazón de sus doce años como un cristal transparente. «Y menos tu jefe», espeta Lidia, desde sus 1,70 metros de altura. Ella es la única que en ese momento no lleva la camiseta de peña que visten todos los demás de manera conjunta, como si fuera el mismo uniforme de fútbol que, de septiembre a junio, no se quitan tres días por semana (los miércoles y viernes, con dos horas de entrenamiento, y los domingos de partido), los colores de la camiseta del CD La Pedraja, un equipo mixto, categoría infantil, formado por niños y niñas que, en su primer año de fútbol siete, ganaron la liga alevín en la Tercera División provincial de Valladolid.[25] «Los Pillaos» se puede leer sobre fondo azul en esta mañana en el que siete de ellos (Lidia, Nora, Sofía, Mateo, Gonzalo, César y Bruno) se sientan en un banco con el CEIP Europa detrás en el que todos han estudiado y en cuyo patio, al que llaman «la pista», comenzaron a jugar juntos a fútbol. Todos. Sin que a ellas las eligieran las últimas o les tocara la portería sólo por querer jugar. Los Pillaos. La

piña del fútbol también en la peña formada para las fiestas del pueblo. Último fin de semana de agosto. Los toros. Hay bullicio, encierros en la plaza, el campo y las calles y una sonrisa de orgullo entre ellos al recordar que hace un año eran quienes habían estado en el balcón del ayuntamiento para dar el chupinazo de inicio de esos mismos festejos. El chupinazo tras haber ganado su liga en el fútbol.

«Y eso que era el primer año del equipo en fútbol siete», puntualiza su presidente, Hugo García, que esta mañana de fiestas los ha arrancado del local de Los Pillaos para reunirlos en ese banco en el que los chicos alzan los hombros extrañados ante preguntas que les suenan a ciencia ficción. Preguntas como ésa: «¿Y qué supone para vosotros jugar con Lidia, con Nora, con Sofía?». «Nada». «Qué va a suponer». «Son uno más». De Mateo, Gonzalo, César y Bruno brota una respuesta desde el corazón del equipo (entrenados por Julio Velasco y Adrián «Menda») que forman. Que en el CD La Pedraja, que en la temporada 2022-2023 jugó en la categoría de infantil, no hay diferencias entre el azul y el rosa. Todos son rojiblanco Pedraja.

Un CD La Pedraja que en la temporada 2021-2022 ganó la Liga Provincial de Tercera División alevín de Valladolid compitiendo contra equipos, sobre todo, formados en su mayoría por chicos. «Había alguna chica, pero era raro», musita Lidia. El CD La Pedraja era excepción. El CD La Pedraja con tres que además siempre eran titulares y se fajaban como uno más. Sin rosa y azul a la hora de cambiarse en los vestuarios («ellas o nosotros lo hacemos primero o al revés y ya está, ¿qué problema hay?», resuelve Gonzalo). Sin rosa y azul a la hora de ir al corte («Lidia y Nora son leñeras, ¿eh?», apunta Hugo García). Sin rosa y azul a la hora de ser y estar («entrenamos dos días a la semana, una hora, y nadie dice: “Tú esto no lo puedes hacer por ser chica”. Es que todos somos iguales —apostilla Nora—, aunque ellos sean más brutos —añade—, y nosotras más avispadas, técnicas»). Sin rosa y azul que aún separe en su fútbol como lo hace el fútbol cuando la adolescencia levanta entre géneros un muro de diferencias físicas. Los 1,40 metros de Mateo, el más pequeño, con once años, frente a los 1,70 metros desde los que ahora Lidia, de catorce, otea a todos los demás como si

fuese el campanario de esa iglesia de estilo gótico-renacentista, Nuestra Señora de la Asunción, que sobresale por encima de todas las casas de este pueblo de poco más de mil habitantes a treinta kilómetros de Valladolid.

Un equipo mixto que, sin embargo, es la foto de todo lo que queda aún por avanzar a pesar de tantos pasos ya dados.

Aunque el Valladolid Femenino en la temporada 2022-2023 desgajara a Lidia del grupo para ficharla, porque los grandes clubes masculinos en el siglo XXI ya apuestan firme por el fútbol femenino.

Aunque ellas sepan y vean y puedan ponerse a la espalda nombres de jugadoras que salen en la televisión, que ganan Balones de Oro y mundiales (para Lidia es el de Irene Paredes; para Nora, el de Olga Carmona; para Sofía, el de Aitana Bonmatí).

Porque a ellos, en los partidos, les siguen llamando «nenazas» («los rivales y desde la grada») por jugar en un equipo con chicas.

Porque a ellas les siguen diciendo que sería mejor que aprendieran a coger la fregona antes que un balón.

Eso que rodea su historia y que suena a viejo, a caspa, a polvo, a los tiempos de Conchi Amancio y María Teresa Andreu, rodeadas siempre de insultos como cuchillos recién afilados.

«Ay», se le escapa a Hugo García, al escucharlo. Porque mientras ellos y ellas recuerdan eso vuelven a levantar los hombros, extrañados, como preguntándose el porqué eso de los azules y rosas si todos en el fondo son lo mismo, futbolistas. Una de las cosas que más orgulloso le hacen sentir como presidente es ese recuerdo: el de Mateo, el más pequeño, esa guindilla, que era capaz de enfrentarse a chicos que le sacaban dos cabezas tras ver un empujón sin sentido de un rival a una de las chicas del CD La Pedraja sólo porque fuese mujer y quizá resultase más fácil hacerla caer. «Iba como un Miura». O como uno de esos toros que los días de fiesta se recortan en la plaza del pueblo antes de que llegue septiembre y guarden la camiseta azul de Los Pillaos para volver a enfundarse la rojiblanca del CD La Pedraja. También juntos. De nuevo. En la Tercera División provincial infantil de Valladolid.

Agradecimientos

Llueve en Madrid y a mí siempre me ha gustado la lluvia. Llueve en Madrid un domingo 10 de septiembre, ante mi escritorio, ante mi flexo, en el final de diez meses exhaustos. Diez meses desde que me senté por primera vez ante el ordenador y abrí un documento lleno de blanco bajo el nombre «Libro mujeres». Aún no sabía el título, aunque éste no tardó en aparecer. Otra noche insomne, al irme a la cama y que un pensamiento cruzara mi cabeza como lo hacen los relámpagos en este momento en el cielo. «Las historias de todas las mujeres que estoy escribiendo tienen algo en común, me recuerdan al nado del salmón, siempre a contracorriente, tan duro y contra el que, sin embargo, no desfallecen». Para dejar la semilla, el abono para las siguientes.

Nada de esto existiría si yo no hubiera llegado a Madrid en 2003 para hacer el máster de *El País,* persiguiendo mi sueño de niña, escribir, contar historias. Allí me encontraría con Álex Martínez Roig, la persona que desde el primer día confió en mí y en mi manera de escribir. Me cosió alas en los dedos para que nunca haya dejado de hacerlo. También ahora, con este libro. Encontrarme con él, pienso, ha sido uno de los mejores regalos que me ha dado la vida. Y el periodismo.

Han sido diez meses exhaustos no sólo para mí, sino también para mi familia. Para mi Juani, obligado a echarse la casa a la espalda (como mi vecina, *la abuela* Mila) mientras yo estaba en mi encierro de flexo y ordenador. Para mi hijo, aunque él aún no lo sepa, ese del que me he perdido ese año, de los dos a los tres, grabado de primeras veces que a

mí me ha tocado casi vivir desde lejos, tras una puerta. Para mi madre, que me recogía en León para envolverme en su particular modo avión, encerrada yo en mi habitación de niña, y que sólo me dedicara a escribir. Las primeras gracias, y las más altas, tras las de Álex, son para ellos, para ti, mamá.

Pero hay muchas más y espero no dejarme a nadie. Gracias a compañeros de la redacción de diario *AS* como Jesús Mínguez, con quien consensué el primer esqueleto del libro, la lista de pioneras para que ninguna faltara, y que me cedió su agenda de teléfonos como si me perteneciera. Contactos, consejos que durante este tiempo llevan los nombres de otras muchas personas: Alfredo Relaño, Juan Mora, Juanma Bellón, Juanma Rubio, Raúl Romojaro, Ladislao J. Moñino, Alberto Martínez, Irina Rodríguez, Ruby Ares, Marta Griñán, Javi Hernández, Pablo Mialdea, Carmelo Ruiz, Cristina Parra, Nacho Albarrán, Joan Poquí, Sique Rodríguez, Carlos Carpio, Alberto Pereiro, Mikel Recalde, Paco Caro, Natalia Freire, David Menayo, Almudena Rivera, Fernando Ruiz, Hugo García, Lorena González y Cristina Cubero. Personas sin cuya generosidad jamás hubiera podido escribir. Como tampoco sin la ayuda de responsables de prensa como Rocío Brizuela, Gerard Gil o Ignacio Paramio. Tampoco sin el tiempo que mis compañeros en la sección del Atlético en el diario *AS* me han cedido, quitándoselo del propio, para que yo pudiera dedicarme al libro: Jesús Colino (siempre Jesús Colino, otro regalo de vida, y de profesión, y de compañero, Jesús Colino, siempre el mejor), F. J. Díaz, Sergio Picos y Víctor Gómez. Y mis «libreros favoritos», Mario Espinosa y Sergio Murillo.

También a todos mis compañeros en *El golazo* de Gol Play (Manolo Lama, Carlos Pozuelo, Javi Guillén, Maruxa Escrigas, Nacho Donado, Pedro González, Juancho, Ceci, Contre, Josele, Alvar, Chema, Dani, Carlos, Cronoro...) y *Estudio Estadio*, en Teledeporte de RTVE (además de Paco, Rubén Briones, Pablo Miranda, Juanma Cebrián), por lo mismo, su tiempo y aguante. Ah, y por supuestísimo mi Julián Plaza, mi particular, maravilloso y único Pepito Grillo. Y a Ángel Cruz, por su sabiduría y (mari)luz siempre. Y a Álvaro Caballero, siempre ejemplo e

inspiración.

Y cómo olvidarme de mi adoraba Rebeca Ruiz y sus ánimos siempre que me acercaba a la sección de Fotografía en el periódico. O de mi amiga María Valle y la fiesta que vamos a hacer en Madrid tras tanto teléfono, tanto estar a mi lado desde tan lejos, con su alegría y su risa llenando mis días de oro, ya fuera con la promesa de pipas o Mahous. Y esa fiesta. Como Natalia Sánchez. Y Marina Romero, mi Ma, que se merece un párrafo aparte.

Porque cuando estaba atrapada en el kilómetro 38 del maratón que ha supuesto este libro me arrancó el tapón para empujarme, porque sin ella no hubiese sido capaz de acabar. Ella y María Eugenia Martín, mi querida M. Eu., siempre mi primera lectora, han sido gasolina, inspiración. La última entre frases moradas que alientan a doscientos y pico kilómetros de distancia como si también la tuviera al lado con un susurro. *Sigue, sigue; adelante.*

Gracias también a todas esas mujeres que, generosas, me han contado su historia en cafés y conversaciones larguísimas para dejarme escribirla. Me siento afortunada de haber podido hacerlo. Mi más profunda emoción y devoción hacia ellas. Y su picar techos.

Gracias a mi editora, Paloma, por desbrozarme y encontrar el verbo exacto, por ese trabajo exhausto también detrás de estos diez meses. No hubiera podido tener mejor compañera de viaje.

Gracias a mi tía Chelo, a mi tío Chales, que me acogieron en su casa aquellos dos frenéticos días en Barcelona, de ires y venires, llevándome y trayéndome, lejos y cerca, aunque al tío tan poco le guste conducir. Y al tío Lope y la tía Gelines, por ser y estar.

Todo comenzó frente a ese documento en blanco hace diez meses, pero en realidad lo hizo antes: cuando Alfredo Relaño era aún director del diario *AS* y me encargó una serie de entrevistas con las pioneras del deporte que son el cimiento de este libro. Un relato que se ciñe al tiempo exacto en que cada una de ellas se produjo, aunque en este tiempo la vida haya seguido. Con sus golpes. Amelia del Castillo perdió a Fernando, su marido, Pepa Senante falleció y Goyo cerró para siempre el Ketutín. Un tiempo, el de después, en el que Carolina Marín

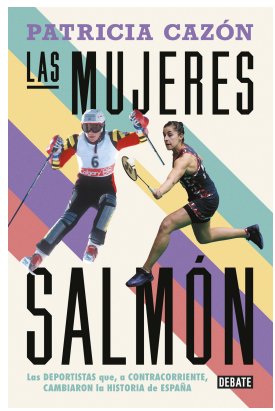
dio un discurso de esos que te tocan el alma, dignificando el deporte (como el de Amaya Valdemoro al entrar en el Hall of Fame de baloncesto), tras su plata en el Mundial de bádminton 2023 y Paloma del Río se jubiló en una retransmisión de gimnasia en la que tenía a Almudena Cid al lado para devolverle esa frase que significaba tanto. «Ahora ya te puedes poner los tacones». Meses en los que la tripa de Carla son dos niñas, Ona y Noa, que ya están aquí. Tiempo en el que la continuación de Virginia Torrecilla es el Villarreal Femenino. Y la de Beatriz Galán Cayado, el Atleti Femenino.

Porque diez meses han pasado desde que ese folio en blanco se abrió ante mí en mi ordenador, diez meses de flexo y ordenador contando a las mujeres salmón. Diez meses que terminan en un día de septiembre de lluvia y canciones de Arde Bogotá en bucle sonando de fondo, como cuando escribía mi primer libro, hoy ya tan lejos, y lo hacía aquel «Vértigo» de Ismael Serrano.

Arian, espera, que apago ya de una vez el maldito ordenador y voy.
Arian, que ya voy; que la vida juntos nos espera.

Madrid, septiembre de 2023

«Nada como el salmón explica el transcurrir de las mujeres en el deporte. Siempre acontracorriente, aunque le cueste la vida; porque cuando desova no muere, sino que ya puede irse: su semilla está puesta».



De Lilí Álvarez, la primera, en los Juegos Olímpicos de París 1924, al #SeAcabó que un siglo después entonó al unísono la selección femenina de fútbol que se acababa de coronar campeona del mundo: esta es una historia de muchas mujeres navegando río arriba para abrir puertas y derribar muros.

Carmen Valero, Blanca Fernández Ochoa, Gemma Mengual, Mireia Belmonte, Edurne Pasaban, Teresa Perales, Carolina Marín, Virginia Torrecilla... Sus éxitos tienen una lectura individual, pero la magnitud de la hazaña de *Las mujeres salmón* solo se entiende en conjunto. Suya es la mayor victoria en equipo de la historia del deporte español.

Patricia Cazón nació en Zotes del Páramo (León) en 1980. Se licenció en Periodismo en la Universidad Pontificia de Salamanca. El master de *El País* le llevó al *Diario AS*, donde ha cubierto durante varios años la información del Atlético de Madrid. Desde 2016 es la responsable de las crónicas del equipo colchonero.

Primera edición: febrero de 2024

© 2024, Patricia Cazón Trapote
Todos los derechos reservados
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Marc Cubillas
Fotografías de la cubierta: © DAX Images / Alamy Foto de stock. © Sueddeutsche Zeitung Photo / Alamy Foto de stock. © NurPhoto / Colaborador. © Fox Photos / Fotógrafo autónomo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19642-49-3

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: debatelibros
X: @debatelibros
Instagram: @debatelibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

[1] Desde 2022, Ciencias de la Actividad Física y del Deporte (CAFD)..

[2] La Federazione Italiana Calcio Femminile, FICF, fundada en 1968, y la Federazione Italiana Femminile Giuoco Calcio, FFIGC, creada en 1970, después de que diez clubes se escindieran de la primera.

[3] La Money League, donde el FC Barcelona Femení lideraba el escalafón, con 7,7 millones de euros de ingresos, casi el triple del promedio y por delante de los generados por el Manchester United (6 millones), el City (5,1 millones), el PSG (3,6 millones), el Arsenal (2,2 millones) y el Tottenham (2,1 millones). En España, el siguiente equipo en la lista era el Atlético de Madrid, con unos ingresos de 0,1 millones de euros.

[4] En aquella época no se reconocían récords femeninos, pero los historiadores sí recogen «mejores marcas»; así fue el desarrollo inicial de la prueba, según World Athletic (la Federación Internacional de Atletismo): Lucinda Moles, 17,03 en Madrid el 29 de junio de 1931; Aurora Villa, 18,58 el 18 de octubre de 1931 y Margot Moles, 22,85 en Madrid el 19 de junio de 1932. Esta mejor marca duró hasta que la británica Rosemary Payne lanzó 32,08 en Leicester el 20 de julio de 1975.

[5] Un estilo de salto que pasó a la historia y que lleva su apellido, aunque no esté claro que fuera él quien lo inventara. Algunas versiones señalan que la inventora fue una jovencita canadiense llamada Debbie Brill.

[6] En realidad fueron cinco: la mínima internacional era de 1,76 metros y ella saltó 1,71 metros el 9 de julio en Madrid, que fue récord de España, pero aún lejos del 1,66 metros que veintitrés atletas saltaron en la calificación para acceder a la final de altura en Múnich.

[7] Viajes Halcón en 1994 y, desde la temporada 2002-2003, Perfumerías Avenida.

[8] «Ba ba-ba ba-ba ba-ba / ba ba-ba ba-ba ba-ba. / Conchita, lo sé, / sé que debería haber sido».

[9] «Ba ba-ba ba-ba ba-ba / ba ba-ba ba-ba ba-ba. / Conchita, lo sé, / sé que lo hiciste».

[10] Fue elegida senadora por Alicante en las elecciones generales de

2000, 2004 y 2008, y diputada entre 2011 y 2015.

[11] Olga Viza dice: «He envejecido de cara al público y me parece extraordinario haber tenido esta posibilidad». Cuarenta años de profesión. Después de RTVE estuvo en el informativo de Antena 3 durante once años, de 1992 a 2003, como presentadora del bloque de deportes o información general. En 2004 presentó en Telecinco *No es lo mismo* y, más tarde, fichó por La Sexta para conducir el programa de entrevistas *Habitación 623*. Ha trabajado en la radio (*El tranvía de Olga*, en RNE 1) y ha recibido numerosos premios y reconocimientos, como el Ondas a la mejor labor profesional de nacionales de televisión.

[12] El teleprónter, situado frente a los presentadores de televisión que refleja los textos que leen sin dejar de mirar a la cámara. Se implantó de manera generalizada en las televisiones en España en los años noventa.

[13] Entró en concurso de acreedores en 2015. Desde 1841 había sido la única entidad reconocida internacionalmente para avalar y acreditar genealogías y resultados de carreras de caballos en España.

[14] Corrió 800 y 1.500 metros y la eliminaron a la primera. Eran distancias muy cortas para ella, pero, a su vez, las más largas que se celebraban en la alta competición. La pista no le gustaba nada. Decía siempre que se aburría de dar vueltas.

[15] De 2011 a 2015 por Unión Progreso y Democracia (UPyD) y después desde 2016 por el Partido Socialista Obrero Español (PSOE).

[16] Alpinista español y la persona de más edad en alcanzar la cumbre de doce montañas dentro del proyecto «14 montañas más altas del mundo».

[17] La polaca Wanda Rutkiewicz, la primera en coronarlo, que falleció una década después en el descenso del Kanchenjunga, otro ochomil, y la francesa Chantal Mauduit, fallecida en una avalancha en el Dhaulagiri en 1998.

[18] Traje de entrenamiento en artes marciales.

[19] La tercera categoría del fútbol español denominada, desde la temporada 2021-2022, Primera RFEF.

[20] «Tal vez no te traté / tan bien cómo debería haberlo hecho. / Tal

vez no te amé / tan a menudo como podría».

[21] José Luis Astiazarán, presidente de la Liga de Fútbol Profesional en España de 2005 a 2013.

[22] Fue la editorial SM, en un libro de Secundaria titulado *Educación plástica, visual y audiovisual I*.

[23] Misa Rodríguez, Sun Quiñonez, Enith Salon; Sheila García, Oihane Hernández, Ivana Andrés, Ana Tejada, Rocío Gálvez, María Méndez, Olga Carmona, Nuria Rábano; Teresa Abelleira, Anna Torrodá, Maitane López, Maite Oroz, Irene Guerrero, Claudia Zornoza; Marta Cardona, Ane Azcona, Esther González, Alba Redondo, Athenea del Castillo y Salma Paralluelo formarían la primera lista posterior al correo electrónico de las quince.

[24] Misa Rodríguez, Enith Salón, Cata Coll, Ona Batlle, Irene Paredes, Olga Carmona, Laia Codina, Oihane Hernández, Rocío Gálvez, Aitana Bonmatí, Alexia Putellas, Jenni Hermoso, Claudia Zornoza, Teresa Abelleira, Irene Guerrero, María Pérez, Esther González, Alba Redondo, Salma Paralluelo, Mariona Caldentey, Athenea del Castillo, Eva Navarro e Ivana Andrés fue la lista de las jugadoras convocadas por Jorge Vilda para jugar el Mundial femenino de Nueva Zelanda y Australia 2023.

[25] El equipo, aquella temporada, la 2021-2022, la integraban diez niños (Bruno García, César Velasco, Ethan López, Hugo Vergara, Mateo Martín, Pedro Amo, Víctor Astorga, Gonzalo Corral, Héctor Esteban, Darío González) y tres niñas (Nora Rubio, Sofía Martín y Lidia Calle).

Índice

Las mujeres salmón

Prólogo: Lilí Álvarez

Amelia del Castillo

Conchi Amancio

María Teresa Andreu

Pepa Senante

Sagrario Aguado

Amaya Valdemoro

Miguel Ángel Calleja

Conchita Martínez

Lola Fernández Ochoa

Miriam Blasco

Olga Viza

Montse Puche

Mireia Belmonte

Mari Paz Corominas

Conchita Mínguez

Carmen Valero

Laia Sanz

Dolors Ribalta

Rafa Muga

Alba Palacios

Joane Somarriba

Ana Muñoz Merino

Irene Lozano

María Peláez

Edurne Pasaban

Tania Lamarca

Paloma del Río

Teresa Perales

Carolina Marín

Sandra Sánchez

Yolanda Parga

Beatriz Galán Cayado

Coral Bistuer

Blanca Romero

Gemma Mengual

Anna Tarrés

Natalia Pablos

Danae Boronat

Alfredo Relaño

Lola Romero y María Vargas

Virginia Torrecilla

Carla Suárez

Félix Laguna

Selección española de fútbol femenino

Epílogo: CD La Pedraja

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Patricia Cazón

Créditos